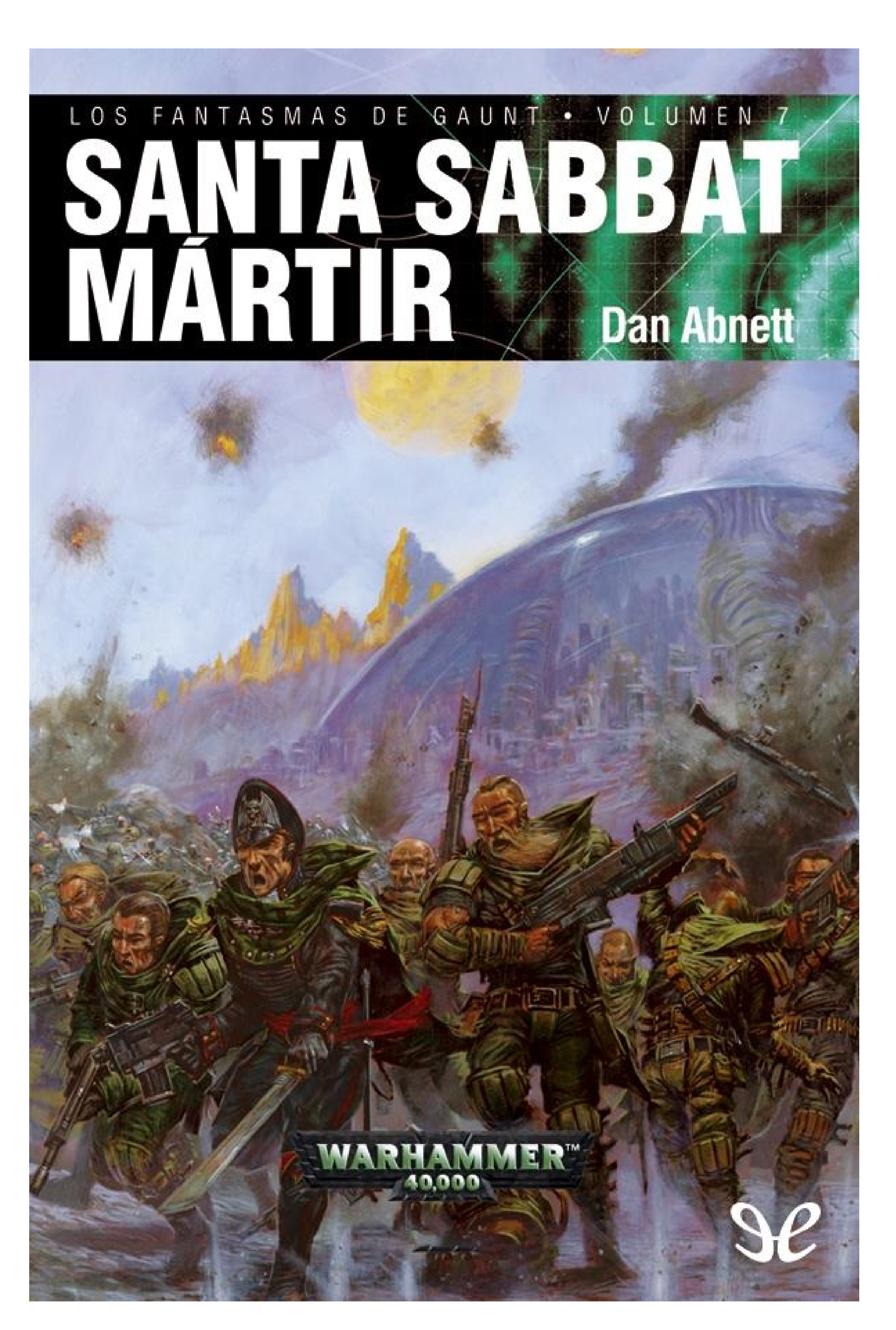

LOS FANTASMAS DE GAUNT • VOLUMEN 7
SANTA SABBAT MÁRTIR
Dan Abnett
WARHAMMER
40,000

—Los Primeros de Tanith son buenos luchadores, general, así lo tengo entendido. —Flense se acercó a Dravere y entrelazó las manos a la espalda. El tejido cicatrizado de la mejilla le tembló un poco, como solía ocurrirle cuando estaba tenso—. Han tenido una buena actuación en varias campañas y Gaunt está considerado un lider con recursos.

—¿Lo conoce? —el general levantó la vista de la mira con aire inquisitivo.

—Sé algo de él, señor. —Contestó Flense tras una breve pausa—. Sobre todo por lo que se comenta de su persona.

En el futuro de pesadilla de Warhammer 40000, la humanidad se encuentra al borde de la extinción. El Imperio, que abarca galaxias, está repleto de peligros y en el sistema solar Sabbat, infestado por el Caos, el Comisario Imperial Gaunt debe guiar a sus hombres tanto en el combate contra las fuerzas del Caos como contra regimientos rivales. Los Primeros de Tanith es una saga épica de conquistas planetarias, grandes ambiciones, traiciones y sentido del honor.



Dan Abnett

Santa Sabbat martir

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. La Santa 4

ePub r1.0
epublector 19.08.13


FOR TANITH - FOR THE EMPER

Título original: *Sabbat Martyr*
Dan Abnett, 2003
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2006

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

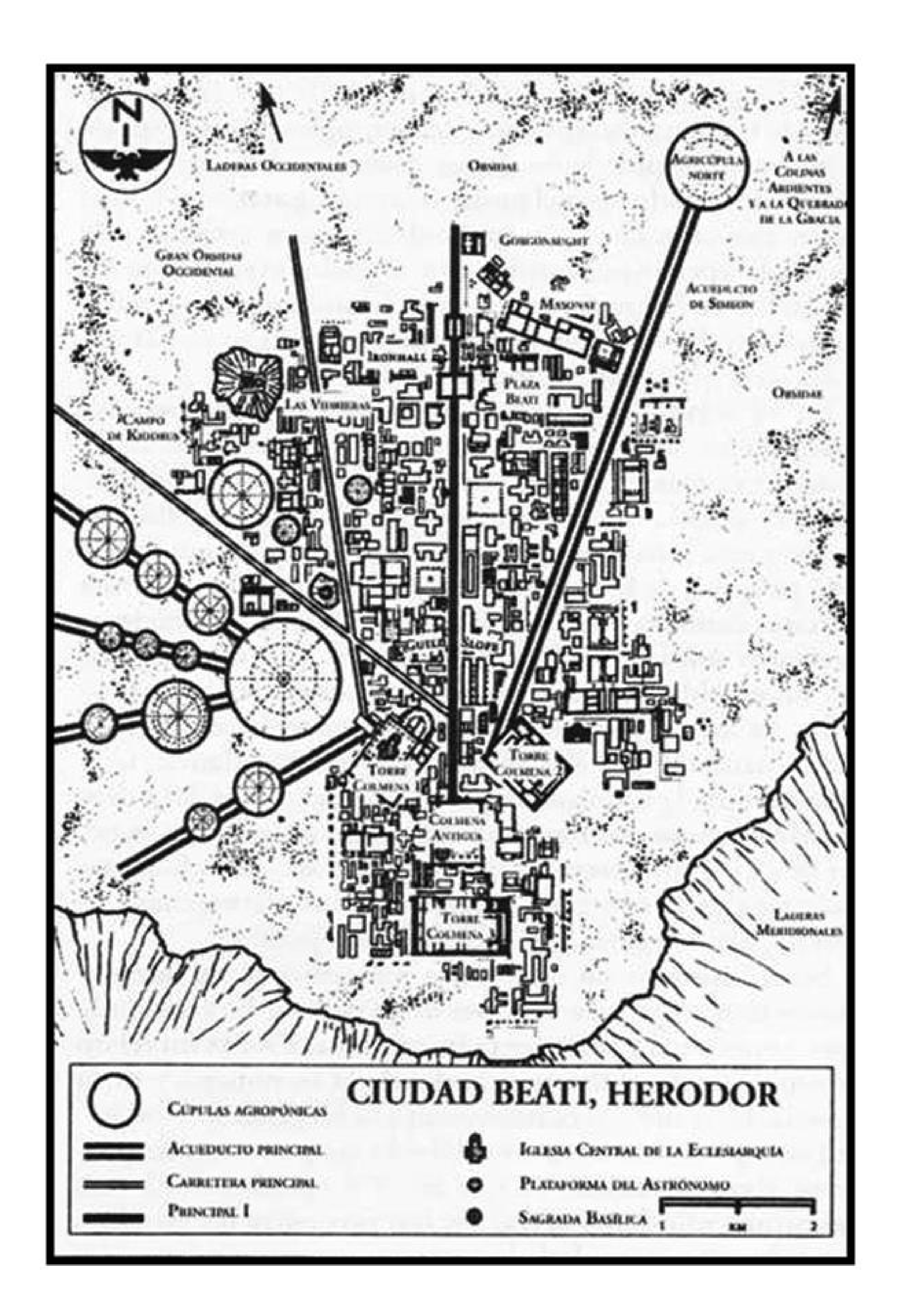


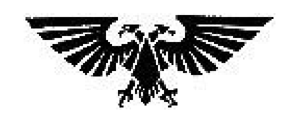


Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.


N
Laderas Occidentales
Agricúpula Norte
A las Colinas Ardientes y a la Quebrada de la Gracia
Ironhall
Plaza Beati
Torre Colmena 1
Torre Colmena 2
Colmena Antigua
Torre Colmena 3
Laderas Meridionales
CIUDAD BEATI, HERODOR
Cúpulas agropónicas
Acueducto principal
Carretera principal
Principal I
Iglesia Central de la Eclesiarquía
Plataforma del Astrónomo
Sagrada Basílica
1 KM 2



En el año 773.M41, el decimoctavo de la campaña de los Mundos de Sabbat, las fuerzas de combate de la Cruzada Imperial bajo el mando del Señor de la Guerra Macaroth todavía no habían logrado tomar el famoso mundo fortaleza de Morlond. Mientras este planeta resistiera, el progreso de la cruzada estaba detenido, ya que Macaroth no podía hacer avanzar a sus fuerzas hacia un enfrentamiento decisivo con el grueso del contingente del Señor de la Guerra enemigo, el Arconte Urlock Gaur, que se encontraban en el Cúmulo Carcaradon. Una vez más, y más que nunca, las fuerzas de la cruzada parecían sobreextendidas de un modo desastroso y cada vez más vulnerables a un ataque por el flanco. Dos de los lugartenientes más implacables de Gaur, Anakwanar Sek y Enok Innokenti, ya habían logrado efectuar grandes éxitos en sus contraataques en la zona del avance imperial situada hacia el núcleo galáctico. Si continuaban produciéndose éxitos como aquellos, el ejército de la cruzada corría el riesgo de quedar dividido en dos, y en su mayor parte, incluido el Señor de la Guerra en persona, quedaría aislado, rodeado y sería aniquilado.

Macaroth era muy consciente del problema, y también era consciente de su gravedad y difícil solución. No podía mantener tan extendidos los ejércitos de la cruzada, pero tampoco podía asignar nuevas fuerzas al frente de Morlond, ya que un debilitamiento de los grupos de combate de vanguardia la dejaría vulnerable a un ataque de Gaur. Cualquiera de las dos opciones parecía condenada al fracaso. Macaroth tan sólo tenía que escoger con cuál se arriesgaría. Se cuenta la anécdota de que le mostró a uno de los generales dos copas de vino idénticas y le ordenó que eligiera una. «Una tiene un elixir curativo, la otra un veneno», le dijo. «¿Cómo puedo saber qué contiene cada una?», le preguntó el general. «Escogiendo una y bebiendo», le contestó el señor de la guerra.

Macaroth decidió por fin dejar la situación como estaba, arriesgándose a mantener el ejército de la cruzada extendido al máximo y a intentar tomar Morlond con un último ataque. Enok Innokenti comenzó su letal y catastrófico contraataque por el flanco contra el grupo de ejército Khan en la tercera estación del año 773.

Fue una época de desastres, de derrotas inminentes.

Y de milagros…

Fragmento de
Una historia de las últimas cruzadas Imperiales



PRÓLOGO

La información, tal como había llegado, llevaba en sus manos una semana. Sin embargo, dos o tres veces durante el día, y más a menudo durante las guardias nocturnas, Él la revisaba, como si esperara que cambiase.

Etrodai no estaba seguro de lo que quería decir aquello. No estaba seguro de si significaba que estaba emocionado o inquieto por las noticias recibidas. Eso preocupaba enormemente a Etrodai, ya que se vanagloriaba de conocer sus deseos y su humor mejor que nadie. Llevaba siendo su escolta personal desde hacía noventa y dos años, un cargo que se había ganado al derrotar al anterior guardaespaldas en una lucha a muerte legal. Nadie conocía mejor al Amo que Etrodai.

Sin embargo, en esos momentos, Etrodai sabía tan poco como los demás.

Las telarañas comenzaron a agitarse revoloteando y los huesos empezaron a agitarse a lo largo de las columnas deslustradas y de los nichos llenos de polvo de la Arcada. Eso significaba que el Amo estaba inquieto una vez más. Etrodai ya se había puesto en pie antes incluso de que las grandes puertas de ónice se abrieran, con su espada cabalística desenvainada y colocada delante del rostro.

Etrodai se quedó a la espera, atento, temeroso. La sucesión de chasquidos aumentó de ritmo. El entrechocar seco de las mandíbulas de los cráneos humanos, la mayoría de ellos manchados de marrón por la podredumbre hasta parecer barnizados, era bastante soportable. El sonido producido por los cráneos más alienígenas era más difícil de sobrellevar. Ceceaban y carraspeaban, cloqueaban como pájaros, repiqueteaban como el tictac de los relojes, con los trozos dispersos de mandíbulas retorciéndose en el polvo como hojas secas. Una vez, mientras el Amo estaba recuperándose de una herida psíquica, Etrodai se había entretenido durante las largas horas de espera contando los cráneos que se apilaban en la Arcada. Lo había dejado después de llegar más o menos a los diez mil. No hacían más que interrumpirlo y hacerle perder la cuenta.

Se oyó un retumbar suave, y la puerta de ónice, tan alta como cinco hombres e igual de ancha, se hundió en la negra y húmeda abertura lateral de la pared. Una bocanada de aire caliente surgió del hueco. Los huesos se callaron de forma inmediata.

Surgió de la cámara inviolable. El campo de anulación chasqueó a su alrededor mientras avanzaba.

—Maestro —le saludó Etrodai mientras mantenía la espada delante de la cara, aunque sin mirarlo—, ¿qué deseáis?

—He establecido contacto psíquico con el Arconte y ya sé lo que opina de todo esto. Me ha dicho que si es cierto, debo actuar como me indique mi corazón. —Su voz sonaba quebradiza, aunque era musical, como las notas de una flauta caótica o una sirena demoníaca, algo que siempre hacía que Etrodai se sintiera avergonzado de su voz mecánica y artificial—. Y lo que mi corazón me dice es que debemos

convertir esto en nuestra misión principal sobre todos los demás asuntos. Veamos. ¿Los instrumentos?

—Están reunidos, Maestro. En la cubierta posterior. Bueno, todos los que se podían reunir con seguridad.

—Hablaré con ellos y les daré las instrucciones pertinentes —dijo antes de dudar un momento—. Sin embargo, antes revisaré esta gran verdad una última vez.

Etrodai no se sorprendió. Dio media vuelta y comenzó a recorrer la Arcada mientras oía cómo de cada uno de los huecos en la pared donde estaban las calaveras surgía un chirrido óseo cuando se giraban para seguir los movimientos del Amo.

La Arcada era oscura como una tumba y estaba iluminada tan sólo de vez en cuando por alguna esfera de brillo antigua y barroca a lo largo de su kilómetro de longitud. En su otro extremo, los guardianes esclavos de cabeza de carnero giraron las llaves de hierro y abrieron las gigantescas puertas de bronce. Los esclavos se quedaron mirando a las paredes, sollozantes y aterrorizados de verlo aunque tan sólo fuera de refilón.

Siete veces trece hombres de la Escolta esperaban en la antecámara, bajo el techo de arcos dorados y los murales desconchados de las Cinco Atrocidades. Las pesadas botas se estamparon contra el suelo al ponerse firmes en un único movimiento seco y perfecto, a la vez que colocaban las armas al hombro. Las armaduras corporales con rebordes eran de color azul oscuro, como la de Etrodai, y llevaban la cabeza cubierta por cascos que les revestían la nuca y visores con lentes abultadas como los ojos de los insectos.

Etrodai entró por delante, con la espada apuntando al techo. El arma llevaba desenvainada tanto rato que comenzó a exudar gotas de sangre por su filo aserrado. La Escolta se colocó en formación alrededor de ambos y los acompañó; los brazos derechos sostenían las armas con fuerza mientras los izquierdos se balanceaban al unísono como péndulos sincronizados. Dos hombres se adelantaron por turnos para ir abriendo las puertas.

El acceso a la cripta de los datos estaba sellado por un campo de vacío que se estremecía y vibraba en el aire como aceite sobre el agua, y que se desconectó con un simple toque de la mano del Amo. Cualquier otro individuo habría perdido el brazo hasta el codo si lo hubiera tan sólo rozado. La Escolta esperó fuera mientras Etrodai entraba en la cripta con Él.

La cripta de los datos era fría y oscura. Tenía las paredes cubiertas por costillares de un tejido poroso parecido a tendones calcificados. Los paneles que se abrían entre aquellas costillas estaban cubiertos con palabras de un idioma anterior al Imperio. Una luz débil y borrosa flotaba alrededor de sus pies.

Los secretos que allí se guardaban susurraban a su alrededor, siseando como el vapor o la grasa en una plancha caliente. Aquel murmullo no sonaba tan fuerte como

el cuchicheo de las incontables calaveras de la Arcada, pero era más insistente y mucho más repelente. Unos susurros viles rodearon a Etrodai y le penetraron la armadura y el cráneo hasta llegarle al cerebro y contarle cosas que él, ni siquiera él, quería saber.

Habían colocado la información sobre un pedestal cerca del centro de la cripta. La habían arrancado de las sinapsis unidas entre sí del cerebro casi muerto de un vidente al que habían mantenido con vida para conservar su exactitud. El engrama reluciente era una cinta de luz que giraba formando la figura de un ocho alrededor de un trozo palpitante de tejido cerebral guardado en una cuba, sobre la que se había anclado para que mantuviera su claridad.

Etrodai se quedó atrás cuando el Amo siguió avanzando hacia el pedestal y se quitó los guantes. Los guanteletes de cromo se quedaron colgando de las correas de los avambrazos, y sus largos dedos de cuatro articulaciones penetraron en la luz y comenzaron a rozar el tejido con caricias lascivas. La ondulante cinta de luz se rompió, y los distintos brillantes fragmentos de información empezaron a subir por los brazos extendidos hasta llegar a los anchos hombros y a la base del cráneo.

El Amo suspiró y echó la cabeza hacia atrás. Un chorro de luz le salió de la boca e iluminó un diminuto punto en el techo de la cripta.

Etrodai esperó.

Los largos dedos se retiraron y el engrama volvió a girar alrededor del trozo de tejido. El Amo se colocó de nuevo los guantes.

—No hay duda —dijo—. He examinado este asunto de todas las maneras que conozco intentando descubrir alguna falsedad o montaje. No es mentira. Es una verdad manifiesta procedente de los entes del inmaterium.

Etrodai se quedó paralizado con aquella idea, y él pareció notarlo por la expresión de su cara.

—No te preocupes. Aunque parezca que representa un tremendo problema para nosotros, creo que en realidad es el momento perfecto para nuestra victoria, y han sido los débiles dioses de los humanos quienes lo han provocado.

—Entonces mi corazón se alegra, Maestro —contestó Etrodai.

Todos los esperaban guardando un silencio respetuoso en la cubierta posterior. El único sonido que se oía era el siseo rítmico de los recicladores de aire y el palpitar apenas perceptible de los gigantescos propulsores de disformidad, veinte cubiertas más arriba. La cubierta posterior era una plataforma de aterrizaje secundaria reservada para el uso personal del Maestro. Sobresalía como una estantería sobre la larga bóveda gótica, de quince hectáreas cuadradas de tamaño, que formaba la cubierta de vuelo principal para las escuadrillas de aparatos de caza de la gigantesca nave estelar. Los cazas estaban anclados en lugar seguro durante el viaje. El espacio resonante bajo sus pies estaba vacío, a excepción de las hileras de generadores de

energía, los trenes eléctricos que transportaban munición y las horquillas de lanzamiento que colgaban del techo como pinzas de cangrejo abiertas. Varias hileras de luces amarillas parpadeaban en serie, de forma intermitente, a lo largo del suelo desgastado.

Había ocho seres reunidos en mitad de la cubierta de metal vacía. El Maestro había especificado que quería nueve, ya que, según él, el nueve era un número importante. El noveno, que era demasiado peligroso como para tratar con él de un modo directo, se encontraba en el interior de un campo de anulación, fuera del casco, en la boca del hangar principal, y seguía la reunión de la cubierta posterior mediante una conexión visual.

Etrodai le ordenó a la Escolta que esperara en la compuerta de entrada y se colocó al lado del Maestro cuando éste se presentó ante los reunidos. La espada desenvainada de Etrodai estaba tan hambrienta que la sangre ya le corría por los nudillos y le dolían los brazos por su culpa. Sin embargo, Etrodai no podía envainar la espada de nuevo hasta que todo acabase.

—Tengo una misión para vosotros —les dijo—, una misión importante. Os la encomiendo a los nueve.

Los reunidos murmuraron. Los trillizos culebrearon y se rozaron los unos contra los otros frotando sus pellejos grises y viscosos. Los miembros del otro trío inclinaron las cabezas. Los dos solitarios se quedaron inmóviles. Una sarta de obscenidades proferidas por el ser que se encontraba en el campo de anulación llegó por el canal de comunicación abierto hasta él.

—Una mártir. Mártir una vez, mártir siempre. Nuestros enemigos creen que nos podrán vencer, así que dejaremos que se lo crean. Aprovecharemos esto, este último coletazo de actividad, para convertirlo en el último de verdad. Uno de vosotros cumplirá este cometido. No me importa quién. Destrozaréis sus nuevas esperanzas y los arrojaréis al abismo. Os confío esta tarea.

Murmuraron de nuevo, pero esa vez fue una promesa.

—Miradme —les ordenó.

Todos estaban de espaldas a El por temor a verlo de forma directa. Al oír la orden, uno por uno, y de un modo dubitativo, se dieron la vuelta. Los trillizos sisearon al verlo y regurgitaron trozos de su última comida cubiertos de veneno, que habían estado digiriendo en las cavidades que tenían en el cuello. El otro trío se giró, pero sólo su jefe, un individuo alto con una túnica de seda verde y tatuajes intrincados por el cuerpo, palideció al mirarlo. El cabecilla tatuado era tan alto y musculado como Etrodai, pero sus compañeros eran pequeños seres con los ojos ciegos y mórbidos de los psíquicos. Los dos individuos que iban solos también se giraron. La figura protegida con una armadura del Pacto Sangriento se puso de rodillas inmediatamente y susurró una plegaria. El otro, un alienígena de piel

cadavérica, con un mono ceñido de color negro brillante, se limitó a mirar.

—Bien —siseó. Se dio la vuelta y miró hacia la boca del puente principal, donde se encontraba aquel ser feroz atrapado en el interior del campo de fuerza—. Y tú, Karess, ¿estás preparado?

Una retahíla brutal de maldiciones surgió del aparato comunicador procedente del campo de fuerza, junto a la descripción de un acto anatómicamente horrible.

Sonrió. Aquello era algo que Etrodai no podía soportar. La sonrisa del Maestro era lo más terrible de toda la creación. Se estremeció y sintió que estaba a punto de vomitar.

—Dentro de dos rotaciones a partir de ahora —dijo Enok Innokenti, Maestro y Señor de la Guerra—, daré la orden y mis huestes caerán sobre ese grupo estelar para extinguir hasta el fuego de sus soles con sangre. La Cruzada del Imperio de la humanidad quedará destrozada y nos suplicarán que los matemos con rapidez.

Se calló un momento. No había dejado de sonreír.

—Bajo el fragor de ese gran ataque comenzará la verdadera misión.



UNO

Casi medianoche

¿Cuántas veces hemos estado ahí, tú y yo observando el terreno antes de la batalla? ¿Cuántas veces hemos vencido? ¿Cuántas veces tenemos que ser vencidos para perder todas esas victorias y esas promesas de victoria? Sólo una vez, amigo mío. Una vez. Una. Sólo una.

Señor de la guerra Slaydo,
En una conversación con un lugarteniente antes de Balhaut

—¡Va a ser un mal día! —gritó un hombre—. ¡Va a ser un mal día! ¡Va a ser un mal día desde la mañana!

Se había subido al carro de un limosnero sin hacer caso de los intentos por hacerlo bajar y estaba gritando con un brazo extendido al cielo y otro a la multitud, con los dedos engarfiados como si fueran garras.

—¡Va a ser un mal día para todos! ¡Para usted! ¡Y para usted, señor! ¡Y para usted, señora! ¡Otras nueve heridas! ¡Nueve veces nueve!

Algunas personas de la multitud lo estaban abucheando. Otras hacían el signo del águila o el de la beata para alejar la mala suerte que pudiera traer con lo que estaba diciendo. Anton Alphant se dio cuenta con mal humor de que había quien lo estaba escuchando con bastante atención.

No había nada nuevo en los desvaríos de aquel tipo. Él, y otros como él, habían estado provocando situaciones como aquélla en todos los campamentos a lo largo de los días anteriores. No era bueno para el ánimo de la gente y sin duda hacía que empeorase la opinión de las autoridades de la ciudad sobre los peregrinos.

Los limosneros, a los que se les reconocía por la cinta azul que llevaban cosida a los largos guardapolvos con que se cubrían, estaban intentando bajar al individuo de la carreta. Ya había tirado con los pies varios sacos de las obleas de maíz y las galletas duras que iban a repartir entre los peregrinos del campamento. Un ayatani de una de las congregaciones procedentes de un planeta ajeno al sistema estelar se abrió paso a codazos y sostuvo en alto un sistro de rezo mientras le lanzaba maldiciones. Dos jóvenes adeptos de la Eclesiarquía, con cuencos de peltre en una mano e hisopos de plata en la otra, se pusieron a rociar con agua al improvisado predicador. Alphant estaba seguro de que se trataba de agua bendita que habían comprado a un precio muy caro en una de las pilas de la Sagrada Basílica.

Alphant cerró la mano alrededor del vial de agua sagrada que llevaba en el bolsillo del abrigo. Había viajado muchísimo para conseguirla, y le había costado todo el dinero que tenía. No iba a desperdiciarla con tanta generosidad.

—Quizá deberíamos detenerlo —comentó Karel, que estaba a su lado.

—¿Deberíamos? —le contestó Alphant con una sonrisa—. Te refieres a mí.

—Todo el mundo te hace caso.

—Tiene derecho a expresar su opinión. Todos y cada uno de los que hemos venido lo hemos hecho porque eso nos importaba más que nada en el mundo. No puedes prohibirle que sienta ese fervor.

—Está atemorizando a la gente —insistió Karel, y unos cuantos de los demás infardi que estaban con ellos al lado del altar portátil se mostraron de acuerdo—. La cosa puede ponerse fea.

Tenía razón. Varios penitentes del gentío se habían exaltado tanto con las palabras del improvisado predicador que habían comenzado a azotarse la espalda. El tumulto

incluso había llamado la atención de algunos de los estilitas más cercanos. Se giraron desde lo alto de las columnas a las que estaban subidos y algunos se pusieron a gritar por encima de la multitud. Otros grupos de peregrinos se habían parado, o bien se habían acercado con sus altares portátiles, y lo señalaban como si el simbolismo lo pudiera detener.

De hecho, empeoró la situación.

—¡Casi medianoche, y después, el amanecer de un mal día! ¡Caerá fuego del cielo y se derramará sangre preciosa!

—Alphant, ¿no puedes hacerlo callar? —le preguntó Valmont.

—No soy sacerdote —le contestó Alphant.

¿Cuántas veces había dicho ya aquello? Tan sólo era un trabador agrícola de Khan II que al oír lo que estaba ocurriendo había realizado esa peregrinación porque le había parecido lo más apropiado. A lo largo del viaje, y había sido un periplo duro, se había convertido de algún modo en el jefe nominal de la gente con la que viajaba. Lo consultaban en busca de opinión y de guía, y todavía más desde que habían llegado a la fría y austera realidad de los campamentos de peregrinos. Él jamás había querido esa responsabilidad.

«Aunque ella tampoco había querido la suya».

Alphant fue incapaz de localizar de dónde había salido aquel pensamiento tranquilizador. Sin embargo, fue suficiente como para hacerle cambiar de idea. Le entregó el breviario y el cuenco a Karel, y se dirigió hacia el tumulto que había alrededor de la carreta.

No había dado más de tres pasos cuando alguien de la enfurecida multitud lanzó un trozo de cuarzo contra el predicador improvisado. No le dio, pero otros siguieron su ejemplo. Una de las rocas le acertó de lleno en la frente y lo hizo caer de la carreta.

—¡Mierda! —gritó Alphant.

La multitud enloqueció y comenzó una pelea. Más proyectiles cruzaron el aire: piedras, viales, incluso botellas. La carreta de los limosneros acabó volcada, y la gente empezó a chillar despavorida.

Alphant agachó la cabeza y se abrió paso a empujones hacia el centro de la pelea. El indefenso predicador acabaría hecho pedazos en mitad de un altercado como aquel, y lo que menos necesitaba el campamento de peregrinos era una muerte así. Alphant seguía siendo un hombre fuerte y se dio cuenta de que todavía se acordaba de cómo pelear, lo suficiente como para enfrentarse y disuadir a los individuos más agresivos mientras avanzaba. Nada demasiado violento: un par de llaves para desviar losos y en los centros de dolor.

Llegó hasta el otro lado de la carreta volcada y se detuvo un momento para impedir que tres infardi aullantes estrangularan a uno de los limosneros. Luego, miró hacia donde estaba el predicador que había provocado todo aquello.

Y vio algo asombroso.

El predicador estaba sentado en el suelo, con las manos apretadas contra la frente. La sangre, que le salía por entre los dedos, le manchaba los ropajes y daba lugar a grandes zonas oscuras en el polvo. No estaba en condiciones de protegerse.

Sin embargo, nadie lo atacaba. Una chica, una joven de no más de dieciocho años, estaba de pie a su lado. Su rostro, delgado y pálido, mostraba una expresión de tranquila confianza, y la mirada de sus ojos verdes era dulce. Tenía un brazo extendido, con la palma de la mano hacia fuera, para alejar a la multitud. Cada vez que un grupo de peregrinos enfurecidos se movía en su dirección, ella giraba la mano hacia allá, y ésos se alejaban. De aquel modo tan simple, tan tranquilo, había conseguido un pequeño círculo de seguridad alrededor del predicador y mantenía a raya a la turba ansiosa de sangre.

Alphant se dirigió hacia ella. La muchacha lo miró, pero no giró el brazo hacia él, como si reconociera sus pacíficas intenciones.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Alphant.

—Este hombre la necesita —contestó ella.

Su voz era débil, pero la oyó con claridad por encima del tumulto del gentío. Se agachó al lado de ella y le echó un vistazo a la herida del predicador. Era profunda y estaba llena de suciedad. Se arrancó un trozo de camisa y lo mojó en el agua del vial sin ni siquiera pensar en lo que costaba. ¿No decían que curaba todas las heridas?

—Va a ser un mal día —murmuró el hombre mientras Alphant le limpiaba la sangre.

—Ya vale —le interrumpió Alphant—. Para ti ya lo es. —¿Cuánto tiempo podría contener a la multitud aquella frágil muchacha? ¿Cómo lo estaba consiguiendo?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó levantando la vista hacía ella.

—Sabbatine —le contestó.

Alphant se echó a reír de forma discreta. Los nombres de santos y sus diminutivos eran bastante comunes en aquella parte del Imperio, y había, como era de esperar, un número desproporcionadamente elevado de Sabbats, Sabbatas, Sabbatines, Sabbeens, Battendos y nombres similares por todos los campamentos. Sin embargo, en ella parecía terriblemente apropiado.

—Creo que tiene razón —dijo la muchacha.

—¿Qué?

—Creo que está a punto de pasar algo malo.

Había algo en su tono de voz que era más alarmante todavía que todo lo que había vociferado el predicador.

—¿Te refieres a otro ataque? ¿Los asaltantes de nuevo?

—Sí. Ponte a salvo.

Alphant no le hizo más preguntas. Le puso las manos debajo de los brazos al

predicador y lo levantó. Para cuando logró que el titubeante individuo se mantuviera erguido por sí mismo, se dio cuenta de que la muchacha había desaparecido.

La naturaleza del tumulto que lo envolvía había cambiado. Ya no era un simple disturbio: la gente estaba aterrorizada. Todo el mundo huía chillando, y unos caían sobre otros en su intento por escapar. Algo ardía. Una cortina de humo cubría el campamento del Salón de Hierro.

—Un mal día… —balbuceó el predicador herido.

—Sí —contestó Alphant.

Le acababa de llegar un sonido que no había oído desde hacía veinte años, desde que había entregado su Mark IV estándar, había guardado la gorra y las insignias en un cajón, y había utilizado la paga de licenciamiento de la Guardia Imperial como depósito para comprar un trozo de tierra cultivable en una colectividad agrícola situada al oeste de la colmena principal de Khan II.

Era el chasquido de un rifle láser al disparar.

Los informes de la situación táctica comunicaron una nueva incursión de herejes contra los peregrinos del campamento situado al oeste de la torre del Salón de Hierro, y lo cierto era que se veía una densa columna de humo ascendiendo en esa zona, una columna salpicada de forma ominosa por el centelleo de los disparos.

Sin embargo, lo que a Udol le llamó la atención mientras iba calle abajo por la Bajada del Gremio a través del rugido aterrorizado de aquella área exterior de la ciudad fueron las gruesas nubes de vapor de color marrón que surgían del obsidae situado al este del Acueducto de Simeon.

—¿Eso es el acueducto? —preguntó a gritos.

—¡Ahora mismo lo localizo, señor! —le respondió el operador de comunicaciones antes de meterse por la escotilla oxidada del transporte para echarle un vistazo al puesto táctico—. ¡Sí, es el acueducto, señor! —contestó unos momentos después.

—¿Qué?

—¡El acueducto y el obsidae que se encuentra al otro lado!

Tenían puestos los micrófonos de los cascos a máxima potencia, pero les resultaba casi imposible oírse por encima del estruendo. Los motores del transporte blindado de tropas rugían al acelerar, y la multitud que abarrotaba las calles gemía y gritaba aterrorizada. Gorgonauth, el gran cuerno que llamaba a la oración, hacía retumbar el cielo blanquecino desde la vieja torre del extremo norte de Principal. Udol estaba seguro de que también se percibía el chasquido seco de varias explosiones lejanas y el fuerte siseo de los impactos contra la superficie exterior de la cobertura de escudo. Había comenzado de nuevo, y ya era el cuarto día seguido.

Udol se metió de nuevo en el casco del vehículo y giró la silla metálica para ver la

pantalla por encima del hombro del oficial de comunicaciones.

—¿Qué aparece en el esquema táctico?

—Nada de eso, mayor. Nos envían directamente a la zona del Salón de Hierro. El capitán Lamm ya ha entrado en combate. Los herejes proceden de la zona de los yermos. El capitán…

—También están en la puerta este —murmuró Udol, que cambio el canal de comunicaciones—. ¿Pento? Soy Udol. LLévate los primeros seis destacamentos contigo y apoya a Lamm. El séptimo y el octavo que me sigan.

Por respuesta llegaron varios mensajes objetando aquellas órdenes y pidiendo que se aclarasen, pero Udol no les hizo caso. Le dio un par de palmadas en el hombro al conductor y le indicó por señales hacía dónde debía dirigirse.

El transporte giró hacia el este y se movió entre la atemorizada multitud gracias al estruendo de las sirenas de advertencia. Otras dos unidades se separaron del convoy y lo siguieron. Salieron de la Bajada del Gremio y descendieron por un camino de enlace de gravilla, casi en sombras por los altos edificios que lo flanqueaban. Las construcciones que había al final del camino enmarcaban un trozo de cielo salpicado de nubes de humo.

Salieron a Principal IV, donde los habitáculos tenían muchos menos pisos, y cruzaron la ancha avenida hasta que llegaron a los enormes arcos de ladrillos cubiertos de moho del Acueducto de Simeon. Al otro lado de la gigantesca estructura estaba el espacio abierto de una superficie vitrificada. Al igual que muchas otras zonas libres de la ciudad situadas en las afueras, el lugar se había convertido en un poblacho de peregrinos a lo largo de los dos meses anteriores: un mar de tiendas de tela, pequeñas cúpulas de supervivencia y altares construidos de forma improvisada. Se trataba de otra expansión organizada de un modo espontáneo de los límites de la ciudad para acomodar al enorme número de peregrinos y creyentes que habían llegado.

Varias nubes de un color marrón asqueroso cubrían el campamento y comenzaban a cruzar los arcos del acueducto. Una marea de peregrinos andrajosos marchaba a la par; iban cargados con sus niños y sus pertenencias.

—Algún puñetero infardi ha tirado una de las cocinas de campaña con demasiada alegría —comentó el oficial de comunicaciones—. Ya ocurrió la semana pasada en el Campo Kiodrus. Toda una hilera de tiendas empezó a arder y…

—No creo que se trate de eso, Inkerz —le cortó Udol—. ¡Conductor! ¡Entremos por ahí!

El conductor bajó varias veces la marcha, y el transporte cruzó el arco más cercano para llegar hasta el obsidae. Casi en seguida comenzó a aplastar tiendas y cobertizos improvisados bajo las pesadas ruedas. Varios peregrinos aterrorizados que huían de la zona golpearon los costados metálicos del vehículo y les suplicaron que

se detuvieran.

—No hay forma de pasar, mayor —dijo el conductor tirando del freno—. Bueno, no, a menos que quiera aplastarlos.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó Udol—. ¡Despliegue en dispersión! ¡Vamos!

Las compuertas laterales de los tres transportes de tropas se abrieron de par en par y quince soldados bajaron de cada uno. Comenzaron a avanzar con las armas en alto contra la marea de fugitivos. Udol se detuvo el tiempo justo para que Inkerz le colocara el depósito compacto de combustible en la espalda y conectara el tubo antes de avanzar con decisión y situarse por delante de sus hombres. Alzó el brazo izquierdo, cubierto con una armadura parcial, y apretó el mando insertado en la palma del guantelete para que surgiera una pequeña llama que les indicara a los soldados dónde se encontraba en medio de aquel gentío. En cuanto se fijaron en él, les señaló en qué dirección debían desplegarse en medio de aquel bosque de tiendas y restos personales.

En cuanto dio cincuenta pasos llegó a la zona casi desierta del poblacho. El humo era más espeso. Udol se sintió apenado, pero no sorprendido, al ver las condiciones tan miserables en las que vivían los peregrinos. Montones de basura, desechos y suciedad cubrían los estrechos senderos que serpenteaban entre las filas de misérrimas y patéticas tiendas. Era difícil ver más allá de unos pocos metros en cualquier dirección. Aparte de los cobijos improvisados y del humo sólo se podían ver —aunque eso sí, por todas partes— los altares portátiles, todos con un reloj. Ninguno se parecía, pero seguían el mismo diseño básico: un artefacto para medir el tiempo (un reloj casero, un contador digital, un carillón de péndulo), colocado en una caja de madera hecha a mano, y por lo que parecía, cuanto más alta y pintada, mejor. Observó uno que estaba cerca. El altar era tan alto como un hombre; unas pequeñas puertas de latón abiertas en la parte superior dejaban ver el reloj. Estaba colocado sobre una carreta de mano, de madera y anclada con remaches metálicos. Lo habían pintado de color dorado y plateado, incluso verde en algunos sitios. Habían cubierto algunas zonas de la parte central con hojas anchas de plástico. En el interior de la caja había un péndulo inmóvil, adornado y rodeado de flores secas, cristales, recuerdos, monedas y un centenar de otras ofrendas votivas. En la parte superior, detrás de las puertecitas de latón, la superficie redonda del reloj y las manecillas estaban pintadas de verde, aunque las señales que marcaban las horas y las puntas de las manecillas se habían resaltado con pintura dorada. Según las manecillas, faltaban pocos segundos para la medianoche.

El mayor Udol sabía a la perfección lo que eso significaba.

Rodeó el artefacto y les indicó por señas a sus hombres que se acercaran. Los patéticos refugios improvisados de los peregrinos ardían delante de ellos. Las llamas de un sucio color amarillo devoraban las telas de las tiendas y los ropajes que

encontraban, y se alzaban hacia el cielo matutino antes de convertirse en un humo espeso y oscuro. Udol vio que uno de los altares portátiles situado en el centro del incendio se partía por la mitad y se desplomaba.

El soldado que se encontraba a su mano derecha saltó de repente hacia atrás, como si eso lo hubiera sorprendido. Lo hizo una vez más y cayó al suelo de espaldas.

Le habían disparado al torso dos veces. Udol ni siquiera tuvo que mirarlo para saberlo.

Lanzó un rápido aviso por el micrófono. Los hombres que lo rodeaban se apresuraron a ponerse a cubierto. Dos terceras partes de ellos lo consiguieron. Los cabrones de los incursores los habían estado esperando al acecho.

Udol se acuclilló detrás de la relativa protección de una camioneta volcada, a la vez que los rayos láser crujían y silbaban por encima de la cabeza. Uno de los hombres que estaba cerca de él se puso a cubierto detrás de la pared de plástico de una tienda, pero salió despedido hacia atrás cuando un rayo láser atravesó la fina capa de material y acabó saliéndole por la parte posterior de la cabeza. Otro, que se vio sorprendido en terreno descubierto, se desplomó cuando un disparo le partió ambas piernas. Empezó a arrastrarse, pero otro disparo, esa vez en plena cara, lo detuvo para siempre.

Udol sintió que el corazón le palpitaba a toda velocidad. Divisó un movimiento en el sendero cercano al fuego, así que desenfundó la pistola láser y efectuó unos cuantos disparos hacia esa zona. Los soldados que lo rodeaban abrieron fuego con sus carabinas.

—¡Inkerz! —gritó por el transmisor—. ¡Ponte en contacto con el mando táctico! ¡Diles que tenemos otra incursión, una seria, justo en la zona del acueducto!

—¡Recibido, señor!

Era un ataque de consideración, y ciertamente cada vez se estaba poniendo más feo. Udol calculó que habría más de cuarenta enemigos en aquel lugar, desplegados entre las tiendas abandonadas. Atisbó unas armaduras corporales de color rojo y varias capas de protección contra el polvo. Correspondían a la descripción que le habían dado de los individuos que habían atacado por sorpresa los alrededores de la ciudad a lo largo de los cuatro días anteriores y después habían huido. Zelotas herejes atraídos a la ciudad por el mismo motivo que los peregrinos, tan ansiosos de negar la verdad de lo que estaba ocurriendo allí como los peregrinos de celebrarla. El mariscal Biagi le había dicho en persona a Udol que lo más probable era que los atacantes fuesen adoradores militantes del Caos procedentes de algún planeta de aquel sistema. Habían logrado llegar hasta aquel mundo utilizando como cobertura la ingente masa de peregrinos, para lanzar varios ataques y causar el pánico en la ciudad.

Los cabrones sabían pelear. Combatían de un modo disciplinado, y eso lo atemorizaba. Udol ya se había enfrentado a la escoria hereje en numerosas ocasiones

y tenía cicatrices que lo demostraban, pero la disciplina militar del Imperio siempre había triunfado sobre el fanatismo sectario y sacrílego.

Udol pensó que quizá había llegado la hora de que el Imperio se volviera algo fanático. Según se apreciaba en todos los relojes que tenía a la vista, se acercaba el momento. Sin duda, por fin tenían algo por lo que ser fanáticos.

Se levantó una brisa repentina y comenzó a empujar la densa capa de humo hacia el norte. Buena parte de las posiciones enemigas entre las tiendas quedó al descubierto en poco tiempo. Udol coordinó el fuego de sus hombres y comenzaron a disparar de un modo sistemático. Las disciplinadas ráfagas acribillaron los refugios improvisados antes de que los propios soldados empezaran a avanzar sin dejar de mantenerse agazapados.

Una arma disparó cerca de él, y el soldado que se encontraba a su izquierda cayó sobre lo que quedaba de una cúpula de supervivencia portátil. Udol se giró y le pegó un tiro con la pistola al infante enemigo justo en mitad del visor de su máscara facial de hierro, que representaba un rostro semihumano gruñendo. Antes siquiera de que el cuerpo del hereje cayera al suelo otros dos salieron de donde estaban a cubierto disparando con frenesí. Udol hincó una rodilla, alzó el brazo izquierdo y apretó el mando del guantelete. Una larga llamarada de fuego incandescente surgió de la bocacha insertada sobre los nudillos y rodeó el torso de ambos atacantes, que se retorcieron mientras trastabillaban y aullaban de dolor. Las llamas activaron los cargadores de energía que uno de ellos llevaba en el chaleco y los hicieron estallar; la explosión le arrancó el torso y los brazos. Las piernas dieron un paso más antes de caer al suelo. Su compañero, que también resultó alcanzado, salió despedido antes de caer al suelo envuelto todavía en llamas, donde siguió retorciéndose. Udol se acercó a él y lo remató con un disparo de la pistola láser.

—Farenx, Beresi, avanzad a paso ligero —les ordenó Udol a los hombres que estaban a su espalda.

Ya estaban cerca del borde exterior del poblacho levantado por los peregrinos y el enemigo se retiraba con rapidez. Udol pensó que no eran más que herejes, adoradores fanáticos que querían probar la fe y la decisión de los ciudadanos con sus cobardes tácticas terroristas. Para combatir eso se había creado el regimiento Civitas Beati.

Sin embargo, cuando llegó al límite del poblacho se dio cuenta de que estaba completamente equivocado. Eran más que eso, mucho más. El espacio abierto del obsidae estaba desplegado ante su vista: una superficie lisa, fría, de piedra pómez gris cubierta de polvo y salpicada por centenares de formaciones rocosas de cristal volcánico negro. Se extendía a lo largo de tres kilómetros, hasta llegar a la Quebrada de la Gracia y a las cimas rocosas y siniestras de las Colinas Ardientes.

Vio que se aproximaban tres vehículos hacia el campamento de los peregrinos. Eran acechantes de patas articuladas. Detrás de ellos, siguiendo sus pasos, se

desplegaba una fuerza enemiga de unos doscientos individuos con capas protectoras del polvo de color rojo oscuro. ¿Desde cuándo tenían blindados unos simples adoradores del Caos? ¿Desde cuándo atacaban desplegados como una fuerza militar?

—¡Mierda! —exclamó Udol—. ¡Retirada! ¡Retirada!

Los acechantes avanzaron sobre sus patas como arácnidos. Cada uno de ellos se apoyaba en seis extremidades que sostenían los cascos que colgaban a baja altura sobre el suelo. Udol distinguió con claridad a los conductores en las cúpulas que sobresalían por debajo de la parte trasera. En la parte frontal, elevada, de cada tanque destacaban dos minitorretas, que giraron y comenzaron a disparar.

Los disparos abrasadores llegaron en ráfagas continuas en cuanto los cañones de los púlsares láser dobles de cada minitorreta abrieron fuego con un ritmo siniestro, marcado por el retroceso mecánico de cada descarga. Udol vio cómo Beresi quedaba partido en dos, y otros tres soldados saltaron por los aires empujados por la tremenda potencia de los disparos. Las explosiones lanzaron al aire trozos de obsidiana y de piedra pómez. Un reverberar continuo de destellos luminosos surgió de las primeras filas de enemigos mientras avanzaban hacia la ciudad disparando sus armas. Udol se lanzó de cabeza a la cobertura más cercana. Oyó a hombres a los que conocía desde la niñez gritar sus últimos aullidos de dolor a través de las mascaras respiratorias que llevaban puestas.

Hizo lo único que se le ocurrió: rezarle a la santa.

A unos quince kilómetros al sur, en los barrios superiores de la ciudad interior, el coro inmortal estaba ensayando. Rampshel, el director del coro, cojeaba arriba y abajo sin dejar de mover la batuta e indicándoles a las segundas voces que se elevaran. ¡Por el amor de Terra! Los niños de la primera fila, que no tenían más de seis años de edad estándar, estaban inquietos y no dejaban de juguetear con el reborde de las golas y las vestiduras mientras mantenían la mirada perdida en la lejanía. El humo de los quemadores de incienso llenaba el aire frío. Los esclavos del templo colocaban las últimas cajas doradas llenas de reliquias siguiendo las órdenes del Gran Eclesiarca y sus prebostes, vestidos con túnicas negras.

—Ya casi lo hemos logrado, primer administrador —le aseguró Rampshel mientras pasaba a su lado apoyándose en el bastón de mango de plata—. Casi, casi lo hemos logrado.

—Muy bien, jefe de coro. Siga —le contestó Bruno Leger, elegido primer administrador de Ciudad Beati.

Era un individuo bajito, con el cráneo afeitado y una perilla recortada de forma escrupulosa. Se recolocó la capa que llevaba sobre los hombros con gesto meticuloso y comprobó por dos veces que el amuleto que le colgaba sobre el pecho estaba bien centrado. El mariscal Biagi, que estaba a su lado, cruzó los enormes brazos sobre el pecho y suspiró.

—Está bien, o eso creo —murmuró el primer administrador—. ¿Está bien?

—Está bien, señor —contestó Biagi.

—¿De veras? Bien. Estupendo. Verá, esto…, ¿será suficiente?

—Es apropiado, primer administrador —respondió Biagi, que se alisó el fajín del uniforme—. Si el puñetero coro logra dar una nota, nos echaremos todos a reír.

—¿Desafinan? ¿Sí? ¿Desafinan? —El primer administrador se puso una mano en la oreja—. Desafinan, ¿verdad? Les diré que…

—Señor, por favor —dijo el ayatani Kilosh, que sacó una mano nudosa de debajo de su larga túnica azul y la colocó en el brazo de Leger para tranquilizarlo—. Todo está muy bien.

—¿Sí? ¿De verdad está bien? Perfecto. Estupendo. ¿Por qué se van esos niños? ¿No deberían estar en la primera fila del coro?

—Rampshel se encargará de eso —le aclaró Biagi.

—¿Se encargará él? Eso espero. Quiero que todo esté perfecto. Hoy recibimos a unos héroes, unos veteranos. Su reputación les precede.

—Sin duda así es, señor —comentó el ayatani Kilosh.

Una sombra pasó por encima de sus cabezas y tapó por un momento la luz que se filtraba por las claraboyas de la terraza ceremonial de llegada. Todos sintieron cómo retumbaba el suelo con el aterrizaje.

—Bueno, ya han llegado —dijo Leger.

Rampshel alzó los brazos y el coro comenzó a cantar. Lo dirigía con movimientos enérgicos cuando las primeras compuertas internas de la terraza empezaron a abrirse con un fuerte siseo de vapor.

El primer administrador Leger no estaba muy seguro de lo que debía esperarse, excepto algo heroico. El coro, con las voces a pleno pulmón y con los libros antifonales abiertos delante, cantaba *La gran súplica de la Beata*. Casi no fallaba ni una nota.

Dos siluetas surgieron de la nube de vapor, una al lado de la otra. La primera era un hombre de rostro atractivo y de aspecto moral dudoso, con mirada de bufón. La otra era una mujer delgada, con el cabello cortado a cepillo y teñido, que caminaba con cierta actitud desafiante. Ambos iban vestidos con uniformes de combate de color negro mate y equipados con armaduras corporales. Llevaban los rifles colgados del hombro de un modo que parecía despreocupado. El hombre tenía implantado un hombro artificial y le hizo un guiño a Leger en cuanto lo vio. Ella también llevaba puesta una chaqueta de las que se ceñían a la cintura. El rifle le colgaba de forma horizontal sobre el torso, con la mano derecha cerca del gatillo y la izquierda apoyada en el cañón como si fuera la puerta de un vehículo.

Avanzaron con paso decidido por la terraza de desembarco sin hacer caso de los esfuerzos del coro.

Leger dio un paso hacia ellos.

—En nombre de los ciudadanos de…

El hombre con el hombro artificial se dio la vuelta, le sonrió y se colocó un dedo en los labios. La mujer, detrás de él, acabó la comprobación ocular del sitio y acercó una mano al transmisor.

—El lugar está despejado —le oyó decir Biagi—. Podéis salir.

Otra figura apareció en la compuerta, una silueta recortada al principio por el resplandor del vapor. Se trataba de un individuo de aspecto imponente, vestido con un abrigo largo y que llevaba puesta una gorra de pico. El primer administrador Leger contuvo la respiración, expectante.

El individuo avanzó hasta quedar bajo la luz directa. Era un hombre delgado, de estatura elevada. El uniforme correspondía al de combate de un comisario, pero las charreteras indicaban que tenía el rango de coronel. El rostro era tan anguloso y duro como una piedra. Bajó por la rampa hasta quedar delante de los tres dignatarios, se arrodilló delante del primer administrador y se quitó la gorra.

—Ibram Gaunt, del Primero de Tanith. Me presento, tal como me han ordenado.

«Así que éste es el famoso Gaunt», pensó Biagi. No se sentía demasiado impresionado. Los informes decían que Gaunt y sus hombres eran combatientes de primera línea de frente. Sin duda, desprendían ese olor propio a perro rabioso y no habían sido educados de forma adecuada. Biagi albergaba muchas dudas sobre su capacidad para llevar a cabo la tarea para la que habían sido elegidos.

Gaunt se puso en pie.

—Bienvenido, bienvenido, coronel-comisario —dijo Leger. Le puso las manos en los hombros y le dio un beso en cada mejilla. Tuvo que alzarse de puntillas para hacerlo. Gaunt pareció consentir y tolerar aquella forma de saludo del mismo modo que un perro guardián permite que de vez en cuando le rasquen entre las orejas. Leger comenzó a pronunciar un largo discurso de bienvenida en el lenguaje de las ceremonias, el gótico alto.

—Llega temiendo por su seguridad —lo interrumpió Biagi mientras señalaba con un gesto del mentón a los dos soldados que habían precedido a Gaunt. El comisario entrecerró los ojos y miró a Biagi con una expresión interrogativa—. Soy el mariscal Timon Biagi, al mando de la Fuerza de Defensa Planetaria y de los regimientos de la ciudad.

Gaunt le saludó militarmente.

—Mis sargentos insistieron —contestó señalando también a los dos soldados—. Mientras descendíamos nos informaron de que se estaba produciendo un ataque.

—En las afueras de la ciudad, no aquí —replicó Biagi—. Mis fuerzas han detenido el ataque. Tenemos un leve problema con unos herejes disidentes. No había amenaza alguna a su seguridad.

—Preferimos comprobar ese tipo de situaciones en persona —dijo la sargento hablándole directamente a Biagi.

—Criid —la recriminó con voz suave Gaunt.

—Pido disculpas —contestó Criid de forma inmediata—. Preferimos comprobar ese tipo de situaciones en persona, señor.

Biagi sonrió. Por lo que parecía, aquel famoso jefe de combate ni siquiera era capaz de mantener callados a sus propios perros. Miró de arriba abajo a la mujer —«se llamaba Criid», ¿no?— y habló con voz burlona.

—¿Una mujer?

Ella lo miró sin pestañear, y luego imitó su gesto observándolo de pies a cabeza.

—¿Un hombre? —dijo tras un momento.

El otro sargento soltó unas cuantas risas contenidas.

—Basta, Varl —ordenó Gaunt, que se puso cara a cara con Biagi—. Mariscal, no empecemos con mal pie, pero no pienso reprender a mis soldados por cumplir con su deber.

—¿Eso incluye hablar cuando no deben?

—Por supuesto, los castigaré en cuanto vea que lo hacen.

—¡Bueno, es maravilloso que estén aquí! —exclamó el primer administrador con un entusiasmo que sonó falso. Era evidente que estaba ansioso por romper aquel ambiente hostil—. ¿A que sí? ¿A que es maravilloso?

—Estoy aquí porque el Señor de la Guerra en persona me ha ordenado venir —contestó Gaunt—. Ya veremos lo que de maravilloso.

—Coronel-comisario —comentó Kilosh hablando por primera vez—, ¿me permite decirle que esa aclaración me inquieta? —aunque era alto, también era mayor, pero su mirada tenía más fuerza que la del primer administrador o que la del propio mariscal—. Ese comentario podría tomarse con facilidad por una herejía.

Gaunt se envaró y habló con un tono cuidadoso.

—No pretendía ofender a nadie. No me refería a la maravilla que ha tenido lugar aquí, sino a las tremendas consecuencias a las que podría dar lugar algo semejante.

Kilosh asintió, como si se hubiera apaciguado.

—Ya nos conocemos —le dijo a Gaunt.

—Lo recuerdo, ayatani Kilosh —contestó Gaunt a la vez que le hacía una breve reverencia formal—. Fue hace tres años siderales. En la ciudad de Doctrinópolis, en Hagia. Resultó encuentro muy breve, pero sería muy desconsiderado por mi parte si no me acordara. Su rey, Infareem Infardus, había muerto, y yo fui el encargado de transmitir tan triste noticia.

—Fue un momento negro en la historia de Hagia —dijo Kilosh mostrándose de acuerdo y bastante halagado de que Gaunt se acordara de aquel momento de una forma tan exacta—. También fue una mala época para mi orden. Sin embargo, los

tiempos han cambiado. Ha ocurrido el milagro. La galaxia es un lugar más luminoso ahora, y en parte, se le debe agradecer a usted por lo que hizo.

—¿Lo que hice?

—El esfuerzo desplegado por su regimiento. Protegió el Santuario y expulsó al enemigo. Por eso, está aquí.

—¿Usted lo pidió?

—No, coronel-comisario —le respondió Kilosh con una sonrisa—. Ella lo pidió.

Gaunt se quedó dubitativo y se acarició un lado de la estrecha barbilla con los dedos de una mano.

—Estoy deseando hablar sobre esto con usted, padre ayatani —dijo por fin—, pero en primer lugar, me gustaría pedir permiso al primer administrador…, y al mariscal, para encargarme de mis tropas.

Leger asintió con entusiasmo e hizo otra pequeña reverencia. Gaunt dio media vuelta y se alejó de regreso a las compuertas de desembarco.

—¿Qué piensa de él? —susurró Kilosh.

—No me parece tan importante como para que piense en él.

—Parece un hombre cabal —comentó Leger con voz alegre—. ¿No? ¿No lo parece?

—¡Oh, sí! Creo que sí —respondió Kilosh—. Casi demasiado cabal, y es ahí donde podemos tener un problema. Me parece que no se lo cree.

—Entonces, tendremos que hacer que se lo crea —apuntó Biagi, que se calló cuando vio que un hombre fornido con un uniforme de comisario de línea salía de una de las compuertas—. Discúlpenme —dijo a modo de despedida antes de alejarse.

Los soldados de Tanith se arremolinaban en el punto de reunión. Biagi vio mientras bajaba por el puente de metal cómo se abrían compuerta tras compuerta a lo largo de la terraza ornamental. Los hombres, y algunas mujeres también, todos vestidos con el mismo uniforme negro sucio y equipados con capas de camuflaje, salían de la flota de naves de desembarco arrastrando cajas de munición, contenedores de equipo y mochilas. Todos tenían un olor particular: el olor a suciedad, a lycelina y a promethium en estado gelatinoso que ningún lavado, por largo que fuera, podría quitar. Las sombras de otras naves de desembarco pasaron por encima de las claraboyas de la enorme terraza e instantes después se oyó el ruido sordo y el chasquido metálico de las abrazaderas al engancharse. Varias nubes de vapor surgieron de las rejillas del suelo.

Los recién llegados se mantuvieron alejados de Biagi de un modo educado. Era un oficial superior, y también, un individuo imponente. Tenía la cabeza afeitada, la

piel oscura de tez aceitunada y los ojos de color ámbar. Además llevaba puesto el uniforme ceremonial de combate del regimiento de la ciudad de cuero color marrón y adornos en hilo de oro. El pecho y el brazo izquierdo los tenía cubiertos por las placas de una armadura segmentada y pulida, y a la espalda, debajo del fajín escarlata, llevaba el depósito compacto de combustible.

Biagi se detuvo cuando se encontró con tres soldados que sacaban una plataforma cargada con tanques de promethium por una de las compuertas de desembarco.

—Tú, ¿qué es todo esto?

—¿Señor? —contestó el que estaba más cerca, un tipo enorme con un bigote grande y espeso.

—¿Cómo os llamáis?

—Soy el soldado Brostin, señor —contestó el forzudo, que fue señalando por turnos a sus compañeros—. Este es Ulva, y aquel, Dremmond.

Los otros dos soldados se apresuraron a saludar. Lubba era un individuo bajo, pero fornido, cuyo cuerpo estaba cubierto por toda clase de tatuajes casi bárbaros. Dremmond era más joven y delgado, y tenía el cabello corto y oscuro.

—¿Son lanzallamas?

—Señor, sí, señor —contestó Brostin—. Los elegidos del Emperador. El pone el fuego de su fe en nosotros, y nosotros le metemos ese fuego al enemigo.

—Bueno, pues ya podéis estar metiendo todos esos depósitos y bombas de carga de nuevo en la nave.

—¿Cómo dice, señor?

—Son las leyes de la ciudad. Sólo los oficiales del regimiento Civitas Beati pueden llevar lanzallamas en combate.

—Disculpe, señor, pero… ¿por qué? —le preguntó Lubba.

—En este mundo, el agua es poder, y el uso del enemigo del agua, el fuego, es un privilegio ejercido tan sólo por los guerreros de las castas superiores. ¿Necesita más explicaciones?

—No, señor, no las necesitamos —respondió Brostin. Biagi continuó andando.

—¿Comisario Hark?

El comisario Hark se dio media vuelta y saludó con rapidez.

—Soy Biagi, mariscal del Civitas Beati. Bienvenido a Herodor —le dijo Biagi, a la vez que contestaba al saludo militar. Luego, le estrechó la mano—. Me pidieron que le buscara.

—¿De verdad?

—Al general le gustaría hablar con usted en privado.

—Ya me lo imaginaba —contestó Victor Hark.

El ayatani Zweil agachó con cuidado su envejecido cuerpo hasta ponerse de rodillas y

besó el suelo de metal antes de empezar a murmurar las plegarias que había rezado durante casi toda su vida y que sólo en ese momento parecían tener sentido.

Estaba rodeado de fantasmas que descargaban el material de las naves de desembarco. Muchos se arrodillaron a su lado y sacaron las cintas de fe de seda verde para besarlas del modo que él les había enseñado. Aquellos chicos y chicas, aquellos soldados, eran fieles. Era algo glorioso de admirar. Deslió el lazo verde lleno de cuentas que llevaba anudado alrededor de los nudillos arrugados y comenzó a recitar la letanía.

Gaunt apareció a su lado y lo levantó con suavidad.

—Debo acabar…

—Lo sé, padre, pero estás en medio de una cubierta de aterrizaje y lo más probable es que te aplasten a pisotones si te quedas aquí.

Zweil lanzó un resoplido, pero dejó que Gaunt lo sacara de allí justo en el mismo instante en que Obel y Garond pasaban con una gran caja llena de cohetes colocada sobre un montacargas gravitatorio.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Gaunt.

El imhava ayatani se quedó mirando al comisario con una expresión feroz en los ojos.

—¿Por supuesto que sí? ¿Cómo no iba a estarlo?

—Estás muy cansado, padre ayatani. Este largo viaje te ha agotado.

Zweil soltó un bufido. Si Gaunt le hubiera comentado algo así en Aexe, quizá habría estado de acuerdo. En aquel lugar había intentado hacer caso omiso de todos los síntomas, pero sabía que su avanzada edad le empezaba a pasar factura. Había comenzado a plantearse cuánto tiempo más de vida le quedaría.

Sin embargo, en ese momento le había llegado la buena nueva y había sentido henchidas de una nueva vitalidad todas las articulaciones reumáticas y una mente que hasta entonces se había mostrado cada vez más apagada.

Zweil miró a Gaunt y se arrepintió de su breve ataque de ira.

—No me hagas caso. Estoy viejo e ilusionado, y he pasado los últimos meses metido en una nave de transporte de la armada soñando con lo que nos esperaba aquí.

—¿Qué?

Zweil negó con la cabeza.

—¿Un olor dulce y suave a carne incorrupta que llenara todo planeta? ¿El aroma a islumbine?

Zweil se rio por lo bajo.

—Sí, es lo más probable. Durante el largo viaje desde Aexe Cárdinal me he preguntado lo que debía esperar.

—Yo también —contestó Gaunt.

—Ibram, casi no puedo creerme que sea verdad.

—Yo tampoco, padre.

Algo en el tono de voz de Gaunt hizo que Zweil se callara.

Miró a su amigo el coronel-comisario y vio en la expresión de su rostro que Gaunt se había dado cuenta de que había dicho algo en la respuesta que se le había escapado sin querer. Zweil se lo quedó mirando y frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa?

—Nada. Olvídalo.

—No pienso hacerlo, Gaunt. Si no te conociera bien, pensaría que eres un escéptico. ¿Qué es lo que te estás callando?

—Ya te he dicho que nada.

—Ella te habló en Aexe…

Gaunt bajó la voz hasta hablar en un susurro.

—Por favor, padre ayatani. Eso debe quedar entre nosotros. Es algo muy íntimo y privado. Lo único que quise decir fue que…

—¿Qué?

—¿No te ha pasado nunca que algo te pareciera demasiado bueno como para ser verdad?

Zweil sonrió.

—Por supuesto. Recuerdo una chica muy ágil y flexible que conocí en Frenghold, pero ese asunto es todavía más íntimo que lo que te ocurrió en Aexe Cardinal, Comprendo que tengas dudas, Ibram. La propia santa nos advirtió en sus epístolas sobre los ídolos falsos. Sin embargo, no puede ser que todos los ritos adivinatorios hayan fallado. En todas las iglesias de la Eclesiarquía ha habido testigos de señales y portentos. Y tú…, tú tienes más razones que nadie en este mundo para confiar en lo que ocurre.

Gaunt suspiró profundamente.

—Confío en el ministerio de la santa y en los inescrutables designios del Emperador, pero en lo que no confío es en las personas.

Zweil se quedó desconcertado, pero logró sonreír un poco. Le dio a Gaunt un par de palmadas en el brazo.

—Ibram, olvídate de la fragilidad de las personas. En Herodor se está produciendo un milagro empático.

—Bien. Si ves a Ana… Déjalo, está allí.

Gaunt se alejó del viejo sacerdote y atravesó el gentío de fantasmas que estaban desembarcando.

—¿Ana?

La cirujana Ana Curth alzó la vista de un cargamento de instrumentos esterilizados y embalados que estaba revisando. Se puso en pie y se colocó la placa de datos bajo el brazo antes de apartarse varios mechones de cabello corto de la cara

en forma de óvalo.

—Coronel-comisario.

—El asunto sobre el que hablamos en el viaje…

Curth dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes qué? Te estaba siguiendo la corriente, lbran. Hay que ver, todas esas semanas encerrada contigo en ese transporte Era más fácil asentir con la cabeza que decir lo que pensaba. Bueno, pues ahora te voy a decir lo que pienso: deberías hablar con Dorden sobre eso.

Gaunt torció el gesto.

—Nuestro jefe médico y yo no nos llevamos precisamente bien ahora mismo.

—Eso es porque los dos sois unos cabezones idiotas, y lo que es por mí…

—Cállate, Curth.

—Ya me callo, señor.

—Quiero que lo hagas por mí. Por favor. De un modo discreto, privado.

—Si es una cuestión de fe…

—Cirujana, puedes poner en duda cualquier cosa de mí, menos mi fe.

Ella se encogió de hombros.

—Vale. Tú ganas. Recogeré mi mochila, aunque la verdad…, mira, aunque la verdad es que no me gusta.

Curth se alejó, pero se volvió un momento.

—Ya sabes —le dijo a gritos— que sólo lo hago porque eres muy bueno en la cama.

Los fantasmas que estaban alrededor de ellos se quedaron quietos inmediatamente. A varios se les cayó lo que tenían en las manos. Curth los miró con gesto ceñudo.

—Es una broma, una broma. Por Feth, qué gente…

Desapareció entre el gentío. Gaunt miró a los que a su vez lo estaban mirando.

—Volved a lo vuestro… —comenzó a decir, pero lo dejó con un suspiro y les indicó con un gesto desganado que siguieran con su faena.

—¿Señor?

Era Beltayn, el ayudante de Gaunt. A Gaunt no le gustó ni un pelo la expresión de su cara.

—Dímelo ya.

—¿Señor?

Gaunt agachó la cabeza y lo miró.

—Pasa algo raro, seguro.

Beltayn sonrió y asintió.

—Nos faltan…, nos faltan un par de naves.

—¿Un par?

—Bueno, tres, más o menos.

—¿Tres, más o menos?

—Bueno, en realidad, son cuatro.

—¿Cuáles?

—La dos, la tres, la cuatro y la cinco.

—Corbec, Rawne, Mkoll y Soric. Sé que voy a arrepentirme de preguntarlo, Beltayn, pero ¿tienes alguna idea de dónde pueden estar?

—Cambiaron de rumbo durante el descenso, señor.

—¿Cambiaron de rumbo? ¿Con qué permiso? Espera. Déjame adivinarlo. ¿El de Corbec?

—Sí, señor.

—¿Y dónde están ahora?

—Por lo que yo sé, señor, les comunicaron que había combates en el perímetro de la ciudad, y el coronel Corbec decidió sobre la marcha que deberían…

—¿Deberían qué?

—Mojarse en el asunto.

—¡Oh, Feth! —soltó Gaunt.

El mayor Udol rodó sobre sí mismo. Los disparos de los acechantes estaban machacando el terreno a su alrededor. Lo único que lograba oír era el zumbido agudo de los cañones láser. Sangraba por una herida en la frente. Los restos achicharrados de uno de sus hombres colgaban inertes de una tienda medio caída enfrente de él.

Una sombra le pasó por encima de la cabeza, y se dio cuenta por el polvo que el viento había cambiado de dirección de nuevo. De repente, tomó la fuerza de una galerna. La gravilla y la arenisca lo golpearon con fuerza.

¿Qué demonios era aquello?

Udol miró hacia arriba y se quedó paralizado. Una nave de desembarco, con los propulsores a toda potencia y con la luz del sol reflejándose en su casco metálico, estaba descendiendo casi encima de ellos. Una segunda también se estaba posando a menos de quinientos metros. Había otras que bajaban del cielo como gigantescos escarabajos rechonchos.

Eran naves de diseño estándar de la Guardia Imperial, de morro chato; naves preparadas para transportar grandes cargas. La Guardia Imperial. Le había rezado a la santa para que le ayudara. ¿Qué clase de respuesta a su plegaria era aquella?

Udol sintió que el suelo se estremecía cuando la primera nave tocó tierra y rebotó con fuerza sobre las patas del tren de aterrizaje hidráulico. En cuanto se abrieron las compuertas la nave de desembarco empezaron a salir hombres de armas, hombres con uniformes negros y armaduras, envueltos en capas de camuflaje; eran guardias imperiales. Se desplegaron por el terreno baldío del obsidae disparando sin cesar,

pero con disciplina, contra los enemigos que avanzaban, y se enfrentaron a ellos y a los malditos acechantes. El aire cubierto de polvo estaba repleto de rayos láser que lo cruzaban.

Udol se puso en pie justo a tiempo para ver cómo el acechante más cercano corregía su puntería y comenzaba a disparar contra la nave de desembarco en el preciso momento en que despegaba. La ráfaga de disparos impactó contra el morro achatado e hizo que los motores aullaran en protestaran por el sobreesfuerzo, pero logró despegar y le pasó por encima de la cabeza, con las compuertas abiertas todavía y el tren de aterrizaje sin replegar.

Distinguió una repentina nube de humo entre las filas de los recién llegados y vio la estela de un cohete que se dirigía a toda velocidad contra uno de los acechantes, seguido de otro proyectil instantes después. En la parte delantera del acechante estalló una bola de fuego, y el vehículo se detuvo, balanceándose sobre las patas. Se quedó allí un momento, dubitativo, antes de dar otro paso, pero inmediatamente un nuevo cohete se estampó contra el morro. El resplandor de un tremendo estallido iluminó la llanura de vidrio por un momento, y cuando desapareció, lo mismo había hecho el acechante. Una lluvia metálica de restos mecánicos ardientes, producto de la ingeniería del Caos, cayó desde la nube de humo resultante.

Udol intentó ponerse en contacto con sus hombres por el comunicador, pero una señal desconocida se había apoderado de los canales. Sólo captó retazos. Sonaban voces como «¿… estáis esperando, por Feth?» seguido de «¡…viva para siempre!».

Avanzó a la carrera y animó a sus hombres para que se unieran al ataque. Los soldados de la Guardia Imperial estaban haciendo retroceder a los herejes. Una nueva bola de fuego iluminó por un momento el lugar como si fuera un sol en miniatura: otro acechante enemigo había estallado en mil pedazos.

El aire estaba repleto de restos polvorientos. Los soldados de negro avanzaban a través de él sin dejar de disparar. Apenas eran visibles en mitad del humo.

Udol pensó que parecían fantasmas.

Fuesen quienes fuesen, parecían sentirse insoportablemente satisfechos de su actuación. Udol oyó a medida que se acercaba cómo los soldados de uniforme negro intercambiaban gritos de victoria y felicitaciones mientras regresaban al trote para recuperar las pesadas mochilas y el equipo que habían dejado atrás en el ataque. El enemigo —los pocos que habían sobrevivido— había huido hacia la polvorienta lejanía del obsidae. El tercer y último acechante explorador no era más que una masa ardiente sobre la superficie vítrea. El suelo estaba repleto de cadáveres de uniforme rojo.

Udol intentó identificar a algún oficial entre los guardias imperiales. Al parecer, aquellos soldados no llevaban insignias de ninguna clase, excepto un broche que representaba una calavera atravesada por una daga sobre la que se veía el águila de la

Guardia Imperial. Tenían los rostros tapados por unas máscaras respiratorias estándar, abultadas y de aspecto engorroso.

—¿Tu gente está bien? —le preguntó una voz de tono grave a su espalda.

Udol se dio la vuelta. El individuo que le había hablado era de estatura elevada y complexión fornida, y los mechones rizados de una barba negra y espesa le sobresalían por los lados de la máscara. Tenía un acento extraño.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Preguntaba si tu gente estaba bien. Estabais metidos en un buen lío.

—Nosotros… —comenzó a responder Udol, pero se dio cuenta de que no sabía qué decir—. Han llegado en naves de desembarco —fue lo único que se le ocurrió contestar.

El desconocido señaló con un pulgar al cielo.

—Llevábamos metidos en órbita de espera desde hacía dieciséis horas. Luego, nos ordenaron que embarcáramos en las naves y todos dimos gracias. Resulta que cuando estábamos bajando nos enteramos de que había un ataque, así que suspendimos el descenso. «Que le den por Feth», me dije. Además estábamos demasiado lejos para regresar; ya sabes a lo que me refiero. Vimos la zona de aterrizaje desde muy arriba, pero también vimos el follón de Feth que…

—¿El qué?

—El pam, pam, pam. Entonces me dije que había gente nuestra metida en problemas, así que cambiamos el rumbo y vinimos aquí, donde podíamos ser de más ayuda.

—¿Bajaron hacia el combate en vez de posarse en la zona de aterrizaje? —le preguntó Udol.

—Sí, eso fue lo que hicimos. Yo lo considero un ahorro de esfuerzo. Si íbamos a posarnos en el planeta de todas maneras, era mejor que nos posáramos en un sitio útil. Y así lo hicimos, vaya. Vino bien, por Feth. Por cierto, ¿quién eres?

Udol se lo quedó mirando un momento y luego alargó una mano enguantada.

—Soy el mayor Eric Udol, de la tercera compañía del regimiento Civitas Beati.

—Pues encantado y todas esas cosas que se dicen, Udol. Perdona, pero es que todavía tengo el subidón del combate. Mis chicos también están exaltados. Hemos pasado demasiados meses metidos en la panza de un transporte sin matar apenas nada. Estamos en Herodor, ¿no? He oído hablar tanto del planeta, por Feth.

—¿Sabe que… —empezó a decir Udol—, que va contra las ordenanzas posarse con naves de desembarco en mitad de un ataque?

El gigantón se quedó callado y pareció pensar en ello unos momentos.

—Pues me parece que la respuesta es sí. ¿Sabes lo eficaz que es desembarcar tropas en mitad del ataque enemigo? ¿O es que preferías no vivir mucho más?

—Yo…

—Míralo tú mismo —le dijo el desconocido extendiendo el brazo con un gesto amplio—. Observa los restos de los vehículos enemigos, la inexistencia de disparos hostiles y el culo de todos esos herejes que se las pelan para huir. ¿A que fue todo un espectáculo, eh, mayor?

—¿Y usted quién es?

—Soy el coronel Corbec, del Primero y Único de Tanith.

—¡Ah! —exclamó Udol, comprendiéndolo por fin—. Los de Tanith. Sois vosotros a los que ella estaba esperando.

La improvisada fuerza de socorro de Corbec, cuatro pelotones en total, se dispersó en grupos más o menos organizados en el borde de la zona de combate. Se decía que el oficial al mando de las fuerzas locales se había comunicado con el mando logístico táctico para pedir que les enviaran vehículos de transporte y así llevarlos a la ciudad propiamente dicha.

El mayor Rawne de los Fantasmas de Tanith, el tercer oficial al mando por debajo de Gaunt y jefe del tercer pelotón, se alejó del punto de reunión y se quedó de pie solo. Giró lentamente sobre sí mismo para echarle un buen vistazo a los alrededores. Era lo primero que veía de Herodor, un mundo al que habían tardado en llegar varios meses aburridos y monótonos; un mundo, o eso le habían dicho, que albergaba un gran milagro.

No era un lugar bonito, y no le parecía milagroso en absoluto. Sin embargo, tuvo que admitir que poseía una especie de belleza fría. El cielo era de un tono blanquecino suave y brillante, con apenas unas cuantas manchas de azul grisáceo a lo largo del horizonte, sobre todo en el norte, donde unas cuantas acumulaciones de rocas de aspecto sucio se alzaban en el aire. El terreno que los rodeaba, llamado «obsidae» por los habitantes del lugar, era una extensión desnuda de polvo azulado, sembrada de vidrio volcánico de color negro El escaso aire era muy seco, hasta el punto de ser abrasivo. Rawne había leído que la mayor parte de Herodor era un desierto ártico, un paisaje desolado a temperaturas bajo cero lleno de llanuras de polvo, riscos de piedra vitrificada y laderas escarpadas. Le recordó de forma desagradable la muerte, la verdad reseca y quebradiza que se encontraba en todas las tumbas. Los Fantasmas de Tanith todavía no habían estado en un mundo por el que no les hubiera costado vidas y sangre pasar. ¿Qué precio iba a pedirles Herodor? ¿Quién tendría como última imagen de su vida aquellos páramos desolados?

«Cualquiera de nosotros —pensó—. Todos nosotros. La muerte no es muy quisquillosa a la hora de elegir; no es muy selectiva que digamos». Había estado a punto de tocarle a él en Aexe Cardinal. Todavía sentía su frío abrazo, reticente a dejarlo marchar del todo.

O quizá se trataba del viento helado que recorría aullando el obsidae.

El lento giro de observación de Rawne acabó por dejarlo encarado hacia Ciudad Beati, la ciudad de la santa, un lugar santo menor, uno más de los muchos sitios y mundos tocados por Sabbat miles de años antes y que se había convertido en un paraje sagrado. Era una población creciente, el núcleo principal de Herodor. Tres torres colmena parecidas a losas construidas con ashlar blanco rodeaban como guardaespaldas un pináculo central más antiguo y oscuro. Alrededor, por los costados descendientes, había habitáculos de menor calidad, factorías, vías de tránsito y viaductos de ladrillo…, Hacia el oeste se encontraban las cúpulas de cristal oscurecido de las numerosas granjas agropónicas que alimentaban a la ciudad, granjas que se mantenían gracias a fuentes termales de agua mineral sobre las que se había fundado la urbe.

Rawne se dio cuenta con pragmatismo de que eso era lo que hacía que aquel lugar fuera especial. No se trataba de quién había estado o de lo que se había hecho allí. La ciudad tenía aquella ubicación tan sólo porque las aguas termales surgían a través de la fría corteza del planeta únicamente ese emplazamiento.

Oyó que alguien gritaba su nombre. El grito estaba apagado por una máscara respiratoria. Se dio la vuelta y vio a Mkoll, el jefe explorador del regimiento, que se dirigía al trote hacia él.

—¿Sí, Mkoll?

—Han llegado los transportes, señor.

Al borde del obsidae se alzaba un acueducto y bajo sus arcos pasaba una hilera de vehículos.

—Que todo el mundo se suba —le ordenó Rawne al jefe explorador.

Para cuando se reunieron con los cuatro pelotones, los fantasmas ya estaban subiendo a los transportes. Mkoll comprobó que el pelotón que tenía al mando había metido todo el equipo. Miró a su alrededor y vio al sargento Soric, del quinto pelotón, que parecía estar tomándose su tiempo para acomodar a los miembros de su unidad. Los últimos cinco soldados todavía estaban colocándose en la parte trasera de uno de los camiones. El viejo sargento estaba leyendo cuidadosamente un trozo de papel.

—¿Va todo bien? —le preguntó Mkoll.

Soric alzó la vista con brusquedad, como si el explorador lo hubiese sobresaltado. Hizo una bola con el trozo de papel, de color azul, y lo tiró a un lado.

—¡Todo va bien! —le espetó antes de acercarse a la parte trasera del camión para que alguno de sus hombres lo ayudase a subir.

Mkoll dio un par de golpes en el costado del vehículo para indicar que ya estaban todos, y el transporte arrancó con un petardeo del tubo de escape y un chirrido del cambio de marchas. Se dio la vuelta para montar en el vehículo que le correspondía.

La bola de papel azul pasó por delante de él arrastrada por el frío viento que azotaba la superficie de fragmentos de vidrio. Mkoll se agachó y lo recogió. No era

más que una hoja de un taco de papel para mensajes, una de aquellas delgadas tiras de papel en blanco sobre las que escribir y que se utilizan si el comunicador no funcionaba. Pero, que él supiera, el comunicador de Soric funcionaba.

Mkoll desdobló el papel. Había escrita una sola línea: «Va haber problemas antes incluso de llegar a tierra».

Mkoll se preguntó en nombre de Terra qué querría decir.



DOS

La chica de las colinas

Lo que fue será Lo que murió vivirá. Lo que cayó se alzará. En verdad os digo que ésta es la naturaleza de todas las cosas, si tuvierais fe por una vez.

Santa Sabbat,
Epístolas

Estaba de pie en uno de los pisos más altos de la colmena interior. Bajó la vista para mirar Ciudad Beati. Más allá de los costados de ceramita y ashlar blanco de las torres colmena, el mosaico de techumbres de ladrillo tejado bajaba y era cortado por las líneas de las calles y de los viaductos. Desde allí se veía todo: la piedra trabajada de los edificios más antiguos, las paredes metálicas manchadas de los procesadores y de las cúpulas agropónicas, el laberinto de callejuelas y pasajes, la desolación de los habitáculos de los pobres.

No era una ciudad segura; ni segura ni asegurable. No contaba con murallas o fortificaciones que la protegiesen, a excepción de las paredes rocosas que rodeaban el valle donde se encontraba. Había un sistema de escudo generado por varias plantas de energía que circunvalaban la ciudad y que, junto a los mástiles principales que se alzaban sobre las torres colmena, podría crear un campo de energía coherente que la cubriría como un toldo. Sin embargo, aquel sistema de defensa estaba pensado para resistir tormentas de polvo y ventiscas de vidrio, no explosiones.

Y eso era lo que se avecinaba. Una guerra en toda regla se aproximaba hacia Herodor con la misma certeza que las masas de peregrinos que habían acudido al lugar. Ciudad Beati no sobreviviría. No había sido construida para enfrentarse a la guerra, y él no tenía ni idea de cómo empezar a defenderla. Se acordó de la colmena Vervun, grande, sólida, y de lo difícil que había resultado defenderse allí. La colmena Vervun había sido diseñada por arquitectos militares, que lo primero que tenían en cuenta en una construcción eran los principios defensivos. La Cúspide y las murallas que la rodeaban formaban una sólida fortaleza, en cuyo interior se podía refugiar toda la población de la colmena en caso de ataque. Por el contrario, Ciudad Beati se había limitado a crecer sin control; los distritos de habitáculos de renta baja se habían ido extendiendo más y más lejos de las superpobladas torres colmena.

Dios Emperador, aquello iba a ser un baño de sangre.

Gaunt se dio la vuelta y dejó a la espalda la ventana de observación de cristal oscurecido. Efectuó unas cuantas anotaciones más en la placa de datos que llevaba consigo desde que había llegado y donde guardaba todas las ideas que se le habían ocurrido para fortificar y defender todo lo posible la ciudad ante cualquier clase de ataque. Necesitarían generadores de escudo mucho más potentes para empezar; baterías de artillería móviles, y algunos blindados de verdad. Y por supuesto, refuerzos. Las puñeteras avenidas anchas tendrían que cortarse de algún modo, y habría que bloquear el sistema suministro de agua. Deberían empezar a almacenar ya comida y munición. Según el último informe que había recibido de la armada, la flota del Departamento Munitorum estaba a dos días de camino, y una fuerza de ataque de tres regimientos, incluidos varios destacamentos blindados, llegaría procedente de Khan. Herodor también necesitaría la cobertura de una flota de combate. Ya había efectuado una petición al respecto siguiendo los canales adecuados; había requerido

ayuda del Adeptus Mechanicus, pero no le había llegado ninguna respuesta todavía.

Oyó cómo la puerta que daba a la sala de paredes se abría y supuso que se trataba de Beitayn, que volvía por fin con una taza de cafeína y algo para comer. No era así.

—¡Vaya!, me alegro de que hayáis decidido reuniros conmigo —exclamó Gaunt.

Corbec sonrió y asintió. Estaba comiéndose un trozo de pan con carne curada y llevaba una taza de cafeína humeante en la otra. Rawne, que estaba a su espalda, sostenía una taza en cada mano y le entregó una a Gaunt.

—Nos encontramos con Beltayn de camino hacia aquí —le explicó Rawne.

—Se supone que también me iba a traer algo de comida —contestó Gaunt.

Corbec dejó de masticar inmediatamente y miró con expresión de culpabilidad el trozo de pan.

—Lo siento —dijo disculpándose.

Gaunt hizo un gesto con la cabeza quitándole importancia.

—Sentaos. Por lo que sé, habéis tenido un día ajetreado.

—No podíamos dejar que los machacaran. Era un ataque en toda regla, el más serio que han tenido hasta ahora, o eso me han dicho —dijo Corbec.

Tanto él como Rawne tenían los uniformes cubiertos de polvo, y en la cara de Corbec todavía se veían las marcas rojas donde las correas de la máscara respiratoria se le habían clavado en la piel.

—¿Tanques?

—Tres acechantes. Vehículos ligeros, pero blindados de todas maneras. Caff y Feygor se encargaron de ellos con un cuantos cohetes, pero lo mejor es que hemos identificado al enemigo.

Metió una mano en el morral que llevaba al costado y saco un visor de hierro en forma de rostro lanzando un gruñido,

Había un agujero de rayo láser en mitad de la máscara.

—¡Feth! —soltó Gaunt.

—El Pacto Sangriento está aquí, y con efectivos numerosos.

Gaunt señaló con un gesto el visor que Corbec tenía aún en la mano.

—Podría ser…

—Conozco muy bien a esos cabrones —le contestó Rawne. Gaunt asintió.

—La milicia local cree que los ataques los efectúan células de herejes. Llevan atacando la ciudad desde hace cuatro días. —Tomó la máscara de manos de Corbec —. No tienen ni idea de lo que es en realidad, ¿verdad?

—Pues ya va siendo hora de que se enteren —comentó Corbec.

Gaunt dejó la máscara en la mesa.

—Creo que nos enfrentamos a una unidad de avanzadilla que tiene la misión de mantenernos ocupados mientras llega la fuerza principal.

—¿Y la fuerza principal ya está en camino?

Gaunt soltó una breve risa sin humor ante la pregunta de Rawne.

—¡Encuéntrame a alguien de este sector que no sepa lo que está ocurriendo aquí! Si fueras mi enemigo…

—¿Si lo fuera? —le interrumpió Rawne con una sonrisa.

—Si fueras el enemigo —continuó diciendo Gaunt sin hacer caso de la pulla—, ¿no considerarías a este planeta un objetivo principal?

Rawne miró a Corbec, que se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno…, ¿hay alguna señal sobre este desastre que se avecina?

Gaunt negó de nuevo con la cabeza.

—La armada no ha detectado nada. Hay demasiadas naves de peregrinos saturando las pantallas.

—Olvídate de eso. ¿Qué hay de una posible base operativa para los que ya están aquí? —preguntó Rawne.

—Las exploraciones orbitales descubrieron un grupo de naves de desembarco en las profundidades de uno de los desiertos vítreos, a unos mil kilómetros al oeste de aquí, pero no hay señales de vida. Los enemigos activos que se encuentran en la zona de Herodor están muy bien escondidos. Lo más probable es que estén en las tierras altas volcánicas llamadas las Colinas Ardientes, aunque sólo es una conjetura.

—Creo que deberíamos… —empezó a decir Rawne.

—No disponemos de efectivos suficientes, Rawne. Tardaríamos semanas en encontrarlos, incluso con nuestras habilidades. Estamos en un mundo desolado con muchos agujeros donde esconderse.

—Pero no es un mundo importante —murmuró Rawne de mal humor.

—No, mayor —dijo Gaunt, mostrándose de acuerdo—; no es en absoluto un mundo importante.

—Pues entonces, ¿por qué…? —Empezó a decir Rawne, pero se calló de inmediato al ver la mirada de Gaunt—. ¿La has… visto? —dijo en vez de seguir con aquello.

—Todavía no.

—Has dicho que hay demasiadas naves de peregrinos saturando las pantallas —dijo Corbec—. Ya hay muchísimos peregrinos aquí. Cientos de miles. El espacio orbital está repleto de naves.

—Llegan más naves de modo constante —indicó Gaunt—. Algunas incluso proceden de más allá de este subsector.

—Probablemente deberíamos detenerlas —sugirió Corbec—. Me refiero a que tendríamos que aislar el planeta. No podemos permitir que entre cualquiera, ni que sean esos inofensivos pirados místicos. ¿Te acuerdas de Hagia, cuando se aprovecharon de la marea de peregrinos?

—Me acuerdo, Colm, pero no sé cómo podemos pararlos. Algunas de esas naves

son muy viejas. Apenas pueden navegar y casi no tienen suministros. Si intentamos formar una línea de vigilancia y hacemos que den media vuelta, condenamos a todos esos ciudadanos imperiales a una muerte segura. Los informes del mando táctico indican que el noventa por ciento de las naves de peregrinos no sobrevivirían al viaje de regreso. Además, en la mayoría de los casos, se han gastado todos sus ahorros en un viaje de ida, un viaje a la salvación.

Corbec dejó la taza en la mesa y se sacudió las migajas que le habían caído en el uniforme.

—Pobres cabrones —dijo con amargura.

Gaunt se encogió de hombros.

—Todos los sistemas estelares de este subsector y de más allá saben lo que está ocurriendo aquí, en Herodor, así que ya os podéis imaginar que el enemigo también lo sabe. No tengo ni idea de por qué se hizo pública esa información.

—Porque ella insistió —contestó una voz a su espalda. Rawne había dejado la puerta abierta y nadie había oído entrar al recién llegado. Se pusieron en pie de un salto y saludaron con presteza.

—Descansen —ordenó el comandante general Lugo.

—Debía reunirme con usted a las 17.00, señor —dijo Gaunt.

—Lo sé. Acabé otros asuntos antes de lo que esperaba y pensé en ir adelantando cosas. Bienvenido a Herodor, Gaunt.

—Gracias, comandante general.

Lugo miró a Rawne y a Corbec.

—Quizá no le importaría que habláramos a solas unos momentos… —le sugirió.

—Por supuesto. —Gaunt se giró hacia sus hombres y les hizo un gesto para que salieran—. Podéis retiraros los dos preparad al regimiento.

Corbec y Rawne se apresuraron a abandonar la estancia y cerraron la puerta al salir.

—¡Feth! —Exclamó Corbec con un murmullo ahogado en cuanto se alejaron un poco—. Esperaba no ver a ese cabrón otra vez.

—Estoy seguro de que Gaunt lo esperaba con más ganas, te apuesto lo que quieras —le contestó Rawne.

—Sugiero que, de hombre a hombre —comenzó a decir Lugo—, dejemos atrás todas nuestras desavenencias pasadas.

Lugo era un individuo de estatura elevada y cuerpo huesudo, y la piel, de aspecto delicado y grasiento, le colgaba como pergamino de las curvas de su cráneo rapado. Llevaba un uniforme blanco almidonado e impecable, con la pechera cubierta de medallas.

—Eso sería conveniente, señor —le contestó Gaunt.

—Gaunt, dijimos cosas en Hagia, hicimos cosas. Usted redimió su reputación y su capacidad de mando ante mis ojos con aquella pequeña expedición al Santuario, de modo que… no se hable más sobre ello. Ese es mi lema.

Gaunt se limitó a asentir. Le costaba trabajo contestar. El comandante general Lugo era, en su opinión, uno de los oficiales más ineptos y más ególatras de toda la escala de mando superior de la cruzada. Era más un animal político que un verdadero militar. En el año 770 había logrado que le concedieran el mando de la liberación del mundo santuario de Hagia, ya que creía que se trataría de una tarea sencilla, que le reportaría gloria y que aumentaría sus posibilidades de ascenso político. Cuando la ofensiva por la liberación salió desastrosamente mal, culpó a Gaunt e intentó que el comandante del Primero de Tanith cargara con la responsabilidad de aquello. Al hacerlo, casi logró perder todo el planeta bajo la garra del Caos, una catástrofe que sólo pudo evitarse gracias a la actuación del regimiento de Gaunt en la batalla librada en el propio Santuario. Después de Hagia, con el expediente limpio, Gaunt había sido transferido con sus fuerzas al ataque contra Fantine. Lugo, aunque no cayó por completo en desgracia, se quedó en Hagia con el cargo de gobernador imperial y todas sus ambiciones destrozadas.

Por desgracia, con el tiempo eso significó que se encontraba precisamente en el lugar más adecuado para sacarle partido a los hechos extraordinarios que tuvieron lugar allí. Su estrella estaba de nuevo en ascenso. Estaba a cargo de la que podía convertirse en la parte más decisiva de todo el interés del Imperio en los Mundos de Sabbat. Ya corrían rumores de que Lugo podría acabar sustituyendo a Macaroth como Señor de la Guerra si continuaba aquella situación de estancamiento en el frente. Era, sin duda, el hombre del momento.

Gaunt casi notaba el olor a confianza y a ambición en el comandante general. En realidad, se trataba de tónico capilar y de colonia, pero para Gaunt aquellos aromas artificiales significaban lo mismo. Lugo ansiaba el poder, poder verdadero. La perspectiva de conseguirlo le apetecía tanto que casi se podían oír los rugidos de ansia de su estómago.

Y también era absolutamente obvio que lo último que quería era encontrarse con Ibram Gaunt en el camino, con el comisario que lo había avergonzado en Hagia.

—¿Por qué sonríe de ese modo, Gaunt?

Gaunt hizo un gesto con los hombros quitándole importancia.

—No hay ningún motivo en concreto, señor. Se trata tan sólo de que me siento agradecido de que se puedan acabar nuestras diferencias.

No era ése el motivo, por supuesto. Gaunt sonreía porque, por primera vez desde que habían partido de Aexe Cardinal, se alegraba de encontrarse en Herodor.

Tal como él lo veía, la única razón para que estuviera allí era porque ella lo había pedido. Lugo jamás hubiera solicitado la presencia de Gaunt. Quienquiera que fuera,

fuera lo que fuera, ella estaba al mando. Ella tenía el poder, tenía el poder de verdad, y Lugo se veía obligado a obedecer su voluntad. Lugo y sus tácticos la tomaban en serio. Era eso, o la capacidad para las intrigas políticas de Lugo eran tales que Gaunt ni siquiera era capaz de darse cuenta de sus planes.

—¿Ha dicho que insistió en que se transmitiera su regreso por todos los canales posibles? —le preguntó Gaunt.

Lugo asintió. Se acercó hasta la ventana y se quedó mirando la ciudad a través del cristal mientras caía la noche.

—No consintió en mantenerlo en secreto, a pesar de lo mucho que se lo rogaron mis consejeros. Ella no puede…, o al menos, yo lo veo así, no puede entender por qué no debería anunciarle a todo el mundo que ha regresado. Se considera a sí misma un instrumento, Gaunt, un instrumento del Trono Dorado. Representa un poder y un objetivo para el bien de la humanidad. Si se mantiene en secreto, ella no tiene ese plan ni ese objetivo. Tiene cierto sentido.

—Eso la hace vulnerable. Hace que este mundo y…, perdone mi sinceridad, que está débil ciudad sean vulnerables.

Lugo se quedó observando cómo se iban encendiendo las luces de la ciudad, que ya resplandecían en medio de la creciente oscuridad. El viento procedente de la llanura desolada había tomado fuerza y estaba lanzando partículas de vidrio contra el grueso cristal de la ventana.

—Lo hace; sí que lo hace.

—Entonces, ¿por qué aquí, señor? ¿Por qué en este lugar tan apartado? Sin duda, su poder y su sabiduría serían mucho más útiles en la vanguardia de la cruzada; por ejemplo, con el Señor de la Guerra en Morlond.

Lugo se dio la vuelta. Estaba sonriendo.

—Me agrada sobremanera oírle decir eso, Gaunt. Concuerda por completo con lo que yo pienso. Ella no debería estar aquí. Debemos convencerla de que debe… trasladarse.

—Por supuesto —dijo Gaunt—, en el caso de que ella sea quien dice ser.

El rostro de Lugo se ensombreció.

—¿No lo cree?

—Yo… —empezó a decir Gaunt.

Lugo dio un paso hacia él.

—Si no se lo cree, no acabo de entender qué hace aquí.

—Todavía tengo que convencerme, comandante general.

—¿Cómo? Habla como un hereje infiel, Gaunt.

—No, señor. Yo…

—Santa Sabbat se ha reencarnado. Se ha hecho carne de nuevo para concedernos la victoria aquí, en los mundos que llevan su nombre. ¡Es un momento que nadie en

la historia de la humanidad se ha atrevido a soñar! ¿Y todavía tiene que convencerse?

Gaunt abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Se quedó mirando fijamente a los ojos llenos de una expresión implacable del general.

—Creo que ha llegado el momento de que la vea —le dijo Lugo—. O eso, o ha llegado el momento de que le quememos en la hoguera.

En una noche fría y desolada como la que caía sobre Ciudad Beati, pero seis mil años antes, la santa había dejado su impronta en Herodor. Ciudad Beati no se llamaba así entonces. No era más que una simple torre, una colonia, la base de lo que más tarde se llamaría Colmena Vieja, el edificio central, y que en aquella época tenía el nombre de Hábitat Alfa. La santa estaba al mando de una hueste formada por regimientos coloniales, bandas de peregrinos armados, un grupo de combatientes de las Hermanas Militantes que más tarde formarían la Orden de Nuestra Señora Mártir, y una compañía del ya desaparecido capítulo de Adeptus Astartes de los Cráneos Temerarios.

A la cabeza de este ejército de composición tan variopinta había derrotado y hecho huir a una horda del Caos en la Quebrada de la Gracia, y la santa había descansado en el Hábitat Alfa para recuperarse de sus heridas.

Ella y sus elegidos se habían bañado en las fuentes termales del lugar, y de este modo las había bendecido para siempre jamás. A la mañana siguiente, la hueste de la santa se había puesto en marcha con fuerzas renovadas y había aniquilado por completo al ejército del Caos en la batalla del Valle de la Esquirla, donde se contaba que ella sola había matado a mil ochocientos enemigos, incluido el Arconte Marak Vote.

Todo eso estaba en los anales y en los libros de historia. Gaunt conocía desde su infancia las hazañas de la santa. Cuando se puso bajo el mando de Slaydo se las aprendió de memoria.

El santuario del balneario donde Sabbat se había limpiado las heridas se hallaba en las profundidades de la Colmena vieja. Lo habían construido con basalto negro y estaba iluminado sólo con electrovelas y globos biolumínicos. Los visitantes y los sacerdotes del santuario se apresuraron a salir cuando Lugo y los miembros de su plana mayor, escoltados por soldados de su compañía personal, aparecieron en el largo pasillo de piedra. Hacía calor y el aire estaba cargado de humedad y de olor a sulfuro y a hierro. Llegaron a una puerta.

—Esperaremos aquí —dijo Lugo—. Todos nosotros —añadió señalando a la cirujana Curth.

Gaunt la había llamado para que se reuniera con ellos antes de seguir al comandante general a las profundidades de la torre colmena. Curth miró a Gaunt, que asintió.

—Quédate aquí. Te llamará si te necesito.

Gaunt dejó atrás las pesadas puertas de la entrada, que se cerraron a su paso. Todo estaba tranquilo y en silencio, y el aire cargado de olores parecía saturado del vapor que surgía de las cisternas termales, tina escalera estrecha de un centenar de escalones tallados en piedra caliza blanca bajaba casi desde la misma puerta. Miles de electrovelas se alineaban a lo largo de la escalera. La luz se reflejaba en las aguas que esperaban más abajo. Al este se encontraba la capilla del Emperador, y al oeste la capilla votiva de la propia santa. Gaunt empezó a bajar por los escalones blancos y se quitó la gorra. Ya estaba sudando. Llegó hasta un costado de la bañera principal y se quedó mirando su reflejo roto en el agua manchada de óxido. El líquido salía de un acuífero situado bajo la ciudad y era calentado por los conductos volcánicos de la corteza del planeta Se decía que curaba todas las heridas. Gaunt vio a lo largo del borde centenares de cucharas, cucharones y tazas de bronce que los fieles y los peregrinos utilizaban para beber, bautizase o purificarse. En el fondo de la cisterna relucían millones de monedas, cuchillos, placas, medallas y otras ofrendas.

Se arrodilló, se quitó un guante y pasó los dedos de la mano por el agua tibia.

Oyó un chapoteo al otro extremo de la cisterna de baño y las ondas llegaron hasta él. Alzó la vista a tiempo de ver una figura de piel pálida que salía del agua dándole la espalda. Se trataba de una mujer vestida con un sencillo camisón blanco. Ascendió por una escalerilla lateral de la cisterna; chorreaba agua, y el vestido se le pegó al cuerpo. Gaunt apartó la mirada. Dos adeptos del templo surgieron de las nubes de vapor y le pusieron una larga túnica gris. Ella se la ciñó y se puso la capucha.

Por fin, se dio la vuelta y se quedó encarada hacia Gaunt desde el otro extremo del agua del balneario sagrado.

—Ibram.

Gaunt alzó la vista.

—¿Me conocéis?

—Por supuesto.

La voz era suave y susurrante. Deseó verle la cara. Notó un olor dulce en el aire, como si los adeptos que se habían marchado hubieran puesto incienso en las lámparas de llama. Islumbine, eso era. Olor a islumbine, la flor sagrada de la santa.

—Me alegro de que hayas venido —dijo la mujer al cabo de un momento.

—He venido porque me dijeron que así lo hiciera —contestó Gaunt—. Me lo ordenaron.

Ella cruzó los brazos y se quedó al otro lado de la cisterna humeante.

—Puedes ponerte en pie si quieres. No tienes por qué quedarte arrodillado.

Gaunt se levantó con lentitud.

—Yo pedí que vinieras —continuó ella—. Pedí que vinieran Fantasmas de Tanith. Me alegro de que estéis aquí, en Herodor.

La voz era dulce, penetrante, casi como si la conociera.

—¿Por qué nosotros? —le preguntó Gaunt.

—Por lo que hicisteis en Hagia. Tú y tus hombres estuvisteis dispuestos a perder la vida para defender mis restos mortales frente al archienemigo. Defendisteis el Santuario hasta el último soldado. Lo apropiado es que os pida que vengáis a protegerme tal como hicisteis entonces. Quiero que los Fantasmas de Tanith sean mi escolta, mi guardia de honor.

—No os defraudaremos en esa tarea —contestó Gaunt, que dio unos cuantos pasos y comenzó a rodear la cisterna—. Tuve…, No sé exactamente lo que fue. Tuve una especie de visión en Aexe Cardinal; vi que esto iba a pasar. Una mujer que murió hace seis mil años me dijo que os encontraría aquí.

—¿De veras? —Calló un momento, como si estuviera pensando—. Eso está bien. Es lo que yo quería que pasara.

—¿Vos?

—Por supuesto.

Gaunt dio otro paso para acercarse a ella.

—¿Vos queríais que ocurriera? ¿Que tuviera esa visión de la sororitas? ¿Creasteis esa capilla en mitad del bosque a partir de la nada?

—Por supuesto, Ibram.

—Lo creí. Era real. Beltayn y yo nos quedamos convencidos por completo de todo aquello. Nos sentimos… traspasados por una sensación de extrañeza más allá de lo explicable. —Dio otro paso. Ella comenzó a retroceder un poco—. No como ahora —añadió Gaunt.

—Ibram, me estás preocupando. ¿Por qué estás tan nervioso? ¿Por qué te acercas a mí?

—Porque quiero veros la cara.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque…

—Quiero veros la cara… ¡porque reconozco tu voz!

Alargó una mano y la agarró. Ella le lanzó una palmada al rostro para echárselo a un lado, pero Gaunt la esquivó con cuidad y le quitó la capucha.

—Reconozco tu voz —dijo de nuevo mientras ella se esforzaba por soltarse—, Sanian.

Sanian se alejó de él y se ciñó de nuevo la túnica. Se lo mirando con una expresión que Gaunt no pudo reconocer.

—No te lo crees.

El comisario dio un paso atrás y negó con la cabeza mientras soltaba unas cuantas carcajadas.

—Quería hacerlo; de veras, quería hacerlo. He pasado cinco meses en una nave de tránsito esperando ver la verdad. He deseado un momento como éste desde que Slaydo me contó por primera vez los misterios de Santa Sabbat. Me esperaba todo tipo de cosas: verdades, mentiras, fantasías, pero no te esperaba a ti, Sanian.

Ella se lo quedó mirando. Los rizos húmedos de cabello negro le caían enmarcándole la cara. Le había crecido bastante el pelo desde la última vez que la había visto, y no tenía nada que ver con la cabeza rapada y la solitaria trenza que llevaba cuando era una estudiante esholi.

—Que te quede claro, lbram. No soy Sanian.

—Sí lo eres. Te conozco. Eras la esholi que guió a mis soldados hasta el Santuario. Milo todavía habla de ti.

La expresión de sus ojos cambió de nuevo, y eso intranquilizó a Gaunt.

—Vaya, Ibram, pues claro que soy Sanian. Al menos, lo es mi cuerpo. Necesitaba un recipiente, un ser humano, y ella era la más apropiada. Era una chica encantadora y me cedió su cuerpo. Parezco Sanian. Hablo como ella, pero no soy ella. Soy Sabbat. La chica de las colinas de Hagia, renacida en este cuerpo frágil.

—No…

—Contéstame a esto, Ibram: ¿cómo podría haber regresado si no? ¿Cómo iba a encontrar si no un cuerpo que me albergara?

Él negó con la cabeza.

—Es un truco. Lugo te está utilizando. No eres mi santa.

Gaunt salió al pasillo exterior del balneario y el grupo de acompañantes de Lugo se apartó para abrirle paso.

—¿Y bien? —le preguntó Lugo.

Gaunt se quedó mirando un momento a Lugo.

—No importa lo que yo crea, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque por lo que respecta al Imperio, por lo que respecta a los cientos de miles de peregrinos, por lo que respecta al archienemigo, tenemos a una santa reencarnada aquí, en Herodor, y eso es lo único que importa.

Lugo sonrió.

—Gaunt, por fin se da cuenta de cuál es la idea.

Gaunt se alejó del balneario y del séquito del comandante general y cruzó la larga columnata de piedra que llevaba a la hilera de ascensores más cercana. Los asistentes a las ceremonias del balneario, los jerarcas y los adeptos que se habían retirado del lugar al llegar el general Lugo estaban esperando en silencio a lo largo de la columnata. La mayoría no eran más que figuras silenciosas, envueltas en túnicas y ocultas en la penumbra. Atravesó los grupos expectantes a sabiendas de que todos se estaban fijando en él.

—¡Gaunt! ¡Gaunt!

Era Curth, que le llamaba a gritos mientras corría hacia él. Gaunt no dejó de caminar a grandes zancadas. Cuando ella lo alcanzó por fin, ya estaba esperando frente a la puerta de hierro de uno de los ascensores.

—¿Quieres decirme qué es lo que está pasando? —le preguntó con brusquedad.

La miró con los ojos ocultos en la sombra.

—¿Alguna vez has tenido un secreto, Curth? ¿Uno que es tan malo contar como no?

—Sí —contestó ella con sinceridad al recordar por un momento a Gol Kolea.

Gaunt pareció sorprendido por la respuesta, como si hubiera esperado que le contestara que no.

—¿Cómo decidiste lo que debías hacer?

—No lo hice. La situación decidió por mí.

—Pues me temo que eso es lo que va a pasar aquí.

El ascensor mecánico llegó y se paró con un chirrido. Gaunt abrió de golpe la verja de hierro, y Curth tuvo que saltar adentro para impedir que el comisario se la cerrara en las narices. Por un momento creyó que iba a abrirla de nuevo y a obligarla a salir, pero él acabó acercándose al panel de mandos para tirar de la palanca de bronce. El ascensor comenzó a subir y se quedaron oyendo el gemido de los engranajes en la oscuridad del hueco.

—¿La has visto? —le preguntó mientras observaba cómo las líneas de las luces de los diferentes pisos le recorrían la cara por turnos.

—La he visto.

—¿Y eso te ha puesto de mal humor?

Gaunt dejó escapar un largo suspiro que sonó peligroso, y por un momento pareció dispuesto a golpear lo primero que tuviera a mano.

—Me has pedido que te ayudara, Gaunt. Me dijiste que necesitabas una prueba para que te quedaras tranquilo. —Dio un par de palmadas a la mochila de mano que llevaba colgada del hombro—. He traído el escáner biológico. ¿No has necesitado ninguna prueba?

—Por lo que se ve, no.

—No es ella, ¿verdad? —le preguntó Curth.

Gaunt no dijo nada. Ella dejó escapar un suspiro antes de tirar de la palanca de mando para detener la subida. El ascensor se paró entre dos pisos con un fuerte chasquido metálico. Empezó a sonar un timbre por algún lado, y en el panel de mandos apareció una luz ámbar parpadeante.

—Háblame —le insistió Curth.

—Déjalo, cirujana, por favor.

Curth negó con la cabeza.

—Ibram, te he estado observando durante todo el viaje desde Aexe Cardinal, desde que nos llegó la noticia. Una parte de ti quiere que sea ella, pero otra parte tiene miedo de que no lo sea. ¿Sabes lo que pensé? Que en el mismo momento que la vieras lo sabrías sin dudarlo. Así de sencillo. No me haría falta llevar a cabo ninguna comprobación genética para conseguir la respuesta a tus dudas. Sabía que lo sabrías. Y tú también lo sabes.

—Lo sé.

—No es ella.

—No, no lo es.

—¡Por el Trono! —exclamó Curth asombrada, pero se recupero en seguida—. ¿Qué te pasa entonces? ¿Decepción? ¿Rabia? Viniste porque necesitabas una prueba para tener la certeza de lo que pasaba. Ya la tienes. Eso debería bastarte.

—¿Te acuerdas de Sanian?

Curth se encogió de hombros.

—No. Espera… Era una chica de Hagia, una estudiante… Una esholi, eso es. Así se llamaba, ¿no? Acompañó al grupo de Corbec.

—Es ella.

Gaunt se la quedó mirando. Curth abrió los ojos de par en par.

—¡Te estás quedando conmigo, por Feth! ¿Ella? ¿Ella es la santa?

—Por lo que yo sé, Sanian se cree de verdad la reencarnación de Sabbat. Es lúcida, y suena bastante convincente, me imagino, sobre todo para alguien que no la conociera de antes. Necesita tratamiento psiquiátrico en un asilo imperial, pero han reconocido su valor potencial: su valor como propaganda.

—¿Quién? ¿Lugo?

—Ya te puedes imaginar lo encantado que está de que su carrera política esté en marcha de nuevo. No le importa si ella es la auténtica santa o no. Ahora mismo, la cruzada necesita un milagro…, y él cree que lo van a recordar para siempre como el hombre que hizo posible ese milagro.

Ella alargó una mano titubeante y le apretó el hombro.

—Bueno, pues di la verdad. Siempre has sido un individuo sincero en tu servicio al Dios Emperador.

—No es tan fácil. Ella tiene un valor estratégico, y eso no se puede evitar. Es un icono de nuestra lucha; es una imagen esperanzadora, alguien con quien podríamos ganar esta guerra. Su presencia aumentaría la moral de las tropas y destruiría la del enemigo. Si ella continúa representando su papel, y todos le seguimos el juego y decimos que nos lo creemos, podríamos liberar todo este sistema estelar. Pero no creo que pueda mentir en algo como esto; al menos, no a Zweil…, ni a Corbec, ni a Dorden, ni a Daur, ni a todos los que fueron tocados por el espíritu de la santa en Hagia. Creían que todo era verdad, lo mismo que yo. No puedo pedirles que crean en

esta mentira.

—Deja que ellos lo decidan —le contestó Curth.

—¡Ah!, ya has vuelto —dijo Corbec alzando la vista de la placa de datos con la que había estado trabajando—. Te alegrará oír que ya nos hemos distribuido, y que los alojamientos están bien. Tengo una lista de dónde se encuentran, por si la quieres.

Gaunt no le hizo caso alguno a la placa de datos que Corbec le mostraba.

—O a lo mejor no la quieres. Bueno, de todas maneras estamos explorando el terreno. Rawne y Mkoll se están encargando de eso y están desplegando pelotones en el perímetro de la ciudad. Tenemos unos diecinueve en el campo, y están colaborando con la milicia local para establecer puntos de defensa. No será mucho, pero para el amanecer ya dispondremos de un perímetro de defensa básico a lo largo de los flancos norte y este de la ciudad. La milicia local cuenta con unos doce mil soldados, con algunos blindados medios, y la fuerza que trajo el comandante general suma otros mil, junto a vehículos blindados ligeros y algunas unidades de armas especiales.

—¿Dónde está Milo?

—¿Milo? —Corbec frunció el entrecejo y consultó la lista de posiciones de la placa de datos—. Ahora mismo debería estar con su pelotón en la zona llamada Las Vidrieras. Eso está, vamos a ver…, en el sector noroeste.

Gaunt asintió.

—Ponte en contacto con él y dile que venga.

—Bueno, según su turno, deben regresar al alojamiento mañana a las diez y…

—Coronel, ahora, por favor.

—Bien. Sí, señor.

Gaunt pasó a su lado y entró en la cámara abovedada del piso decimoctavo de la tercera torre colmena, donde el Primero de Tanith había ubicado su puesto de mando. La amplia estancia, con ventanas a los dos lados, estaba abarrotada de personal del regimiento que trabajaba codo a codo con miembros del regimiento Civitas Beati y con los tecnoadeptos de la Fuerza de Defensa Planetaria de Herodor para montar las estaciones de comunicación principales, las pantallas tácticas y los nodos de transmisión. Los cables de energía y los hilos conductores de datos serpenteaban por el suelo. Los técnicos ya estaban conectando las consolas de transmisión portátiles y las mesas donde se mostrarían los mapas holográficos.

—¿Está bien? —le preguntó Corbec a Curth, que había entrado detrás.

—La verdad es que no —le contestó ella.

Gaunt se giró y miró a Corbec.

—¿Qué hay al otro lado? —inquirió señalando un portal que daba a otra estancia.

Corbec se apresuró a ponerse a su lado.

—No es más que un anexo. Daur pensó que sería una buena sala de reuniones.

Los del Munitorum han traído unas cuantas sillas y un par de mesas. Beltayn ha pedido también algo de comida. Al final del pasillo, a la izquierda, hay papeo por un tubo que…

Gaunt lo cortó.

—Dentro de dos minutos quiero que tú, Dorden, Zweil y Daur estéis en ese anexo para una reunión privada. Hark, también, si está por aquí.

Orbec se encogió de hombros.

—Como diga, señor.

Todos se sentaron: Corbec; el viejo sacerdote ayatani Zweil; el capitán Ban Daur, el tercer oficial al mando, verghatita; Dorden, el jefe médico, y Victor Hark, el comisario del regimiento. Curth entró de forma discreta y se sentó al final. Daur configuró y activó antes de sentarse la pantalla portátil de protección, que generaría interferencias electrónicas que impedirían que nadie se enterara de lo que se hablara en la reunión.

—Lo que voy a decir no debe salir de esta sala —empezó diciendo Gaunt.

Todos los presentes asintieron, menos Curth, que se limitó a cruzar los brazos y a agachar los hombros.

—He visto a la Santa.

—¡Alabada sea! —murmuró Zweil.

Hark tenía una expresión preocupada en el rostro que indicaba que sabía lo que iba a llegar a continuación.

—No es la verdadera.

Se produjo un largo silencio. Corbec se quedó mirando sin verla la pared desnuda que tenía delante de él. Daur gimió y puso la cabeza entre las manos. Todavía sostenía entre los dedos la cinta de fe de seda verde. Dorden cerró los ojos y puso una mano sobre la otra. Zweil parpadeó.

—Ella… ¿Qué has dicho? —logró articular por fin.

—Que no es la verdadera; que es una falsedad, un montaje.

—Oh, Feth… —soltó Corbec.

—¿En serio? —preguntó Daur, cuyos ojos se estaban llenando de lágrimas.

—Para ser más concreto —siguió diciendo Gaunt—, todos la conocemos, sobre todo Colm, Dorden y Daur. Por lo que yo sé, se cree de verdad Sabbat reencarnada, pero cuando la vi cara a cara, me di cuenta de que es Sanian, la pobre chica que conocimos en Hagia.

—¿Sanian? —exclamó Corbec, sorprendido.

—No, no… No puede ser —dijo Zweil, desconcertado—. La santa ha regresado; es la Beati. Es lo que nos han dicho. Está aquí…

—No lo es. Es un… montaje —le contestó Gaunt.

—¡No puede ser! —gritó Zweil, poniéndose en pie.

—Padre…, padre, por favor. Comprendo que debe resultar muy duro para ti.

—¡Es ella! ¡Tiene que serlo! —Zweil estaba ya tan alterado que tanto Dorden como Curth se habían puesto en pie—. ¡Es la propia santa que ha regresado, y no una chica esholi con la cabeza hecha un lío!

—Creo —dijo Hark mientras se ponía lentamente los guantes de cuero negro— que alguien como el padre debería saberlo bien. Después de todo, es un ayatani del culto a santa Sabbat.

Gaunt le lanzó a Hark una dura mirada.

—No es la auténtica —insistió.

—Ella estaba en Hagia —dijo Dorden a la vez que rodeaba con un brazo los hombros de Zweil. Se quedó mirando a Gaunt—. Ella me habló.

—Sé que lo hizo, Tolin —le contestó Gaunt.

—A mí también me habló —comentó Daur.

—Ya mí también, jefe —añadió Corbec.

—Lo sé, Colm. Me creo que en Hagia tú, Vamberfeld, Tolin y todos los demás recibisteis un mensaje de la santa que os impulsó a hacer lo que hicisteis. Yo sólo digo que ésta no es santa Sabbat. Ahora no está aquí.

—Pero… —empezó a decir Daur.

—¿Os ha vuelto a hablar desde entonces? —les preguntó

Todos se quedaron callados.

—¡Hereje! —gritó Zweil de repente—. ¡Ella te habló a ti!

¿Qué?

—A ti… y a Beltayn. En Aexe Cardinal. A través de su servidora.

Gaunt cerró los ojos intentando controlar la furia que sentía crecer en el pecho.

—Ayatani Zweil, te conté eso como la más estricta de las confidencias. Un acto de confesión sacrosanto. Confié en que lo mantendrías en secreto.

—¡Bueno, pero esto es demasiado importante! —le replicó Zweil. El anciano y delgado sacerdote se tambaleó un poco, y Gaunt creyó por un momento que estaba a punto de caerse—. ¡Que el demonio se lleve mis votos! ¡Estás mintiendo sobre todo este asunto, y no es mi intención permitírtelo!

—¿De qué está hablando, Gaunt? —quiso saber Dorden.

—Está hablando de lo que no debe —contestó Gaunt.

—¡Él lo sabe! —gritó Zweil.

—Creo que deberías contárnoslo —dijo Corbec.

—No es el momento ni…

—¡Cuéntaselo! —chilló Zweil—. ¡Diles lo que me contaste! ¡Diles lo que me hizo creer a mí!

Gaunt los miró uno a uno lentamente a la cara. Se dio cuenta de que en ese

preciso instante nadie estaba de su lado.

—Muy bien. En Aexe tuve que viajar desde la línea del frente a Meiseq para reunirme con Van Voytz. Beltayn vino conmigo. Nuestro tren se retrasó y dimos un paseo. Encontramos una capilla en mitad del bosque. Dentro había una anciana. Parecía que nos conocía, y nos advirtió sobre Herodor mucho antes de que recibiéramos la orden de trasladarnos. Beltayn y yo intentamos más adelante encontrar la capilla. No… pudimos, y eso no puedo explicarlo.

—Cuéntales lo demás —insistió Zweil.

—No creo que sea pertinente.

—¡Viene más que al caso! ¡La mujer que conocieron les dijo su nombre y después descubrieron que había muerto aquí, en Herodor, hace seis mil años!

—Ya es suficiente —le advirtió Gaunt con voz amenazante.

—Sí que lo es —le replicó Zweil—. Es una prueba más que suficiente para las exigencias de cualquiera. ¡La santa te dijo que vinieras y que la sirvieras! ¡Cómo te atreves a negarte ahora!

Gaunt se quitó la gorra y se dejó caer en una silla. Todo el mundo lo estaba mirando.

—No sé lo que ocurrió en aquel bosque de Aexe. Llevo pensando en ello desde entonces. Siento no haber hablado con ninguno de vosotros sobre ello, pero eso no cambia los hechos. La mujer que hay aquí no es Santa Sabbat. Está fingiendo. Y para que lo sepas, padre —dijo girándose hacia Zweil—, estoy asombrado y dolorido por tu falta de confianza.

—¡Ah, déjate de eso! —le soltó Zweil, que se deshizo del brazo de Dorden con una sacudida de hombros—. Dime, Ibram Gaunt…, si esta santa es una falsedad tan grande, ¿por le pidió que vinieras precisamente tú, el único hombre que podía denunciarla?

Gaunt se encogió de hombros.

—No conozco la respuesta a esa pregunta.

—Y si Lugo es que el que maneja el cotarro —añadió Corbec—, ¿por qué permitió que pasara?

—Tampoco lo sé.

—Yo sé algo —dijo Hark—: no importa si es la verdadera santa Sabbat. Por lo que respecta a millones, quizá a cientos millones de ciudadanos imperiales, ella es la santa renacida. Sea verdad o mentira, tenemos que defender esa idea, o la moral del Imperio se vendrá abajo de la noche a la mañana.

—A eso iba, Hark —dijo Gaunt—. Tenemos un deber, nos guste o no.

—¿El de mentir? —le preguntó Dorden con frialdad.

—Incluso ése —le respondió Gaunt.

Zweil soltó un gemido furibundo y se dirigió con paso cansado hacia la puerta. Al

llegar a ella se detuvo y miró de nuevo a Gaunt.

—¿Por qué aquí? —le preguntó—. Si se trata de una mentira, ¿por qué demonios aquí?

Gaunt no pudo responderle. Zweil salió de la estancia, seguido de Curth y de Dorden, ambos con rostros preocupados.

—Podéis retiraros —ordenó Gaunt.

Corbec y Daur se fueron, pero inquietos.

Gaunt fijó la mirada en Hark.

—Veo que tu viejo jefe ha estado hablando contigo.

Hark negó con la cabeza.

—¿Lugo? No es mi…

—Victor, cállate. Lugo te trasladó al regimiento Tanith en Hagia. Ibas a ser mi sustituto. Él…

—No, Ibram. Yo tenía que ser tu juez y ejecutor. Era lo que Lugo quería que yo hiciera. Me gustaría pensar que he demostrado mi aprecio hacia ti y hacia los fantasmas desde entonces. Sí; Lugo habló conmigo en cuanto aterrizamos. No te mentiré. Me pidió que intentara convencerte. Piensa que tú podrías conseguir que Sabbat consintiese en trasladarse a Morlond. Eso le vendría muy, pero que muy bien a Lugo.

—Ya veo. ¿Y?

Hark sonrió.

—Le dije que tú te formarías tu propia opinión.

Gaunt asintió.

—Zweil se tranquilizará —comentó Hark—. Ya sabes que su personalidad es explosiva. Lo que me preocupa es que tiene toda la razón.

—¿Qué quieres decir, Victor?

—Si esta Santa Sabbat es falsa, ¿por qué nosotros… y por qué aquí?



TRES

NOCHE IMPÍA

Todo el mundo puede elegir. Yo elijo no elegir. ¿Qué? ¿Qué? ¿De qué os reís?

HLAINE LARKIN,
Fantasma de Tanith

Si algo había aprendido de Herodor hasta ese momento era que las noches eran frías de Feth. El escudo de la ciudad estaba encendido, y debían dar las gracias por eso, hasta cierto punto, porque resultaba que el viento procedente de los páramos, cortante como una espada sierra, se colaba por debajo de la cúpula de energía y les helaba hasta los huesos.

Si Larkin había entendido bien lo que les había dicho el sargento, la zona en la que habían aterrizado se llamaba Las Vidrieras, y no era más que una agrupación de unas dos mil hectáreas de talleres desastrados, graneros y factorías situadas al noroeste de la ciudad. No tenía un aspecto nada, nada agradable. El núcleo principal de Ciudad Beati, bien iluminado y con apariencia de ser un lugar muy cómodo, estaba muy lejos de allí. Donde estaban, la luz de las fogatas encendidas en barriles y de las lámparas de fosfato se combinaba con el brillo del escudo situado por encima de ellos y producía un leve resplandor azulado, casi marino.

Más arriba, en el cielo nocturno, las estrellas que titilaban no eran estrellas. Aquellos puntos de luz eran cientos, posiblemente miles, de naves repletas de peregrinos, que habían llegado como un enjambre a Herodor.

Habían enviado al pelotón de Larkin, el undécimo, a Las Vidrieras con el décimo y el duodécimo para asegurar aquella sección del perímetro. Parecía una tarea fácil. En la práctica, sin embargo, había sido difícil hasta encontrar el perímetro, y eso para empezar. Toda la zona estaba inundada de peregrinos, y sus tiendas y refugios habían crecido como hongos hasta invadir todo el espacio entre los edificios vacíos, incluso en algunos casos se habían establecido en el interior. Se habían extendido, de hecho, hasta el borde del propio páramo, más allá de los límites del restallante escudo de protección No había demarcación alguna que indicara el fin de la ciudad.

Los fantasmas avanzaban con las armas al hombro, pero intranquilos, atravesando el campamento de peregrinos. La gente estaba reunida alrededor de las pequeñas y escasas hogueras, cocinando la cena o en grupos para rezar. Varios fieles infardi con ropas de seda verde realizaban rituales alrededor de las capillas portátiles, todas con reloj, o caminaban por el campamento repartiendo panfletos. Muchos llevaban tonsura o la nuca afeitada, mientras que otros portaban en alto emblemas o pancartas con la imagen de la santa. Los más fanáticos se habían cortado para representar los estigmas de las nueve heridas o habían escrito textos sagrados sobre su cuerpo. Algunos empuñaban látigos o palos con los que se flagelaban. Cada uno de ellos mostraba con orgullo el emblema de peregrino, y todos parecían estar helados y casi en las últimas.

—No te separes, Lars —le gritó el sargento Obel.

Larkin trotó para reunirse con el resto del pelotón. Como precaución, se echó el rifle de francotirador al hombro y echó un vistazo por la mira telescópica a los alrededores. Gracias al visor capaz de magnificar la luz pudo ver los detalles en el

aire frío y neblinoso del obsidae que se extendía más allá del campamento. Durante unos instantes, creyó ver a lo lejos un atisbo de movimiento. «Sólo es el viento que mueve el polvo —se dijo a sí mismo—. No es el enemigo».

Por lo que se refería a Hlaine Larkin, el enemigo no estaba allí afuera. Ya estaba en la ciudad, entre ellos.

Se llamaba Lijah Cuu.

A unos quinientos metros de donde se encontraba Larkin, en otra parte del campamento, el soldado Cuu alzó su rifle láser estándar para disparar.

—Ni un paso más, Gak —siseó—, o te abro un agujero en el torso, fijo que sí.

—Aparta eso —le dijo con brusquedad la sargento Criid pasando a su lado y empujando el cañón del rifle hacia arriba con gesto despreocupado—. ¿Señor? ¿Oiga, señor? Tiene que identificarse.

Anton Alphant se giró y la miró. Levantó las manos para que viera que iba desarmado.

—No quería molestar, soldado —dijo.

—Sargento —lo corrigió ella, y avanzó para ponerse delante de él mientras su pelotón, el décimo, tomaba posiciones a su espalda.

—Le pido disculpas, sargento. Es que ya hace mucho tiempo.

—¿Desde qué? —le preguntó.

A Alphant ya le gustaba. Era aguda hasta un punto casi inquisitorial, de vista rápida, y tenía confianza en sí misma. También resultaba atractiva si a uno le gustaban las chicas delgadas y en forma. Por supuesto, estaba mucho más allá de las posibilidades de un viejo como él.

—Fui guardia imperial hace muchos años. Lo siento, eso no importa, ¿verdad?

Criid se encogió de hombros.

—Nos han dicho que aseguremos esta zona. No importa que los peregrinos permanezcan o no en los campamentos durante el día, pero es mejor que se queden en ellos al caer la noche.

—Por los incursores —dijo Alphant.

Criid asintió.

—Supongo que es un peregrino. ¿Tiene sus papeles encima?

Alphant afirmó con un rápido gesto de cabeza y abrió con lentitud la túnica para que ella pudiera ver en todo momento lo que estaba haciendo con las manos. Sacó un fajo de certificados. DaFelbe, un joven alto y delgado de aspecto serio, el segundo al mando del pelotón, se acercó y examinó los papeles de Alphant con un lector de veracidad portátil.

—Anton Alphant —refirió DaFelbe—. Peregrino infardi registrado. Lugar de origen, Khan II. Lugar de naciqmiento…

—Ya es suficiente —le cortó Criid, que tomó los papeles y se los devolvió a

Alphant—. Aquí dice que fue asignado al distrito del Salón de Hierro. Se ha alejado bastante.

—Es que…, es que estaba buscando a alguien —contestó Alphant.

—¿A quién?

—Ya no importa. Me temo que me he desviado. Sólo iba a ver sí las puertas de esa factoría estaban abiertas. Hay muchos niños en esta parte del campamento y esperaba tener la ocasión de ponerlos a cubierto.

—¿Por qué? ¿Es usted una especie de jefe o algo así?

—No, no, en absoluto. Sólo es que… Las noches son algo frías aquí.

—¿Sólo algo? —contestó Criid—. ¡Hwlan!

El explorador del décimo pelotón se acercó al trote. Criid le señaló con un gesto de la cabeza el edificio vacío cercano.

—Por favor, abre ese lugar. A unos cuantos chavales no les vendría mal un techo esta noche.

—A la orden —dijo Hwlan.

—Nessa, cúbrele —añadió Criid, haciéndole gestos a la francotiradora del pelotón.

Nessa Bourah empuñó su rifle largo y salió en pos del explorador.

De repente, notaron movimientos a sus espaldas, pero no eran más que el sargento Shoggy Domor y el duodécimo pelotón.

—¿Se ve algo? —le preguntó Domor.

Criid soltó una breve risa ante la ironía intencionada de la pregunta.

—Dímelo tú.

Los abultados implantes ópticos de Domor zumbaban y chascaban mientras el sargento observaba el paisaje.

—Nada de nada, Tona —contestó él.

—Pues demos gracias.

Brin Milo, situado un poco más atrás, se frotó las manos frías y miró a lo lejos.

—¿Qué Feth están haciendo esos? —preguntó en voz alta a nadie particular.

—¿Esos de ahí? —Le contestó Nehn—. Yo diría que están manteniendo el puñetero equilibrio.

A lo largo de todo el campamento iluminado por las hogueras, y tan numerosas como las llamativas capillas portátiles se alzaban columnas delgadas. La mayor parte eran de madera, y algunas de acero; otras eran montones de piedras en carretillas. Encima de cada una había un peregrino manteniendo el equilibrio en una posición vulnerable.

—Estilitas —comentó la cabo Chiria como si supiera de lo que estaba hablando. Era una verghastita fornida, cuya cara había sido desfigurada en la última campaña en que habían participado—. Son estilitas, anacoretas que se quedan en lo alto de

columnas o pilastras.

—Esto… ¿Por qué?

—Bueno —se quedó pensando Chiria—, no lo sé.

—Los acerca a la santa —dijo una voz a sus espaldas—. Demuestra la fe que tienen.

—¿De verdad, Gol? —le preguntó Milo.

Gol Kolea apoyó el rifle láser en el suelo y se puso a pensar. Era algo doloroso de contemplar. Kolea había sido el jefe del décimo pelotón, con una hoja de servicio excelente en su haber. Algunos decían que era un individuo más que apropiado para ser, ascendido a oficial. Sin embargo, en Fantine, dos años antes, los fragmentos de un proyectil loxatl se le habían incrustado en la cabeza y le habían arrebatado el ingenio y la personalidad. Era una pena, una auténtica tragedia. Kolea apenas decía unas pocas palabras cada vez que hablaba. El comentario que acababa de hacer era todo un discurso.

—¿Cómo lo sabes, Gol? —insistió Milo.

—No lo sé —contestó Kolea, que se rascó la cabeza—. Es que lo sé.

—Vaya, ya conoces al sargento —dijo Cuu mientras pasaba al lado. Era el único que se refería a Kolea con su antigua graduación—. No dice más que un montón de Gak, ¿verdad tío Gak? ¿Eh?, ¿eh? Fijo que sí.

—Lijah, un día de éstos alguien te va a meter un disparo entre ceja y ceja —le dijo Chiria con un tono de voz rabioso.

—Ya, ya. ¿Y quién va a ser? ¿Tú? —contestó Cuu, riéndose—. No tienes pelotas para hacerlo, Chiria. Fijo que no.

Milo se dio la vuelta para encararse con Cuu y le miró fijamente a los ojos.

—Si no dejas de burlarte de Kolea, lo haré yo mismo. ¿Entendido? —le espetó.

Cuu sonrió de oreja a oreja.

—¡Eeehh, cuidado, mascota! ¡Te va a dar algo!

Milo soltó el rifle y cerró los puños.

—¡Basta! ¡Ya basta! —Exclamó Bonin, el explorador del duodécimo pelotón, y se interpuso entre los dos—. Milo, ha llegado un mensaje. Tienes que irte.

—¿Yo?

—Sí, tú. Cuu, anda vete a darte una vuelta.

Cuu soltó una risita y se marchó.

—No es precisamente acogedor —comentó Hwlan mirando a su alrededor.

El interior de la factoría estaba oscuro y vacío, y olía a madera podrida, a aceite de motor y a ozono. Nessa pasó a su lado observándolo todo con la mira telescópica de su rifle largo. DaFelbe avanzó con ella, iluminando con su linterna los rincones más oscuros. El techo tenía varios agujeros, y a través de ellos se veía el resplandor

parpadeante del escudo de la ciudad.

—No deja que entre el viento, y eso es lo importante —dijo Alphant—. Unos cuantos barriles con algo de combustible encendido y casi estaremos en casa.

—Supongo —contestó Hwlan.

—¿Puedo traer ya algunas familias? —le preguntó Alphant a Criid.

Ella asintió.

—Todas las que quepan.

El lugar estaba abarrotado menos de quince minutos después. Los peregrinos se habían llevado con ellos todas sus pertenencias en carretillas y literas, y algunos incluso aparecieron con las capillas portátiles. Encendieron unos cuantos fuegos y comenzaron a cantar un himno pastoral en voz baja mientras se acomodaban. Alphant fue pasando entre ellos para ayudarlos a instalarse. Criid se quedó observándolo durante unos momentos. Quizá él no admitiese ser un líder, pero tenía un aire de mando natural y tranquilizador al que los peregrinos respondían. Sin embargo, era evidente que estaba preocupado y no dejaba de mirar hacia la puerta cada vez que llegaba un nuevo grupo de personas. ¿A quién esperaba encontrar en campamento del Salón de Hierro?

Criid ayudó a un anciano a buscar una esquina donde sentarse. El hombre tenía una carretilla de mano repleta de estatuillas de escayola que representaban un busto de Santa Sabbat, pintadas de forma muy burda. Sin duda, eran copias baratas hechas en masa y a bajo coste en un replicador de estructura y que vendía a los peregrinos para disponer de algo de dinero para comer. Cuando Criid acabó de ayudarlo a acostarse en su saco de dormir raído, el hombre le puso una en mano.

—No, gracias.

—Por favor.

—Es que no tengo dinero, de verdad.

—No, no —contestó el hombre, meneando la cabeza—. No me des dinero. Es mi forma de darle las gracias por su amabilidad.

—Oh —exclamó Criid, y miró a la estatuilla.

Era algo horroroso. La habían pintado tan mal y con tanta torpeza que Santa Sabbat parecía una niñata de algún clan de la colmena Vervun que se las quería dar de mayor y que esa misma mañana acababa de descubrir el maquillaje y se lo había a puesto con demasiado entusiasmo.

—Bueno, pues gracias —le dijo Criid mientras se metía la estatuilla en uno de los bolsillos de la chaqueta.

La prenda no formaba parte del uniforme oficial del regimiento. Se trataba de una chaqueta de faena con reborde de piel del ejército de Shadik de la que ella se había apoderado en Aexe Cardinal. Le había cortado la insignia. Hasta ese momento, nadie le había dicho nada por llevarla, y lo agradecía por el calor que le proporcionaba.

—Que la santa la bendiga —dijo el anciano.

—Gracias también por eso —añadió Criid, pero ya no lo estaba mirando. Otra cosa llamó su atención.

Se oían voces algo iracundas procedentes de la entrada de la factoría.

DaFelbe y Lubba estaban discutiendo en el umbral con un individuo vestido con la semiarmadura adornada de los oficiales del planeta.

—… pues tendrán que sacarlos de aquí —le oyó decir al oficial cuando se acercó.

—¿Algún problema? —preguntó al llegar a la altura del grupo.

El oficial se giró para mirarla. El uniforme era de cuero sintético, y llevaba el torso y el brazo izquierdo cubiertos por placas segmentadas de acero. Detrás de él había una docena de soldados del regimiento herodiano armados con carabinas de cañón corto.

—¿Está al mando?

—Sargento Criid, del Primero de Tanith —contestó con voz tranquila.

Les indicó con un gesto de cabeza a DaFelbe y a Lubba que se apartaran. Lubba parecía desnudo sin el depósito lanzallamas a la espalda. ¡Aquellas puñeteras ordenanzas de la ciudad!

—Soy el capitán Lamm, del Civitas Beati. Esto es un uso sin autorización de una propiedad civil. Saque a esa escoria de aquí.

—No —contestó Criid.

El rostro del capitán mostró su furia a las claras.

—¿No? —dijo solamente.

—Estas personas —y Criid enfatizó la palabra— necesitan estar a cubierto. El edificio está en desuso. En ruinas, de hecho. La ocupación no se ha hecho sin autorización porque yo la he autorizado.

—El uso de la propiedad es un asunto que debe decidir el consejo de la ciudad. ¿Ha roto la cerradura?

—No personalmente, pero asumo la responsabilidad. Capitán Lamm, no nos enfademos. No es necesario que nos pongamos desagradables. Estamos en el mismo bando.

Por la expresión de la cara del capitán, él no parecía pensar lo mismo. Sus hombres se mostraban inquietos.

—Saque a todos esos vagabundos del edificio —le dijo Lamm con voz lenta y deliberada.

Criid estaba a punto de soltarle una de sus contestaciones malsonantes preferidas cuando un ruido más allá de la factoría la interrumpió.

Era el sonido de disparos. Los primeros disparos de la noche.

Y los siguió con rapidez el sonido de los gritos.

—¡Tomad una posición! —Gritó Obel—. ¡Tomad una posición y defendedla!

Los fantasmas del undécimo pelotón habían comenzado a avanzar en cuanto oyeron los primeros disparos, pero se encotaron de frente a una oleada de peregrinos aterrorizados que salían de la zona del campamento. Dos o tres de los guardias imperiales acabaron en el suelo arrollados por la avalancha de personas.

Los primeros disparos del enemigo habían parecido simples destellos de luz a lo lejos, detrás de la multitud, pero en ese momento ya se veían los rayos láser, brillantes, potentes, que pasaban por encima de la cabeza de la gente. De color rojo intenso o rojo blanco, los disparos iban y venían como ráfagas trazadoras. Unos cuantos impactaron contra la pared del almacén que estaba detrás de Obel e hicieron volar grandes trozos de yeso y de ladrillo. Dos disparos perdidos le dieron de lleno a un estilita a mitad de camino y lo derribaron de su columna. El hombre cayó agitando los brazos. Los demás disparos acribillaron sin misericordia al gentío despavorido.

—¡Ah, Feth! —maldijo Obel, a cubierto desde detrás de una carretilla junto a su oficial de comunicaciones. El operador tenía que gritar para informarle de la situación —. ¿Cuántos son? —gritó Obel a su vez.

—¡No puedo ver una mierda, sargento! —le contestó Brehenden mientras intentaba avanzar a través del caos.

Larkin había conseguido llegar al umbral de una puerta que había al otro lado del camino principal. Entrecerró los Ojos y observó los diversos resplandores durante unos momentos.

—Son al menos doce tiradores. Láseres ligeros o estándar —dijo en cuanto estudió lo suficiente las ráfagas—. Pero también tienen algo más potente: un cañón de proyectiles ó un freidor de plasma.

Eso era lo que estaba haciendo daño de verdad. Se trataba de una potencia de fuego de ráfagas automáticas e indiscriminadas. Ya habían muerto decenas de peregrinos. El arma era tan potente que derribó a otro estilita cuando cortó limpiamente en dos la columna sobre la que estaba. Larkin se quedó asombrado al ver que los demás anacoretas de ese estilo no intentaban huir, ni siquiera bajarse de las columnas. Simplemente, se pusieron de rodillas en su precario lugar y empezaron a rezar.

—¿Puedes acabar con eso? —le gritó Obel.

Larkin observó detenidamente los diferentes rayos intentando captar los más gruesos, los de color rojo apagado. Allí, a unos doscientos metros al norte y al este.

—Lo intentaré —contestó Larkin, no demasiado contento.

Obel les indicó por señas a Jajjo y a Unkin que avanzaran para reunirse con Larkin. Jajjo, un joven atractivo de piel oscura, era el nuevo explorador del undécimo y el primer nativo de la colmena Vervun que conseguía ascender a esa especialidad de élite. Larkin sabía que Mkoll tenía puestas muchas esperanzas en las capacidades de Jajjo.

—Tú mandas, Larks —dijo Jajjo.

Lo normal era que el explorador marchara en cabeza, pero aquello era tarea para un francotirador.

—A la izquierda, allí —dijo Larkin.

El trío cruzó la marea de peregrinos hasta llegar a una pequeña escalera de escalones de piedra por la que bajaron a un pasillo que había debajo de una arcada que corría por la parte trasera de un bloque de factorías. Varias decenas de peregrinos también habían elegido ese mismo pasillo para ponerse a cubierto, y se pegaron a las paredes al ver aparecer corriendo a los tres guardias imperiales.

En una esquina el pasillo se dividía. Por un lado, seguía hasta un puente de piedra junto a un molino industrial y, por el otro, bajaba hasta una calle de servicio por una escalera de madera. Las calles inferiores estaban abarrotadas de peregrinos. Larkin se quedó de pie unos instantes ante los escalones con la cabeza inclinada hacia un lado. Los sonidos de los disparos habían cambiado un poco de lugar respecto a donde se encontraba.

—Por abajo —dijo.

Los tres descendieron con rapidez haciendo resonar los peldaños de madera y comenzaron a recorrer la calle pegados a la pared mientras los peregrinos huían a toda prisa en dirección contraria.

Llegaron a una calle perpendicular. La marea de peregrinos había disminuido hasta casi desaparecer. La calle estaba sembrada de cuerpos tirados en todas las posturas. En el cruce había una capilla portátil derribada, con el reloj tumbado sobre el suelo.

Larkin salió a la carrera y se puso a cubierto detrás de la capilla portátil. La calle se iluminó de forma inmediata. Fuego ligero de rifles láser, que siseaban como una barra de acero al rojo vivo en una pileta de agua; un estampido sordo capaz de hacer vibrar el diafragma: el cañón. La estructura de la capilla portátil se estremeció al ser acribillada, y los trozos y fragmentos de madera y plástico saltaron por los aires. Los disparos también hicieron saltar partes del pavimento y se estrellaron con golpes sordos contra los cadáveres.

Larkin mantuvo la cabeza agachada. Las andanadas de disparos que había provocado resultaban tan intensas que era imposible que Jajjo o Unkin acudieran a apoyarlo.

Numerosos disparos de cañón atravesaron el reloj ya acribillado tras el que se ocultaba y le pasaron muy cerca de la cabeza. Larkin rodó y se echó el rifle al hombro. Al estar tumbado tenía un ángulo de visión muy limitado debajo de la base de la capilla portátil, pero fue suficiente para colocar el arma y ajustar la mira telescópica.

La calle que se abría ante él quedó a la vista envuelta en un resplandor verde y

frío. Tuvo que reducir la admisión de luz en la mira, ya que los rayos láser que le pasaban cerca ponían a prueba los límites del contraste de brillo.

Mejor. Un punto caliente; muy caliente. El cañón recalentado de una arma grande. Miró de nuevo e identificó tres sombras que manejaban un cañón pesado montado en un trípode detrás de un camión a unos cuarenta metros de distancia. Descubrió más puntos calientes, más pequeños, y más fríos: soldados con rifles láser. Había uno en el umbral de una puerta; otro detrás de una fila de barriles de combustible; un tercero agachado y pegado a una pared. Todos estaban disparando contra él.

Alargó la mano hacia atrás y la metió en la bolsa de munición. Sacó tras un momento un puñado de cargadores de energía y escogió uno de baja potencia. Lo hizo todo a ciegas, notando mediante el tacto la diferencia entre las cruces de cinta adhesiva diagonales y verticales con las que los había marcado en los lados. Habría preferido escoger un cargador de potencia máxima, pero había demasiados blancos. Un cargador de potencia máxima era para un solo tiro, y no tenía tiempo para andar cambiando de cargador después de cada disparo.

Larkin sacó el cargador de potencia máxima que tenía metido en el rifle y lo sustituyó por uno de baja potencia. Se aseguró de que mostraba la señal verde de «cargado» en el dispositivo, y luego se acomodó el arma en el hombro. Por Feth, se estaban empleando a fondo. Si continuaban así, en un minuto o menos la capilla portátil quedaría hecha pedazos y sería como si se hubiera quedado en bolas en mitad de la calle con una diana pintada en la cara y una pluma metida en el culo.

El cañón era el objetivo inicial obvio, pero el ruido de sus disparos cubriría los suyos mientras eliminaba a los otros tiradores. Apuntó al que estaba en el umbral de la puerta, esperó a que disparase para ser capaz de distinguirlo bien entre las sombras, y entonces disparó él. El enemigo probablemente no vio el resplandor del cañón de su arma en mitad de aquella barahúnda.

El que estaba al lado de la pared. «Muy bien, sigue así, sigue disparando. Enséñame exactamente dónde estás…».

El rifle largo dio un brinco. La silueta que estaba al lado de la pared cayó al suelo.

El soldado que estaba detrás de los barriles se dio cuenta de repente de que sus camaradas habían caído. Echó a correr hacia el cañón, y fue entonces cuando Larkin le metió un tiro en la espina dorsal.

El cañón giró sobre su eje y empezó a disparar directamente contra él en vez de acribillar la calle. No había tiempo para arriesgarse. Larkín sacó el cargador de baja potencia y metió uno de máxima. Cada disparo del cañón tenía mucha más potencia que la del rifle largo, incluso con el nuevo cargador, y disparaba en modo automático, unos cinco disparos por segundo. La parte del reloj de la capilla portátil quedó desintegrada y una de las ruedas saltó, destrozada, por los aires; trozos y radios quedaron esparcidos por todos lados.

—Sí, sí —dijo Larkin antes de disparar.

El disparo a máxima potencia soltó un gruñido aullante y la culata del rifle se estampó contra el moratón permanente que Larkín tenía en el hombro derecho. Le dolió. Siempre lo hacía. Le gustaba ese dolor porque lo asociaba con un tiro certero.

La cabeza del artillero quedó vaporizada, y el resto del cuerpo cayó sobre el cañón del arma. Se produjo un silencio repentino. Larkin vio cómo los dos compañeros del artillero se esforzaban por apartar el cadáver mientras él metía otro cargador de máxima potencia en su arma.

«Célula de energía principal a un metro a la izquierda del trípode, con el cable de alimentación conectado…».

Otro golpe contra el hombro.

La célula de energía principal explotó con la fuerza de varias granadas de mano y lanzó el cañón, con el trípode y todo, por los aires. El arma iba acompañada de tres siluetas humanas que giraban al ritmo de la brillante bola de fuego.

El cañón con el trípode rebotó un par de veces contra el suelo y produjo unos fuertes estampidos metálicos. Los cuerpos no rebotaron.

—¡Despejado! —gritó Larkin mientras recargaba antes de ponerse en pie.

Jajjo y Unkin salieron a toda prisa de su cobertura y pasaron corriendo a su lado en tanto disparaban en fuego semiautomático para despejar la calle. Larkin echó a correr detrás de ellos manteniéndose pegado a la pared.

—¡Por Feth, Larks! —soltó Unkin al ver el resultado de los disparos de Larkin cuando se pusieron a cubierto en la siguiente esquina, cerca de donde la destrucción del cañón había originado un cráter humeante en mitad de la calle—. ¡No te andas con chiquitas!

—Dale palmaditas en la espalda más tarde —le cortó Jajjo. Se había colocado detrás del camión y ya estaba disparando a la izquierda de la calle.

Llegaba una nueva oleada de atacantes, y eran muchos Jajjo reconoció inmediatamente sus uniformes de color rojo sangre.

El Pacto Sangriento. «Así que es cierto», pensó Tona Criid. Bueno, hasta cierto punto. Los disidentes heréticos que atacaban Ciudad Beati eran, en realidad, infantería entrenada y veterana que pertenecía a uno de los cuerpos de combate de élite del archienemigo. Lo que Corbec no había llegado a decirle en la reunión previa era la escala del ataque. Aquello no era una escaramuza sin más. Era un asalto a la ciudad en toda regla.

El enemigo surgía del páramo y atacaba en masa el sector de Las Vidrieras, acompañado de numerosas armas de apoyo y de escudos portátiles. Según sus cálculos, habían muerto cincuenta peregrinos o más en aquella fase inicial del ataque, atrapados entre los disparos enemigos y los casi indefensos imperiales. Casi todos los

peregrinos habían logrado huir ya y estaban a cubierto en las inmediaciones, o se habían marchado en masa hacia el interior de la ciudad. La batalla había desplegado toda su furia y se estaban produciendo sangrientos combates callejeros por el obsidae, los campamentos y las factorías de la zona. El pelotón de Criid, apoyado por el de Domor, defendía una área de tres manzanas, con la unidad de Obel no muy lejos, al oeste. Su posición se vio reforzada quince minutos más tarde por otros tres pelotones procedentes del este y por una columna de la milicia local que había solicitado el capitán Lamm.

La cosa pintaba mal, tan mal como lo peor que ella podía recordar, y ya era decir algo. Se sentía un poco como en los combates callejeros de la colmena Vervun en los que había participado. Sin embargo, el enemigo, allí habían sido los zoicanos, bien armados y equipados, pero que se movían casi como marionetas. Los del Pacto Sangriento eran algo completamente distinto. Sabían cómo combatir en las calles de una ciudad. Estaban tan capacitados como los Fantasmas de Tanith y eran mucho más disciplinados que cualquier fuerza del Caos a la que ella se hubiera enfrentado. Aquella situación también salía perdiendo en comparación con la guerra de trincheras en Aexe Cardinal que habían abandonado hacía relativamente poco. En aquel momento, Criid pensaba que ese tipo de lucha era lo peor que podía suceder: estar atrapados, como ratas y con ratas, en unas trincheras estrechas y apestosas, manteniendo combates cuerpo a cuerpo.

Sin embargo, lo de Herodor parecía una pesadilla. La zona de Las Vidrieras era demasiado abierta y sinuosa. Cada esquina, cada cruce, cada pasadizo entre edificios y cada callejón eran una trampa mortal. Al menos, en una trinchera sabías que el enemigo estaba delante de ti.

Se echó a reír y disparó una ráfaga que arrojó de espaldas a un soldado del Pacto Sangriento a través de una arcada. Aparecieron otros dos, a los que también mató.

—¿Qué Feth es tan divertido? —le preguntó Lubba mientras disparaba a su vez con su rifle láser nuevo.

Parecía una arma demasiado pequeña en sus manos, grandes y llenas de tatuajes. Criid sabía que Lubba echaba de menos su lanzallamas. Gak, lo útil que hubiera sido en una situación como aquella.

—Me he dado cuenta de que estaba deseando volver a las trincheras —le contestó mientras cambiaba de cargador—. Me pareció que era divertido de narices.

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —gritó Subeno de repente.

Un diluvio de rayos láser surgió de un callejón lateral, y Criid y Lubba tuvieron que echarse a un lado para ponerse a cubierto. Domor pasó corriendo seguido de Nehn, Bonin y Milo. Anularon el nuevo vector de ataque con una andanada de disparos automáticos. Más fantasmas, bajo el mando de Chiria y Ezian, se apresuraron a aprovechar el hueco que se había abierto y repelieron el ataque en la

calle hasta hacer retroceder al enemigo. Uno de los fantasmas se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo. Criid no pudo distinguir quién era, pero estaba segura de que había muerto.

Los hombres de Lamm estaban conteniendo al enemigo en una calle lateral, un poco más abajo de su posición. Criid oía cada pocos segundos el siseo de su lanzallamas autorizado. A su espalda, en la siguiente manzana, la Fuerza de Defensa Planetaria de Herodor se enfrentaba en un combate indeciso al enemigo en el interior de una fila de graneros con estructura de hierro utilizados para recoger los diezmos.

—¿Cómo está la retaguardia? —le preguntó a gritos a Lubba.

El soldado estaba cubierto de polvo de yeso y parecía que se había revolcado en harina.

—¡Como si tuviera la más mínima idea de eso! —le contestó.

Criid se levantó y regresó a la carrera por la calle por donde habían llegado al lugar; tuvo que sortear los cadáveres de los peregrinos asesinados. DaFelbe, que tenía ocupada una buena posición junto a nueve soldados más, mantenía bloqueada esa parte de la calle ante el avance enemigo, pero estaba recibiendo cada vez más descargas. Vio a Posetine y a Vulli arrastrar a Mkhef para sacarlo de la línea de fuego. Le habían pegado un tiro en el pecho y otro en el cuello. Criid dudó mucho de que llegara al amanecer.

Dio la vuelta a la esquina y se encontró con el capitán Daur, que atravesaba una densa humareda a la cabeza de sus hombres.

—¡Informa! —le gritó para hacerse oír por encima del ruido de los disparos.

Criid hizo un gesto vago señalando los alrededores.

—¡Están por todos lados! —contestó—. ¡Den la vuelta!

—¡A cubierto! —ordenó Daur, y su pelotón se dirigió a la carrera hacia las puertas y las ventanas destrozadas del granero más cercano.

Criid avanzó en dirección contraria hasta meterse en un callejón lleno de escombros, donde se topó de frente con tres soldados del Pacto Sangriento. Gritó y se dejó caer al suelo. Un rayo láser le rozó el cuero cabelludo.

La dejó inconsciente. Se quedó boca abajo entre los escombros, incapaz de moverse, incapaz de ver…

Algo bajó de un salto de un tejado y cayó a espaldas de los soldados enemigos. Era un solo fantasma, armado con una pistola láser en una mano y el cuchillo de plata pura en la otra. En menos de dos segundos los tres oponentes estaban muertos: dos por disparos a quemarropa y el tercero con la garganta abierta de un tajo enorme.

Lijah Cuu, jadeante, bajó las manos. Estaba empapado de sangre. Se acercó hasta Criid y se agachó a su lado. Algunas siluetas pasaron corriendo por la boca del callejón. Silbaron unos cuantos disparos.

Enfundó la pistola y giró el cuchillo del combate que empuñaba en la mano

chorreante de sangre para que quedara con la punta hacia el suelo. Lo bajó poco a poco hasta que la punta quedó pegada a la nuca de Criid. Una gota de sangre oscura se encharcó alrededor del borde afilado.

Le acarició el cabello, empapado de sangre, con la otra mano, y luego le pasó un dedo sucio por la mejilla.

—Fijo que sí —murmuró con voz ronca, y alzó el cuchillo para golpear.

Una enorme mano lo agarró por la muñeca y le inmovilizó el brazo. Cuu soltó un gemido de dolor y alzó la vista.

—No hagas daño a nadie —dijo Kolea.

—¡Suéltame! —le gritó Cuu.

—No hagas daño a nadie, Lijah Cuu —repitió Kolea alzando el brazo.

Cuu se vio obligado a levantarse. Tenía la muñeca atrapada por completo en la presa terriblemente fuerte de la mano de Kolea.

—¡Intentaba ayudarla! ¡Necesita ayuda! ¡Mírala! —Chilló Cuu—. ¡Tiene la máscara respiratoria enredada en el cuello! ¡Mira! ¡Mira, Gak! ¡Iba a cortarle la cincha!

—Tú vete —contestó Kolea—. Tú vete ahora.

Soltó a Cuu, quien retrocedió sin dejar de mirar a Kolea. Este le devolvió la mirada con expresión tranquila.

—Pues ayúdala tú, estúpido de Gak —le espetó Cuu.

Alzó un poco el cuchillo, pero se limitó a limpiar la hoja ensangrentada en la pernera del pantalón antes de envainarlo.

—Tú vete —insistió Kolea.

Cuu desapareció entre las sombras.

Kolea se agachó y le dio la vuelta al cuerpo de Criid. Le quitó la máscara que le estaba apretando, la tomó en brazos y echó a andar.

Ya en la calle, Lubba lo vio aparecer y sintió que se le helaba el corazón. Había sido en Fantine, dos años antes, y había visto exactamente lo mismo. Kolea llevaba en brazos a Criid, herida, para ponerla a salvo. Instantes después, Kolea recibía un disparo, y el hombre que él conocía y admiraba se había esfumado.

Lubba se puso en pie de un salto antes de que pudiera ocurrir de nuevo y arrastró a Kolea para que se pusiera a cubierto.

—¡Médico! —gritó—. ¡Que venga un médico!

Dos calles más allá empezaron a caer proyectiles de mortero sobre los refugios y las factorías. Unas tremendas llamaradas surgieron de las ventanas y las entradas; había trozos de cristal esparcidos por toda la zona y el suelo se estremecía, Uno de los tejados se derrumbó, y dos grandes talleres de montaje estallaron en llamas.

Milo estaba a cubierto detrás de una pared medio caída. Le zumbaban los oídos por la presión de las explosiones y le caía un reguero de sangre de la herida que una

esquirla de metralla le había abierto en la mejilla. Bonin estaba a su lado, intentando sacarse un trozo de cristal que se le había clavado en la palma de la mano.

—Bueno, esto es estupendo, ¡por Feth! —gritó por encima del rugido de las explosiones.

—¡Vaya que sí! —contestó Milo.

Estaba algo aturdido y atontado por las fuertes detonaciones, pero aparte de eso, tenía una sensación muy rara, como…

Como le habría ocurrido en Hagia.

Nunca llegó a descubrir para qué le habían querido todas aquellas señales.

—¡Espabila! —le dijo Bonin de repente antes de rodar sobre sí mismo y alzar el rifle.

Disparó un par de veces, y Milo se puso a disparar con él. Unas figuras de uniforme rojo acababan de surgir de los edificios bombardeados que tenían delante de ellos.

Dispararon con cuidado y precisión. Bonin, un explorador tremendamente hábil, había recibido su entrenamiento de manos del mismísimo Mkoll, y sabía cómo disparar y cómo esperar el momento oportuno. Milo había aprendido las técnicas de combate de mucha gente: del coronel Corbec, de Gaunt en persona y, sobre todo, de Hlaine Larkin. Milo escogía sus objetivos con la experiencia de un cazador.

Entre los dos mataron a los nueve soldados del Pacto Sangriento que habían salido de las ruinas para avanzar por la calle en su dirección.

Se quedaron allí ocultos durante unos cuantos minutos, hasta que comenzaron a caer más proyectiles de mortero; entonces se marcharon sigilosamente en dirección a la fuerza principal.

—¡Socorro! —gritó alguien.

Las llamas consumían los edificios cercanos y lanzaban chispas hacia el parpadeante escudo de la ciudad.

Milo echó a correr, con Bonin pegado a él. Vieron a un individuo un poco más adelante. Era un hombre fornido, de mediana edad, que llevaba puestos los ropajes de un peregrino infardi. Estaba intentando sacar a rastras a un anciano de una factoría en llamas.

—¡Hay más gente dentro! —les gritó Alphant a los dos fantasmas cuando llegaron a su lado—. ¡Por la santa, está ardiendo todo el edificio!

Era el mismo edificio que Criid les había abierto poco antes a los peregrinos para que entraran y se refugiaran del frío. Estaba completamente envuelto en llamas. Muchos de los que estaban dentro eran ancianos o estaban demasiado enfermos para salvarse por sí mismos, o eran niños que estaban perdidos y aterrorizados.

Milo y Bonin entraron con Alphant y obligaron a salir a los niños. Varias vigas se desplomaron convertidas en antorchas. Bonin y Alphant agarraron a una anciana

sentada en una silla camilla, y la sacaron y le apagaron la ropa, que había comenzado a arder.

Milo tomó de la mano a dos niños y los sacó a tropezones al aire libre.

Los recibió una andanada de rayos láser y proyectiles sólidos. El Pacto Sangriento los había alcanzado. La anciana que Bonin y Alphant habían puesto a salvo murió en su silla. Milo no pudo soportar la idea de mirar a los demás muertos.

Tanto él como Bonin se descolgaron los rifles del hombro y comenzaron a responder a los disparos, utilizando los escombros de un taller derribado como cobertura.

—¡Dadme algo! ¡Cualquier arma! —les gritó Alphant desde donde estaba a cubierto, el umbral de una puerta, con un puñado de niños asustados a su espalda.

—¿Sabes utilizarlas? —le gritó Milo a su vez.

—¡Fui guardia imperial! ¡Sé disparar!

Milo sacó su pistola láser y se la arrojó a Alphant. Luego, le tiró unos cuantos cargadores que sacó del morral de munición. Los tres cubrieron toda la calle con sus disparos.

Alphant sacaba y agachaba la cabeza entre disparos, y de repente vio a la chica, Sabbatine. La había estado buscando toda la noche; de hecho, desde que la había conocido en el campamento. Había algo en la chica, algo importante, algo que le había impulsado a buscarla.

Salió de un taller de torneado más abajo de la calle encabezando a un grupo de niños para sacarlos del bloque de edificios en llamas. Corrieron en fila, agarrados de la mano. Parecía una maestra de la scholam que los llevaba de paseo.

—¡Atrás! ¡Atrás! —le gritó Alphant.

Ella se giró, y en cuanto lo vio, dirigió de forma apresurada a los niños hacia la posición donde estaban Alphant y los dos fantasmas a cubierto.

—¡Por Feth! —gritó Milo al verlos acercarse.

Los disparos de rayos láser pasaban por encima y alrededor de la pequeña procesión a la carrera. ¿Cómo era posible que no les dieran? ¿Cómo era posible que no estuvieran muertos ya?

Bonin y Milo se alzaron un poco y dispararon para cubrirlos. En cuanto llegaron hasta ellos pusieron a los niños, gimoteantes y aterrorizados, detrás del parapeto improvisado.

—¡Venga! —llamó a gritos Alphant a la chica.

Ella parecía no hacer esfuerzo alguno por agacharse o ponerse a cubierto. Alphant arriesgó su vida y salió corriendo de la cobertura para agarrarla a ella y a los últimos niños. Un disparo le rozó el muslo. La chica logró de algún modo mantenerlo de pie hasta que estuvieron a salvo.

—Te estaba buscando —le dijo.

Sabbatine le sonrió.

—Lo sé.

Milo se acercó a ellos a rastras mientras les instaba a los niños a que se mantuvieran agachados intentando que pareciera un juego.

—Lo que has hecho ha sido muy valiente —le dijo a la chica.

Ella se giró hacia él, y Milo se quedó sin palabras. Jamás antes en toda su vida la había visto, pero la conocía. Era como si la hubiera conocido desde siempre.

Milo sacudió la cabeza para volver a la realidad.

—Tenemos que sacar a estos niños de aquí —dijo—. ¿Bonin?

—¡No hay manera! —le contestó Bonin a gritos desde donde estaba, rodeado de niños y peregrinos—. El fuego ha bloqueado el otro extremo de la calle. No podemos ir por ahí.

Milo se arrastró un poco más y se atrevió a echar un vistazo. Las vaharadas de humo cargado de chispas llenaban la zona acribillada. Vio a varios hombres que se movían, armados con rifles y con la cara tapada por unas escalofriantes máscaras de hierro. Cada pocos segundos, uno alzaba el arma y disparaba hacia ellos. Eran demasiados como para que pudieran repelerlos entre los tres.

Momentos después, eso dejó de tener importancia. La infantería del Pacto Sangriento se estaba echando a un lado, hacia las paredes de los edificios en ruinas. Algo se aproximaba por detrás de ellos.

—¡Oh, Feth! —gimió Milo cuando el tanque de asalto, pintado de carmesí y adornado con símbolos abominables, apareció a la vista.

—No es el momento apropiado para pedir una audiencia —le dijo el oficial de estado mayor del Civitas Beati—. Están atacando la ciudad.

—¿De verdad? ¡Hágame una lista de los momentos más apropiados que este, Feth! —le espetó Zweil.

El soldado, vestido con el grueso uniforme de combate y los segmentos pulidos de la semiarmadura, le sacaba más de una cabeza al anciano ayatani. La luz de las velas del atrio hacía difícil determinar la expresión de su rostro anguloso. A su espalda, se encontraban las enormes puertas de bronce de la principal catedral de la Eclesiarquía en la ciudad, situada cerca de la cúspide de la torre colmena uno. Ambas tenían grabados de Kiodrus sosteniendo un cuenco para que la santa se limpiara las heridas. Las puertas estaban cerradas a cal y canto.

—Padre, por favor —le pidió el oficial.

—He recorrido un largo camino para verla —le insistió Zweil.

—Lo mismo que mucha gente.

Zweil le amenazó con un puño huesudo acompañado de un gesto de frustración.

—¿Sabe quién soy?

—Es el imhava ayatani Zweil, y sólo un viejo loco como tú armaría un escándalo como este.

La voz sonó a su espalda. Zweil se dio la vuelta y se encontró cara a cara con otro anciano vestido con ropas sacerdotales.

—Kilosh —dijo antes de hacer una reverencia. El otro sacerdote le devolvió el saludo—. Estás muy lejos de casa para ser un tempelum ayatani, hermano.

—Las circunstancias que rodean nuestra devoción cambian, hermano —te contestó Kilosh con una sonrisa—. Es sorprendentemente agradable verte de nuevo, viejo liante pendenciero,

—Lo mismo digo. Veo que sigues igual de estirado y acicalado que siempre. Hermano, necesito verla.

—Eso resulta evidente para todo el que tenga oídos en un kilómetro a la redonda. Veré lo que puedo hacer, pero…

—¿Pero? —bufó Zweil.

—Ya tenemos bastantes problemas esta noche.

Zweil tomó del brazo a Kilosh, se lo llevó en un aparte y habló en voz baja.

—Sé lo que piensas. No sólo tengo una reputación más que dudosa, sino que además me he estado relacionando con esos descreídos de Tanith más tiempo del que me convenía.

—Hermano, no creo que Gaunt y sus hombres sean unos descreídos.

Zweil se quedó callado un momento.

—Bueno, la verdad es que yo tampoco, pero temes que entre ahí y le diga en la cara que es un fraude, que me desengañe como Gaunt se ha desengañado.

—Lo cierto es que su falta de fe me duele mucho, hermano.

—Ni la mitad de lo que me duele a mí. Es un buen hombre, y es honrado. Me he mantenido con su regimiento todo este tiempo porque parecía ser un verdadero devoto de la santa. No sé lo que ha podido pasar para que pierda la fe, pero me apena enormemente.

Kilosh asintió.

—Entonces, ¿no has venido como mensajero suyo para desenmascarar al falso ídolo?

—Más bien lo contrario. Hermano, necesito tener una audiencia con ella para poder regresar y confirmarle la verdad; para hacer que vea la verdad, para que crea.

—¡Tú no tienes dudas!

Zweil negó con la cabeza.

—Se han producido señales, portentos, milagros más que suficientes para provocar una marea de peregrinos, más que suficientes para poner este planeta en boca de todo el Imperio. Los augurios de una decena de templos en una decena de planetas han predicho, y además, de forma enfática, que la santa ha renacido y ha

venido aquí, a Herodor. Las pruebas son inequívocas. Estoy convencido de que ella está aquí. Haré todo lo que esté en mi mano para lograr que Gaunt también lo crea, ya que sin su fe estamos perdidos.

Kilosh miró fijamente a Zweil a la cara durante unos instantes, y luego le indicó con un gesto que lo siguiera.

Los soldados del regimiento Civitas Beati abrieron las puertas de bronce y los dos ancianos sacerdotes entraron cojeando en el amplio antealtar de la gran iglesia. Las bordes de las paredes y de las columnas de mármol estaban decorados con taraceas de oro, y las superficies de piedra tenían incrustados mosaicos de obsidiana. Varias capillas portátiles estaban apiñadas al lado de la entrada, junto a montones glaciales de guirnaldas de islumbine.

Una gigantesca escultura de un águila, forjada en hierro, de unos treinta metros de largo del extremo de una ala al de la otra, estaba colgada de la cúpula del techo. Los bancos, que formaban largas hileras en semicírculo, estaban fabricados con una madera oscura y muy barnizada. En el altar principal, las llamas de las grandes velas colocadas sobre relucientes candelabros tallados con la concha de quelonios parpadeaban con un resplandor amarillento. El altar en sí era una gran cisterna rectangular de piedra, llena de agua bendita del balneario. El agua estaba tersa e inmóvil, como un gran espejo de color marrón.

Zweil se arrodilló y oró unos momentos de cara al altar. Después Kilosh le ayudó a ponerse en pie y lo condujo a la capilla interior. Varias doncellas esholi, vestidas con albas de color violeta y grandes tocados blancos bicornios en la cabeza, los esperaban delante de la pantalla dorada que formaba la iconostasis. Kibosh abrió la puerta de separación, y ambos descendieron los pocos y gastados peldaños que llevaban a la pequeña cripta.

Estaba oscuro, a excepción de las lámparas de fosfato y la escasa luz que entraba del exterior, procedente del brillo del escudo de la ciudad, por una estrecha tronera en la parte alta de la pared, sobre un pequeño altar. Había una mujer arrodillada delante del altar, rezando, y la luz la bañaba.

Los oyó entrar y se puso en pie dándose la vuelta. Llevaba puesta una larga túnica azul y una estola blanca. Tenía el brillante cabello negro recogido, y la cara, descubierta. Kliosh hizo una reverencia inmediatamente. Zweil se la quedó mirando, incapaz de hablar. Sentía que el corazón le palpitaba como si estuviese a punto de estallar, como si su cuerpo hubiese logrado llegar hasta allí para fallarle en ese preciso momento.

—Ayatani Zweil —dijo la santa con voz suave como la seda.

Islumbine. En el aire había un olor muy fuerte a islumbine. Zweil jadeó y cayó de rodillas. No le salían las palabras.

—Yo…

—¡Chsss!, leal padre —dijo ella, y alargó una mano. Ella tomó entre las suyas.

Algo le hormigueó por toda la piel, como una descarga eléctrica, como si le pincharan con agujas. Soltó la mano con brusquedad y la miró, confuso.

—Sanian… —dijo.

La sonrisa de su rostro no se alteró.

—Sabes en qué recipiente estoy, ayatani Zweil. Lo reconoces, pero…

—¡No! —exclamó él mientras se esforzaba por ponerse en pie.

Estaba pestañeando con fuerza, como si se estuviera esforzando por no llorar.

—¡Oh, Dios Emperador! Tenía razón. Eres Sanian.

Ella se alejó de espaldas. Kilosh también se puso en pie, gruñendo por el esfuerzo que le suponía.

—¡Maldito seas, Zweil! —le gritó—. ¡Me dijiste que no harías esto! ¡Me has engañado!

—No, no… —tartamudeó Zweil sin apartar los ojos de ella—. De verdad, Kilosh, te lo dije de todo corazón. Pero ahora veo cuál es la verdad. No es la verdad que quería ver, pero es la verdad de todas maneras.

Kilosh le agarró de la manga con furia e intentó sacarlo a rastras. El imhava ayatani lo apartó de un empujón.

—La santa está aquí. La siento en cada piedra y en cada brizna de aire, ¡pero no es ella!

El tanque disparó de nuevo, y el proyectil impactó contra la fachada de la factoría en llamas que tenían a la espalda. Por los aires saltó una cascada de trozos de piedra y de cristal. Los peregrinos y los niños no paraban de gritar.

—¡Con las cargas de demolición! —gritó Bonin.

—¡No podrás acercarte lo suficiente! —le respondió Milo mientras se tapaba la cabeza con un brazo para resguardarse de la lluvia de restos. Se acercó a rastras hasta Bonin, sacó las cargas de demolición de la mochila y se las puso en las manos—. ¡No, a menos que se distraigan! ¡A la de tres!

Otro cañonazo pasó silbando por encima de ellos. El tanque ya se encontraba tan sólo a veinte metros. La ametralladora que llevaba en el casco comenzó a acribillar la barricada de escombros.

Los dos fantasmas salieron corriendo en direcciones contrarias y con la cabeza agachada. Bonin se lanzó por la parte izquierda de la calle, pegado a la pared e intentando unir con cinta adhesiva las cargas mientras seguía corriendo. Milo cruzó hacia el lado derecho y siguió avanzando con las manos y las rodillas hasta que llegó a una puerta, donde se dejó caer de espaldas. Vio a través del humo a Alphant y a los demás peregrinos adultos intentando mantener a los niños bajo la poca cobertura que iba quedando.

—¿Preparado? —La voz de Bonin le llegó por el microrreceptor.

—¡Ahora! —contestó Milo.

Salió de su escondite y disparó el rifle láser en posición de fuego automático. Los disparos destellaron con un zumbido contra el blindaje desportillado del tanque. El vehículo se detuvo con una sacudida, y el cañón de la ametralladora giró hacia él.

Se echó al suelo justo a tiempo. Los gruesos proyectiles sólidos del arma destrozaron la pared y la puerta que estaban por encima de su cuerpo acurrucado y las convirtieron en simples pedazos. No era suficiente. No había distraído a la tripulación ni de lejos el tiempo suficiente como para que Bonin se acercase al tanque.

Milo comenzó a arrastrarse de nuevo mientras más ráfagas de proyectiles pasaban por encima de él. «Si pudiera…».

Oyó a Alphant gritar algo y alzó la vista.

La chica había salido corriendo de la cobertura. Se había colocado en mitad de la calle destrozada, precisamente delante del tanque.

—¡Feth, no! —aulló Milo, y comenzó a correr hacia ella.

Sabbatine estaba enfrente del tanque, con las dos manos levantadas como si fuera una agente del Adeptus Arbites que estuviera dirigiendo el tráfico. El tanque se detuvo de nuevo de golpe, como si estuviera sorprendido. La torreta principal giró y el enorme cañón bajó hacia ella, como si el vehículo la mirara con un apéndice de visión gigantesco.

Bonin surgió del humo que había a un costado del tanque y lanzó las cargas de demolición, que rebotaron en la parte trasera del vehículo hasta quedar debajo del reborde posterior de la torreta.

Milo se lanzó de cabeza y derribó a la chica, echándola a un lado, en el preciso instante en que el tanque disparaba el cañón y que las cargas de demolición estallaban.

En ese momento, en un callejón que comunicaba la zona de las factorías con el sector del Salón de Hierro, el capitán Daur se cayó con tanta fuerza y tan de repente que los soldados que estaban a su lado pensaron que le habían dado.

—¡Capitán! —gritó Brennan mientras corría hacia él. Unos cuantos rayos láser disparados por los atacantes que había calle abajo pasaron zumbando como luciérnagas. El soldado Solía llamó a voces a un médico.

—Estoy bien —dijo Daur. Le castañeteaban los dientes, como si estuviera helado de frío—. Vamos, quiero decir que no me han dado.

—¿Por qué se ha caído, capitán? —le preguntó Solia, que mostraba un gesto preocupado en su cara cubierta de suciedad.

—He tenido… una sensación horrible —contestó Daur, y se echó a reír por lo tonto que sonaba.

Pero la expresión de su rostro no era ninguna tontería.

En la parte trasera del transporte, en mitad del ambiente rancio por el aire reciclado, Curth se apartó del soldado herodiano que había intentado salvar y meneó la cabeza con un suspiro. Había muchos más heridos, la mayoría infardi, sentados o tumbados alrededor de la rampa de entrada al vehículo pesado, que de vez en cuando se estremecía cuando la tierra temblaba al recibir cerca los impactos de los disparos de artillería.

Curth oyó un repiqueteo metálico y miró a su espalda. El jefe médico Dorden, que estaba operando en una camilla, acababa de tirar toda una bandeja de instrumental quirúrgico.

—¿Dorden?

Se tambaleó. La parte del rostro que se veía detrás de la máscara quirúrgica estaba gris y tenía un aspecto enfermo.

—¡Dorden! —gritó Curth, apresurándose a ponerse a su lado.

—¿Ana? ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿A qué te refieres?

—¿No has visto ese resplandor? Era tan brillante…

—No, sólo he visto las salvas de artillería que estamos sufriendo.

—Tan brillante… —murmuró Dorden.

Los refuerzos del Primero de Tanith bajaron de un salto de los caminos en cuanto la columna de transportes se detuvo. Habían llegado al cruce de Principal y habían encarado hacia el norte en la avenida de la Bajada del Gremio, donde comenzaba el límite sur de los sectores del Salón de Hierro y de Las Vidrieras. La artillería autopropulsada y los tanques ligeros del regimiento Civitas Beati fueron pasando en dirección a la línea del frente, junto a los Salamanders y las plataformas de artillería ligera de la fuerza de desembarco de Lugo.

Gaunt comprobó el cargador de la pistola bólter y caminó hasta donde Corbec estaba transmitiendo las últimas órdenes a los jefes de escuadra.

—Sé que estos pequeñines tienen un blindaje grueso y protector —estaba diciendo en ese momento, mientras palmeaba el costado de uno de los transportes—, pero también son unos objetivos muy grandes y apetitosos. Lo que nos espera son combates callejeros y cuerpo a cuerpo, y seréis más útiles a pie, y además, estaréis más salvo. Preparaos para dispersaros por escuadras. —Miró a Gaunt—. ¿Algo que añadir?

Gaunt estaba a punto de contestar cuando Corbec se llevó una mano a la cabeza y se tambaleó.

—¿Coronel?

—¡Oh, Dios Emperador! —jadeó Corbec—. ¿No has sentido eso? ¿Es que no lo has sentido?

—¡Ayatani Zweil! ¡Ayatani Zweil! ¡Apártese de ella ahora mismo! —le gritó Kilosh.

—¡Kilosh!, ¿es que no lo entiendes? ¿No puedes bajar de tu pedestal para verlo?

Zweil señaló con un dedo acusatorio a la santa, que lo miraba en silencio con ojos de reproche.

—¡Voy a llamar a los guardias del templo y haré que te echen a patadas sí no paras y te vas ahora mismo! —bramó Kilosh.

Zweil, con la cabeza a punto de estallar, se disponía a contestarle cuando sintió un regusto metálico en la boca. Miró a Kilosh y tosió. La mano con la que se cubrió la boca estaba manchada de sangre.

—¿Zweil? ¿Qué te ocurre?

«¡Oh, por el bendito Dios Emperador! —pensó Zweil—. Se acabó. Me va a dar un ataque y …».

Y eso fue lo único que pudo pensar. Cayó en silenció hacia adelante y se estampó de cabeza contra las losas del suelo.

—¿Zweil? —dijo Kilosh, más perplejo que otra cosa.

Se aproximó y se agachó al lado de su colega caído. Le tomó el pulso y estaba a punto de pedir ayuda cuando un grito a su espalda lo interrumpió.

Se giró y vio que la santa había caído de rodillas, y también vio la expresión atemorizada y horrorizada de su rostro bajo la escasa luz de las lámparas de fosfato. Tenía las manos, temblorosas, pegadas a la nariz, de la que chorreaba sangre.

—¡Socorro! —chilló Kilosh—. ¡Socorro!

No quedó nada del tanque, a excepción de algunos hierros retorcidos y ennegrecidos. La calle estaba llena de un denso humo azul que hacía difícil respirar. Bonin tosía y jadeaba mientras corría. Todavía le zumbaban los oídos.

—¡Milo! ¡Milo!

El chaval estaba boca abajo en una zanja, cubierto de ceniza y de guijarros. Bonin llegó hasta él casi al mismo tiempo que Alphant. Milo recuperó la conciencia cuando le dieron la vuelta. Estaba milagrosamente sano y salvo.

Sin embargo, la chica, que estaba allí cerca, doblada sobre una acera rota, no había corrido la misma suerte. La onda expansiva de la explosión del proyectil, que había abierto un cráter a los pies de ambos, los había lanzado a los dos por el aire, pero la había afectado más a ella. Tenía el cuello roto: estaba muerta.

Alphant gritó de pura desesperación.

Milo no había visto nada de todo aquello, pero al oír el grito de Alphant se le encogió el estómago.

Se puso en pie y supo, mucho antes de ver el cuerpo de la chica, que algo horrible acababa de suceder; algo ominoso, algo vital, algo mucho más importante que toda la matanza y la destrucción que había a su alrededor.

Algo impío.



CUATRO

Magníficat

Sé lo que vi entonces, y sé lo que veo ahora.

Zweil, ayatani

Una humareda rojiza y amarillenta inundaba la oscuridad de las calles de la Bajada del Gremio, en mitad de la ciudad, y se extendía hacia el sector noroccidental de la zona metropolitana. Una lluvia de chispas luminosas resplandecía en aquel manto difuso como rayos que caían a tierra. El rugir y los estampidos sordos de las explosiones, encerradas y redobladas por el escudo de la ciudad, llegaban hasta sus oídos. Las nubes de humo, también atrapadas por el escudo, formaban una cubierta como un techo esponjoso. Según los ya frenéticos informes del mando táctico central, más de mil efectivos, apoyados por blindados, estaban atacando la ciudad.

Y la ciudad estaba cayendo en sus manos; en parte, debido a la ferocidad del ataque, pero en parte, también, por el peso de una inexplicable sensación de derrota y pérdida que se había apoderado de sus habitantes a lo largo de la noche.

Víctor Hark no era capaz de precisar lo que era, pero también lo sentía: un dolor, un sentimiento de desilusión, una tristeza debilitadora. Quizá se trataba de la inesperada velocidad y ferocidad del ataque del Caos. Quizá se trataba de que todo el mundo se había dado cuenta de lo frágil que era la posición imperial.

Incluso en la peor de las posibilidades que habían estudiado, Gaunt no había esperado que la situación fuese tan mal con tanta rapidez. Hark estaba seguro de eso. Había pasado mucho tiempo con Gaunt calculando los riesgos de cada uno de los escasos planes de defensa que se podían aplicar en Ciudad Beati, dadas las pocas fuerzas que tenían bajo su mando y la carencia absoluta de tiempo para prepararse. Era una situación desoladora, y Gaunt no había ocultado su temor de que en cuanto llegara el grueso del contingente enemigo a Herodor, se habría acabado la batalla.

Sin embargo, ese grueso del contingente todavía no había llegado a Herodor, y la defensa de la ciudad parecía a punto de derrumbarse en una sola noche.

El mando táctico todavía se refería al enemigo como «herejes disidentes». Hark soltó un suspiro al oírlo de nuevo y se quitó el microrreceptor que llevaba en la oreja. No quería tener que oírlo de nuevo.

La calle estaba abarrotada de gente y de lamentos. Eso era lo peor. No se trataba del sonido del terror y el pánico. Era el sonido del infortunio.

Hark iba montado en un transporte de tropas de grandes guardabarros perteneciente a una columna de refuerzo que se dirigía al frente. Eran doce transportes en total, todos vehículos de gran longitud y del mismo color gris, pertenecientes al Departamento Munitorum. Lograban avanzar a través de la multitud sólo porque había tres transportes blindados Chimera de la compañía del comandante general que les iban abriendo paso. La visión de aquellos vehículos blindados provocaba que incluso el gentío conmocionado se apartara con rapidez.

El coronel Kaldenbach, el oficial de campo de Lugo, estaba al mando de la columna, y las escuadras de soldados de Tanith y de la Fuerza de Defensa Planetaria de Herodor debían obedecer sus órdenes. Hark conocía bastante a Kaldenbach, desde

la época en que él mismo había pertenecido al estado mayor del comandante general. Se trataba de un oficial intransigente, pero dotado, que había culminado su brillante carrera en los Coloniales de Ardelean al ser ascendido a la compañía personal de Lugo.

La columna giró hacia el oeste de Principal II, bajo los anchos acueductos que suministraban agua al distrito agropónico, y se adentró en la gran plaza del Círculo del Astrónomo, bajo la sombra del cono apagado del volcán sobre el que se asentaba la Plataforma del Astrónomo, aquel bastión de la ciencia y del conocimiento de Herodor. Había sido allí arriba, en los antiguos observatorios que habían estado funcionando durante casi dos mil años, donde Cazalon había desarrollado y escrito su tratado sobre la materia no batiónica, y donde Hazmun Zeng, tres siglos más tarde, había completado con obstinación su teoría de la gravitación a pesar de la oposición de los agentes inquisitoriales. Hark había oído decir que se podía visitar el taller de estudio de Zeng, que se había mantenido, siguiendo las órdenes del primer administrador, exactamente igual que como lo había dejado aquel gran hombre. La idea le atraía muchísimo a Hark: subir por los peldaños tallados en la ladera del volcán hasta llegar a aquella tranquila zona, repleta de observatorios, torres con macroscopios, calculadoras siderales y bibliotecas, muy por encima del ruido mundanal de la ciudad, para pasar unos cuantos momentos tranquilos en la estancia polvorienta donde Zeng había pergeñado una contribución tan asombrosa a la ciencia imperial escribiendo con anotaciones inversas para engañar al ojo vigilante de la Inquisición.

Pero la guerra, como siempre, se lo impedía. A lo largo de veinte años había viajado y había cumplido su deber en más de cuarenta mundos, muchos de ellos repletos de riquezas culturales y lugares de gran importancia histórica. Jamás se había podido permitir visitarlos. Siempre había un combate que librar, unas órdenes de batalla que revisar, y cuando por fin todo había acabado, una nave de transporte de tropas lo esperaba para trasladarlo al siguiente frente de guerra.

La columna se detuvo en el Círculo y las tropas desembarcaron. Kaldenbach, con un aspecto firme gracias al largo abrigo verde y a la gorra que llevaba puestos, recorrió la línea de soldados impartiendo órdenes. Había cincuenta soldados de la compañía personal de Lugo en la columna de apoyo. Todos iban vestidos con el uniforme de combate, de color verde oscuro, y los cascos de camuflaje. Un mayor del regimiento Civitas Beati llamado Pento estaba al mando de las tropas de Herodor, dos pelotones de la fuerza de élite del regimiento y cinco de la Fuerza de Defensa Planetaria. El sargento Varl se ocupaba de organizar a los de Tanith. Eran cinco pelotones en total: el suyo propio, el de Haller, el de Arcuda, el de Raglon y el de Ewier.

Hark se colocó la gorra de comisario empezando por la visera —«al estilo de

Gaunt», como decían los fantasmas—, pero se sentía de sobra en aquel sitio. Kaldenbach tenía incluso sus propios comisarios, un par de gemelos inseparables llamados Keetle. Eran pelirrojos, delgados y huesudos, de piel blanca y ojos saltones, que llevaban puestos los clásicos abrigos de combate de cuero negro que crujían al andar. Se dedicaban a dar una arenga llena de tópicos animosos y moralizantes en estéreo. En opinión de Hark, eso no era lo mejor. Era evidente que los soldados estaban asustados. Estaban a las puertas de una zona de combate urbano, despiadado y feroz, a punto de meterse de cabeza en ella, y a su alrededor se extendía una ciudad que parecía haberse rendido ya.

—¡Soldados del Imperio! —aulló Keetle Uno.

—¿Veis eso de ahí? —gritó su hermano, señalando la Plataforma del Astrónomo.

—¡Es la sede del conocimiento en Herodor! ¡Desde allí, los astrónomos se dedican de forma permanente a estudiar la majestad desplegada de los cielos, en un esfuerzo por desvelar sus secretos y comprender sus verdades!

—Pero incluso esa vigilancia suya —rugió Keetle Dos— ¡no es más que un simple vistazo comparado con la eterna vigilancia del bendito Dios Emperador!

—¡Alabado sea el Dios Emperador!

—¡Alabado sea el Dios Emperador que nos observa a todos, en todo momento y en todas las cosas!

—Sus ojos os están mirando en este momento —declaró Keetle Uno—. ¡No se distraen, y juzgan y tienen en cuenta todos vuestros actos!

—¡De modo que no le decepcionéis! ¡No falléis en esta gran hora de lucha!

Siguieron dando un discurso como ése durante un buen rato. Hark podía improvisar como el que más un buen discurso incendiario para animar a la tropa cuando era necesario, pero aquello era excesivo. Del mismo modo que Gaunt a veces se dedicaba a ser el arbites bueno mientras él hacía de arbites malo, Hark sintió que en ese momento era más adecuado mostrarse simpático y comprensivo.

Empezó con los sargentos Arcuda y Raglon. Ambos acababan de ascender al mando de una escuadra. Todavía estaban intentando acomodarse, y en Aexe Cardinal, Raglon había tenido su primera experiencia de mando en combate y había sufrido una mala suerte terrible además de grandes pérdidas.

Los dos se pusieron tensos al ver que se les acercaba, así que les sonrió. Aquel gesto les pareció tan poco habitual en él que ambos se echaron a reír en voz baja.

—¿Preparados para marchar?

—Sí, señor —respondieron los dos.

Echó un vistazo a los pelotones, desplegados en filas de tres, y se detuvo un momento ante el soldado Costin, de la escuadra de Raglon. Habían sido los errores de Costin, provocados por el alcohol, los que les habían costado la vida a vanos miembros de su escuadra en Aexe Cardinal. Gaunt debería haberlo matado de un tiro

en el campo de batalla, y lo habría hecho si no hubiera sido por la apasionada intervención de Dorden. El jefe médico había interpuesto su cuerpo para salvar a Costin y había debilitado la autoridad de Gaunt al hacerlo. La antaño excelente amistad que existía entre el coronel-comisario y el jefe médico había desaparecido en buena parte. Hark tenía vigilado a Costin, pero el soldado parecía haberse propuesto limpiar su reputación con un comportamiento intachable en su intento por redimirse.

—Os voy a decir algo —susurró Hark a Raglon y Arcuda en voz baja—. Sé lo que estáis sintiendo: miedo. Miedo al dolor y a la muerte, miedo al fracaso. El peso de vuestra nueva responsabilidad. Esa sensación enfermiza de que la liaréis y que lo mandaréis todo a Feth. Y lo cierto es que esos dos no os están ayudando a tranquilizaros con esa cháchara pomposa.

Señaló con un pulgar a los Keetle, que en ese momento estaba dirigiendo a los reticentes herodianos en una declamación del Credo Imperial. Tanto Raglon como Arcuda se echaron a reír, algo nerviosos.

—Olvidaos de ellos —insistió Hark—. Pensad en esto: los hombres que están allí delante, nuestros amigos y camaradas, nuestros compañeros fantasmas, están en una zona de combate, metidos hasta el cuello en la peor clase de Feth. Pensad en ellos y pensad en esto: a quien quieren ver es a vosotros. No sólo refuerzos, sino fantasmas, las mejores tropas de combate que he tenido el honor de conocer. No hay nada más que quieran ver en el mundo que a estos cinco pelotones metiéndose en el combate, disparando las armas y con los corazones llenos de fe para ayudarlos. Para ellos, seréis un sueño hecho realidad. Pensad en lo que significáis para esos hombres, y os prometo que todas vuestras preocupaciones os parecerán insignificantes comparadas con eso.

Ambos asintieron con gesto decidido y firme. Hark los palmeó a los dos en los hombros.

—Lo haréis bien, sargentos. Hablad con vuestros hombres y preparadlos.

Hark se dirigió a continuación hacia Haller, un verghastita veterano, y hacia Ewler, un viejo soldado de carrera de Tanith. Ellos no necesitaban paños calientes, y la charla tuvo más que ver con los aspectos relacionados con las tácticas y el despliegue. Respondió a sus preguntas, los felicitó por el comportamiento en combate de sus pelotones y les contó un chiste sobre un convento de la Eclesiarquía y una fruta de forma curiosa que los hizo reír tan fuerte que las carcajadas provocaron varias miradas de desaprobación de los Keetle.

Por último, se acercó a Varl. Para los fantasmas, Varl era el soldado entre soldados; de lengua ingeniosa, algo fanfarrón y pícaro, pero imperturbable bajo el fuego enemigo. Había ascendido desde ser un simple soldado a pie hasta lograr el mando de un pelotón. Lo había conseguido por méritos propios, y todos lo adoraban. Había perdido un hombro en Fortis Binany y le habían implantado un grueso

potenciador para reemplazarlo. Si había un combate encarnizado en cualquier batalla, lo más probable era que Varl estuviese allí. Si había algún trapicheo en marcha o alguna clase de broma en los barracones, lo más probable era que también estuviera allí. De hecho, el chiste sobre las monjas y las frutas era uno de los suyos. Hark se lo había oído contar unos treinta minutos antes, durante la charla que Varl le había dado a los de su pelotón.

—¿Estás preparado? —le preguntó Hark.

—Estoy preparado desde que nací, señor —contestó Varl, pero se calló un momento—. Es mentira. Nací cachondo. Empecé a prepararme cuando era un chaval.

Hark soltó una carcajada, pero adivinó por la expresión de Varl que algo lo preocupaba.

—Ceg, ¿qué pasa?

Varl parecía intranquilo. Dio un par de toquecitos con el dedo al microrreceptor que llevaba en el oído izquierdo.

—Me he conectado al canal local, al mando táctico, y he estado oyendo lo que se decía —contestó en voz baja—. He oído que la situación ahí adentro es como una nuez de nal rebozada en mierda, señor. Además, por el ánimo que hay esta noche, parece que ya hayamos perdido.

—Sí, yo también lo siento. No voy a mentirte: por lo que parece, esta va a ser muy duro.

—No es sólo eso, señor —le contestó Varl—. Ha llegado un informe hace cinco minutos. Decía que el segundo oficial del regimiento de Tanith había caído.

—¿Caído?

—Muerto o herido de gravedad: no estaban seguros. No ha llegado confirmación alguna.

—¿Se referían a Corbec o a Rawne?

Varl se encogió de hombros.

—Podría ser cualquiera de ellos. Los dos están aquí. También es cierto que cuando entró la primera oleada de refuerzos, el segundo al mando en el campo era el capitán Daur.

Corbec, Rawne o Daur; uno de ellos estaba muerto, y esa desaparición sería un durísimo golpe para la moral del regimiento.

—¿No les habrás dicho nada a los hombres? —le preguntó Hark.

—No soy estúpido —le replicó Varl con voz malhumorada. Hark sabía que se merecía esa contestación.

—Por supuesto que no.

—¡Ojalá pudiéramos avanzar! Ya sabe, entrar ahí y averiguarlo —comentó Varl. Miró hacia donde estaba Kaidenbach, quien junto a los siempre presentes Keetle arengaba a los soldados de la compañía personal del comandante general—. Me

refiero a que ya estamos aquí. ¿A qué tantos discursitos y preparativos? ¿A qué estamos esperando?

—Estamos esperando —le contestó Hark— a que Lugo nos comunique la orden de avanzar. —Se quedó pensativo un momento—. Ven conmigo.

Se acercaron al coronel hasta colocarse a su lado.

—¿Qué ocurre, Hark?

—¿Podemos avanzar ya, coronel? Ya estamos desplegados y preparados, y el tiempo sigue pasando.

—Estamos esperando la orden de avanzar —contestó Kaldenbach.

Era un individuo de rostro atractivo y tez pálida, de unos cincuenta años, con el cabello corto y gris. Puesto que por lo que parecía oírse por los canales de comunicación el mando táctico estaba teniendo dificultades para distinguir su culo de su codo, Hark pensó que esa orden podía tardar bastante en llegar.

—Bueno, señor —insistió Hark con voz suave—, mis soldados son famosos por ser especialistas en exploración. Quizá deberíamos ir entrando ya para prepararle el camino a su destacamento.

Kaldenbach frunció el entrecejo.

—¿Sus soldados? No sabía que eran sus soldados, Hark. La última vez que lo comprobé, usted no era más que un comisario, no un coronel también.

Aquello, una referencia innecesaria al doble rango de Gaunt, algo inusual y poco popular, era una pulla apenas disimulada.

—Mis soldados son famosos por ser especialistas en exploración, señor —los interrumpió Varl con rapidez y de forma muy oportuna—, y la última vez que lo comprobé, yo era oficial del regimiento de Tanith. Estoy seguro de que el comisario Hark se mostrará de acuerdo.

Hark le sonrió y asintió.

Kaldenbach le lanzó una mirada de desaprobación a Varl, y los Keetle susurraron de un modo ominoso entre ellos.

—¿Está impaciente por morir, sargento?

—No, señor, estoy impaciente por servir al Dios Emperador…, y a usted, señor.

—Muy bien —contestó Kaldenbach con brusquedad—. Avancen. Nosotros nos quedaremos aquí hasta que nos llegue la orden. Ábrannos camino si es que de verdad son tan buenos. Permanezcan en comunicación de forma constante.

Varl saludó antes de alejarse de manera apresurada con Hark a su lado.

—¡Fantasmas de Tanith! —gritó—. ¡En marcha! ¡Empieza la juerga!

Las unidades de fantasmas se agruparon para reunirse con él.

—Buena jugada, Ceg —le comentó Hark.

—Usted me lo dejó preparado, señor. Sólo tuve que rematarlo.

El destacamento de fantasmas envueltos en sus capas de camuflaje cruzó el

Círculo y desapareció en las estrechas calles del otro lado.

Pento, el oficial herodiano, los observó mientras desaparecían. Lo último que él o cualquiera de sus hombres quería hacer era precipitarse y entrar antes de tiempo en un combate.

No parecía ser el caso de aquellos recién llegados vestidos de negro.

La casa de escribanía se resquebrajó y se desmoronó por completo, las ocho plantas una detrás de otra. Una nube de polvo y de fuego surgió de la avalancha de cascotes, y los hombres del quinto pelotón corrieron a ponerse a cubierto.

Agun Soric —bajo, fornido, tuerto y nada ágil comparado con los soldados más jóvenes— se tiró al suelo, y la nube de polvo pasó por encima de él como una ola. El aire se llenó de trozos humeantes cuando millones de páginas repletas de anotaciones salieron liberadas por la explosión.

—¡Jefe! ¡Jefe!

La voz de Vivvo atravesó el humo ondulante. Soric se puso en pie.

—Tranquilo, Vivvo. No estoy ni medio muerto. —De todas maneras, Soric no se opuso a que le ayudara a levantarse—. Tenemos que encontrar ese tanque de Gak.

—¡Salid! ¡Salid! —gritó Vivvo, y los dispersos soldados del quinto pelotón surgieron de sus posiciones a cubierto.

La calle era un desastre. Los cascotes de color blanco cubrían el pavimento de adoquines y la mayoría de los edificios de la parte oeste estaban en llamas. Soric avanzó unos cuantos pasos a trompicones e indicó por señas a sus acosados hombres que se dispersaran de nuevo. Luego, sentó su amplio trasero en una losa de alabastro, se quitó la máscara y escupió.

Kazel, Mallor y Venar se giraron de repente y apuntaron con sus armas al detectar movimiento al sur de su posición.

—¡Veinte, diecisiete! ¡No disparéis!

—¡Quietos, chicos! —ordenó Soric al ver que el pelotón del sargento Meryn salía de entre el humo para reunirse con ellos.

Meryn era un joven de rostro atractivo, nativo de Tanith, que ya tenía más combates a su espalda que la mayoría de los participantes en aquella cruzada de Feth. Se decía que Rawne lo estaba «educando», lo que explicaba, según creía Soric, que Meryn, antaño amistoso, se hubiera convertido en un cabrón asqueroso. Era ambicioso a las claras en el peor de los sentidos y había rumores inquietantes que contaban que en el ataque de infiltración sobre Fantine había demostrado poseer un lado cruel, casi psicópata, en su personalidad. Se decía que había asesinado a civiles. Soric no lo sabía con seguridad, y no quería saberlo. Por otra parte, no se podía discutir que las habilidades de combate del joven eran excelentes. Sin embargo, de todas las escuadras con las que le habría gustado reunirse, la de Meryn era casi la

última; sólo seguida por la del propio Rawne, por supuesto.

Además, estaba aquel asunto del ridículo y siniestro bigote que Meryn se estaba dejando crecer.

—¿Estás tomándote un descanso, jefe? —comentó Meryn mientras se acercaba a Soric, que seguía sentado.

Soric no picó y no contestó a la pulla.

—Sólo estaba esperando que ganases esta maldita guerra de Gak tú solo, chaval —le contestó antes de ponerse la máscara respiratoria de nuevo—. Hay un tanque en alguna de las calles de allá y está armando un follón de Gak.

Meryn se giró y gritó.

—¡Guheen!

El soldado Guheen se acercó a la carrera hasta él. Llevaba colgado del hombro un lanzacohetes compacto. Coreas, que seguía de cerca, cargaba con una mochila repleta de cohetes de morro largo.

—Hay que cargarse un tanque —le dijo Meryn, que se giro hacia Soric—. ¿Dónde dices que está ese tanque?

Soric se puso en pie. Meryn le sacaba una cabeza, y era tan feo como guapo era el joven.

—Si lo supiera —le replicó—, ya me habría cargado a ese mamón de Feth yo mismo.

—Seguro que sí —dijo Meryn con voz que expresaba sus dudas. Le indicó a su pelotón con un gesto de la mano que se adentrara en el laberinto de callejones traseros que había detrás de la antigua casa de escribanía—. ¡Mantened la cabeza agachada! —les gritó—. ¡A ver si me encontráis ese tanque!

El pelotón de Meryn, el decimocuarto, estaba bien entrenado. Soric tuvo que admitir que el muy cabrón sabía hacer su trabajo.

Estaba a punto de gritarle a Vivvo que preparara al quinto pelotón para entrar en el mismo sitio y demostrarle a Meryn como se hacía cuando un trozo de papel aterrizó a sus pies. Era uno más del torbellino de documentos que habían salido despedidos del edificio de oficinas. Varias capas de ellos, la mayoría ardiendo, ya se estaban posando sobre las ruinas. Sin embargo, mientras todos los demás eran de color blanco, hojas normales del Munitorum, ése era una hoja azul y delgada.

Soric lo miró un momento, lanzó un profundo suspiro y se agachó para recogerlo.

Vio que, escrito con su propia caligrafía, decía: «Guheen va a acabar machacado si sigue por ahí. El tanque está detrás de la tienda del ebanista».

Así de sencillo. Tan claro como Gak.

Soric se estremeció, arrugó el papel y lo tiró a un lado antes de gritar a pleno pulmón.

—¡Guheen! ¡Al suelo!

Guheen y Coreas le oyeron y se detuvieron para mirarlo.

—¡Al suelo, imbéciles de Gak! —les aulló Soric mientras echaba a correr.

Se tiró encima de Hefron, que era de su propia escuadra, y le arrancó de las manos el lanzacohetes.

—¿Qué Feth estás…? —le gritó Meryn.

Guheen y Coreas le hicieron caso y se echaron al suelo medio segundo antes de que un obús de tanque atravesará la pared lateral de la lavandería por la que estaban pasando. La pared saltó por los aires y lanzó una lluvia de ladrillos rotos por todos lados. El proyectil, aullando y dejando una estela de humo en la polvareda que seguía en el aire, pasó por encima de sus cabezas y se estampó contra la esquina de una cafetería cerrada. La explosión los ensordeció a todos y derrumbó la parte frontal de la cafetería, que se convirtió en una fuente de llamas y fragmentos de piedra.

Todo el mundo estaba tirado por el suelo, aturdido y asombrado.

Todos excepto Soric. Cruzó los escombros jadeando hasta que vio con claridad lo que había al otro lado de lo que había sido el taller del ebanista. Allí estaba el tanque, un vehículo sólido, de tipo medio, pintado de color carmesí y embadurnado con signos que hicieron que se le revolviera el estómago. En la parte frontal del casco había clavado un pellejo humano. La gran torreta comenzó a girar. Soric oyó con claridad el traqueteo del mecanismo.

Con su pierna mala no tenía forma de arrodillarse para suavizar el retroceso del arma ni tampoco de esconderse. Se quedó allí plantado mientras el grueso cañón giraba hacia él y se echó a uno de sus anchos hombros el lanzacohetes que le había arrebatado de las manos a Hefron.

—Adiós, cabrones de Gak —siseó antes de apretar el gatillo.

El cohete salió disparado con un estampido, y del extremo posterior del tubo lanzador surgió tal chorro de humo que Soric cayó derribado. El proyectil pasó por encima de los escombros dejando atrás una estela de fuego y le acertó al tanque precisamente debajo del borde del blindaje de la parte central. Se oyó una tremenda explosión, y los trozos de metralla, ardientes y letales como rayos láser, acribillaron la zona.

Cuando Soric alzó la vista, el tanque era pasto de las llamas.

Se puso en pie y se giró hacia sus hombres, blandiendo el lanzacohetes con los brazos en alto.

—¿Quién es el jefe? ¿Quién es el jefe, por Gak?

Todos le vitorearon con ganas.

Meryn se acercó a él tras comprobar durante un momento que Guheen y Coreas, aparte de sordos temporalmente, estaban bien.

—¿Cómo lo supiste, por Feth? —le preguntó a Soric.

—Una suposición afortunada —le contestó.

El comunicador dio un pitido, y otro pelotón de fantasmas se acercó procedente de la nube de polvo. Era el segundo pelotón, el de Corbec, o lo que quedaba de él. Mkvenner estaba al mando, con Rerval a su lado.

El explorador, alto y delgado, todavía no se había recuperado del todo de las graves heridas que había sufrido en Aexe Cardinal. El alargado rostro de Mkvenner mostraba un gesto de dolor contenido.

—¡Ven! —gritó Soric—. ¿Dónde está el resto de los tuyos?

Mkvenner se encogió de hombros.

—Nos dispararon. Tanques. Tres o cuatro unidades. Saqué a todos los que pude. Creo…

—¿Qué?

—Creo que Corbec ha muerto. No lo encontramos por ningún lado.

Soric apartó la vista y parpadeó con fuerza.

—Gak, eso…, eso no es bueno. —Miró a Rerval. El joven operador de comunicaciones estaba haciendo todo lo posible por no echarse a llorar—. ¿Habéis probado todos los canales de comunicación?

Rerval asintió.

—Prueba de nuevo —le ordenó Soric.

El segundo pelotón se agrupó con el quinto y el decimocuarto. Vivvo se acercó corriendo a Soric y le entregó un cilindro de bronce.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré entre los escombros —le contestó Vívvo.

Soric lo tomó en sus manos. Ni siquiera tuvo que comprobarlo. Era su portamensajes. Siempre regresaba como un mal sueño…

Desenroscó la tapa y sacó de un empujón la nota de papel azul delgado que había en el interior: «Colm está vivo, pero está inmovilizado por disparos de cañones. Ven morirá en menos de dos días a no ser que lo atienda un médico. Hay dos acechantes al sur de vuestra posición, y están bien escondidos. Tened cuidado… Hay muchos más soldados del Pacto Sangriento a punto de llegar».

Soric soltó un resoplido.

—Corbec está vivo —le dijo Mkvenner.

—¿Cómo Feth lo sabes?

—Llámalo un presentimiento. Vamos hacia el oeste. Los lanzacohetes por delante. Hay un par de acechantes escondidos por ahí, si sé algo de táctica, pero podemos lograrlo.

Mkvenner asintió y se limpió con la manga un pequeño reguero de sangre que tenía en la comisura de la boca. Por el Dios Emperador, ¿por qué no se había quedado en la retaguardia y había dejado que lo curasen? ¿Qué clase de daños internos le estaba infligiendo a su cuerpo?

—Ven, vete a un hospital de campaña —le dijo Soric.

—Estoy bien.

Soric se giró hacia él y se le encaró con el entrecejo fruncido. Mkvenner, alto, delgado y letal, era probablemente el individuo más atemorizador de todo el regimiento de Tanith, y eso era antes de que se supiera nada de él. A nadie le apetecía enfrentarse a alguien como él. La vida no merecía tanto dolor, pero Soric persistió.

—Es una orden, Mkvenner. Encuentra a Dorden o a Curth, y hazlo ahora.

Mkvenner se quedó mirando a aquel hombre fornido y mayor durante unos instantes, y finalmente asintió.

—Por supuesto —contestó, y se alejó tambaleándose entre el humo cada vez más denso.

—¡En marcha! ¡Ya me habéis oído! —gritó Soric—. ¡Segundo pelotón, estáis bajo mi mando!

—Soldadito engreído —murmuró Meryn mientras veía como Soric reunía a los miembros de los dos pelotones a su alrededor. Los muy idiotas lo adoraban.

—¿Señor? —dijo Fargher, que se había acercado a su lado. Llevaba en la mano una bola arrugada de papel azul.

—¿Qué es eso? —quiso saber Meryn.

—El sargento Soric lo estaba leyendo antes…, antes de cargarse el tanque, señor. Pensé que le gustaría verlo.

Meryn alisó el papel y leyó lo que ponía: «Guheen va acabar machacado si sigue por ahí. El tanque está detrás de la tienda del ebanista».

—¿Qué…, qué es esta brujería? —susurró.

—¿Señor? —le preguntó Fargher.

—No tiene importancia, Fargher —le dijo mientras doblaba el papel y se lo guardaba en un bolsillo de la chaqueta—. Sólo pensaba en voz alta.

Por cuarta vez en veinte minutos, el tercer pelotón intentó doblar la misma esquina de la calle sin que los mataran a todos. Estaban amontonados en una pequeña terraza de acceso situada detrás de la planta de separación de gas y de combustible que se alzaba en el distrito del Salón de Hierro. La terraza daba a la calle principal en ángulo recto, y algo que había más arriba de aquella calle los tenía inmovilizados por las tremendas andanadas de disparos.

Rawne, con el grueso de la unidad apretujada y agachada en la terraza a su espalda, se acercó con cuidado al cruce con el explorador del pelotón, Leyr, y con los soldados Caffran y Feygor. Si se quedaban mucho tiempo más en aquella posición, acabarían rodeados por el avance enemigo, y la terraza no era precisamente un sitio muy bueno desde donde defenderse de un tiroteo.

La mayoría de los exploradores de Tanith tenían su propio truco para mirar al otro

lado de las esquinas. El de Leyr era un pequeño periscopio de bolsillo, un instrumento de precisión de bronce que había conseguido en Aexe Cardinal.

—¡Lo pillé de un coronel aexegariano! —le decía Leyr a todo aquel que le preguntaba—. Se puso de pie cuando se tenía que haber quedado agachado. Ya no le iba a servir para nada, lo mismo que sus gafas, su cepillo para el bigote o su sombrero.

El periscopio era potente, pero lo bastante pequeño como para que pudiera meterlo en el bolsillo para los mapas de su uniforme. Lo colocó en la esquina de ladrillos rotos y echó un vistazo. Cincuenta metros más adelante, en mitad de la calle cubierta de escombros, había un acechante, y las torretas apuntaban en su dirección.

—Tenía razón —susurró Leyr—. Es un blindado ligero.

Rawne frunció los labios por la furia que sentía.

—¿Nos quedan cohetes antitanque? —preguntó, aunque ya sabía la más que probable respuesta.

—No, señor —le contestó Caffran—. Los petatanques están sin munición.

—¿Alguna sugerencia?

—¿A cuánto está? —le preguntó Feygor a Leyr.

—A unos cuarenta o cincuenta metros —contestó Leyr después de echar otro vistazo. Estaba demasiado lejos para que ni siquiera el más fuerte de ellos pudiera lanzarle una carga de demolición de tubo—. Será mejor que pensemos algo rápidamente —añadió—. Se acercan tropas.

—No creo que nos queden muchas opciones —dijo Rawne—. Tendremos que retroceder y a lo mejor podremos tomar una nueva posición unas cuantas calles más allá.

Los demás asintieron. A nadie le gustaba ceder terreno, pero tampoco ninguno de ellos quería morir de forma innecesaria.

Feygor transmitió la orden con una serie de gestos claros y rápidos, y el pelotón comenzó a salir de la terraza.

Llegaron a una pasarela de hierro que transcurría por encima de una zanja de desagüe de desechos químicos, y luego llegaron a una especie de vestíbulo amplio y pavimentado. Del centro surgían unos tubos de aluminio cubiertos por discos pertenecientes a un procesador atmosférico. Las unidades como aquella, alimentadas por conductos procedentes de las estructuras principales de las colmenas, estaban por todos lados en la parte exterior de la ciudad y bombeaban aire para mantener la escasa atmósfera local.

El pelotón se detuvo de repente. Rawne se apresuró a acercarse con el cuerpo semiagachado a la vanguardia. Banda, la francotiradora del pelotón, los había hecho detenerse. Estaba agazapada al lado de una pared derrumbada, con el rifle láser largo al hombro. Rawne, un varón sin demasiadas sutilezas, se había opuesto por completo

y desde el principio a la inclusión de mujeres combatientes en el regimiento, y Banda, que rezumaba atractivo físico y confianza en sí misma, había sido una espina clavada en su costado. Sin embargo, en el infierno de las trincheras de Aexe Cardinal, habían resultado heridos al mismo tiempo, y se habían ayudado el uno al otro a salir de aquello. A lo largo de todo aquel proceso habían llegado a un cierto entendimiento mutuo. Rawne ya confiaba tanto en los consejos de Banda como en los de Feygor o en los de Caffran. Corrían incluso algunos rumores de que Rawne y Banda se habían convertido en amantes, aunque nadie se atrevía a preguntarles a cualquiera de ellos si era cierto.

—Movimiento —le informó.

—¿Quiénes son?

—No lo sé.

Rawne indicó por señas «preparados para el combate» hacia la fila que esperaba a su espalda.

—Pégale un tiro en la cabeza en cuanto la asome —le dijo a la chica.

Ella apuntó y esperó hasta que algo apareció en la retícula del punto de mira. Separó el dedo del gatillo en el último momento.

—Son amigos —dijo.

Una escuadra destrozada de guardias del Civitas Beati entró con paso cansino en el lugar. Rawne utilizó el comunicador y se puso en contacto con ellos. Su jefe era Udol, el mayor que había conocido durante su poco ortodoxa llegada al planeta el día anterior.

—Es mejor no ir por ese lado —le dijo indicando la dirección por la que habían llegado él y sus hombres—. Están machacando la zona con fuego de mortero montados en unidades móviles.

Rawne ya había oído los persistentes estampidos sordos al acercarse hacia allí.

—Está igual de mal a nuestra espalda —le contestó simplemente—. Hay infantería del Pacto Sangriento avanzando con al menos un acechante de apoyo. Tienen la calle bloqueada.

—¿El Pacto Sangriento? —le preguntó Udol—. No nos han dicho nada sobre el Pacto Sangriento. El mando táctico dice que son simples herejes disidentes.

—Con el debido respeto —le replicó Rawne, expresando precisamente todo lo contrario—, su mando táctico la está cagando. Es el Pacto Sangriento sin duda alguna. Están entrenados, bien apoyados, con la moral alta y son sistemáticos. Su comportamiento los delata. Además, ya nos hemos enfrentado a ellos antes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Udol con la esperanza de que no se le notara mucho el temblor en la voz.

—¿Hacer? —se burló Rawne—. No creo que tengamos muchas opciones.

Las palabras acababan de salir de su boca cuando esas escasas opciones se

redujeron de forma tremenda. Los potentes disparos de energía de un acechante acribillaron la zona y lanzaron trozos de pavimento al aire. Varios más impactaron contra los conductos metálicos de los procesadores, que comenzaron a emitir un gemido lastimero y fantasmal cuando el aire se fue escapando por los agujeros.

Los soldados, tanto los de Tanith como los del Civitas Beati, se dispersaron en busca de cobertura. Bastantes de ellos cayeron bajo los disparos.

Las opciones habían quedado reducidas a dos: o luchaban, o morían.

Un tramo de un kilómetro de largo de Principal I se había convertido en el escenario fundamental del mayor enfrentamiento de blindados. Se extendía desde la torre que albergaba a Gorgonauth, el gran cuerno que llamaba a la oración, pasando por la plaza Hazgul hasta llegar a la plaza de la Beata. Veintinueve vehículos de la fuerza principal del archienemigo avanzaban hacia el sur, y a ellos se enfrentaban doce tanques ligeros del Civitas Beati y seis Vanquishers de la compañía personal de Lugo.

La ancha y antaño majestuosa avenida estaba repleta de vehículos en llamas y cráteres humeantes. La mayor parte de los blindados del Caos eran acechantes y tanques ligeros, pero disponían de al menos un tanque superpesado, un monstruo de color carmesí que lo aniquilaba todo a su paso.

El pelotón de Gaunt mantenía su posición en la planta baja de una fábrica de vidrio en el lado oeste de la plaza Hazgul. Hacía bastante tiempo que habían agotado su munición antitanque, y era muy poco lo que podían hacer frente a los blindados. En vez de eso, se concentraron en eliminar a la infantería enemiga. Sin embargo, no pasaría mucho rato antes de que sus continuos ataques a los soldados de a pie llamaran la atención de algún tanque del Caos.

Gaunt recorrió la posición del pelotón caminando sin levantar el cuerpo para evitar los disparos que ocasionalmente entraban silbando por los agujeros en el enladrillado. Se dedicó a dar ánimos y a elogiar con comentarios en voz baja. En una zona de combate como aquella, normalmente estaría bastante más animado, y habría soltado una de sus citas favoritas o una arenga improvisada para levantar la moral de la tropa.

Pero tenía menos moral que nunca. ¿Su estado de ánimo era tan evidente que sus soldados habían comprendido de forma casi inmediata la posibilidad creciente de la derrota? Ya sabía la dolorosa verdad sobre la santa, y apenas lograba contener la rabia y la decepción que sentía. Sin ninguna chispa de esperanza o de ilusión, la lucha en Herodor le parecía poco menos que un suicidio.

Era extraño, pero daba la impresión de que toda la ciudad sentía lo mismo, como si le hubieran arrancado el corazón, como si notara la misma sensación de pérdida y desesperación que él padecía. No conseguía olvidar el rostro de Corbec diciendo momentos antes de que desplegaran los pelotones: «¿No has sentido eso? ¿Es que no

lo has sentido?».

Corbec no había sido capaz de explicarlo, pero Gaunt había visto a otros soldados que estaban cerca inquietos sin ningún motivo aparente en ese preciso instante. Además, los canales de comunicación se habían visto inundados de repente por angustiosas llamadas de socorro. Ese había sido el momento en que verdaderamente la moral se había derrumbado.

Corbec había logrado recuperarse, y ambos habían entrado en la zona de combate. La última vez que Gaunt había visto a su segundo al mando, le había parecido nervioso y abatido antes de desaparecer a la cabeza de su pelotón en un callejón lateral inundado de humo.

Todo se estremeció cuando dos proyectiles de tanque explotaron cerca de allí. El edificio de la vidriera se tambaleó, y una lluvia de polvo cayó del techo. Gaunt echó un vistazo a la caja del cargador de la pistola bólter y trepó por los escombros para llegar hasta donde los soldados Derin y Lyse estaban defendiendo una entrada. Ambos se asomaban de vez en cuando por la puerta rota para disparar.

—¿Cómo está la situación? —les preguntó Gaunt con un cuchicheo en cuanto se agachó a su lado.

Lyse alzó una mano llena de polvo y señaló algunos detalles del campo de batalla que se extendía ante ellos iluminado por las llamas para que su comandante entendiera mejor las explicaciones.

—Tienen a varias unidades de infantería avanzando por la parte posterior de esa pared, y detrás del camión destrozado —dijo—. No conseguimos tener una línea de tiro clara.

—Pero ya habrías acabado con ellos si tuvieras aquí tu mechero gigante, ¿verdad? —le preguntó Gaunt.

Ella asintió. Se había convertido en Fantine, en la primera mujer que había ascendido al puesto de lanzallamas de escuadra, y estaba orgullosa de ese cargo. Era una verghastita dura y de hombros anchos. Tenía treinta y tantos años, y prefería llevar arremangadas las camisas para mostrar unos brazos tan musculosos como los de cualquier hombre, y al igual que todos los demás soldados lanzallamas de Tanith, echaba de menos su arma de especialista lo mismo que Gaunt. Unos cuantos chorros de combustible ardiendo de un lanzallamas portátil imperial de la clase Mk VIII habrían achicharrado a los soldados del Pacto Sangriento, que se acercaban a su posición por el lado ciego del edificio.

Derin, que estaba junto a ellos, empezó a disparar con frenesí. Unas cuantas figuras de uniforme de color rojo oscuro habían salido de detrás del vehículo en llamas y estaban intentando colarse corriendo pegadas a la pared lateral. Lyse también se puso a disparar, y Gaunt avanzó un poco sobre las rodillas para añadir la potencia de fuego de su arma y repeler el ataque. Los disparos de rifle láser y de la

pistola bólter sacudieron el marco de la puerta. Uno de los atacantes simplemente cayó y desapareció entre los escombros. Otro saltó brutalmente hacia atrás en mitad de una zancada. Los demás se apresuraron a ponerse a cubierto.

—Bien —dijo Gaunt, preparado para seguir revisando las tropas—. Manteneos atentos y haced lo mismo cada vez que intenten eso.

—Me siento como si nos hubiera abandonado, señor —dijo Derin de repente.

Gaunt se detuvo. Por un momento pensó que se refería a él, lo que no tenía sentido; pero miró a Derin a la cara y se dio cuenta de que no era eso en absoluto lo que quería decir.

—La santa, señor. Me siento como si hubiéramos recorrido todo el espacio para venir a verla y nos hubiera abandonado aquí.

Gaunt recordó que Derin había sido uno de los soldados de la heterogénea banda que Corbec había dirigido en aquella misión particular en Hagia. Derin no había mostrado en aquel momento las mismas señales de inspiración beatífica que Corbec, Dorden o Daur. Simplemente se había unido al grupo de Corbec por pura lealtad, pero era evidente que la experiencia lo había afectado.

—No lo ha hecho —le dijo Gaunt—. Está aquí, con nosotros. Siempre lo está.

—¿La ha…, la ha visto? —le preguntó Derin.

—Sí, soldado, lo he hecho —le contestó Gaunt, procurando no decir nada que fuera directamente una mentira.

—No parece que esté aquí, ya no. Sí lo parecía cuando llegamos. Parecía que había algo en el aire. Pero ha desaparecido. Ya no está.

—Santa Sabbat todavía está aquí, Derin. No abandonará a los defensores de su santuario. Y jamás olvides que el Emperador protege.

Derin se sintió un poco reconfortado, pero la expresión de preocupación no desapareció del todo de su rostro.

Reclamaron la presencia de Gaunt en la parte trasera del habitáculo, donde el explorador de su pelotón, Caober, acababa de regresar de una descubierta en la bombardeada calle que estaba a la izquierda.

—Señor, vamos a tener que ponernos en marcha —le dijo—. Tres o cuatro de los tanques enemigos han girado hacia el oeste y vienen por retaguardia. Vamos a quedar rodeados si permanecemos aquí.

—¿Qué sugieres? —le preguntó Gaunt.

Caober se encogió de hombros.

—Me he puesto en contacto con el pelotón del sargento Mkoll y el del capitán Daur, señor. Los dos se han visto obligados a retroceder por el cruce hasta esos habitáculos de allí.

—En otras palabras, retirada.

—Señor, la única dirección operativa es hacia atrás. Ya no se puede avanzar.

Gaunt asintió.

—¿Alguna noticia de Corbec?

—No, señor.

—Marchémonos de aquí. Primero los impares, y luego los pares. Saldremos por los agujeros de las explosiones que hay en la parte trasera. Caober, encuentra un habitáculo donde podamos montar una posición y muéstrales el camino a los fantasmas a medida que vayan pasando. ¿Bekayn?

Su ayudante corrió a su lado.

—Primero impares, luego pares; por ahí atrás. Caober en cabeza. Pásalo y que se espabilen.

Beltayn se giró para transmitir la orden cuando el habitáculo se estremeció al recibir el impacto directo de un cañonazo que voló una sección entera de la pared y mató a dos soldados del primer pelotón. Un estallido aullante, un resplandor, una explosión de llamas, y unos momentos después, todos los que seguían vivos se pusieron en pie en mitad del humo asfixiante.

Gaunt oyó una tremenda andanada de disparos procedente del exterior y a Derin por el microrreceptor.

—¡Nos asaltan! ¡Se han lanzado a la carga! ¡Van a entrar!

Gaunt supo que ya no había forma alguna de retirarse. Desenvainó la espada de energía y la encendió.

—¡Fantasmas de Tanith! —gritó—. En el nombre del Dios Emperador de la Humanidad…, ¡enviadlos al infierno!

—¿Qué está haciendo aquí, jefe? —preguntó Domor sorprendido.

Corbec, con el uniforme y la mochila cubiertos por completo de polvo gris, acababa de entrar casi a rastras en el sótano de la factoría donde el pelotón de Domor estaba protegiendo a los heridos. A ras de suelo, el distrito estaba casi por completo envuelto en llamas, y la artillería enemiga machacaba la zona. No había esperanza alguna de sacar a los heridos de allí.

—Me perdí con toda esta confusión —le contestó Corhec—. Las cosas pintan más feas que yo todavía ahí afuera. ¿Tenéis a alguno de los míos por aquí?

Domor negó con la cabeza.

—Tenemos gente del décimo, del undécimo y del decimotercero, pero ninguno de su unidad.

—¿Hay comunicación?

—¿Está de broma? ¿Aquí metidos? ¿Con lo que está cayendo?

El suelo se estremecía sin parar bajo el fuerte bombardeo. Hasta los transmisores de corto alcance tenían dificultades para comunicarse. Corbec vio a Criid tumbada sobre una pila de sacos. Kolea y Lubba estaban con ella.

—¿Cómo está?

—Está bien —le tranquilizó Domor—. Sólo se trata de una herida leve en la cabeza. Hay gente peor.

Corbec ya lo había notado. La cosa estaba fea y se iba a poner más fea todavía antes de que amaneciese. Allí abajo también había civiles. Distinguió a varios adultos que intentaban tranquilizar a un grupo de niños aterrorizados. Todos estaban cubiertos de cenizas negras. Caminó entre ellos. Los adultos que estaban con los niños eran todos civiles, peregrinos por su aspecto. Jonin estaba por ahí, recostado contra una pared para darle un descanso a su agotado cuerpo mientras bebía a sorbos de una cantimplora.

—¿Tienes un interés personal en ellos? —le preguntó Corbec.

—Milo y yo tuvimos que pelear como cabrones para salvar a esos críos. Estábamos acorralados unas cuantas calles más abajo. Fue por los pelos,

—¿Tanques?

Bonin asintió.

—Quizá iría bien que hablara con Milo —dijo en voz baja.

—¿Con Milo? ¿Por qué?

Bonin se limitó a encogerse de hombros y no dijo nada.

Corbec encontró a Milo en el rincón más escondido y oscuro del sótano. Estaba sentado y encorvado, con aspecto agotado y dolorido. A su lado había una pequeña figura tapada por un saco.

—¿Milo? ¿Chaval?

Milo levantó la cara. La tristeza que mostraba aquel rostro era tan abrumadora que a Corbec se le cortó la respiración por un momento.

—Tienes tan mal aspecto como yo me siento —intentó bromear, pero Milo estaba demasiado sobrecogido por la emoción como para responder.

Corbec se sentó a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—Había una chica —dijo.

Habló en voz tan baja que Corbec tuvo que inclinarse hacia él para lograr oírlo por encima del bombardeo.

—¿Una chica?

—Sí.

Milo miró a la forma desmadejada que había debajo del saco, y Corbec sacó las conclusiones adecuadas.

—Siempre es duro. Te llamó la atención, ¿a que sí? Tendrás que…

—No lo entiende, señor. Ella era…, no lo sé. Había algo en ella. Algo increíble.

—Bueno, verás…

—Creí que era la santa.

Corbec se quedó callado un momento.

—¿Qué?

—Sabía que la santa estaba con nosotros. Lo sentía. Como en Hagia. ¿Se acuerda?

Corbec asintió. Conocía esa sensación. El también la había albergado en Hagia y, en realidad, jamás lo había abandonado.

—Sabía que estaba con nosotros, con nosotros de verdad. No en este planeta, como nos habían dicho, sino en las calles, en mitad de todo el combate.

—Ella nos cuida —murmuró Corbec.

—Ella estaba allí. Vi a esta chica y lo supe.

—¿Y?

—Murió. Salvó a los niños y murió. No tenía que haber pasado. Siento en mi alma que no. No tenía que haber pasado eso. ¿Qué haremos sin ella?

Corbec no le contestó. Levantó una esquina del saco. La chica tenía el rostro en paz, y estaba muerta. No era más que una chica joven, otra víctima de aquella guerra interminable. Dejó caer el saco.

—No tenía que haber pasado —repitió Milo.

—Nada de esto tenía que haber pasado —le contestó Corbec.

De fuera les llegó el tableteo de las armas ligeras, que ya sonaban cerca. Domor, Bonin y los demás soldados capaces de combatir empuñaron las armas y se dirigieron a la salida.

—Vamos —le dijo Corbec, que se levantó y comprobó el cargador de energía del rifle láser—. Vamos, Milo. Esto está muy lejos de haber acabado.

El primer soldado del Pacto Sangriento que logró entrar en el destrozado habitáculo era una mole brutal, más grande incluso que el fallecido y añorado soldado Bragg. Se coló por una brecha abierta en la pared este que el soldado Loff había estado defendiendo hasta un momento antes.

El guerrero hereje llevaba puesto un grueso uniforme de combate de color rojo oscuro, con botas tachonadas de láminas de metal, mientras que los muslos, los hombros y la barriga las llevaba protegidas con placas de hierro. Se cubría la cabeza con un casco semiesférico, también rojo oscuro, y tenía la cara tapada por una máscara de metal negra con la forma de un rostro de nariz ganchuda y gesto feroz. Empuñaba en las manos, llenas del tejido cicatrizado que resultaba del odioso ritual de ingreso en el Pacto Sangriento, una pistola láser y lo que parecía un cuchillo podador de enorme tamaño.

Loff estaba muerto boca abajo en su puesto. Había bastado un solo golpe del tremendo cuchillo para matarlo. El guerrero del Pacto Sangriento lanzó un repugnante grito de guerra y se lanzó hacia el interior del habitáculo disparando a

diestro y siniestro. Lo siguieron más herejes.

Gaunt se enfrentó a él cara a cara. Su afilada arma de energía, la espada de Heironymo Sondar, brilló como un fragmento de hielo cuando desvió hacia el techo ya ennegrecido dos disparos de la pistola láser del guerrero de asalto antes de efectuar un mandoble lateral que envió por los aires, en medio de una nube de gotas de sangre, el cuchillo junto a uno cuantos dedos. Gaunt, llevado por el impulso de la carga, arrojó sobre el enemigo e incrustó el cañón de la pistola en la máscara aullante antes de disparar. El cuerpo del brutal guerrero, con la mitad de la cabeza desaparecida, cayó hacia atrás. Gaunt disparó por encima del cadáver todavía tembloroso contra el grueso de las tropas enemigas que entraban por el hueco abierto en la pared.

Beltayn y Neith se colocaron de un salto a su lado. Dispararon a quemarropa con los rifles láser y empalaron a los oponentes con los cuchillos de guerra tanith.

—¡Plata pura! ¡Plata pura! —gritaba Beltayn.

No era la única brecha. El entrechocar de las armas en combate cuerpo a cuerpo reverberó por todo el habitáculo cuando más soldados del Pacto Sangriento entraron por las ventanas, las puertas y los huecos de las paredes, y obligaron a retirarse al primer pelotón hacia el interior de las ruinas. Era un frenesí asesino, el maligno y furioso corazón al rojo vivo de toda guerra. La estancia sofocada por el humo, oscura e iluminada como el infierno de los demonios, estaba llena de gritos, golpes, disparos y siluetas trabadas en combate. Los envolvió el caos.

La pistola de Gaunt se quedó sin balas. Tenía varios cargadores encima, pero no disponía de oportunidad alguna de recargarla en mitad de aquella lucha. La soltó, desenvainó su cuchillo de guerra tanith y se lanzó a por el enemigo más cercano. Tenía la chaqueta y la capa tan empapadas de sangre que el tejido casi chapoteaba a su alrededor. Se dio cuenta de que estaba chillando su furia sin palabras contra el enemigo.

Apestaban. Llevaban su hedor a matadero con ellos: aliento apestoso, sudor agrio, sangre seca y la pestilencia de las pinturas y de los aceites con que se ungían el cuerpo.

La espada de Sondar partió una máscara negra de hierro en dos. Un chorro de sangre siseó mientras recorría la hoja cargada de energía. El cuchillo de guerra se clavó en una garganta. Algo le arrancó la gorra. Un soldado del Pacto Sangriento tropezó de lado con él y le hizo trastabillar, pero el cabrón ya estaba muerto. Un disparo láser le rozó el hombro izquierdo, y Gaunt cayó de rodillas. Partió por la mitad dos muslos cubiertos por placas de armadura que se pusieron delante y fue derribado del todo cuando el resto del cuerpo del enemigo le cayó encima.

Beltayn había perdido el rifle láser, así que recogió un cuchillo del enemigo y lo clavó con todas sus fuerzas en el esternón del oponente que tenía más cerca, antes de abalanzarse sobre Gaunt y agarrarlo de los dos hombros para intentar ponerlo en pie.

Vanette y Starck se lanzaron a la carga para apoyarlo y dispararon en fuego automático contra la horda del Pacto Sangriento que los rodeaba.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Beltayn en plena cara de Gaunt. El comisario ni siquiera pareció reconocerlo. Estaba cubierto de sangre y de restos—. ¡Tenemos que retroceder! —repitió a gritos Beltayn, que tenía la garganta reseca por el humo.

Gaunt lo apartó de un empujón y mató a otro soldado del Pacto Sangriento que los atacó. La espada de energía lo partió por la mitad y arrancó chispas de una columna que estaba al lado.

Otra explosión los tiró a todos al suelo. Una lluvia de cascotes les cayó desde el techo y un trozo de pared se derrumbó como el castillo de ladrillos de juguete de un niño. Entró una bocanada de aire fresco cargado de olor a fyceleno y modeló la humareda dándole forma de volutas y espirales.

Gaunt agarró a Beltayn sin soltar la espada, que empuñaba en una mano ya bañada en sangre, y lo arrastró hacia la zona de la pared derribada. Vanette y Starck los siguieron, caminado de espaldas, y vaciaron los últimos cargadores que les quedaban sin dejar de disparar desde la cadera. No se veía señal alguna de otros soldados del primer pelotón, sólo guerreros de uniforme rojo oscuro que les pisaban los talones surgiendo del humo.

Los cuatro cayeron por el montículo de escombros hasta llegar a terreno abierto. Varios disparos láser salieron en su persecución por el hueco del habitáculo.

Estaban en plena plaza hazgul. Toda la zona se encontraba en llamas. Los edificios habían quedado reducidos a simples cascarones vacíos por los incendios, y de las ventanas salían llamaradas y chorros de chispas. Tres tanques, uno imperial y dos vehículos enemigos, ardían en el mismo punto donde habían sido destruidos. El suelo estaba sembrado de cadáveres ya medio cubiertos por la ceniza que caía como nieve de las nubes de humo. Hacía tanto calor que les parecía estar a mediodía de un día de verano en Calígula.

No había forma alguna de saber dónde estaba nada, ni los demás. Se sentían como si los hubiesen arrojado en mitad de una devastación apocalíptica.

Gaunt se recuperó lo suficiente como para que las manos empezaran a temblarle. El corazón le palpitaba como una arma de disparo automático. Se levantó y cruzó a toda prisa con los otros tres los veinte metros que los separaban de la cobertura más cercana. Lo hizo cojeando, debido a una herida en la pierna de la que ni siquiera se había dado cuenta. La cobertura era un camión de transporte achicharrado del regimiento Civitas Beati. Se ocultaron detrás y estudiaron detenidamente la pesadilla que los rodeaba.

—¡Uno! ¡Aquí uno! —gritó Gaunt antes de darse cuenta del motivo de que no hubiera respuesta: ya no tenía el microrreceptor en la oreja. El cable roto colgaba inerte de la sujeción del cuello de la chaqueta.

Miró a sus soldados. Todos estaban cubiertos de mugre, de sangre y de numerosas heridas pequeñas. Vanette tenía la chaqueta destrozada y la sangre le bajaba por el brazo desde la herida que tenía en el codo. Starck se sostenía la cabeza entre las manos, temblorosas debido a la energía nerviosa y a la adrenalina. Ambos conservaban los rifles. Las manos arañadas y llenas de cortes de Beltayn estaban vacías. El ayudante se recostó contra el vehículo destrozado y se quedó mirando los incendios con la expresión vacía en los ojos de alguien que ya ha llegado a su límite.

—¿Comunicaciones? —le preguntó Gaunt, sacudiéndolo un poco.

—¿Señor?

—¿Comunicaciones?

Beltayn negó con la cabeza. Un disparo láser había destrozado el aparato durante el combate en el habitáculo.

«Combate», pensó Beltayn. De qué forma tan inadecuada describía aquella palabra de Feth de lo que acababan de salir.

—¿Y los microrreceptores? ¿Beltayn? ¿Beltayn?

El ayudante de Gaunt salió por fin de su ensimismamiento y se llevó la mano al oído para llamar a los demás pelotones.

Gaunt oyó el traqueteo incluso antes de que Starck lo avisara. Unos doscientos metros al norte de donde estaban ellos, al otro lado de la plaza destrozada, un tanque ligero imperial iba marcha atrás a toda velocidad, apartando escombros y otros vehículos destruidos a su paso. Gaunt se quedó mirando y vio cómo un proyectil perforante impactaba contra el pavimento justo a su lado; lo cubrió de pedruscos y de tierra un momento antes de que otro le volara la torreta por la mitad. Siguió retrocediendo sin control alguno, dejando un rastro de humo a su paso, hasta detenerse unos cuantos metros más allá. El conductor salió a duras penas y echó a correr, pero varios disparos de armas ligeras lo abatieron.

Dos tanques de batalla del Pacto Sangriento, cubiertos por el flanco por un acechante, entraron en la plaza. Los tanques se estremecían cada vez que disparaban; enviaban proyectiles aullantes por encima de Gaunt y sus camaradas que se estrellaban contra los edificios de la parte sur de la plaza. Varias escuadras del Pacto Sangriento, en formación dispersa, avanzaban a toda prisa al lado de los tanques. Mientras Gaunt y su pelotón habían quedado atrapados en el infernal combate dentro de la vidriería, la batalla en el exterior se había perdido. El enemigo había roto la resistencia imperial, habían destrozado a los blindados y estaban conquistando Principal I.

El casco del camión de transporte comenzó a recibir disparos de rifles láser. Los rayos llegaban de lado, procedentes del habitáculo destrozado. La unidad del Pacto Sangriento que había expulsado al primer pelotón de Tanith del habitáculo, y que probablemente habría matado a casi todos sus miembros estaba saliendo por la pared

que Gaunt y sus hombres habían utilizado para escapar, y ya disparaban a través del terreno abierto contra ellos.

Los cuatro se colocaron en la parte posterior del vehículo para cubrirse mejor, pero aquello apenas ofrecía mayor protección frente a los disparos. A su derecha se encontraba el avance principal del enemigo, incluidos los tanques; a su izquierda, el ataque por el flanco de la infantería.

Vanette y Starck respondieron al ataque con sus rifles laser concentraron los disparos en la unidad enemiga que había salido del habitáculo. Gaunt deseó tener algo más que la espada en ese momento. Bekayn dejó de intentar comunicarse con el microrreceptor, sacó su pistola de ordenanza y disparó repetidamente asomándose por el borde del camión. El vehículo se estremecía cada vez que recibía una nueva andanada de disparos, que abollaban el metal y le arrancaban la pintura ya desconchada.

—¡Starck! ¡Vanette! ¡Que uno de los dos me dé una pistola!

Starck había perdido la suya. De hecho, había perdido toda la pistolera, pero Vanette la desenfundó y se la pasó deslizándola por el rococemento. Gaunt envainó la espada, se agachó detrás de una de las ruedas traseras, que estaba retorcida, y comenzó a disparar contra la fuerza principal. Miró el indicador de la culata de la pistola: le quedaban unos treinta disparos antes de que la carga se agotase.

Treinta disparos. Esa era la vida que le quedaba.

—¿Munición? —gritó por encima del estruendo del combate.

—¡Un cargador! —contestó Vanette.

—¡Medio! —informó Starck.

—¡Dos…, dos cargadores! —tartamudeó Bekayn.

—Sacadles el máximo partido —les dijo Gaunt.

Cada vez recibían más andanadas de disparos. Los dos descamentos de tropas enemigas habían concentrado su fuego en el vehículo de transporte, y el acechante explorador se unió a ellos con sus láseres automáticos. El camión se estremecía y temblaba, y en más de una ocasión se movió debido a la potencia de los disparos. Los fragmentos de metal saltaron por los aires. Beltayn lanzó un aullido de dolor cuando uno de esos trozos de metralla se le clavó en el brazo. La mejilla de Venette quedó surcada por una quemadura cuando un pedazo del guardabarros al rojo vivo salió despedido y le rozó la cara. Gaunt sabía que en cualquier momento llegaría un cañonazo de los tanques o un cohete de un lanzagranadas.

Le quedaban diez disparos.

—Sabbat mártir —comenzó a murmurar Gaunt—, en el nombre del bendito Dios Emperador de Terra, salvador del Imperium de la Humanidad, te encomiendo mi alma y mis últimos momentos además de las almas de estos tres valientes soldados, y nos pongo en tus manos…

Unas largas llamaradas cruzaron la plaza procedentes del sur. Eran unos conos de fuego al rojo blanco que cruzaban el aire como chorros de agua que salieran de mangueras. Los chorros se estrellaron contra las tropas del archienemigo que abandonaban el habitáculo, y aquellos que no salieron corriendo con la rapidez suficiente acabaron convertidos en antorchas que se movían de forma espasmódica.

—Pasa… —jadeó Beltayn—. Pasa…

No era raro. Era algo que sobrepasaba la imaginación.

Cuatro Chimeras, con la insignia de la compañía personal del comandante general pintada en el costado, aparecieron a toda velocidad en la plaza atravesando las ruinas y las paredes de los edificios con sus palas excavadoras. Avanzaron de prisa, y los cascos se balancearon sobre las orugas cuando aceleraron para salir del todo de los escombros. Los cañones automáticos de las torretas no cesaban de disparar ráfagas de proyectiles trazadores. Detrás de los veloces transportes de tropas aparecieron varios tanques pesados: los blindados del Civitas Beata, los tanques ligeros de las Fuerzas de Defensa Planetaria y dos Vanquishers de la compañía personal de Lugo. Comenzaron a disparar en cuanto tuvieron una línea de tiro visual de la vanguardia enemiga. Alrededor de los vehículos blindados surgió una oleada de soldados. Muchos de ellos llevaban estandartes de compañías, banderas y gallardetes con el águila imperial. Al frente de los soldados a pie, y con un estandarte en la mano, se encontraba el mariscal Biagi. Caminaba a la vanguardia de una docena de oficiales del Civitas Beati, que estaban arrasando el terreno que se abría ante ellos con sus lanzallamas personales.

Los cuatro fantasmas se metieron debajo del vehículo destrozado para intentar mantenerse a cubierto de los proyectiles y los cañonazos que empezaron a surcar el aire en ambas direcciones por encima de ellos. El ruido y la confusión de los disparos eran físicamente dolorosos. Gaunt vio desde su posición cómo Biagi daba órdenes a las tropas para que avanzaran. Alguien —probablemente, Lugo en persona— había movilizado todas las reservas en aquel contraataque. ¡Maldito idiota! Si aquello fallaba, no quedaría nada, absolutamente nada, con lo que defender las colmenas interiores.

Gaunt sabía que Lugo no era precisamente el mejor táctico que había salido de una scholam de candidatos a oficial, pero aquello era una locura en el mejor de los casos, incluso para alguien como él. Esa noche ya se habían visto sorprendidos por la enorme cantidad de tropas que el archienemigo había conseguido desplegar en Herodor. ¿Quién sabía si una fuerza de medidas semejantes no estaría esperando para atacar por la zona agropónica del sur, o si había otra apostada en el obsidae oriental? ¿Qué haría entonces Lugo si todos sus efectivos estaban comprometidos allí?

Era una locura. Era…

… una locura, pero no del tipo que Gaunt suponía.

Parpadeó.

Estaba ocurriendo algo raro. Todos los sonidos se fueron apagando, todo lo que veía empezó a tornarse difuso. Los fragmentos de cristal que estaban en el suelo, bajo sus manos ensangrentadas, comenzaron a relucir como diamantes. El metal desconchado del guardabarros que sobresalía por encima de su cabeza brilló como madreperla. Los proyectiles de tanque pasaron sobre él con perfecta claridad; dejaban detrás lentas estelas de humo que giraban en espiral con una forma de doble hélice perfecta.

Todo pareció ir más lentamente.

«¡Feth!».

Ibram Gaunt pensó por un momento que le habían dado. No sentía dolor, ni había notado ningún disparo, pero había oído describir a algunos veteranos inválidos el modo como las heridas realmente graves ocurrían sin que uno se diera cuenta y que convertían al mundo en una escena de pictograma lento cuando los sentidos registraban el simple y profundo esplendor de todo lo que le rodeaba a uno.

Tenía luz en los ojos. Una luz dorada. Un Salamander de la compañía persona de Lugo, un vehículo de orugas achaparrado y pesado, apareció ante su vista y se detuvo a escasos metros de donde estaba, debajo del camión destrozado. Había una persona de pie en el compartimento abierto.

Era hermosa.

Llevaba puesta una armadura de combate dorada de estilo recargado, tan bella y tan adaptada a su cuerpo que era evidente que había sido forjada especialmente para ella por unos maestros armeros. Habían incrustado varias piezas pulidas de concha de quelonio en la pieza del torso y en las anchas hombreras. Las coderas de la armadura tenían forma de águila imperial, al igual que las rodilleras. El mismo signo aparecía repetido y entrelazado a lo largo de las placas protectoras de los muslos y de los avambrazos. Tenía la mano izquierda cubierta por un guante dorado, cuyos dedos acababan en unas garras de águila plateadas. Llevaba la mano derecha descubierta. Bajo las relucientes placas de la armadura lucía una cota de malla negra, y cada anillo tenía la forma de una flor de islumbine. Una larga falda de amplio vuelo y color blanco, fijada a la cintura por sellos de pureza y cintas con plegarias, flotaba alrededor de las piernas. La pesada gorguera dorada de la armadura le llegaba hasta la barbilla, pero llevaba la cabeza descubierta. Se había dejado el cabello corto —casi parecía que se lo había cortado con una espada—, y el pelo negro brillante le caía como a un paje. Sus ojos eran verdes; verdes como la seda de un infardi, tan verdes como los bosques de Hagia.

La santa bajó la vista hacia Gaunt. Un halo de luz la rodeaba con un fulgor y una fuerza tales que su silueta parecía casi translúcida. Nueve cibercráneos levitaban a su alrededor dentro del brillo radiante formando un círculo detrás de su cabeza.

Llevaban los ojos encendidos y las armas miniaturizadas en posición de disparo. La santa era una visión terrible.

Le sonrió.

—He estado esperando este momento, Ibram. ¿Y tú?

—Sí —fue lo único que pudo responder. Aunque se dio cuenta de que estaba sollozando, no le importó.

Ella abrió los brazos de par en par. Una capa verde surgió a su espalda y se convirtió en un par de alas. La forma perfecta de una águila imperial se desplegó a su alrededor, cinco metros a cada lado. No era de seda, sino de una resplandeciente luz verde. La doble cabeza del águila siseó y entrechocó los picos mientras los cibercráneos volaban a su alrededor.

Gaunt se puso en pie. Estaba tan concentrado en mirarla que se dio en la cabeza con el guardabarros del camión, pero no apartó los ojos de la visión que tenía delante.

Desenvainó la espada y se la ofreció por la empuñadura.

—Necesitarás eso, Ibram —le indicó ella con voz tranquila antes de desenvainar la suya propia.

Era una espada de hoja delgada, de más de un metro de longitud y de color plateado. Alrededor de la empuñadura había guirnaldas de islumbine, y unos colgantes enjoyados se balanceaban del extremo del pomo. Ella activó el arma y la hoja emitió un leve zumbido.

—Vamos a enseñarle algo al archienemigo de la humanidad.

—¿Qué será lo que le enseñemos? —le preguntó Gaunt.

—Que el Emperador protege —dijo ella.

Alzó la espada y señaló al enemigo con ella. El conductor del Salamander lanzó al vehículo hacia adelante, pero ella ni quiera se tambaleó. Los soldados imperiales de ambos costados cargaron contra el enemigo en retirada. Los lanzallamas sisearon, los cañones rugieron, los rifles láser chasquearon y las armas de los tanques atronaron. Los estandartes imperiales ondearon al viento.

Espada en mano, Gaunt corrió tras ella.



CINCO
Triunfos y milagros

¡Donde haya un enemigo, furia! ¡Donde haya una victoria, regocijo!

Santa Sabbat, Epístolas

Había gentío por todas partes.

Apenas acababa de amanecer, pero las calles estaban repletas de gente. Las masas enfervorizadas de peregrinos que cantaban, de soldados que celebraban la victoria, de ciudadanos enardecidos, congestionaban las calles y las avenidas de Ciudad Beati, todos ellos unidos en una expresión entusiasmada y generosa del sentimiento de triunfo. La ciudad herida había despertado y había descubierto que todavía estaba, milagrosamente, viva.

Unas grandes columnas de humo negro ascendían hacia el cielo matutino manchando su fría y uniforme blancura. Los sectores exteriores septentrionales de la ciudad habían quedado convertidos en ruinas, que seguían ardiendo, sembradas de máquinas de guerra destruidas y de los incontables cuerpos de los muertos.

Un cálculo inicial indicaba que había cientos de muertos entre militares y ciudadanos. La comunidad de peregrinos era la que más había sufrido. Eran varios miles los que no habían sobrevivido a aquella terrible noche.

Sin embargo, la cifra de muertos y la tremenda destrucción que había sufrido la ciudad no parecía importarle a nadie de la multitud. Estaban tan anormalmente excitados en esos momentos como inexplicablemente desanimados en la madrugada. Quizá era fácil de comprender, ya que los humanos son muy simples: estaban vivos, habían vencido y disfrutaban de todo ello.

La mayor concentración de gente se apretujaba alrededor de la plaza de la Beata. Había cientos de miles de seres humanos restallantes de felicidad, todos ellos cantando, y gritando, y bailando, y dando saltos. Los estandartes ondeaban en la brisa del amanecer y los pétalos blancos de las guirnaldas que llevaba la gente al cuello flotaban en el aire como confeti blanco. Los soldados, sonrientes y con los dientes reluciendo en las caras sucias, no paraban de recibir abrazos y besos, e incluso a algunos los llevaban a hombros. Los tambores batían. Los antiguos cuernos para la oración de la ciudad tronaban. Las sirenas de las fábricas aullaban.

La gente saludaba desde los balcones y las ventanas superiores, e incluso se había subido a los tejados. Las serpentinas y los fuegos artificiales restallaban en el aire. En muchas de las esquinas que llevaban a la plaza, los peregrinos infardi se habían montado en las carretas, donde llevaban las capillas portátiles, y estaban dirigiendo los cánticos y los himnos de la multitud. Varias procesiones de la Eclesiarquía, encabezadas por coros, atravesaban las calles portando relicarios desde los santuarios de las colmenas. Los trabajadores del Ministorum esparcían pétalos y capullos de flores recogidas al azar en las granjas agropónicas.

Para cuando Gaunt logró llegar a las multitudes de la zona de la plaza, tenía bastantes guirnaldas de islumbine y de irridox colgadas del cuello, y lo habían abrazado y besado más veces de las que podía contar. Tenía las ropas desgarradas y rotas, y estaba lleno de moratones y cortes. Todavía llevaba el estandarte del águila

imperial que había tomado de un soldado del regimiento Civitas Beati muerto en el combate previo al amanecer.

Se sentía extraño, confuso, aturdido. El ruido de la celebración que tenía lugar a su alrededor le parecía más fuerte y más opresivo que el de la batalla que habían librado la noche anterior. Lo sentía todo como un sueño, pero estaba seguro de que se debía al agotamiento.

Mientras llegaba el amanecer, en la fría y pedregosa llanura del Gran Obsidae Occidental, había ayudado en la tarea de aniquilar las fuerzas enemigas. Nadie había tenido cuartel, y era lo apropiado, ya que los soldados del Pacto Sangriento eran servidores devotos del archienemigo de la humanidad.

Pero los habían matado. A todos.

Las llanuras de vidrio más allá del perímetro noroccidental de la ciudad estaban repletas de cadáveres y de los restos humeantes de los vehículos de combate enemigos. Enfrentados a la Beata y al renovado vigor combativo que les había inspirado a los guerreros del Imperio, los soldados del Pacto Sangriento se habían desmoralizado y habían huido. Biagi y Kaldenbach, los vencedores reconocidos de aquella batalla, habían dirigido la persecución y habían aniquilado al enemigo en el obsidae. Los vientos de aquel desierto frío, que soplaban por encima de las Laderas Occidentales, encogerían los cadáveres del Pacto Sangriento, y el reseco aire helado a la altura del suelo los desecaría. Quedarían convertidos en frágiles momias entre los restos de los blindados destruidos, en un testimonio al brutal celo destructor de un ejército imperial inspirado en la fe.

Gaunt logró llegar a la plaza. A pesar de lo apretujadas que estaban, las filas de los allí reunidos se abrieron para que pudiera pasar. Los ciudadanos y los peregrinos alargaban los brazos para tocarlo o para darle palmadas en la espalda. El misario iba cojeando y utilizaba el mástil del estandarte como muleta.

Ella estaba en el centro de la plaza, encima de un Chimera con los brazos en alto en saludo a las multitudes exultantes.

—¡Señor! ¡Señor!

Gaunt miró a su alrededor y casi fue derribado por el entusiasta abrazo de bienvenida de Raglon.

—¡Temimos que estuviera muerto! —le gritó.

—No lo estoy, Rags.

—Ya lo veo, señor. ¡Dios Emperador, me alegro de verlo nuevo! ¡Qué día! ¡Qué momento!

Gaunt sonrió, pero era una sonrisa cansada. El entusiasmo resultaba contagioso. Muy pocas veces había visto a sus hombres henchidos por la alegría de la victoria; demasiado pocas.

—¿Cómo está tu pelotón, Rags?

—En perfecto estado.

—¿Habéis sobrevivido a los combates sin apuros?

Raglon asintió con vehemencia.

—Sobrevivimos. No tenemos bajas, pero los mandamos al infierno. Le entregaré un informe…, con algunas menciones por mérito…

—Lo espero con ganas.

Raglon se giró y miró al centro de la plaza.

—No puedo creérmelo, señor —le dijo—. Me refiero a… Ella está aquí. Está de verdad.

—Sí, sí que lo está, Rags —le contestó Gaunt—. Sí que lo está. Disfruta de este momento. No aparecen muy a menudo en nuestra vida.

Gaunt miró a su vez a la santa mientras Raglon se alejaba riendo. Le pareció que lo estaba mirando a él.

—Estoy muy contento y todo eso, pero ojalá dejara de hacer eso.

—¿Hacer qué? —le preguntó Feygor a gritos para hacerse oír por encima del clamor del gentío.

—Que dejara de mirarme de ese modo —le contestó Rawne. El tercer pelotón estaba en mitad de la multitud, al otro extremo de la plaza respecto a Gaunt—. No deja de mirarme.

—Me está mirando a mí —le contestó Feygor—, no a ti. ¿Por qué iba a mirarte?

—Bueno, no lo sé —replicó Rawne poniendo los ojos en blanco.

—Yo sí lo sé —les interrumpió Banda—. El mayor es un puro sexo sobre piernas, un bocado exquisito para las mujeres.

Feygor soltó una carcajada. Rawne miró a Banda con desdén.

—Pero tengo que desilusionaros —siguió diciendo Banda—. Su santidad la Beata, en realidad, me está mirando a mí.

—Es un buen día —dijo Gol Kolea en voz baja.

—Sí, Gol, sí que lo es —le contestó Criid.

Ella le dio unas palmadas en la espalda. A su alrededor, el gentío estalló en nuevos cánticos. La santa era una figura lejana en mitad de la plaza abarrotada.

—Es un buen día —repitió Kolea—. Ella me mira y me ve, y ve que estoy feliz porque es un buen día.

—¿Quién hace eso, Gol?

—La mujer santa.

—¡Ah, ya!

—¡Eh, sargento! —Criid miró a su alrededor y vio a Jajjo que se abría paso con el

hombro a través de la multitud—. Lo he encontrado —le dijo con una sonrisa.

Caffran apareció detrás de Jajjo y abrazó con fuerza a Criid.

—Pensé que te había perdido —le dijo en voz baja, y la besó en la mejilla y en el cuello. Alzó una mano y tocó con suavidad el vendaje que llevaba en la cabeza—. ¿Estás herida?

—Nada que no se cure. Kolea me llevó a un médico.

—Creí que no iba a verte nunca más, Tona.

—Hace falta mucho más que unos cuantos soldaditos del Pacto Sangriento para mantenerme lejos de ti —le contestó ella antes de besarlo en los labios.

—Vale, vale… No delante de la tropa —le soltó Lijah Cuu al pasar a su lado.

—¿La ves?

—Claro que la veo.

—Entonces, deberías sentirte agradecido —le dijo Colm Corbec—. Esa pesadilla de anoche no fue más que eso: una pesadilla. Ahí la tienes, vivita y…, bueno, y santa.

Milo asintió.

—Sí, supongo que así fue. Es maravillosa. Da la sensación de que me está mirando directamente a mí.

—A ti. Más bien me mira a mí; directamente a mí.

Milo sonrió.

—Crea lo que quiera, coronel.

—Eso haré.

—¿Que os está mirando a vosotros? —bufó Mkoll—. Sin duda me está mirando a mí.

La gigantesca aglomeración de personas que los rodeaba lanzó de repente un grito de entusiasmo, y los fantasmas se unieron a la exclamación.

—A mí, sin duda alguna —murmuró Mkoll.

Larkin se quedó mirando. Era como si la tuviera en la retícula de su mira telescópica y ella lo tuviera a él. Si hubiera tenido que disparar, habría sido un objetivo difícil. Noventa metros, con viento de costado y cientos de cuerpos en plena celebración interponiéndose entre ellos dos. Pero lo habría conseguido. Larkin estaba seguro de ello.

Y estaba todavía más seguro de que ella también lo habría logrado. Por el modo en que lo miraba. Como una francotiradora.

Hark atravesó a empujones la muchedumbre y casi se cayó al suelo al tropezar con

Daur, que estaba de rodillas llorando de forma desconsolada, y después al darse de frente con Meryn, que sólo estaba mirando sin moverse.

—¿Meryn?

—Es de verdad.

—Creo que eso es lo que celebramos, sargento.

El sargento Varl, que estaba a su lado, se subió de repente a la carreta de una de las capillas portátiles y empezó a bailar. Se colocó una boina decorada con plumas de estrutido y se la encasquetó hasta las orejas con una pose cómica.

Hark no pudo evitar echarse a reír a carcajadas.

—¿Jefe? —Vivvo le entregó a Soric el portamensajes de bronce.

—Gracias —le dijo Soric, y le indicó con un gesto a Vivvo que podía marcharse.

El gentío que lo rodeaba parecía haber enloquecido. El griterío era tan ensordecedor que estaba empezando a crisparle los nervios.

Soric desenroscó la tapa del portamensajes y sacó la nota con los dedos. Decía: «Es a ti a quien mira. Ella lo sabe».

Soric hizo una bola con el papel y lo dejó caer antes de meterse el portamensajes en un bolsillo.

Un instante después, Vivvo reapareció entre la multitud. Llevaba un portamensajes en la mano.

—¿Es suyo, jefe? —le preguntó.

Soric se palmeó los bolsillos del pantalón.

—Debe de serlo —contestó.

Vivvo le entregó el portamensajes y dio media vuelta para marcharse, pero lo miró por encima del hombro después de dar unos cuantos pasos. Soric sabía que Vivvo se daba cuenta de que algo raro estaba pasando.

Abrió el portamensajes. El papel decía: «Díselo a Gaunt. Vienen nueve. Vienen nueve».

Estaba escrito con prisa. Las letras, apenas garabateadas, estaban muy inclinadas.

A pesar de toda la celebración que estallaba a su alrededor, Soric sintió que lo embargaba la angustia.

El pequeño claro estaba tranquilo. Era una mañana de primavera, a hora temprana. Los primeros rayos del sol relucían a través de las hojas. Una leve neblina cubría el sendero que llevaba a la puerta de la capilla.

Cada paso que daba resonaba demasiado en el frío silencio. No se oían pájaros cantando. Le pareció extraño. Las botas crujieron al pisar las losas de piedra.

El corazón le palpitaba de prisa. No había nada que temer, pero de todas maneras

él sentía temor. ¿Por qué? Quería estar allí. Quería entrar, pero el corazón le palpitaba con fuerza.

Llegó a la puerta. El pomo de hierro relucía por el rocío. Alargó la mano para empujado, pero la puerta comenzó a abrirse sola. Se abrió y detrás vio…

Gaunt se despertó sobresaltado. Tuvo que esforzarse respirar. La habitación estaba a oscuras y el aire demasiado caliente. No tenía ni idea de la hora que era.

Se levantó para dirigirse hacia la ventana y abrir las persianas. Sólo entonces se dio cuenta del terrible dolor que sentía su cuerpo agotado. Cada paso que dio fue doloroso.

Abrió una de las persianas y una luz blanca entró a raudales en la pequeña habitación. Ya era tarde avanzada en el exterior, y la visión que tenía de la ciudad bajo sus pies le indicó que las celebraciones de la mañana todavía seguían. Vio los estandartes, el centelleo de algún fuego artificial y las multitudes que continuaban chillando por las estrechas calles.

Pulsó varios mandos del control de clima acoplado al hueco de la ventana, pero si funcionaba, no logró disminuir el calor opresivo. Deseó poder abrir la ventana, pero se trataba de una unidad cerrada herméticamente. Aquel piso de la colmena tres estaba demasiado por encima del escudo y de la cobertura de la atmósfera de la ciudad.

Gaunt se esforzó por recordar el sueño que acababa de tener. Había sido muy vívido, pero se había desvanecido en cuanto se había despertado. Aexe Cardinal. Estaba en Aexe Cardinal, en la capilla. Aparte de eso, no se acordaba de nada más.

Vio su reflejo en el espejo de cuerpo entero de la esquina de la habitación. Sólo llevaba puesta la ropa interior, y su cuerpo, delgado y musculoso, tenía un color blanquecino antinatural. Los oscuros surcos de las cicatrices antiguas parecían cadenas montañosas en la cara de una luna pálida, sobre todo d largo corte de aspecto tremendo que le cruzaba el estomago, el que Dercius le había hecho tantos años atrás.

Las heridas nuevas, las que le habían marcado en Herodor, eran más lívidas. Tenía tantos arañazos y abrasiones cubiertas de costras de sangre negra que ni se preocupó de contarlos. También tenía varios moratones, algunos de color oscuro y otros ya con el aspecto amarillento enfermizo. Las heridas más serias eran la quemadura por un disparo láser que tenía en el hombro izquierdo y el corte en la pantorrilla. Lesp le había limpiado bastante las heridas, había vendado las más importantes y le había suturado los cortes más profundos.

Salió cojeando del dormitorio y entró en el salón. Sus efectos personales estaban en la cómoda, y su segundo uniforme, colocado sobre el respaldo de una silla.

—¿Beltayn? —dijo en voz alta. No había señal alguna de su ayudante.

Estaba vistiéndose cuando se abrió la puerta y entró Rerval.

—Lo siento, señor. Debería haber llamado. Creí que todavía estaría dormido.

—Sigue con lo que estabas.

Rerval, el operador de comunicaciones y ayudante de Corbec, entró y cerró la puerta. Llevaba una bolsa de lona.

—¿Dónde está Beltayn? —le preguntó Gaunt.

—Estaba agotado, señor. Corbec le ordenó que se fuera a dormir a su alojamiento y me pidió que lo sustituyera. Espero que no le importe.

Gaunt asintió mientras se abotonaba la chaqueta.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—Unas cuatro horas, señor. El ambiente se ha calmado un poco. El capitán Daur se está encargando de todo lo relativo al regimiento.

—¿Ya se tienen los números?

—No lo sé, señor. Lugo da un banquete esta noche, y esperan que vaya.

—¿Te refieres al comandante general Lugo, Rerval?

Rerval se sonrojó. Las dos mejillas se le pusieron rojas, a excepción de la cicatriz blanca, resultado de la herida que había sufrido en Aexe.

—Sí, señor.

—No me importa lo que le llames, de verdad…, Pero es una mala costumbre que te puede meter en problemas.

—Trataré de recordarlo, señor.

Gaunt acabó de abotonarse la chaqueta y miró a su alrededor en busca de la gorra. Rerval metió una mano en la bolsa de lona con la que había entrado.

—¿Busca esto, señor?

La gorra estaba un poco polvorienta y algo ajada, aunque Rerval había hecho todo lo posible por limpiarla.

—El coronel Corbec envió un explorador al habitáculo para recuperarla, pero me temo que no encontró rastro alguno de la pistola bólter, así que le he conseguido ésta de momento.

Rerval sacó también una pistola láser nueva, incluida su funda de cuero negro.

—Gracias, Rerval —le dijo Gaunt mientras se la ponía al cinturón. Luego se colocó también el cuchillo tanith, envainó la espada y se puso la gorra. Se quedó parado—. Debo…, debo de haber perdido mi capa en algún sitio —se lamentó.

Rerval se quitó su capa de camuflaje.

—Tome la mía, señor. Por favor, será un honor. Conseguiré otra.

Gaunt tomó en sus manos la prenda distintiva de los de Tanith y asintió en gesto de agradecimiento. El gesto de Rerval era increíblemente generoso, y más sabiendo el modo tan feroz con que los guerreros de Tanith protegían sus cuchillos y sus capas.

—¿De qué tengo aspecto? —le preguntó Gaunt.

—De un conquistador de mundos, señor.

—Eres muy amable. ¿De qué tengo aspecto de verdad?

—De estar cansado.

El centro de operaciones estaba tranquilo. Tan sólo la mitad de las consolas de mando estaban ocupadas, y en la mayor parte de los casos se trataba de clérigos del Munitorum que se encontraban de servicio. Daur estaba sentado en el anexo lateral, revisando una pila de placas de datos.

Comenzó a ponerse en pie en cuanto vio entrar a Gaunt, pero el comisario le indicó con un gesto que siguiera sentado.

—Ha sido una noche larga, Ban. ¿Cómo lo llevas?

—Salí casi intacto. Me siento como si me hubieran tocado un millón de créditos. ¿Y usted?

—Agotado, pero la victoria es la victoria. Anima hasta mis viejos huesos cansados.

—Pero no es sólo eso, ¿verdad? No es sólo la victoria. Bueno, quiero decir que, después de todo lo que nos dijo ayer aquí mismo, estaba equivocado. ¿No es así?

Gaunt se sentó a su lado.

—¿Sobre la santa?

Daur asintió.

—La vi. Todos lo hicimos. En el combate, y después, durante celebración del triunfo. No era ningún montaje.

Gaunt lanzó un suspiro.

—No, no creo que lo haya sido. En el mismo momento en que la vi, estuve seguro…, tan seguro como estuve ayer de que ella no era de verdad.

—Ayer debió de equivocarse, señor —le dijo Daur.

—Hazme un favor, Ban: ten la mente abierta. Verás, la chica que vi ayer no era la Beata. Lo supe en mi corazón tan bien como sé cualquier otra cosa. A pesar de toda su pasión, su fervor y su autoconvencimiento, no era la verdadera santa. La mujer que apareció anoche era todo lo contrario a la anterior, tenía todo lo que le faltaba a la otra. No sé qué ha ocurrido, pero pasó algo muy raro mientras librábamos la batalla.

—¡Gracias sean dadas al Dios Emperador por ello!

—Sin duda, el Emperador protege, pero ten la mente abierta.

—¿Por qué lo que cambia tan de repente puede transformarse de nuevo?

—Exacto. ¿Por qué no me pasas los informes sobre el estado de la situación?

Daur le entregó a Gaunt una placa de datos con el informe general.

—Le he dado descanso a todos los fantasmas que combatieron anoche y les he ordenado que se reabastecieran. El mariscal Biagi quería que le asignáramos algunos efectivos para: reforzar las patrullas del perímetro, pero el comandante general Lugo cree que no tenemos nada de lo que preocuparnos de momento, así que lo dejó. Todo el mundo está en sus alojamientos, ya sea durmiendo o a la espera y preparado.

Bueno excepto los que están en la enfermería.

—¿Cuántos?

—Treinta y nueve. Once graves, incluidos Mkhef, Sapes Bewl. Y Mkvenner.

—No, otra vez no, no después de lo de Aexe.

—No lo han herido; es que no se ha recuperado todavía la paliza que sufrió en Aexe. Soric lo encontró ayer por la noche en el campo de batalla y vio que estaba enfermo, así que le ordenó que regresara al hospital de campaña. Dorden cree que Ven se ha estado exigiendo demasiado y que tiene una hemorragia interna provocada por aquellas heridas. Por lo que parece, se encuentra en mal estado.

—¿Cómo de malo?

Daur se encogió de hombros.

—No soy el jefe médico.

—¿Mkvenner se va a morir?

—Es lo más probable.

—Feth. —Gaunt se quitó la gorra y la dejó en la mesa que tenía al lado—. Iré a visitarlo.

—Hágalo de prisa. El comandante general ha convocado a todos los oficiales superiores para celebrar un banquete esta noche.

—Se supone que la costumbre es invitar a los oficiales a un banquete, y no convocarlos.

—No creo que sea algo opcional, señor.

Gaunt meneó la cabeza. No le apetecía nada codearse con la camarilla de Lugo. Miró a Daur.

—Ya puestos, dame el resto de las malas noticias de golpe. ¿Cuántos muertos?

—Treinta y dos —le contestó Daur mientras le entregaba otra placa de datos—. No es definitiva, por supuesto. Todavía quedan veintidós desaparecidos.

Los muertos estaban por listas de escuadras. Los seis iniciales eran del propio pelotón de Gaunt, el primero. Leyó los nombres y sintió una punzada de pena por cada uno, pero se quedó algo aliviado. El combate cuerpo a cuerpo dentro del habitáculo había sido tan feroz, tan despiadado, que se había esperado ver muchos más nombres allí. Sabía que Beltayn, Vanette y Starck habían sobrevivido porque había salido con ellos. Resukó que Caober, Wersun, Myska, Derin, Neith, Lyse, Bool, Mkan y otros ocho también habían logrado escapar con vida.

—Mkoll dice que fueron Caober, Derin y Lyse los que los sacaron para llevarlos a un lugar seguro; una auténtica retirada de combate, ordenada a pesar de lo feroz que fue la batalla. Llegaron lo suficientemente lejos como para que el pelotón de Mkoll los cubriera. Va a recomendarlos para unas citaciones. He hablado en persona con Derin. Por lo que parece, fue un verdadero infierno.

—Fue un verdadero infierno por todos lados, ¿no?

Daur suspiró.

—Creo que sí, pero me parece que la defensa de ese habitáculo fue el peor combate cuerpo a cuerpo de todos.

—No debería haber ocurrido. Si hubiéramos tenido lanzallamas, no habrían conseguido llegar a distancia de asalto.

—Ya conoce las leyes de la ciudad, señor.

—Las conozco, las desprecio y voy a hacer todo lo posible por cambiarlas. No permitiré que nos pase lo mismo. Cuando llegue la siguiente oleada de enemigos, estaremos preparados, y eso significa lanzallamas en vanguardia.

Daur tomó su taza de cafeína y bebió un sorbo. Torció el gesto cuando se dio cuenta de que estaba fría.

—¿La siguiente oleada? ¿De verdad cree que van a producirse más ataques?

—No tengo ninguna duda, Ban —le contestó Gaunt mientras se ponía en pie—. Hemos pasado unas horas muy malas, y no quiero recordarlas, pero seríamos unos ilusos si pensáramos que no era más que un fuerte ataque inesperado. La fuerza principal está en camino y llegará como un behj furioso.

—A lo mejor también hay buenas noticias, Gaunt.

Alzaron la mirada y vieron entrar a Victor Hark en el anexo. Se detuvo un momento para firmar algunas placas de datos que le pasó un escriba del Munitorum, habló unos instantes con el funcionario lleno de implantes y vestido con una túnica, y luego se dirigió hacia ellos.

—¿Ha descansado, señor? —le preguntó Hark, echando a un lado la parte baja de la chaqueta y sentándose delante de él.

—Bastante, gracias. ¿Has entrado en combate?

—En la parte final. Lo bastante como para echar una mano, pero no lo suficiente como para ganar medallas. Aunque muchos otros lo han hecho. Tengo una lista.

—Estoy deseando verla.

—El comandante general también tiene una lista —continuó diciendo Hark—. Estás en ella.

—¿Yo? —exclamó sorprendido Gaunt.

—Ambos. Kaldenbach y Biagi son los vencedores reconocidos de la batalla, pero Lugo quiere citaros a ti y a los demás oficiales superiores, tanto del regimiento Civitas Beati como el de Tanith, que estuvieron en el grueso del combate en la primera fase. El comandante general dice que si no hubiera sido por sus acciones, no habría quedado batalla alguna que ganar. Ha organizado un banquete para entregar las medallas.

Gaunt estuvo a punto de soltar una respuesta cáustica, pero vio la expresión emocionada y satisfecha de Daur y se la tragó. No tenía ningunas ganas de que Lugo le condecorara, pero hombres como Daur, Rawne y Corbec se merecían semejante

reconocimiento. Ya iba siendo hora, por Feth.

—¿Qué querías decir con eso de que también hay buenas noticias?

—Son las comunicaciones astropáticas de la flota de refuerzo, que acaban de llegar. Me he tomado la libertad de firmarlas y pasárselas a Lugo. Los suministros llegarán mañana al amanecer, si la disformidad lo permite. Nueve contenedores del Munitorum repletos de municiones y equipo médico, tres regimientos de infantería pesada de Khan, y una compañía de tanques ardeleanos procedentes de San Velabo. También se dice que una nave exploradora de la Flota Mechanicus está en camino repleta con una carga de reactores de plasma de alcance medio para reforzar el escudo de la ciudad. Además, acuden cinco navíos de guerra y un portaaeronaves de la flota de combate del segmentum. Dentro de dos días, Herodor va a ser un hueso mucho más duro de roer.

—Son realmente buenas noticias. ¿Qué se sabe de los movimientos del enemigo?

Hark se encogió de hombros.

—Nada todavía. Ayer por la noche se produjo una alarma en Khan II, según nos han informado. Sus puestos de detección a larga distancia captaron las señales de una flota de guerra que se dirigía hacia aquí, pero resultó ser una flotilla de naves de peregrinos procedente del sistema Hagia.

Gaunt recogió la gorra y se la puso.

—Puedes considerarme un hombre mucho más feliz que hace cinco minutos. Estaré en la enfermería sí alguien me necesita.

—El banquete comienza a las 20.00, señor —le recordó Hark.

—No llegaré tarde.

Gaunt dejó a Daur y a Hark hablando y cruzó cojeando el tranquilo centro de operaciones. Se topó con el sargento Meryn al salir. Meryn saludó con rapidez.

—¿Algún problema, Meryn?

—En realidad, estaba buscando al comisario Hark, señor.

—¿No puedo ayudarte en nada?

—No quiero molestarlo, señor —contestó Meryn.

El alojamiento principal del regimiento Tanith se encontraba en una scholam del piso decimotercero de la torre colmena tres. Habían despejado los dormitorios de litera doble para acomodar a los soldados llegados de fuera del planeta. Las persianas estaban bajadas y las lámparas de fosfato casi apagadas. El humo de lho llenaba el aire.

Soric cruzó cojeando el pasillo entre los camastros del dormitorio número cinco y saludó en voz baja a los soldados que no estaban dormidos. Bastantes de ellos estaban simplemente tirados sobre los camastros, inconscientes, sin haberse quitado el uniforme de combate, lleno de suciedad y sangre seca de la noche anterior.

Lo cierto era que Soníc se encontraba realmente cansado, pero también estaba nervioso y no lograba conciliar el sueño. El ojo que había perdido le picaba a rabiar.

—¿Estás bien, jefe? —le dijo Corbec.

Soric se detuvo, y luego se acercó al camastro de Corbec.

—Estoy bien, Colm; bien y satisfecho. Ya me conoces.

—Sí que te conozco —le contestó Corbec.

Estaba en camiseta y tumbado sobre el camastro, pero se sentó en el borde y sacó una petaca. Le ofreció un trago a Soric, que aceptó y se sentó a su lado en el camastro.

—Es bueno —dijo lamiéndose los labios y devolviéndosela—, pero no es la sacra, ¿verdad?

Así era como los fantasmas habían comenzado a llamarla: la sacra. Bastantes miembros del regimiento, y muchos de los comerciantes y avitualladores que lo acompañaban, se habían convertido en casi expertos de la destilación del licor preferido de los de Tanith, pero ninguno de ellos llegaba a la altura del añorado Bragg. Su licor siempre había sido el mejor. Se rumoreaba que quedaban unas cuantas petacas de él, y esa bebida había pasado a llamarse, como si fuera una especie de reliquia mítica, «la sacra».

—Pues no —le contestó Corbec con una sonrisa—, pero alabo tu sentido del gusto. No hay muchos verghastitas que sean capaces de notar la diferencia.

Soric se encogió de hombros.

—Ya le estamos pillando el gusto. Me han llegado rumores de que el soldado Lillo está a punto de perfeccionar ya la primera marca verghastita. Se va a llamar Te Den por Gak, Número Uno.

Corbec soltó un par de risas.

—Lo sé, y déjame que te diga que confío en que nos llamaréis a Domor, a Varl y a mí para las pruebas de sabor; pero con todo el respeto para Lillo, me parece que con ese Te Den por Gak, Número Uno sólo lograréis poneros ciegos y limpiar bien los cepillos. Sin embargo, no es sacra. Este licor, que tiene, y seguro que estarás de acuerdo, un aroma delicado, un sabor agradable y un leve toque a plomero, a vainilla y a anticongelante, es producto de las manos de nuestro querido Brostin, quien, admitámoslo, sabe cómo poner las cosas al fuego. Es casi lo mejor que se puede conseguir en estos tristes días después de Bragg.

Soric tomó otro sorbo.

—Ese muchacho tiene un futuro brillante en el mercado de las borracheras ilegales.

—Bueno, ¿qué te hace andar paseando a estas horas?

—No puedo dormir.

—Yo tampoco. Tengo la comezón.

—¿La comezón? —Soric se quedó mirando a Corbec y parpadeó lentamente con su único ojo.

—No es algo que he pillado por ir con las chicas de Aleksa, tranquilo. La comezón del combate. Tengo la sensación de que llevo fuera de la lucha demasiado tiempo. Bueno, estuve un poco en los combates de Aexe, pero no fue tanto. Creo que siento la necesidad de volver al juego.

Soric asintió. Tanto él como Corbec habían quedado malheridos en los combates por Fantine. Había sido la última de una serie de heridas que el coronel había sufrido. Habría muerto en su camilla si no hubiera sido por Soric.

Porque fue entonces cuando todo comenzó.

Soric había sufrido alguna especie de transformación mientras estaba herido. No sabía decir con exactitud qué había sido, y lo mantenía en secreto, pero se trataba de algo que se había despertado en su interior, algo que sabía que debía mantener oculto a sus amigos y camaradas. Había habido ramalazos de poderes en su familia, pero nunca lo suficientemente fuertes como para causar problemas. Había creído que él no poseía nada de eso hasta que lo hirieron en Fantine.

Allí había sabido, lo había sabido en su interior, así de simple, que Corbec se estaba muriendo por una infección nosocomial. Su advertencia le había salvado la vida. Y eso tan sólo había sido el comienzo. Desde entonces, los mensajes le habían ido llegando cada vez con mayor frecuencia.

Gak, pero él quería que pararan.

De todas maneras, sabía a lo que se refería Corbec. El coronel ya no era un hombre joven, ninguno de ellos lo era, y una herida de más podía acabar con sus carreras. Ninguno de ellos quería eso, pero aun así…

—No te excedas —le dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Quieres demostrar que todavía eres joven para esto, que estás en forma, pero no te propases. Los combates no son precisamente conocidos por su misericordia.

Corbec le sonrió.

—Agun, soy el primer oficial del mejor regimiento del Imperio…, y es un puesto en el que quiero permanecer durante mucho tiempo. No te preocupes por mí. Voy a vivir para siempre.

—Asegúrate de hacerlo —le dijo Soric mientras se ponía en pie—. ¿Milo está aquí?

—Por allí abajo —le indicó Corbec, señalando con el pulgar.

Soric siguió caminando por el pasillo y vio a Larkin profundamente dormido en una de las literas inferiores. Estaba abrazado a su rifle de francotirador como si se tratara de su chica favorita.

Soric se detuvo en seco y miró lentamente a su alrededor. Algo…, algo lo

inquietaba, y lo sabía sin ni siquiera tener que abrir el puñetero portamensajes.

Vio a Lijah Cuu dos filas de literas más allá. Estaba boca abajo en su camastro, el de arriba, y para cualquiera que pasara por allí parecería dormido, pero Soric vio que tenía sus ojos felinos abiertos y dirigidos hacia Larkin.

Se estremeció. Cuu era una mala pieza. Si le había tomado manía a Larks, Soric lo sentía por el pobre francotirador. Quizá debería hablarle a alguien sobre…

Se quedó helado. Cuu le estaba devolviendo la mirada. Soric apartó la vista y siguió andando. De todas maneras, ¿qué iba a decir? ¿Que tenía un presentimiento? ¿Un mal presentimiento? ¿Una nota escrita a mano por él mismo que decía que Cuu era un loco de Feth al que había que vigilar a todas horas?

—¿Qué pasa, jefe?

Soric se había detenido justo al lado del camastro de Milo. El fantasma más joven tenía desmontada la gaita sobre la cama y estaba limpiando los tubos con un estropajo de alambre.

—Hola, Brinny. ¿Tienes un momento?

—Desde luego.

Milo apartó los tubos de la gaita para que Soric pudiera sentarse. El viejo verghastita sacó un trozo de papel azul del bolsillo.

—Necesito que me ayudes. Es un asunto muy delicado. ¿Me prometes que serás discreto?

—Por supuesto —susurró Milo.

Se irguió un poco preguntándose qué demonios iba a decirle Soric, pero en vez de hablar, el sargento le entregó el trozo de papel.

—¿Qué es esto?

—Léelo.

Milo lo hizo. En la hoja había escrita a mano una sola línea: «Pregúntale a Milo. Confía en Milo. Él lo sabrá».

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Milo.

Soric se encogió de hombros.

—Bueno, ¿quién lo ha escrito?

—Yo.

—¿Cuándo?

—No tengo ni la más remota idea —le contestó Soric.

Gaunt odiaba los hospitales de campaña. Le recordaban demasiado las consecuencias de su profesión.

Ciudad Beati había designado una clínica de salud pública en el décimo piso de la torre colmena tres para que fuera la enfermería del regimiento Tanith. Era una estancia muy sencilla de baldosas metálicas y mamparas de plástico. En cuanto entró

cojeando le asaltó el olor a antiséptico, que era tan fuerte y tan penetrante que casi ocultaba el olor a sangre y a restos humanos.

Alguien estaba haciendo sonar una campanilla de mano. Los voluntarios infardi y el personal médico local iban de cama en cama bajo la escasa luz. Un clérigo de la Eclesiarquia estaba oficiando los últimos ritos en una de las esquinas. Las velas titilaban bajo sus fundas de cristal. Alguien gritaba de dolor. Gaunt vio a través de una mampara medio abierta a Lesp y a Curth luchar con un cuerpo que pataleaba. Un charco de sangre se iba formando lentamente debajo de la camilla.

Se quitó la gorra y cojeó adentrándose en la estancia. Miró a izquierda y a derecha hasta que por fin localizó a Mkvenner. Se encontraba en un camastro en el extremo occidental de la estancia, debajo de las ventanas. Ya estaba cayendo la noche, y el camastro de Mkvenner quedaba bañado por líneas de luz azul fría. Gaunt vio que Kolea estaba sentado al lado del Mkvenner en una vigilia silenciosa. Aunque tenía la mente destrozada, parecía que Kolea era capaz de saber cosas, de sentir cosas. Gaunt se alegró de que Mkvenner no estuviera solo en un momento como aquel.

Comenzó a caminar hacia allí cuando apareció Dorden, procedente de una sala anexa.

—Ibram —dijo el doctor con aspecto de estar sorprendido por la presencia de Gaunt.

—Doctor, he venido a visitar a los heridos, a Ven sobre todo.

Dorden asintió. La tensión se hizo palpable entre ellos. Ambos odiaban lo desagradable que había llegado a ponerse la situación.

—Verás, si tienes un momento —le dijo Dorden—, me gustaría que vieras a Zweil.

—¿Zweil? ¿Está herido?

Dorden negó con la cabeza.

—Tuvo un colapso por un ataque cerebral que le dio en la catedral ayer por la noche.

—Feth. ¿Por qué no me lo ha dicho nadie?

—No sabía que no te lo habían comunicado.

—¿Cuál es el pronóstico?

—Se encuentra estable. Es difícil decir nada más en una etapa tan temprana de la dolencia.

—¿Tienes idea de qué le provocó el ataque?

Dorden lo miró.

—La tensión, la ira. Estoy seguro de que te acuerdas de que el ayatani estaba bastante enfadado ayer por la noche.

—¿Me estás echando la culpa?

—¡No, por supuesto que no! —replicó Dorden—. No todo lo que pasa tiene que

ver contigo, Gaunt.

El comisario se esforzó por no responder a la pulla y pasó junto al doctor para entrar en la sala anexa. Zweil estaba tendido en un camastro, tan blanco como las sábanas que lo tapaban.

—Padre ayatani —susurró Gaunt, y se sentó a su lado.

—¡Ah, eres tú! —dijo Zweil. Las palabras salieron confusas. La mitad izquierda de la cara parecía resistirse a moverse.

—¿Cómo estás?

—¡Como si te importara!

—Pues me importa mucho. Para ya con tanta hostilidad, Zweil. Sólo empeorarás la situación.

Zweil cerró los ojos, como si estuviera arrepentido.

—Tenías razón —le susurró—. Fui a verla. La vi. No es más que una mentira, una mentira de Feth. Sólo es esa chiquilla estúpida, Sanian. Tenías razón.

—No la tenía.

Zweil giró la cabeza con lentitud y se quedó mirando a Gaunt.

—¿Qué? —jadeó.

—Anoche era una mentira. Hoy no lo es.

—No lo tortures, Gaunt —le dijo Dorden desde las sombras en el umbral de la puerta.

Gaunt se giró de golpe y miró a Dorden.

—¿No has visto lo que ha pasado hoy, doctor?

Dorden se encogió de hombros.

—He estado muy ocupado. Creo que ganamos.

—La santa está aquí —le dijo Gaunt—. Nos condujo a la victoria. Decididamente no lo entiendo, pero así fue.

Dorden entró en la sala y quedó bajo la luz de las electrovelas que rodeaban el lecho del anciano sacerdote.

—¿Esto es otro de tus juegos?

—Ya me conoces. No me ando con juegos.

—Creía que te conocía, Ibram. Lo de Aexe Cardinal me demostró lo contrario, pero…, supongo que no, no lo harías.

—Doctor, pasaste por un infierno en Hagia por tus creencias. Dije lo que dije ayer sólo para proteger tu fe. Ayer por la noche no había ninguna Santa Sabbat aquí, en Herodor; al menos, la que yo había visto no lo era. Esta mañana sí la hay.

—Quiero verla —dijo Zweil de repente.

—Estás demasiado grave para…

—¡Quiero verla!

—Quiere verla, doctor, y creo que debería hacerlo —dijo Gaunt—. Y tú también,

Tolin.

Dorden se encogió de hombros.

—No sé…

—Consigue una silla de ruedas y unos cuantos enfermeros que nos ayuden a levantar a Zweil. —Gaunt le echó un vistazo a su reloj de bolsillo. Ya eran las siete menos cuarto y ni siquiera se había cambiado—. ¡Venga! —le insistió. Se giró y le apretó la mano a Zweil—. Te llevaré a que la veas. Deja que me acerque antes a ver a Mkvenner.

Zweil asintió.

Gaunt entró en la sala principal de la enfermería y se dirigió a la cama de Mkvenner. Se detuvo en seco.

Mkvenner y Kolea no estaban.

La Sagrada Basílica estaba vacía. No se oía nada, excepto el suave golpeteo del agua en la cisterna principal. El aire estaba lleno de vapor y del penetrante aroma a hierro.

Kolea ayudó a Mkvenner a bajar a trompicones bajo la luz parpadeante de las velas alineadas a todo lo largo de aquellas escaleras de peldaños tallados en piedra caliza. Los globos biolumínicos relucían entre el vapor que había más abajo, y su brillo se reflejaba en las pequeñas ondas del estanque sagrado.

Mkvenner tosió con violencia y vio que la mano con la que se había tapado la boca estaba manchada de sangre. Kolea lo agarró con mayor fuerza para impedir que se cayera.

—Llévame de vuelta, Gol —le dijo Mkvenner con voz gorgoteante por los fluidos que llenaban su garganta.

Kolea negó con la cabeza.

—Te pondrás mejor. Esto te pondrá mejor. Te pondrá mucho mejor. Cura todas las heridas. Eso es lo que dicen. Ya lo verás.

—Estoy cansado. Estoy muy cansado. No puedo…

—No te pares, Ven. No te pares. Agárrate fuerte a mí, y yo llevaré. No te caerás.

—Gol, por favor. Déjame morir en mi cama. Déjame…

Empezó a toser de nuevo. Los espasmos fueron tan fuertes que se dobló sobre sí mismo, y los relucientes peldaños quedaron cubiertos de gotas de sangre. Mkvenner cayó de rodillas.

—Esto es una locura —jadeó.

Kolea negó con la cabeza.

—Ella te curará —le dijo.

Metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y una efigie de la santa verdaderamente horrorosa, un recuerdo para los peregrinos. Kolea se la enseñó con enorme orgullo.

—Encontré esto. Es un talismán de la suerte. Un talismán de la suerte. Era de Tona. Estaba en su bolsillo.

—¿De Criid?

Kolea asintió y le sonrió para darle ánimos.

—La encontré herida. Lo llevaba ella. Suerte, suerte. La mantuvo segura. Segura de verdad. También te mantendrá seguro. Te pondrá mejor.

—Gol, por favor, llévame de vuelta.

—La santa te pondrá mejor. El agua te pondrá mejor. Ya verás.

Kolea metió la figurilla de nuevo en el bolsillo. Mkvenner comenzó a toser otra vez. Escupió más sangre, y el ataque de tos fue tan fuerte que se desmayó.

Kolea se agacho y tomo en brazos al explorador. Mkvenner era un individuo grande, y Kolea gruñó por el esfuerzo. Siguió bajando las escaleras con piernas temblorosas y con Mkvenner en los brazos.

Llegó al final y se encaminó por el lado de la cisterna hacia los peldaños que entraban en el estanque de agua humeante.

—Te pondrá mejor, te pondrá mejor —le repitió.

Mkvenner no le contestó. La cabeza le colgaba a un lado.

Kolea entró en el agua con el explorador moribundo. Le cubrió las pantorrillas, las rodillas, los muslos. La superficie del agua recogió el cuerpo fláccido de Mkvenner y lo hizo flotar levemente. Kolea entró más y lo empujó hacia arriba. El agua le llegaba ya a la garganta, pero mantuvo al explorador sobre la superficie.

La sangre manchó el agua en un amplio círculo a su alrededor.

—¡Ponte mejor! ¡Ponte mejor ahora! —gritó Kolea.

Levantó la vista de repente. Al otro lado del estanque había aparecido una figura, aunque era poco visible entre el vapor.

—¡Ponle mejor! —le pidió Kolea mientras intentaba mantener el cuerpo por encima de la superficie del agua—. ¡Ponle mejor!

—¿Y ahora qué? ¿Quieres que me ponga a andar?

Zweil se inclinó hacia adelante en la silla sobre la que Lesp le llevaba y se quedó mirando la escalera de peldaños blancos iluminada por las velas. Ya se notaba el olor a agua sulfurosa.

El ayatani tuvo que hacer un esfuerzo para girar la cabeza y mirar a Gaunt.

—¿Esperas que me ponga en pie y baje eso andando? —le soltó con un gruñido.

—No —le contestó Gaunt—. Lesp, échame una mano.

Entre el comandante de los de Tanith y el delgado enfermero tomaron a Zweil en brazos como si fuera una silla de manos y después comenzaron a bajar por las escaleras. Fue difícil. Gaunt se dio cuenta de lo poco que podía confiar en su pierna debido a la herida. Si se caía…

Dorden, que estaba detrás de ellos, meneó la cabeza con gesto cansado y echó a un lado la silla de ruedas. Luego, bajó las escaleras tras ellos, hacia la húmeda cámara de la Sagrada Basílica.

—¿Podría dejar de moverse? —gruñó Lesp.

—¡No me estoy moviendo! —protestó Zweil.

—Creo que sí. Esto no es fácil —dijo Gaunt.

Tenía la frente llena de sudor por el esfuerzo, y Lesp jadeaba. Los peldaños estaban cubiertos por una leve capa de humedad, y cada paso que daban era un desastre en potencia.

—¿Qué …? ¿Qué Feth está pasando ahí abajo? —dijo Dorden de repente a sus espaldas.

Gaunt casi se cayó. Estaban ya a la mitad de la escalera.

—¡Déjalo, Lesp! ¡Déjalo en la escalera!

Dejaron el cuerpo paralizado de Zweil sentado en un peldaño. Lesp tuvo que agacharse del todo y colocarse delante del ayatarn para impedir que se resbalara y cayera por las escaleras. Gaunt se puso en pie y miró hacia lo que Dorden estaba señalando. Allí abajo, en el estanque, había tres personas metidas en el agua.

—Esperad aquí —les dijo Gaunt.

Dorden se agachó al lado de Lesp y lo ayudó a mantener erguido a Zweil. Los tres se quedaron mirando cómo Gaunt bajaba, tambaleante, hacia la cisterna.

Gaunt se acercó cojeando desde el final de la escalera hasta el borde del estanque. Los tres cuerpos en el agua ya estaban sumergidos. Uno de ellos les tenía puestas las manos en la parte posterior de la cabeza a los otros dos para hundírselas. Como si los fuera a ahogar. O a bautizar.

Gaunt no estaba seguro. Bajó los peldaños y entró en el agua.

Los tres cuerpos salieron en un surtidor de burbujas y espuma: Kolea, Mkvenner y ella.

—¿Qué demonios pasa aquí? —gritó Gaunt.

La santa, vestida tan sólo con un camisón blanco, le sonrió antes de enjugarse el agua que le caía por los mechones que le enmarcaban el rostro.

—El agua cura, Ibram —le dijo.

Verla fue suficiente para tranquilizarlo. Se quedó donde estaba, con el agua tibia acariciándole las piernas.

Mkvenner se giró y surcó el agua en su dirección.

—¿Ven?

Mkvenner subió los peldaños y se sentó en el borde de la cisterna, completamente empapado. Comenzó a reírse.

—¿Ven? ¿Estás bien?

Mkvenner estaba riéndose a carcajadas, como si le hubieran contado un chiste de

dimensiones cósmicas. Sin duda, un hombre en su condición física no podía reírse de ese modo, a menos que…

—Te lo dije —oyó decir a Kolea, que también estaba subiendo los peldaños para sentarse al lado de Mkvenner—. ¿No te lo dije? Lo cura todo. Es lo que tiene este sitio; es…

Kolea se quedó callado y miró a su alrededor, parpadeando a causa del aire húmedo. Su mirada se posó por último en Gaunt.

—Yo… —dijo—. Señor, creo que me he perdido algo. ¿Cómo he llegado hasta aquí?



SEIS
PERTURBACIÓN

¡Va a ser un mal día!

Predicador desconocido

—Cuéntemelo otra vez, por favor.

El comandante general Lugo transmitía una sensación de poder y autoridad con su uniforme blanco de gala y cuello alto, pero el tono de su voz no encajaba en absoluto con su aspecto. Sonaba muy nervioso.

—Dije, señor, que pido disculpas por llegar tarde, pero que me retrasó un hecho extraordinario ocurrido en la Sagrada Basílica. La santa realizó ante mis propios ojos un milagro. Dos, de hecho. Unos increíbles milagros sanadores.

Gaunt se calló y permitió que el silencio se mantuviese. La estancia era una sala de baile de techo alto situada en la Colmena Vieja que los oficiales de Lugo habían requisado para celebrar el banquete. Estaba repleta de oficiales con uniforme de gala: de la Fuerza de Defensa Planetaria de Herodor, de la compañía personal del comandante general, de los regimientos Civitas Beati y Herodor, y todos ellos estaban mirando al comandante general y a Gaunt. Todavía estaban de pie tomando amasecs y otros licores antes de sentarse a la mesa cuando entró Gaunt, y habían oído todo lo que había dicho.

—¿Un milagro? ¿Qué milagro? —le preguntó Lugo con voz tensa.

Biagi y Kaldenbach estaban allí cerca, y Gaunt vio a Rawne, Mkoll, Daur y Hark entre los reunidos. Detrás del grupo de oficiales, los servidores mecánicos y el personal de servicio que estaban acabando de dar los toques finales a la mesa donde comerían se quedaron quietos, como si se dieran cuenta de que ocurría algo inusual.

—Dos de mis soldados han ido a la Sagrada Basílica esta misma noche. Uno, llamado Mkvenner, estaba a las puertas de la muerte. Resultó herido en Aexe, y no se había recuperado del todo. El otro, el sargento Kolea, quedó casi incapacitado mentalmente durante un combate en Fantine. Se trataba de una situación crónica que ninguna operación quirúrgica podía curar. Por lo que se ve, Kolea se llevó a Mkvenner a la cisterna de la Sagrada Basílica. Fue un acto de camaradería. Creo que la mente disminuida de Kolea había captado la idea sobre lo que le habían contado acerca de las aguas sagradas, así que creyó que estaba haciendo lo correcto.

Lugo entrecerró los ojos mientras lo escuchaba.

—Cuando llegué —siguió contando Gaunt—, ambos estaban en la cisterna principal, lo mismo que la santa. Estaba con ellos, en el agua, casi como si estuviera…

—¿Bautizándolos? —murmuró Biagi.

—Precisamente eso, mariscal —confirmó Gaunt—. Cuando acabó, ambos estaban curados, curados por completo.

—Debe ser un error, comisario —comentó Kaldenbach. Gaunt negó con la cabeza.

—Admito que puede ser que parezca que la verdad y la mentira han estado intercambiando la posición en Herodor pero sé lo que vi.

—¿Fue el único testigo, Gaunt? —le preguntó Lugo.

—No, señor. También lo presenció mi jefe médico, un enfermero llamado Lesp y el ayatani Zweil.

Lugo y Biagi cruzaron una mirada, y Gaunt se percató de su intranquilidad, aunque trataran de disimularla.

—¿Cuándo ha ocurrido todo esto? —le preguntó Lugo.

—Hace una hora, señor.

—¿Y hasta ahora no ha venido a comunicármelo?

Gaunt se calló un momento.

—El ayatani Zweil me informó de todas las normas relativas a los procedimientos en estos casos. Me apresuré a llamar al ayatani mayor, al preboste de la Eclesiarquía y al primer administrador para que los milagros pudieran ser corroborados y documentados, y así entraran en el archivo sagrado.

—¿Informó al Estado y a la Iglesia antes que a mí?

Gaunt asintió.

—No sabía que los milagros fueran un asunto militar. El ayatani Zweil me comunicó que habiendo tenido lugar milagros demostrados se incrementaría enormemente la importancia de Herodor como sitio sagrado. Eso lo convertía en un asunto bajo la jurisdicción directa de la Iglesia Imperial. Todos los súbditos del Imperio están obligados por ley a informar a la Eclesiarquía de los milagros y los portentos; Además, añade mayor respaldo a la autenticidad de la santa.

—¡Ella no necesita ninguna clase de respaldo! —gritó Lugo.

—Señor, no lo entiendo —le contestó Gaunt—. La santa ha renacido aquí, en Herodor, y ha demostrado su santidad al realizar milagros genuinos. Eso, sin duda, debe ser motivo de regocijo general. ¿Por qué parece enfadado?

Lugo se envaró y miró a su alrededor. Se dio cuenta de repente de la imagen que estaba dando y se obligó a sonreír.

—Me malinterpreta, mi querido coronel-comisario. Sólo estoy… asombrado. Los milagros, como usted dice, están más allá de nuestra comprensión, más allá de lo que ocurre en la vida normal, y confieso que me siento alarmado por todo aquello que no encaje en el mundo físico y pragmático de la esfera militar. Estoy seguro de que nuestros camaradas estarán de acuerdo.

Se oyó un murmullo de asentimiento general en la estancia.

Lugo miró a Gaunt.

—No me avergüenza admitir que la sola idea de los milagros me aterra, Gaunt. El universo invisible que ejerce su poder en nuestras vidas materiales, esa especie de magia, es demasiado a menudo algo que el archienemigo utiliza; de modo que, por favor, perdóneme el tono de la conversación. Por supuesto, todo esto es motivo de alegría y regocijo.

Gaunt tuvo que admitir que Lugo había recuperado la imagen de una forma excelente.

—Voy a ver al primer administrador ahora mismo y le preguntaré sobre lo que debemos hacer a continuación.

Los allí reunidos saludaron cuando Lugo salió de la estancia, acompañado por Biagi. Todo el mundo se puso a hablar en cuanto se marchó.

—¿Es cierto? —le preguntó Hark en voz baja.

Gaunt se limitó a asentir.

—Pero Kolea estaba…

—Lisiado de forma permanente. Lo sé. Dorden no sabe qué ha pasado. Está bastante atemorizado.

—Y Lugo también.

—Es distinto —contestó Gaunt—. Creo que Lugo está atemorizado porque tenía el control de la situación hasta hace cinco minutos. Ahora, sin duda alguna, ya no lo tiene.

Las cicatrices seguían allí: antiguas, rosadas, suaves, entrecruzándose a lo largo de la parte posterior de la cabeza, desde la base del cuello hasta la nuca. El cabello no había conseguido crecer del todo en esa parte, y Kolea se había afeitado la cabeza desde entonces.

—Déjame verlo otra vez —le dijo.

Ana Curth dudó un momento antes de levantar el espejo de mano de nuevo. Kolea miró hacia un lado para ver bien las marcas de las heridas en la zona trasera del cráneo.

—Vaya destrozo.

—Sí, sí que lo es —dijo ella. Dejó a un lado el espejo: le estaban temblando las manos y no quería que se le cayera—. Voy a hacerte unas cuantas pruebas más —le comentó queriendo parecer despreocupada.

—¿No has hecho ya bastantes? —le preguntó.

Lo miró a los ojos y tragó saliva. Vio una luz allí, una chispa de humanidad que había desaparecido de su mirada desde aquel día en Fantine, dos años antes. Era como si se hubiera levantado de entre los muertos, y aunque sentía una alegría inmensa de que hubiera regresado, también la atemorizaba. No podía explicarlo, estaba más allá de su capacidad profesional.

—¿Por qué no te sientas? —le dijo a Curth—. Parece que hayas visto un fantasma.

Ella se echó a reír, encantada por la simple tontería del chiste tan malo, y se sentó en un taburete de madera, frente a la cama donde él se encontraba. La enfermería estaba tranquila, aunque los pacientes que todavía estaban despiertos se habían

enterado de lo que había ocurrido y hablaban en susurros entre ellos. De un lugar cercano les llegó el suave zumbido de un aparato de resonancia: Dorden estaba pasando el artefacto otra vez —y ya habían perdido la cuenta— por el torso de Mkvenner. Dorden levantó la vista, vio que Curth lo estaba mirando y se encogió de hombros. Ambos estaban bastante asustados. Los dos habían visto cosas extrañas en su carrera dentro del regimiento, pero nada como aquello.

—¿Hasta cuándo recuerdas? —le preguntó Curth.

Frunció el entrecejo y los labios, y por un segundo pareció que volvía a ser el Kolea del cerebro dañado que se esforzaba por recordar el nombre de alguien o qué se suponía que debía hacer.

—Con toda claridad, lo último que recuerdo es una calle de Ouranberg, en los habitáculos de la Cúpula Alfa. Criid estaba en el suelo, herida. El enemigo nos disparaba. Esos engendros de los Loxatl. Recuerdo los impactos de sus lanzadardos. Ese sonido tan distintivo… El siseo, el repiqueteo de las púas. Me acerqué a recoger a Tona. Estaba con Alio y con Jenk, pero los dos ya estaban muertos. A ella le habían dado en el brazo y en el costado. Tenía mala pinta. La recogí en brazos y eché a correr. Yo…

—¿Qué?

—No recuerdo nada después de eso. Sólo hay un borrón parecido a cuando estás nadando y te sumerges. Ya sabes, todos los sonidos quedan apagados y suenan huecos. Así son mis recuerdos desde entonces. Vagos, desenfocados. Cuando saqué la cabeza del agua de ese estanque, todos los sonidos volvieron a ser normales y recordé quién era.

—Han pasado dos años.

—¿Dos años? —exclamó asombrado—. Cuéntame.

—¿Que te cuente qué?

—Cuéntame dónde he estado. Cuéntame qué ha pasado.

Curth soltó un suspiro y miró al suelo.

—Fue un dardo loxarl. Te dio en la parte posterior de la cabeza y…, y no pudimos hacer nada. Por poco, te mueres. Gol, tienes que entender que…

—Entiendo que hicisteis todo lo posible.

—No, me refiero a… que esto no es normal. Has perdido buena parte del tejido cerebral. Tu personalidad había quedado destruida. Apenas lograbas responder a tu propio nombre. No eras más que una sombra, un cuerpo vacío.

—Y ahora no lo soy.

Ella se lo quedó mirando.

—Gol, te he revisado el cráneo con el infraómetro y he practicado una resonancia magnética. No ha habido cambios. Tienes el cerebro tan dañado como entonces. No se ha producido ninguna reconstrucción de tejidos, tan sólo una curación del tejido

básico. No hay explicación alguna de que estés tan…, consciente y pensante como ahora.

Kolea se pasó los dedos por la masa de tejido cicatrizado.

—Dijiste que había sido un milagro.

—Lo es. En el sentido más estricto y literal de la palabra. Tanto lo tuyo como lo de Ven.

—Eso te da miedo.

—Sí, me lo da.

Kolea parpadeó y apartó la mirada. Curth se puso en pie de un salto.

—¡Oh, Gol! ¡No! ¡No me malinterpretes! Tan sólo temo a lo desconocido. A Dorden le pasa lo mismo… ¡Dios Emperador, todo el mundo siente miedo! —Curth se le acercó, lo abrazó con fuerza y le dio un rápido beso en la mejilla antes de apartarse—. Pero todos nos alegramos un Feth de que hayas regresado.

Kolea sonrió. Era su vieja sonrisa, la que a ella le había gustado tanto.

—Cuéntame el resto. ¿Dónde dices que estamos?

—En Herodor.

—Y antes de aquí, ¿dónde estuvimos?

—En Aexe Cardinal, en una guerra de trincheras.

Kolea asintió con lentitud.

—Recuerdo de forma muy vaga el agua y el barro. Y los bombardeos. Unos bombardeos terribles. ¿Quién ha estado al mando de mi escuadra?

—Criid —le contestó Curth, y se echó a reír al ver que Kolea se quedaba con la boca abierta por la sorpresa—. La primera mujer sargento. Las cosas han cambiado un poco desde hace dos años. Jajjo ya es explorador.

—¿Nuestro primer explorador verghastita? Por la Sagrada Terra… —murmuró Kolea, orgulloso y conmovido de verdad—. Ya era hora, por Gak.

—Muril casi lo consiguió también. Estaba en la prueba final, y Ven dijo que la hubiera recomendado para que la ascendieran a la especialidad. —La cara de Curth se ensombreció—. Pero murió en Aexe.

—¿Quién más? —preguntó Kolea en voz baja—. Venga, dímelo y acaba. ¿A quién más hemos perdido mientras yo estaba en la oscuridad?

—Bueno…, ¿puedo irme? —preguntó Mkvenner.

Dorden estaba guardando los instrumentos, y lo miró por encima del hombro.

—Ven, es increíble, pero no pareces muy afectado por todo esto —le dijo.

Estaba intentando desconectar el cable de energía de la base del aparato de resonancia, pero no tenía la cabeza en ello y no se acordaba de cómo abrir el cierre de seguridad. Tuvo que dejar a un lado el aparato para que Mkvenner no se diera cuenta de su nerviosismo.

Mkvenner se encogió de hombros.

—¿Crees que estoy curado?

—Curado en términos generales. No queda rastro alguno de las hemorragias internas, ni siquiera quedan residuos de sangre acumulada en el abdomen.

Mkvenner comenzó a ponerse la camiseta negra.

—Entonces, ¿puedo irme?

—¿Sabes lo que acaba de pasar?

—Sí —le contestó Mkvenner.

—¡Bueno, pues yo no, por Feth! Explícamelo.

Mkvenner se encogió de hombros una vez más.

—Tengo el honor de servir al Imperio de la Humanidad, y al hacerlo, también sirvo al Dios Emperador, que nos protege a todos. Esta noche, en su infinita sabiduría, me ha salvado la vida, y lo ha hecho mediante el instrumento de su elegida. No voy a discutir eso., y tampoco me voy a sentir atemorizado.

—Sí, pero…

—No hay peros que valgan, Dorden. Combatimos contra el archienemigo porque creemos en las Verdades Sagradas. Ocurren cosas terribles, cosas antinaturales, cosas creadas por la magia de la disformidad, y las aceptamos porque creemos en ellas. Ahora que ocurre algo bueno, ¿crees que debemos cuestionarnos su veracidad?

Dorden frunció el entrecejo.

—No, visto así, no.

Mkvenner alzó la vista. Fuera se oía algo. Eran voces.

—Quédate aquí —le dijo Dorden, y se dirigió a la salida de la enfermería.

En la sala iluminada por lámparas que daba a la estancia habilitada como enfermería se estaba reuniendo una pequeña multitud. Dorden vio grupos de ayatanis y de esholis, reuniones de eclesiarcas y adeptos, incluso unos cuantos infardis. La mayoría de ellos llevaban collares de cuentas para rezar, insignias de peregrino, viales de agua sagrada y proclamas con la imagen de la santa. Algunos estaban canturreando y otros hacían balancear quemadores de incienso. Muchos llevaban velas votivas.

—¿Qué es todo esto? —les preguntó.

—Queremos ver a los Milagrosos —le contestó uno de los eclesiarcas.

—Eso no es posible. Esto es un hospital, y hay enfermos que necesitan descansar.

—¡La santa ha tocado a unos hombres! —exclamó un ayatani—. Debemos ver a esos hombres y probar su fe y su verdad.

—Largo —le contestó Dorden.

El ayatani Kilosh se abrió paso entre el gentío para llegar hasta él.

—Muéstreme quiénes son —le dijo al viejo doctor.

—¿No puede esperar todo esto?

Kilosh negó con la cabeza.

—Debe llevarse a cabo la corroboración y, además, con testigos. También deben registrarse sus testimonios para que los milagros se anoten en el registro sagrado.

—¿Por qué?

—Doctor, si se desata una plaga, ¿no intenta contenerla, identificarla y documentarla por el bien del Imperio?

Dorden parpadeó.

—Por supuesto.

—Bueno, pues aquí ha ocurrido un portento que tiene un significado muy profundo para la Iglesia de la Humanidad. Debemos investigarlo y documentarlo para que podamos comprender del todo lo que significa. El Dios Emperador nos ha hablado, y tenemos que descubrir con exactitud lo que nos ha dicho.

Dorden suspiró.

—Muy bien, pero sólo usted, ayatani Kilosh; usted y sus escribas. No permitiré que se moleste a los demás pacientes.

El aire estaba cargado con el olor a pan recién horneado. Al final del paseo que salía de la scholam donde estaban alojados los soldados de Tanith había una arcada repleta de tiendas: un tejedor, un sombrerero, un arbitrador de medidas, un envasador de carne y una panadería. Estaba a punto de amanecer, y un farolero civil, un servidor mecánico de largo cuerpo, traqueteaba a lo largo del paseo ajustando las lámparas de fosfato montadas en la pared a la situación diurna.

El único negocio abierto a esa hora era la panadería. Los hornos estaban encendidos en la parte posterior de la tienda, y las lámparas alumbraban en las ventanas. En menos de una hora comenzaba el turno de mañana de la colmena, y la zona quedaría abandonada de trabajadores que irían desde sus habitáculos hasta los ascensores principales de la colmena para dirigirse a sus puestos de trabajo. La panadería, que a esa hora tenía grandes ventas de bollos de desayuno y de pan de azúcar, se estaba preparando para el ajetreo matutino.

A aquella hora tan temprana estaba inquietantemente vacía. Los altavoces antiguos colocados a lo largo del paseo seguían dando la misma música suave que habían emitido durante todo el ciclo nocturno, y las pantallas de uso público seguían mostrando al azar textos tranquilizadores sacados del Credo Imperial.

A Soric todo aquello le recordó la colmena Vervun. Se sintió triste y nostálgico. Siempre le había encantado esa hora del día, la calma temprana al comienzo de un día en la colmena, el breve hiato entre el turno de la noche y el del día. Recordó que se levantaba a esa hora, que iba caminando al trabajo, que compraba cafeína y sosal en la casa de comidas de su bloque de habitáculos y que veía cómo se abrían las puertas de la fundición mientras se acercaba.

Llamó a la puerta de la panadería y le pidió al ojeroso dependiente unos cuantos bollos de masa blanda, todavía tibios del horno. No eran sosales, pero bueno… Milo y él se sentaron bajo las barras de seguridad de la pasarela superior y empezaron a comer. Dos arbites pasaron a su lado, pero no les prestaron atención. No eran más que dos soldados fuera de servicio que regresaban a sus alojamientos después de pasar una noche en las tabernas.

—Entonces, ¿crees que eres un psíquico?

La boca de Soric se convirtió en una u invertida.

—No he dicho eso, Milo.

—Pero estás preocupado por todos esos…, por lo que ha pasado.

—¡Claro que lo estoy! Preocupado… Aterrorizado.

Milo se comió lo que quedaba del bollo y se limpió la boca con la manga.

—Ya sabes lo que pasa, jefe.

—Lo sé. Gak, lo sé.

—La verdad es que no sé por qué me lo estás contando.

—Porque…

—¿Porque lo decía este papel?

Milo sacó de un bolsillo una bola de papel azul arrugado.

—Milo, no quiero morir —le dijo Soric.

—Nadie ha dicho nada de que tengas que…

Soric negó con la cabeza.

—Un tiro en la cabeza. Eso es lo que conseguiré. Ni siquiera tienen que demostrarlo. Si alguien cree o sospecha que estoy tocado por la disformidad, me ejecutarán sin dudarlo ni un momento.

—Gaunt no…

—¿Que no lo haría? Es su deber. Es el deber de todos y cada uno de nosotros. Si descubriera que uno de mis chicos está tocado, lo mataría yo personalmente sin dudarlo. No soy un idiota. Uno no se arriesga con Gak como esa.

Milo se quedó pensativo unos instantes.

—Entonces, según eso, yo debería matarte ahora mismo, o al menos, denunciarte. ¿Por qué te fías de mí?

—He oído cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas, cosas sobre ti. Pensé que quizá me comprenderías. Creí que sabrías qué hacer.

—¿Porqué?

—Porque sigues con vida. Gaunt no te disparó.

Milo abrió los ojos de par en par.

—Jefe, te mentiría si te dijera que no me das miedo. Todo ese Feth que me has

contado esta noche… Debería salir corriendo y gritar que te peguen un tiro.

—Pero no lo has hecho.

—No. Me interrogaron. Fue la Inquisición. ¿No lo sabías?

Soric se quedó pálido.

—¡No!

—Fue en Monthax, mucho antes de que llegarais, antes de Verghast. Desde el día de la fundación del regimiento, me consideraron algo así como un amuleto de la suerte. Ya sabes lo que se dice.

—Corbec me contó un poco. Fuiste el único civil que logró salir con vida del planeta.

—Exacto.

—Gracias a Gaunt.

—Sí. Me salvó la vida. Fui el único no combatiente que escapó de Tanith. Y era el más joven de todos los supervivientes. Todos los hombres me miraban como si fuese especial, como si fuera una pequeña parte de Tanith, salvada y conservada.

—Pero eras especial, ¿verdad?

Milo soltó una breve risa.

—¡Oh, sí! Un chaval rodeado de soldados mayores que quería de forma desesperada impresionarlos. Corbec, Cluggan, Rawne… Todos ellos, supongo. Sin duda, al propio Gaunt. Me encantaba que me prestaran atención, que me tomaran en serio. Creo que me aproveché un poco.

—¿Te aprovechaste? —le preguntó Soric, echándose hacia atrás.

—Tenía ciertos presentimientos para saber lo que pasaba. Bueno, eso era lo que todos pensaban. Era la mascota, su amuleto de la suerte. Si tenía una sensación rara, todos me prestaban atención. Créeme, jefe, era un juego de niños.

—¿Lo fingiste? ¡Gak!

Milo meneó la cabeza.

—No, no… No era nada de eso. De vez en cuando tenía alguna clase de presentimiento. Una especie de premonición. Pero fíjate en lo siguiente: yo era un chaval rodeado de adultos que iban a zonas de combate. Lo más probable era que ocurriera algún percance de mierda en cualquier momento: bombardeos, ataques, infiltraciones. Me refiero a que por pura ley de probabilidades, yo acertaba muchas veces. Estaba atemorizado y nervioso. Cuando sentía miedo, los hombres, se ponían más atentos, y si pasaba algo…, ahí estaba. Por lo que a ellos se refería, yo era su amuleto de la suerte, con un sexto sentido para detectar el peligro. Ya sabes cómo son todos soldados, jefe. Son gente bastante supersticiosa.

—Gak —dijo Soric, desanimado—. No era más que un montaje. El bueno de Brinny haciendo de las suyas para que los soldados lo apreciasen.

—No, exactamente —le dijo Milo—. ¿Vas a terminarte eso? —le preguntó

señalando el bollo a medio comer que Soric tenía en la mano.

Soric negó con la cabeza y se lo pasó.

—Había veces —siguió diciendo Milo con la boca medio llena—, había veces que me parecía muy real. Sé que Gaunt se sentía preocupado. No sabía qué hacer. Si estaba tocado por la disformidad, no le quedaba más remedio que ejecutarme, pero no se atrevía.

—¿Por qué?

—¡Venga, jefe! Era el chaval, la mascota de la suerte, el último civil con vida de Tanith. ¿Qué Feth le habría pasado a la moral del regimiento si me hubiera pegado un tiro?

—Ya veo a lo que te refieres…

—De todas maneras, el caso es que la Inquisición se enteró de lo que ocurría. Varl había utilizado unas cuantas veces mi reputación para montar espectáculos en el transporte de tropas, y algunos de los otros regimientos se pusieron nerviosos. Me denunciaron, y antes de que me pudiera enterar bien de lo que pasaba, la Inquisición me sometió a un interrogatorio.

—No he tenido ese placer. ¿Era un cabronazo? He oído contar que lo son.

—Era una mujer, Lilith. Pero sí, era una cabrona. Me las hizo pasar canutas. Gaunt estaba allí. Hizo todo lo posible por sacarme del follón.

—¿Y?

—Y ella llevó a cabo su trabajo, Agun. Me sacó la verdad y me descubrió. Reveló que no era más que una trampa y lo sacó a la luz. Y por eso, sigo vivo.

Soric bufó y se frotó las manos.

—Así que era un montaje…

—No fue algo deliberado. Empecé a creérmelo yo y todo, pero ella descubrió la verdad y me di cuenta de que había estado jugando con fuego. Si se trata de eso, jefe, será mejor que lo dejes ahora mismo.

—No lo es —le contestó Soric.

Metió la mano en el bolsillo del muslo del pantalón de combate y sacó un paquete arrugado de varitas de lho.

—Creía que lo habías dejado.

—Yo también —le contestó Soric después de encender uno—. Me ayudan a soportar los dolores de cabeza. Me duele todo el cráneo, y el ojo muerto también. —Alzó la mano izquierda y abrió los dedos para cubrirse la cabeza llena de cicatrices—. Me duele mucho.

—Deberías decírselo a Gaunt —le dijo Milo.

—¿Lo de mis dolores de cabeza?

—Todo. Cuéntaselo. Si algo sé de Gaunt es que no es un cabronazo. Te protegerá. Hará todo lo que haga falta para salvarte la vida sin quebrantar la ley imperial.

—Las Naves Negras… —murmuró Soric.

—Quizá. No lo sé. Lo único que sé es que yo no estoy tocado por la disformidad. No soy especial de ninguna manera, pero sé lo difícil que se te puede poner la vida si la gente lo piensa, así que díselo a Gaunt. Tal vez, por eso, el último mensaje te dijo que hablaras conmigo, para que te diera un buen consejo.

Soric exhaló una bocanada de humo aromático.

—Tengo que hacer algo. Los mensajes son cada vez más…

—Más urgentes. He recibido un aviso. No sé lo que significa, pero tiene que ser algo malo. Tengo que decírselo a alguien. ¿A Gaunt? Quién sabe. Pero si se lo digo, se acabó para mí. Adiós, Agun, encantado de haberte conocido. No sé, Brinny. ¿Debo mantenerme a salvo o tengo que buscar el bien de todos?

Milo se puso en pie y se limpió de migas el pantalón.

—Tú ya sabes la respuesta a eso, jefe.

Milo se alejó por el paseo.

Soric se quedó sentado y en silencio durante unos momentos.

—¡Vale, ya voy! —siseó antes de meter la mano en otro bolsillo del pantalón.

El portamensajes de bronce había estado estremeciéndose como una rata. Desenroscó la tapa y sacó como siempre nota: «Vienen nueve. Deja de hacer el Gak y pórtate como hombre. Se puede confiar en Milo, pero te ha mentido. Es especial. No se lo digas. No lo atemorices. El reloj ha llegado a la medianoche».

—Supongo que dispones de un pase, soldado.

Milo se detuvo en seco a la entrada de la scholam.

—¿Señor?

Hark salió de las sombras.

—Un pase exeunt, uno que permita salir del acuartelamiento.

—No lo tengo, señor.

—¿Con quién estabas?

—Con nadie, señor. Sólo estaba dando un paseo.

—Con el sargento Soric. Os he visto.

—No es nada, señor.

Hark alzó una de sus manos enguantadas y le indicó con un dedo que se le acercara.

—Yo decidiré qué es importante y qué es nada. Me he fijado en Soric.

—¿Por qué, señor?

Hark entrecerró los ojos.

—Me han llegado informes. No pienso compartir mis fuentes con un simple soldado.

—Por supuesto que no, señor.

—Llevas una vida cómoda, Brin Milo. Los de Tanith te adoran. Gaunt te trata bien. Yo de lo único que me preocupo es del bienestar del regimiento; de su salud, tanto física y espiritual…, como mental. Creo que tú, como cualquier otro fantasma, me lo diría si algo fuera mal. Sería tu deber.

—Lo haría, señor.

—Háblame de Soric.

—El jefe está molesto.

—¿Molesto?

—Sufre unos tremendos dolores de cabeza.

—¿Y?

Milo negó con la cabeza.

—Y ya está. Tiene dolores de cabeza.

Milo se envaró cuando vio que el comisario Hark sacaba un trozo arrugado de papel azul de un bolsillo de su chaquetón largo. Lo sostuvo en alto para que Milo lo pudiera leer a las claras. Ponía: «Guheen va a acabar machacado si sigue por ahí. El tanque está detrás de la tienda del ebanista».

—No tengo ni idea de lo que quiere decir eso, señor.

—Soric está tocado por la disformidad, ¿no es cierto?

—No, que yo sepa, señor.

—Si descubro que lo está, y que le has estado encubriendo, tendré tanto su cabeza como la tuya. ¿Está claro, soldado?

—Como el agua, señor.

—¡Vuelve a tu alojamiento! —le espetó.

Milo se apresuró a alejarse. Hark se giró y alzó la vista hacia las enormes ventanas que cubrían la zona del paseo. Allá, en el cielo azul oscuro, las estrellas brillaban.

Algunas de esas estrellas eran naves espaciales.

En el amplio puente de mando de la fragata Navarre, el oficial ejecutivo Kreff se inclinó hacia adelante en su asiento acolchado antes de hablar.

—Autorizado.

La tripulación del puente de mando asintió y pulsaron diversos mandos en sus respectivas consolas. Se oyó un zumbido profundo cuando los montajes gravitatorios de la enorme panza de la nave entraron en funcionamiento y emitieron ondas electromagnéticas para compensar su deriva orbital.

Comenzó a sonar una alarma de proximidad.

Kreff chasqueó la lengua. Se levantó y miró el interior del pozo del piloto principal, donde los servidores del puente de mando estaban sentados en nichos del suelo. Los cables conectados a los implantes de sus cráneos les colgaban de la

espalda como grandes trenzas.

—Mantener posición —ordenó.

—Máxima uno cero uno —dijo el servidor más cercano mediante el artefacto potenciador de voz artificial.

Kreff anuló la sirena de alarma apretando el lector de la consola con un gesto de la mano. El espacio orbital sobre Herodor estaba repleto de naves, y la mayor parte eran auténticos desperdicios espaciales llenos de peregrinos. Cada pocos minutos, mientras la elegante fragata seguía su propio movimiento orbital, los sensores de cercanía se disparaban avisando de otra posible colisión. Ya se había convertido en una rutina.

Kreff se acercó a la esfera virtual situada en el centro del puente de mando y miró a su alrededor, al tapiz de manchas relucientes que representaba a las naves espaciales y que aparecía en tres dimensiones impresionado sobre la esfera de luz que lo rodeaba. Las lecturas tácticas brillaban al lado de las diversas imágenes, parpadeando a medida que avanzaban. Vio que una gran nave de transporte, la Troubador, que formaba parte de un convoy de peregrinos recién llegados, se deslizaba una y otra vez en la zona de colisión con la Navarre.

El comunicador emitió un pitido. Era el capitán.

—Las alarmas me han despertado, Kreff.

—No hay nada de lo que preocuparse, capitán. Sólo es lo rutinario.

El capitán Wysmark cortó la comunicación.

—Ese puñetero pecio espacial no hace más que meterse por el medio… —murmuró Kreff.

—Señor, la Troubador nos manda señales —dijo uno de los oficiales de cubierta —. Tienen fuego a bordo, un gran incendio en el compartimento de carga. Solicitan ayuda inmediata.

—Compruébelo.

—Estamos captando una fuerte señal calorífica en la sección de carga. Se están quemando vivos.

Kreff asintió.

—Que se preparen los equipos de apagado de incendios. Los equipos de abordaje, también. Acérquenos, timonel, y dígale a la Troubador que esté lista para acoplarse. Démonos prisa.

—¿Ordeno que las tropas estén dispuestas, señor? —le preguntó el coronel Zebbs, el comandante de la infantería de a bordo, que se encontraba detrás de Kreff.

—Es una puñetera nave de peregrinos, no un atacante —contestó Kreff.

El alférez Valdeemer tomó la placa de datos de manos del servidor del puente, la revisó con un rápido vistazo y echó a caminar cruzando con decisión el suelo de

acero del Omnia Vincit hacia el púlpito del capitán de la flota. A su izquierda, donde el borde del puente de mando bajaba, decenas de servidores, tecnosacerdotes y astrópatas navegantes formaban filas descendientes, como las filas de asientos superiores de un gran teatro. Hacía falta una tripulación enorme para controlar un acorazado del tamaño del Omnia Vincit, y eso sólo para el puente de mando. El lugar era gigantesco y abovedado, como la sala principal de una catedral. El parecido lo reforzaba que el techo en cúpula estuviese pintado con bellos frescos del actes santorum.

Valdeemer no era más que otro miembro de la tripulación. Y uno muy reciente además. Se había incorporado a la nave hacía tan sólo dieciocho meses, pero ya era un oficial de tercera clase en el puente. Sabía que tenía un futuro brillante Llegaría el día en que él sería quien estaría sentado en aquel magnífico trono, unido por implantes a los sistemas de la nave, con el poder de un dios en nombre del Emperador.

Para llegar allí, tendría que destacar, y mucho. Tendría que cumplir sus tareas de un modo ejemplar, y que le vieran hacerlo. Podría haberle pasado la información de la placa al comandante de la flota por el sistema de comunicación, pero se trataba de algo importante, y lo apropiado era llevárselo en persona al capitán. Además, llamaría su atención.

Subió apresuradamente los peldaños que llevaban al púlpito, y sólo se detuvo para que los guardias navales lo escudriñaran electrónicamente antes de que se apartaran.

El comandante de flota Esquine aterrorizaba a todos los miembros de la tripulación. Hasta Valdeemer, a pesar de toda su confianza, se sentía cohibido. Era difícil decir dónde terminaba el trono tachonado de oro y dónde empezaba el cuerpo del capitán de la nave. Estaba metido en una armadura dorada y repujada, repleta de grabados delicados. La armadura en sí estaba conectada directamente al trono, por lo que formaban una única estructura tallada. Tenía los brazos y las manos fundidos con los reposabrazos del asiento, y parte trasera de la cabeza, metida en un capacete dorado, estaba enganchada al alto respaldo del trono.

Esquine tenía las manos colocadas palmas abajo en los reposabrazos del trono, y sólo sus dedos envueltos en oro se movían, pero como los de un pianista. Bajo sus órdenes, diversos brazos mecánicos de múltiples articulaciones subían y bajaban delante de los ojos del comandante de la flota para mostrarle las últimas placas de datos, pictografías y grandes pantallas con información reciente. El comandante de la flota las sostenía en alto, a veces cuatro al mismo tiempo, y las comparaba, las complementaba, transfería datos de una placa a otra con un simple parpadeo, y cruzaba y comprimía información en las densas esferas holográficas que flotaban alrededor del trono.

Esquine tenía un rostro noble y de frente ancha. Su nariz estrecha y larga, casi

como un cuchillo, se doblaba levemente, y en los pálidos ojos había unas pestañas blancas casi invisibles. La taracea dorada de los circuitos se introducía por sus orejas y se entrelazaba con los pómulos y la piel de la frente desde el reborde del capacete dorado, lo que le daba a su piel un tono amarillento. La boca no era visible; quedaba tapada por el comunicador de voz que se alzaba desde el pectoral dorado como una máscara respiratoria.

Valdeemer se alisó una leve arruga de la chaqueta del uniforme, se ajustó las bocamangas y la colocación del fajín verde esmeralda, y se cuadró.

—¿Tiene un informe para mí, alférez? —le preguntó Esquine.

Su voz era profunda y fluida, y cada palabra sonaba como una piedra redonda y pulida que cayera en un estanque.

—Señor —respondió Valdeemer con un asentimiento mientras alzaba el brazo con la placa de datos.

Los dedos de Esquine tabalearon sobre el trono y uno de los servobrazos surgió de un lateral del asiento y tomó la placa; después la colocó delante de los ojos del capitán.

—Procede de los astrópatas —siguió diciendo Valdeeb—. Han detectado la perturbación de un avance en el Empíreo, en el módulo de disformidad once dos nueve nueve siete en un punto…

—A nueve unidades astronómicas de Herodor. Puedo leer, alférez. Un vector de llegada estándar de la flota imperial.

—Creí que debía traérselo inmediatamente, señor.

La cabeza de Esquine estaba inmovilizada, por lo que no podía girarla, pero miró de reojo a Valdeemer por un momento.

—Por supuesto. —Esquine volvió a mirar la placa y nuevo servobrazo le mostró otra para compararlas—. Se acerca la flota de refuerzo. Ese gusano de Lugo estará contento, sin duda alguna. Preparémonos. Alférez, súbase a la plataforma del trono.

Valdeemer parpadeó y miró hacia abajo. Se encontraba en la parte exterior del púlpito de mando. El trono en sí estaba montado sobre un disco elevado de plastiacero pulido en el centro. Se apresuró a colocarse en el borde de la plataforma interior.

Sintió una leve vibración. El disco comenzó a moverse hacia atrás. La compuerta de adamantina que estaba detrás del trono se abrió con un siseo de sus cierres magnéticos al ser desconectados. Toda la plataforma del trono, y Valdeemer con ella, desaparecieron a través de la abertura.

Cuando pasó bajo la sombra de la compuerta, Valdeemer sintió que la plataforma también estaba girando sobre sí misma. Efectuó un giro de ciento ochenta grados hasta que el trono de Esquine quedó frente a la cámara blindada secreta situada detrás del púlpito: el strategium.

La compuerta se cerró de nuevo y los dejó aislados. Valdeemer se sintió emocionado. Era la primera vez que lo invitaban al santuario interior de mando.

La cámara de grandes contrafuertes tenía forma ovalada y estaba a media luz. Los tecnosacerdotes y los oficiales superiores de cubierta estaban de pie o sentados en consolas de mando montadas en los huecos entre los contrafuertes, y otros siete se encontraban sobre unas consolas de podio encaradas hacia el centro de la estancia, hacia la esfera de actualidad que brillaba y parpadeaba en aquel lugar. Se oía el murmullo de fondo constante de las comunicaciones, el tintineo de los cursores al cambiar y el tableteo del código del lenguaje de las máquinas.

El comandante Velosade era el que estaba a cargo. Se puso en posición de firmes en cuanto el trono acabó de girar.

—¡Capitán en el strategium!

Todos saludaron de un modo formal.

—Continúen con sus tareas —dijo Esquine—. Por favor muéstrenme esa perturbación en la disformidad.

Velosade chasqueó los dedos y en el hemisferio inferior de la esfera de actualidad apareció un pequeño recuadro de color malva.

—Reduzca escala y deme despliegue táctico.

La esfera de actualidad parpadeó, se disolvió, se reorganizó y quedó un poco más ancha y con menos detalles. Valdeemer se dio cuenta de forma inmediata que estaba mirando una verificación en tres dimensiones de todo el sistema planetario interior. Allí se veía el brillo de la estrella local, allá el planeta Herodor y los otros cuatro planetas interiores, y más allá destellaba la banda reluciente del cinturón de asteroides. El recuadro malva quedaba fuera de ese grupo interior, tan lejos de Herodor como el planeta quedaba de su estrella.

—¡Despliegue táctico! —ordenó Velosade.

Un gráfico geométrico de rejilla fluyó en la esfera y mostró el tamaño y la posición de las naves de la escuadra de Esquine, junto a la miríada de naves mercantes y de peregrinos que aparecían como puntos de luz numerados y que flotaban lentamente a la deriva.

—Los parámetros del informe astropático están confirmados. Existe una perturbación en el módulo de disformidad once dos nueve nueve siete, en un punto a nueve unidades astrónomicas. Analizamos señal. Concordancia dentro de noventa y tres minutos aproximadamente. Esperamos confirmación.

Velosade se giró hacia el comandante de la flota.

—¿Ordenes, señor?

—Mantenemos las posiciones. El Señor de la Guerra Macaroth nos ha ordenado que seamos extremadamente cautelosos. Que una fragata se coloque delante del punto salida de la disformidad, con las escuadras de cazas desplegadas. Pueden darles

la bienvenida a los amigos…, o negarle el paso a los enemigos. El resto de la flota permanece como vanguardia.

Un leve tabaleo de los dedos de Esquine hizo que unos cuantos puntos luminosos aparecieran en la esfera reluciente. Valdeemer sabía que el capitán había utilizado de forma irónica la palabra flota. Un oficial del rango de Esquine, y una nave de la categoría del Omnia Vincit, normalmente dispondrían de una flota de considerable tamaño como apoyo. Sin embargo, al acorazado de Esquine, con sólo dos fragatas a su lado, lo habían enviado para que llevara al comandante general Lugo hasta Herodor. El Señor de la Guerra lo había ordenado así como muestra de respeto especial. El recién llegado regimiento Tanith había aparecido tan sólo con una fragata y un crucero pesado como naves de escolta. Tres fragatas, un crucero y un navío de línea, aparte de las naves de apoyo logístico de la escuadra: no estaba mal como flotilla de avanzada, pero no era suficiente ni de lejos para ser una flota de combate.

—Informe a la superficie —siguió diciendo Esquine—, y alerte al tráfico civil que se va a producir una maniobra, codigo magenta, y que esperamos que colaboren y que se mantengan en sus posiciones mientras la llevamos a cabo.

Velosade asintió y comenzó a dar las órdenes oportunas. Toda la tripulación del strategium se puso manos a la obra con rapidez, y varios miembros empezaron a hablar en voz alta y con tono urgente en sus comunicadores.

—¿Qué fragata enviamos, señor?

—La Navarre —contestó Esquine sin dudarlo.

—La Navarre está ocupada, señor —exclamó de repente Valdeemer, y se encogió un poco al ver la mirada feroz que el comandante del strategium le dirigió por hablar sin permiso.

—Déjele hablar, Velosade —dijo el comandante de la flota—. ¿En qué está ocupada, alférez?

—Un transporte de mercancías tiene dificultades, señor. La Navarre informó de que iba en su ayuda.

—Que sigan con eso —ordenó el comandante de la flota—. Que vaya la Berengaria en su lugar.

—Sí, señor —contestó Velosade.

—Bien visto, alférez —le dijo en voz baja el comandante de la flota a Valdeemer —. Una pequeña distracción con la que no había contado. Lee bien la información táctica de la esfera.

—Me gusta estar pendiente de todo, señor.

—Siga así —le dijo Esquine.

Valdeemer sintió que una oleada de orgullo le invadía el pecho.

Con sus enormes motores tan sólo a la décima parte de su potencia, la fragata

Berengaria se alejó de Herodor y se dirigió hacía el hueco interplanetario. Aunque sólo era un crucero ligero según la clasificación imperial, resultaba enorme bajo cualquier punto de vista. Se trataba de una nave alargada, de aspecto anguloso, fortificada y con el casco repleto de protuberancias pintado de verde oscuro. Las fragatas de la clase de la Berengaria eran veloces y estaban bien armadas, y constituían el filo cortante de cualquier grupo de combate serio de la armada imperial.

—Hemos salido de órbita y nos dirigimos hacia el módulo ordenado —dijo el capitán Sodak en voz baja, de pie frente a la esfera de actualidad del puente de mando de la Berengaria.

—Señal enviada y recibida por el mando de la flota, señor —contestó un alférez.

—¿Cubiertas de despegue?

—Los cazas informan de que están preparados.

—Entendido. Activen las rampas de lanzamiento.

—Sí, capitán.

Sodak miró el recuadro de disformidad que aparecía en las profundidades de la esfera de luz que tenía delante. Cada vez a más grande.

—Ordene el lanzamiento.

—¡Orden de lanzamiento, señor!

Unos diminutos puntos de luz surgieron de los costados del Berengaria. Las motitas aceleraron, adelantaron a la enorme nave de guerra y reflejaron la luz del lejano sol cuando se dispersaron como una nube de moscas al atardecer.

Eran cazas de la clase Lightning, aparatos veloces y letales de un solo tripulante, lanzados desde las cubiertas de despegue de la fragata mediante las catapultas magnéticas. Se desplegaron en una formación amplia por delante de la poderosa nave nodriza.

El jefe de escuadrilla Shumien, un as condecorado tres veces y comandante del escuadrón de cazas de la Berengaria, bajó la pantalla de datos y aceleró su Lightning para colocarse en el vértice de la formación de vuelo. A pesar del acelerón físico del despegue y de la emoción por la perspectiva de un posible combate, el lector de constantes vitales de Shumlen mostraba que su ritmo cardíaco era sorprendentemente regular y calmado.

—Manteneos separados —dijo con tranquilidad por el comunicador.

—Concordancia dentro de cuarenta y dos minutos y bajando —les informó el enlace con la fragata.

La Navarre se estremeció levemente cuando las agarraderas de atraque inmovilizaron la enorme masa de la Treubador a su lado. En el puente de mando de la fragata resonó el ulular de las alarmas y en varias consolas se encendieron las luces de advertencia.

Kreff lo canceló todo con un simple gesto de la vara de control. Tomo el comunicador de manos de un servidor que estaba a su lado.

—Abran las compuertas. Equipos de abordaje preparados. Equipo médico, listo para recibir a los heridos.

—¿Señor?

—¿Qué ocurre? —preguntó Kreff con impaciencia.

—Señor, la fuente de calor de la Troubador… —El oficial ayudante parecía confundido—. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Ya no está, señor. Supongo que deben de haber apaga el incendio.

Kreff miró a Zebbs.

—¡Adelante! —Y el soldado echó a correr hacia la salida del puente de mando.

—¿Aviso al capitán? —le preguntó el ayudante.

—¡No! —casi gritó Kreff. Se quedó callado un momento—. Sí, sí. Despiértelo.

Un destacamento de seguridad de la armada esperaba a Zebbs en la antecámara de la compuerta de estribor de la nave. El coronel acabó de ponerse la chaqueta de la armadura cuando entró en la estancia. El destacamento se puso en posición de firmes. Iban equipados con grandes armaduras de color verde esmeralda y llevaban preparados los rifles de combate. Las caras les quedaban ocultas detrás de los visores oscurecidos de los cascos.

—¡El seguro puesto! ¡Vamos con cuidado! —dijo mientras tomaba su escopeta de combate de manos del segundo al mando.

Metió un proyectil en la recámara deslizando la corredera y se acercó a la compuerta.

—¡Abran la segunda de estribor! —gritó.

La compuerta se abrió. No había nadie al otro lado. No se oían sirenas ni alarmas; no olía a fuego ni había ninguna escena de pánico.

Zebbs cruzó el umbral. Sus guardias lo siguieron y se desplegaron.

El pasillo estaba a oscuras y apestaba a lugar cerrado, a rancio, como si los recicladores no funcionasen. Zebbs no se sorprendió. Era una nave vieja, con un mal mantenimiento. Era increíble que hubiera logrado viajar por la disformidad.

—El suelo está húmedo, señor —comentó uno de sus hombres por el canal de comunicación.

—Es una fuga de líquido refrigerante —dijo otro entre los chasquidos de la estática.

—¿Eso crees? —preguntó Zebbs, bajando la vista al suelo.

El suelo del pasillo estaba cubierto por una capa de unos dos centímetros de profundidad. El líquido tenía un color oscuro. Parecía, parecía…

Se oyó un leve chapoteo cuando algo cayó sobre el líquido y rodó hacia ellos. Se

detuvo entre Zebbs y el hombre que iba en avanzada. Ambos bajaron los ojos para mirarlo.

Era una granada.

—¡Mierda! —fue lo único que le dio tiempo de decir a Zebbs.

—¿Zebbs? ¿Zebbs? ¡Coronel, informe! —gritó Kreff por el comunicador.

Acababa de oír un fuerte estampido que había cortado de forma abrupta la línea. Lo único que se oía ya era el sordo zumbido de la estática.

—¡Restableced la comunicación! —Le gritó Kreff a sus ayudantes—. ¡Quiero ponerme inmediatamente en contacto con Zebbs!

Todos se apresuraron a obedecerlo. Un segundo más tarde, por un canal diferente, les llegaron gritos; era un griterío confuso y enloquecido. También escucharon disparos.

Kreff bajó el micrófono, consternado.

—¡Anulad las agarraderas de atraque! ¡Soltadnos!

—¡Las agarraderas están bloqueadas, señor!

—¿Qué? ¿Cómo?

—Las agarraderas de atraque de la uno a la nueve bloqueadas, señor —dijo su ayudante.

—¡Por el Trono Sagrado, no!

—¿Qué problema hay, Kreff?

Kreff se giró para mirar al capitán Wysmark, que había entrado en el puente de mando y se dirigía hacia él.

—Nos han… Nos han abordado, señor.

Wysmark, alto y tranquilo, vestido con su uniforme color verde esmeralda, no pareció inmutarse. Tomó el micrófono de las temblorosas manos de Kreffy habló.

—Guardias a todas las compuertas activas. A paso ligero Repelan abordaje. Repito, repelan abordaje.

El espacio se contorsionó. El espacio parpadeó y se abrió. A través del negro tejido desgarrado surgió la inescrutable luz de la disformidad.

A través del hueco aparecieron una serie de naves.

Salieron con rapidez al principio, como si la realidad del Caos las hubiera lanzado hacia fuera, pero luego descendieron a una velocidad más majestuosa. Naves imperiales. Tres transportes pesados del Munitorum, después una fragata de la armada, y a continuación otros cuatro transportes pesados.

—Formación abierta —ordenó Shumlen—. No son hostiles, repito, no son hostiles.

La pantalla de cazas se abrió a su alrededor, alejándose de él y desplegándose antes de pasar a toda velocidad al lado de las enormes naves como pececillos de arrecife costeando el coral. Los canales de comunicación se llenaron de saludos y de mensajes de comprobación.

—Permiso para regresar a las cubiertas de vuelo —pidió.

—La fragata Gloria de Cadia envía saludos —informó el alférez de Sodak.

—Responda al saludo, alférez.

—La perturbación no se ha disipado, capitán —dijo uno de los tecnosacerdotes.

Sodak se habría sentido sorprendido si lo hubiera hecho. Según los informes, se esperaba la llegada de unas dieciséis naves, y la esfera de actualidad sólo mostraba ocho. Los grupos de la flota que salían de la disformidad solían hacerlo en varias oleadas.

—Ordene a la Gloria de Cadia que escolte a sus naves hasta la órbita de Herodor. Informe al comandante de la flota que esperaremos en posición hasta que llegue la siguiente oleada.

—Sí, señor.

—¿La pantalla de cazas, señor? —le preguntó el controlador de vuelo desde su puesto de mando, cubierto por una pequeña cúpula de cristalcero.

—Que sigan en vuelo —contestó Sodak.

Era un individuo prudente. Sin esa prudencia, jamás habría vivido lo suficiente como para llegar a ser comandante de una nave de guerra.

Un servidor de la tripulación, bajo y ancho, con los circuitos reluciendo sobre el metal negro que lo cubría en parte, se giró en su puesto de control y le entregó una placa de datos a Valdeemer. El alférez se dirigió inmediatamente hacia el trono del comandante de la flota. Esquine estaba observando la llegada de la otra flota al punto de concordancia.

—Informe de situación, señor —dijo Valdeemer con voz nerviosa—. La Navarre.

—Dígamelo —le ordenó Esquine en voz baja.

—Está siendo abordada, señor —le contó Valdeemer mientras le entregaba la placa de datos a uno de los servobrazos del capitán—. El capitán Wysmark informa de que unos intrusos hostiles procedentes del transporte están intentando tomar su nave.

—Contacte con Wysmark. Pregúntele si necesita ayuda.

Los proyectiles sólidos silbaban al recorrer el pasillo y tableteaban contra los

compartimentos metálicos, y los guardias del equipo del subteniente Epsin se agachaban para ponerse a cubierto. Algo le pasaba a las luces de aquella parte de puente. Tan sólo las frías luces verdes auxiliares estaban encendidas y, por el olor que impregnaba el aire, los recicladores también se estaban apagando.

Además se notaba un zumbido, muy débil, que iba y venía. Epsin supuso que se trataría de parte del cableado, que se estaría quemando.

Otra andanada de disparos. Epsin vio los proyectiles ya deformados salir rebotados y rodar sobre el suelo. Parecían colillas aplastadas de varitas de lho.

Era un fuego de barrido; ráfagas automáticas que disparaban ocultos desde las esquinas para despejar los pasillos no veían.

—No disparéis —susurró Epsin—. Que se crean que no hay nadie.

Sus hombres, agazapados a lo largo del pasillo detrás de los contrafuertes, se movieron inquietos. Tenían las escopetas de combate más que preparadas.

El enemigo apareció por fin. Tres, cuatro, cinco siluetas humanas, armadas con rifles automáticos cortos, que recorrían a la carrera el pasillo.

—Fuego —susurró otra vez Epsin.

Su arma restalló con un estampido y un destello brillante anaranjado en mitad de la suave luz verde. Las demás escopetas que lo rodeaban hicieron lo mismo. Las sombras que tenían delante cayeron al suelo o salieron despedidas hacia atrás por la tremenda potencia del fuego conjunto. El aire quedó lleno de un humo acre, y como no funcionaban los recicladores, se quedó allí.

—¡Adelante! —ordenó Epsin.

Los guardias se apresuraron a avanzar pegados a las paredes metálicas del pasillo. De forma casi inmediata aparecieron más enemigos en el cruce que se abría más adelante, y empezaron a dispararles con los rifles automáticos. El hombre de punta de Epsin soltó un grito y se desplomó contra la pared de metal. El hombre que estaba a su espalda trastabilló hacia atrás y se dobló sobre sí mismo antes de caer al suelo de cara.

—¡Cabrones! —gritó Epsin—. ¡Por el Emperador! ¡Por la Navarre!

La escopeta de asalto le brincó en las manos cuando abrió fuego. Su equipo ya casi había logrado llegar al cruce que llevaba a la siguiente compuerta estanca.

En ese preciso momento, Epsin oyó aquel extraño zumbido de nuevo.

—El comandante de la flota pregunta si necesitamos ayuda, señor —dijo Kref.

El capitán Wysmark apartó la vista de la pantalla de situación y miró al segundo de a bordo.

—¿Qué opina, Kreff?

—Creo que tenemos entre manos un combate bastante feo en las compuertas estancas, señor, pero dudo mucho que el comandante de la flota quiera desviar a otra

quinta parte de su flotilla para ayudar en un abordaje cuando nos encontramos en una situación de llegada de código magenta. Podemos apañárnoslas. Los guardias de la Navarre son los mejores de la flota.

Wysmark sonrió levemente.

—Lo mismo que pienso yo. Envicie el mensaje al Omnia Víncit. Tendremos esto solucionado en quince minutos.

Kreff dio media vuelta y le dio las órdenes pertinentes al oficial de comunicaciones antes de regresar al lado del capitán.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Perdón?

—Ese zumbido. ¿No lo ha oído, Kreff?

—No, señor.

Wysmark sacudió la cabeza y se concentró de nuevo en la pantalla.

—Este es el precio de andar de niñeras de las naves de los peregrinos.

—¿Perdón, señor?

—Una marea de astronaves sin registrar y sin comprobar que llena la órbita, naves repletas de ciudadanos que debemos proteger. Era muy probable que hubiera infiltrados y herejes entre ellos. Estamos obligados a ayudar a una nave en apuros, aunque resulte ser una trampa. Parte del trabajo, ¿no, Kreff?

—Señor, me preguntaba…

—¿Qué?

—¿Por qué ahora precisamente, señor? Si los herejes encontraban ya a bordo de la Troubador, llevan en órbita desde hace tres días. ¿Por qué han elegido este momento para atacar?

—Estaba pensando lo mismo. ¿Será una coincidencia que nos encontremos en una situación clase magenta y, por ello apurados?

—No existen las coincidencias, capitán.

Wysmark asintió.

—Establezca una comunicación de seguridad verisim con el comandante de la flota.

—¡Recibimos un verisim! —gritó Velosade—. Es el capitán Wysmark, de la Navarre.

—Muéstrelo —le ordenó Esquine.

Una imagen holofórmica apareció de repente como un fantasma rojo pálido delante del trono del comandante de la flota, proyectado por los emisores holográficos del puente del strategium.

—Wysmark.

—Querría aconsejar que se tomaran precauciones extremas, comandante —dijo la voz de Wysmark—. El abordaje que sufrimos no tendría sentido a menos que formase parte de un plan más amplio.

—Los enemigos de la humanidad no son precisamente famosos por su brillantez táctica.

Hubo un leve retraso en la comunicación antes de que la imagen de Wysmark sonriera ante el comentario del comandante.

—Es cierto, señor, pero me temo que todo esto es una estratagema para impedir que la Navarre se coloque en una posición adecuada.

—Ya veo.

—Sólo quería recomendar la máxima precaución.

—Recibido. Gracias, Wysmark.

La holoforma desapareció. Esquine miró a Velosade con unos ojos pálidos y de expresión dura.

—Wysmark es un capitán experimentado que no suele alarmarse sin motivo. Capitán, prepare las baterías principales.

Epsin atravesó la densa humareda negra que salía de la entrada del compartimento estanco. Las paredes estaban abolladas por los disparos y en el suelo había varios cuerpos tirados. Eran individuos de aspecto sucio, protegidos con armaduras de color rojo y con las caras tapadas por máscaras de hierro.

Epsin pensó que aquellos tipos eran algo más que simples herejes.

Les indicó por señas a sus hombres que avanzaran. Se oían disparos aislados en el pasillo lateral que llevaba a las otras entradas.

Oyó de nuevo el zumbido, aquel puñetero zumbido, como si fuera un insecto metido en una jarra de cristal.

Epsin vio una silueta delante de él a través del humo. Era de estatura elevada…

No, eran tres siluetas. Un hombre alto, vestido con la túnica verde de peregrino y con la capucha echada, que llevaba de la mano a dos figuras más pequeñas. Sus brazos eran fuertes y estaban cubiertos de tatuajes, mientras que las siluetas pequeñas iban vestidas con andrajos y se agarraban a él como niños atemorizados. Los tres se giraron para mirar a Epsin, y éste boqueó asombrado al ver sus rostros brutales y sin ojos.

Abrieron la boca al unísono, y el zumbido se hizo mucho más fuerte, como si alguien hubiera levantado la tapa de la jarra y el insecto hubiera salido. Epsin tosió y se tambaleó, meneando la cabeza con fuerza para librarse del zumbido.

Sabía lo que era. Intentó ajustar el microcomunicador para avisar al capitán.

El guardia que estaba a su lado, un soldado aguerrido que llevaba nueve años en la escuadra de Epsin, se giró con lentitud. Tenía la boca abierta con flaccidez, y de la

nariz y los oídos le salían grandes regueros de sangre.

Alzó su escopeta y le voló la cabeza a Epsin.

—Concordancia dentro de dos minutos —dijo el comunicador.

—Gracias, Berengaria —dijo Shumien. El cuerpo se le aplastó contra el asiento cuando realizó un viraje cerrado—. Jefe de escuadrón a cazas de pantalla, formen a mis seis para una nueva pasada. Llegan más naves.

Los pilotos del escuadrón respondieron por orden, y grupo giró a la vez, como una bandada de pájaros migratorios, y se dirigió hacia el punto calculado de reentrada en el espacio real, a unos setecientos cincuenta kilómetros por delante de ellos.

No había nada que ver. El campo estelar a aquella velocidad era un borrón estriado, y la perturbación de la disformidad sólo era detectable mediante los instrumentos de a bordo.

Shumlen echó un vistazo a la pantalla y vio que el remolino de colores aumentaba y parpadeaba.

—Carguen armas —dijo.

El pulso apenas se le alteró.

Por segunda vez en menos de una hora, el espacio se desgarró y se abrió. La fisura en la realidad parpadeó y chasqueó como un cefalópodo luminoso que lanzara tentáculos de energía disforme al espacio real. Aquellos apéndices titilaron y desaparecieron. La luz no bariónica resplandeció con fuerza a través de la abertura, dejando al contraluz a las naves que llegaban. Eran unas siluetas enormes, que salieron disparadas al espacio real.

No disminuyeron de velocidad. Siguieron a velocidad de crucero, velocidad de ataque.

Shumlen parpadeó. Las naves recién llegadas no eran más que manchas recortadas contra la mancha brillante situada a proa del escuadrón, pero los sistemas de reconocimiento del caza comenzaron a soltar señales de alarma.

—Naves hostiles, repito, naves hostiles —dijo a las demás para asegurarse—. Enemigo en el sistema en formación de ataque. Jefe de escuadrón a escuadrón: aceleren a velocidad de ataque.

—¡Naves enemigas! —gritó el alférez con un leve temblor en la voz.

—Zafarrancho de combate —dijo Sodak, y las sirenas comenzaron a aullar—. Enciendan escudos. Preparen baterías. Energía a las lanzas principales.

—¡Escudos encendidos!

—Los cazas han entrado en combate —comunicó el controlador de vuelo.

Sodak miró las imágenes parpadeantes de la esfera de actualidad.

—Aumenten magnificación. Quiero tener una imagen más clara.

En aquellos momentos, la esfera holográfica era una confusión de señales parpadeantes e indicadores de posición que se solapaban entre sí. Los números de código saltaban y cambiaban continuamente.

—¡Magnificación por diez, señor! —dijo el alférez.

La imagen táctica se agrandó con rapidez. Parecían ser tres naves enemigas, quizá cuatro, pero las señales de la pantalla de cazas hacían difícil leer los detalles.

—Elimine las imágenes de nuestros cazas —ordenó Sodak, y uno de sus ayudantes se apresuró a cancelar las señales del escuadrón de ataque de la Berengaria.

Eran cuatro naves; una de ellas, muy grande. Y avanzaban a gran velocidad, directamente hacia Herodor.

—Enginarium —dijo Sodak—. Velocidad de flanqueo, por favor. Reactores al noventa por ciento. ¿Estado de armas?

—Armas preparadas, señor. Todas en luz verde.

—Soluciones de disparo, todas las baterías y las lanzas Apunten al grande.

—Sí, señor.

—Enemigos, señor —comunicó Velosade—. Cuatro objetivos. Creemos que son tres cruceros y un acorazado.

—Mantengan las posiciones.

—La Berengaria ha entrado en combate.

—Mantengan las posiciones —repitió Esquine.

—Una señal de la Gloria de Cadia, señor —avisó Valdeemer—. Pide permiso para apoyar a la Berengaria.

—Denegado. La quiero aquí, en nuestra línea. Que confirmen si han recibido la orden.

—Sí, comandante.

—La Soistice está a la espera. El Laudate Divinitus está a la espera. Ambas están preparadas para el combate.

—¿Y la Navarre?

—Sigue repeliendo el abordaje enemigo, señor.

Esquine se quedó callado. A su alrededor, por encima del tableteo del lenguaje mecánico del strategium, oía a los sacerdotes cantar las bendiciones que asegurarían la victoria en combate. El Credo Imperial resonaba por todos los altavoces de comunicación interna de la nave.

—Zafarrancho de combate —ordenó Esquine en voz baja.

Las lámparas de luz roja comenzaron a brillar con movimientos circulares y las sirenas de alarma aullaron la señal. Esquine sintió cómo un estremecimiento le

recorría el cuerpo cuando los implantes neurales que lo unían a los sistemas le transmitieron las respuestas múltiples de una nave de combate imperial que se preparaba para una batalla. El corazón le palpitó con más fuerza cuando los reactores casi alcanzaron su potencia total, los dedos le temblaron mientras las baterías de armas se disponían a disparar, y sintió un cosquilleo en la piel en el momento en que los escudos se encendieron. Cerró los ojos y disfrutó del efecto de visión expandida cuando desvió la energía de los sistemas que no eran vitales hacia el cono del sensor principal.

Miró, y vio al enemigo abalanzarse sobre ellos.

El vacío estaba incandescente por las bolas de fuego y los rayos que lo rasgaban. Shumien pasó a toda velocidad bajo las baterías anticazas de la proa de la nave y se dirigió a la panza del acorazado.

Era enorme, probablemente con el mismo tamaño que el Omnia Víncit, una nave del Caos con el casco negro cubierto de tantas torretas y montajes de armas que parecía enferma y llena de pústulas. Tres cruceros del Caos lo escoltaban, unas naves de guerra de aspecto ágil y temible, con los bordes de los cascos aserrados. Dos llevaban los puentes pintados de negro y dorado, y el tercero era completamente negro, aunque el costillar de la superestructura era blanco.

La escolta de cazas de la Berengaria se había aproximado a las naves enemigas por la proa para minimizar los ángulos de disparo de las baterías enemigas, pero aun así, Shumlen ya había perdido unas treinta naves ante el tremendo fuego anticazas. Todos los pilotos conocían la táctica: en cuanto alcanzaran al enemigo, cada uno debía valerse por sí mismo. No había modo alguno de mantener las formaciones en una zona de combate tan confusa.

Shumlen voló tan cerca del casco enemigo como se atrevió. Disparó uno de los misiles que llevaba bajo las alas, pero ya estaba lejos de la zona de disparo cuando estalló, por lo que no pudo saber el daño que había causado.

Un Lightning pasó volando de forma errática por delante de él y le obligó a virar cuando la alarma de colisión se encendió por un momento. El Lightning se estaba deshaciendo en pedazos, y los restos quedaban atrás mientras se precipitaba contra el casco del acorazado.

Varias ráfagas de rayos láser persiguieron a Shumlen y atravesaron la oscuridad con su brillo fosforescente. Viró bruscamente a babor, divisó una torreta de misiles justo delante de él y disparó su segundo cohete. El estallido lo cegó por un momento, y la nave se estremeció con fuerza mientras salía del área de la explosión.

Un Lightning pasó pegado a su costado, casi en formación y a continuación explotó cuando una ráfaga de disparos láser del acorazado lo alcanzó. Otros dos cruzaron por encima de él y comenzaron a efectuar pasadas de ametrallamiento

contra la panza de la nave. Shumlen los perdió de vista en mitad de la tormenta de fuego.

Oyó a medias una transmisión por el comunicador.

—Repita, repita —dijo.

El pulso comenzaba a acelerársele un poquito.

—¡Murciélagos, murciélagos! —repitió uno de sus hombres de ala.

El enemigo había lanzado sus escuadrones de caza.

Las naves del Caos continuaron avanzando rodeadas por los pequeños resplandores de los cazas que combatían a su alrededor.

—Capitán, los resultados de la búsqueda en los archivos —dijo Persson, el oficial táctico de Sodak.

Sodak le echó un vistazo a la placa de datos. Habían identificado, sin duda alguna, dos de los cruceros enemigos: el Cicatriz, con su superestructura en forma de costillar blanco, y el Revenant, con el casco pintado de rojo y con adornos dorados. El tercer crucero era el Daño Sangriento o el Sutura. La identidad de la nave de guerra principal no estaba clara, ya que acorazados gigantescos como aquél apenas se veían, pero el programa de reconocimiento de naves de Persson sugería que ese monstruo era el Incarnadine, una astronave antigua e infame.

—¿Jefe de armamento? ¿Tenemos soluciones de disparo?

—Soluciones y alcance, capitán —contestó el adepto Yarden.

—¡Fuego! —ordenó Sodak.

El puente se estremeció levemente a sus pies. Los rayos de luz de las lanzas de energía y de las baterías de armas iluminaron la oscuridad.

—Las baterías principales han disparado. Las lanzas han disparado. Los torpedos siguen su curso.

Vio por el auguroscopio cómo estallaban numerosos puntos de luz alrededor de la negra silueta del Incarnadine, que no dejaba de acercarse.

—¿Daños?

—Sus escudos han aguantado, capitán —le contestó el jefe de armamento.

—¡Segundo ciclo, fuego!

La Berengaria tembló de nuevo.

—¡Tercer ciclo, fuego!

—Los torpedos han alcanzado el objetivo, capitán.

—Daños… ¡Dígame qué daños hemos hecho, Yarden!

El jefe de armamento miró al capitán desde su consola en el puesto de control de disparo.

—Lo siento, señor. Nada.

—¡Capitán, el Revenant rompe la formación!

Sodak miró la esfera de actualidad. Uno de los cruceros enemigos estaba alejándose con rapidez de su grupo de combate y avanzaba acelerando cada vez más.

—¿Va a combatir contra nosotros? —preguntó uno de los alféreces.

—No —contestó Sodak—. Va a por el convoy.

El rumbo del Revenant lo llevaba directamente hacia las lentas naves de transporte del Munitorum, que acababan de salir de la disformidad.

—Mantengan el rumbo. Que todas las lanzas y las baterías de proa prosigan con los ciclos de disparo contra el objetivo principal. Los tubos lanzatorpedos también. Cuando el Revenant pase por nuestro flanco y el suyo quede al descubierto, quiero que las baterías de costado no dejen de dispararle.

—Sí, capitán —contestó Varden antes de girarse para impartir órdenes a los oficiales de artillería y a las dotaciones de servidores.

El Revenant, que seguía avanzando como un depredador interestelar, cambió levemente el rumbo para acercarse a la Berengaria al pasar por su flanco, como si quisiera provocar a Sodak. La nave imperial siguió disparando sus armas principales de proa contra el acorazado, pero las baterías de babor abrieron fuego con fiereza. El Revenant respondió al fuego sin demasiado vigor mientras pasaba de largo.

—Le hemos dado, capitán. Daños leves en el casco. No suficiente para frenarlo.

—¿Y nosotros?

—Los escudos han aguantado.

—Comuníquenos con el comandante de la flota y compruebe sus órdenes. ¿Quiere que mantengamos nuestro ataque?

El puente se estremeció con fuerza de repente, y las señales de alarma de daños resonaron con estridencia.

—El Incarnadine ha comenzado a dispararnos, capitán. Daños leves en los escudos.

El alférez acababa de decirlo cuando el puente se estremeció de nuevo. Varios tripulantes cayeron al suelo, y la estridencia de las alarmas aumentó de volumen. Sodak vio en la consola principal que les habían impactado con fuerza en el casco superior. Daños serios, brechas en el casco, fuegos en los compartimentos…

—¡Toda la energía auxiliar a los escudos!

La Berengaria vibró por entero cuando le impactaron otra vez. Y otra vez.

La Gloria de Cadia, anclada en órbita elevada sobre Herodor, se mantuvo en vanguardia del convoy de refuerzo que había escoltado hasta allí, hasta que, siguiendo las órdenes precisas de Esquine, viró en un giro amplio y se colocó en su puesto, en formación de combate, junto al inmenso Omnía Vincít y las naves más pequeñas, la Soistice y el crucero pesado Laudate Divinitus. Detrás y por debajo de ellos, la masa de naves repletas de peregrinos formaba una amplia hilera de objetivos

pequeños y vulnerables que se mantenía cerca de los límites de la atmósfera superior del frío planeta. A pesar de las taxativas órdenes de Esquine, algunas de las naves de aquella masa habían comenzado a alejarse de la órbita y a huir. Unas cuantas lo hacían directamente hacia el espacio interplanetario, en dirección a la estrella de Herodor y los confines del sistema. Otras se trasladaron a órbitas geosincrónicas al otro lado de Herodor, con la esperanza de que el planeta se mantuviera entre ellos y sus terroríficos atacantes.

Con un simple movimiento de dedos, una de las baterías de lanzas de energía de la proa del Omnia Vincit abrió fuego y destrozó al mercante Sonambulista cuando intentaba huir de su punto de amarre.

Esa era toda la potencia de fuego que el comandante de la flota estaba dispuesto a desperdiciar.

—Velosade, envíele otra señal a la flota civil. Castigaremos del mismo modo cualquier incumplimiento de las órdenes que he dado. No permitiré que las naves de peregrinos confundan más todavía la situación con sus movimientos sin autorización. Dígales que cualquier acción semejante nos hará sospechar que llevan a bordo agentes heréticos y que, en consecuencia, dispararemos.

—¡Sí, señor!

—La Berengaria se encuentra en apuros, capitán —siseó Valdeemer.

—Ya lo veo, alférez. Mantendremos las posiciones. Si avanzamos para ayudarlos, perderemos la iniciativa por formación. Sodak sabe cuándo debe combatir y cuándo debe romper el contacto y retirarse.

Valdeemer frunció el entrecejo. Sabía que la orden que Sodak había recibido era combatir, sin duda alguna. No se le había dado la opción de retirarse.

—¿Debería informarle de ello, capitán? —le preguntó Valdeemer.

—No —le ordenó el comandante de la flota.

Tenía incendios en nueve puentes, un reactor destruido y los escudos a punto de desaparecer. Ya no le quedaba energía para disparar las lanzas.

—¡Lancen torpedos!

—¡Lanzados! —respondió Yarden.

—Anulen esas alarmas —añadió Sodak.

En el aire resonaban superponiéndose numerosas sirenas, y se olía el humo acre de los incendios, que estaba sobrecargando los sistemas recicladores de atmósfera.

El enorme acorazado enemigo ya estaba casi encima de ellos. Se encontraba tan cerca que Sodak lo veía como un punto a través de las ventanas de cristalcero del puente de mando.

—¡Mantenga el rumbo! ¡Manténganos de proa! —les gritó a los oficiales del timón.

La zona de mayor grosor del blindaje estaba concentrada en la proa de la fragata. No quería dejar expuestos los costados. Además, de ese modo ofrecía el menor blanco posible.

—¡Sí, señor!

—¡Timonel, estamos virando!

—Capitán, el control de giro está dañado. Estamos intentando compensar la guiñada…

El Incarnadine disparó de nuevo contra ellos. A Sodak ni siquiera le dio tiempo a ver la salva con el auguroscopio.

La Berengaria se estremeció con fuerza de arriba abajo. Varias partes del casco superior salieron despedidas en micropartículas. El suministro de energía falló en el puente durante unos cuantos segundos cuando una explosión sacudió los puestos de mando delanteros e incineró a tres oficiales de cubierta, a cinco servidores y al oficial táctico Persson.

Yarden seguía en su puesto, pero la sangre le salía a chorros de una herida en el pecho. Escupió una bocanada de espuma sanguinolenta cuando intentó dar un informe mientras sus manos temblorosas se estremecían sobre los mandos de su consola de control.

Sodak sabía cuál era la situación aunque Yarden fuera incapaz de informarle, aunque la esfera de actualidad hubiera desaparecido y los auguroscopios ya no funcionasen. Habían destruido los sistemas internos de la nave, y ésta iba a la deriva, empujada por los impactos enemigos hasta presentar todo su costado de estribor a los monstruos del archienemigo.

—Manden una señal al Omnia Vincit —gritó Sodak—. Mensaje: el Emperador protege…

Una salva de torpedos del Daño Sangriento impactó en mitad del casco de la Berengaria, y la siguió casi inmediatamente el rayo de una lanza de energía disparada por el Incarnadine. Por un momento pareció que la Berengaria parpadeaba y se retorcía cuando los fuegos de plasma rugieron y surgieron como lava por su costado roto.

Y un instante después, se vaporizó y provocó una bola de luz blanca en expansión.

Valdeemer, en el strategium del Omnía Vincit, casi ni se percató del estallido que originó la muerte de la Berengaria. Estaba mirando fijamente, con una fascinación horrorizada, la esfera de actualidad, donde el crucero enemigo, el Revenant, estaba abalanzándose sobre el desesperado convoy de refuerzo. Los indicadores de posición de dos de los transportes parpadearon antes de apagarse. Los demás intentaron virar y evadirse, pero el asesino del Caos los tenía enfilados de proa.

—Comience el avance en formación —ordenó Esquine—. Columna de batalla. Comuníquese con Wysmark y dígale que deje de perder el tiempo. Necesitamos a la Navarre ya.

En una línea amplia y firme, las cuatro naves de guerra imperiales avanzaron separándose de sus puntos de amarre, con los escudos encendidos, preparados para enfrentarse al ataque enemigo y derrotarlo.



SIETE
Asalto planetario

Nueve están de camino.

Mensaje escrito a mano por Soric

Gaunt había llegado medio dormido a la reunión convocada de forma precipitada justo antes del amanecer. Después de los curiosos sucesos de la noche, Beltayn le había despertado a medianoche tras haber intentado dormir unas horas.

—El comandante general quiere verle, señor —dijo Beltayn.

Lugo y su comitiva habían ocupado una mansión del nivel noventa y siete de la Colmena Vieja. Era un lugar que mostraba un marchito esplendor. Las paredes y los altos techos estaban forrados con una reluciente ebonita negra con detalles mates de antracita, y todo el suelo estaba recubierto de baldosas cerámicas rosadas. En uno de cada cuatro paneles de la pared del vestíbulo se había colocado una electrolámpara en un candelabro de pared de bronce, y largas redes de centelleantes filigranas de acero colgaban como cortinas de cada puerta en arco.

Nadie le había aclarado a Gaunt de quién era ese palacio o si se habían ido para dejarle sitio a Lugo.

Para ser sincero, no pensaba en nada de eso. Todavía se sentía un poco aturdido cuando los centinelas de la entrada trasera le dejaron entrar y le mostraron el camino hacia la sala donde lo estaba aguardando Lugo a través de dos largos pasillos y una escalera de peldaños de ladrillo.

Gaunt esperaba algún tipo de reunión formal de personal, y le sorprendió encontrar a Lugo acompañado tan sólo por Kaldenbach.

La sala estaba fría —toda la mansión estaba fría—, como si las antiguas conducciones de la calefacción y los hipocaustos de la desmoronada Colmena Vieja fueran poco potentes e ineficaces a un nivel tan alto. Lugo estaba sentado en una silla levitatoria, vestido con un batín sobre la camisa y los pantalones del uniforme. La chaqueta y la gorra descansaban en un alto perchero de madera situado a su lado.

Tomaba sorbos de una taza de cafeína, de porcelana. Habían colocado un calefactor térmico portátil sobre el suelo, que le calentaba los pies dentro de las botas.

La sala tenía altas ventanas acabadas en punta, con cristales coloreados, en dos paredes, y una serie de puertas de cristal muy recargadas en la tercera, que parecían, a través del velo de la cortina de la filigrana de acero, brindar acceso a algún tipo de balcón o terraza en el tejado. Kaldenbach estaba de pie junto a esas puertas, con los brazos cruzados y dando una sensación de obstinación o de amenaza. Gaunt no estuvo muy seguro de cuál era su intención. «Amenazar», adivinó.

—Señor.

—Entre, Gaunt. ¿Algo caliente para beber?

—No, gracias, señor.

Kaldenbach, que había comenzado a acercarse al oír la oferta de Lugo, continuó a pesar de que fuera rechazada y se sirvió una taza de una jarra aislante al vacío plateada que estaba sobre un aparador situado junto a la pared.

—Le pido disculpas por una llamada tan temprana —dijo Lugo de un modo casi

cordial—. Quiero hablar con usted sobre la santa.

—Sobre la santa…

—Sobre lo que debemos hacer.

—¿A qué se refiere, señor?

Lugo se aclaró la garganta con discreción y dio otro sorbo.

—Hasta ahora he puesto a disposición de la santa mis recursos y mi propia persona; al capricho, debo decirlo, de la santa. Su santificada mente percibe el cosmos de una forma muy diferente a la nuestra, por lo que confío en su juicio, aunque pueda parecer… caprichoso.

Gaunt sonrió levemente.

—Debido a su insistencia, levantarnos el campamento para venir a este… lugar insignificante. Yo le sugerí que su persona podría ser de mayor utilidad junto al Señor de la Guerra en el frente; pero no. De forma muy educada, como era de esperar, ella rechazó la idea. Insistió en venir a Herodor, y hasta Herodor la escolté.

—Ya hemos hablado antes de esto, señor —dijo Gaunt—. Esperaba utilizar mi ayuda para convencerla para que cambiara de parecer. Usted presionó a mi comisario para que yo hiciera justamente eso.

Lugo se encogió de hombros como si eso fuera algo trivial.

—Ya hemos dejado atrás ese teatro de sombras, Gaunt. La santa debe irse a Morlond. Debe abandonar este lugar e irse directamente a Morlond. No le estoy pidiendo ayuda. Le estoy ordenando que me la preste.

—Entiendo —dijo Gaunt.

—Vamos, vamos —dijo Lugo, sonriendo—. Todos somos amigos aquí, Ibram. Dígame lo que piensa.

—¿Quiere saber lo que pienso? —preguntó Gaunt.

—El comandante general ha sido bastante claro —dijo Kaldenbach de forma tajante.

Gaunt le lanzó una mirada, y Kaldenbach bajó la vista.

—Muy bien —dijo Gaunt—. Creo que ya sabía la verdad durante todo este tiempo. Desde el momento en que conocío a Sanian en Hagia. Supo en todo momento que era una impostora…, una chica atormentada y engañada que creía ser la encarnación de Sabbat e interpretaba su papel razonablemente bien. Vio el valor que podía tener y respaldó sus deseos, por el bien de la moral del Imperio, y en beneficio de sus propios intereses.

—Está insultando al comandante general con esas calumnias —dijo Kaldenbach.

Lugo alzó una mano con rapidez.

—Permita hablar a Gaunt o abandone la sala, coronel.

—Pido disculpas si soy demasiado sincero —dijo Gaunt—. Usted fue quien dijo que se había terminado el teatro de sombras.

Lugo asintió, e hizo un gesto para que Gaunt continuase.

—Usted comprendió que la mejor forma de controlarla era dejarla que se saliera con la suya durante un tiempo; dejar que tomara decisiones, que se creciera en su papel y ganara confianza. Una peregrinación aquí… Bueno, eso suena como el tipo de cosa inexplicable pero sublime que haría un santo reencarnado. Para purificarse antes de la inminente guerra. Se lo consiente durante unos pocos meses, intentando convencerla durante todo ese tiempo, y luego hace que el viaje al frente parezca una idea propia. Se uniría al Señor de la Guerra, no cabe duda de que sirviendo de estímulo a sus fuerzas para alcanzar una victoria decisiva, y su preeminencia estaría segura. ¿Qué esperaba? ¿El mando de un sector? ¿El mando de un ejército? ¿Más que eso?

Lugo conservaba la sonrisa, pero provista de un barniz de amarga frialdad. Gaunt supo que había dado en el clavo.

—Y todo iba tan bien…, aparte de alguna molestia impredecible como el hecho de que solicitara a los de Tanith como guardaespaldas. Eso debió irritarle, que yo llegara y me pusiera en medio. Pero no era nada que no pudiera manejar. Su plan seguía intacto. Hasta anoche.

—¿Anoche? —repitió Lugo.

—Anoche, comandante general. Cuando su pequeño peón hizo algo que no esperaba. Cuando Sanian, y no me pida que explique esto, ya que es muy difícil encontrar una explicación racional, cuando Sanian se convirtió en el ser auténtico, después de todo. Ella es Santa Sabbat, ella es verdaderamente todo aquello que llegó a creerse, todo lo que usted pretendía que fuera: un ser maravilloso en el más estricto sentido de la palabra. Y eso cambió las cosas. Ahora no sabe qué hacer. Ya no la puede manipular. De repente, ella está más allá de sus poderes de razón y control, más allá de su comprensión. Tiene miedo. No sabe qué hacer. Y su plan se está viniendo abajo.

Lugo aspiró entre dientes pensativamente, se puso en pie, se deshizo del batín y comenzó a ponerse la chaqueta. Kaldenbach se acercó rápidamente, como una ayuda de cámara para sostenerle la prenda.

—Un conmovedor conjunto de especulaciones, Ibram —dijo el comandante general—, y bastante convincente a su manera. Gracias por ser tan franco. —Se giró hacia Gaunt, abotonándose la chaqueta—. Totalmente equivocado, por supuesto. Me di cuenta de que la santa era genuina desde el primer momento, y por eso la he apoyado. Nada ha cambiado. Siempre ha sido una figura milagrosa para mí. Bendigo al Dios Emperador de la Humanidad por brindarme la oportunidad de ofrecer mi confianza.

—Exacto —dijo Kaldenbach.

—Desde luego —dijo Gaunt con un ligero movimiento de hombros—. Como ya

dije antes, no importa lo que yo pueda, pensar. Lo importante es que se dé cuenta de que estoy de acuerdo con usted. Falsa o verdadera, la santa debe estar con el Señor de la Guerra en Morlond. Por el bien del Imperio, de los Mundos de Sabbat, de toda la Cruzada Imperial. No voy a enfrentarme con usted por eso. Haré todo lo que esté en mano para ayudarlo a convencerla. Por supuesto, no sé si tengo poder de influencia alguna sobre ella, pero lo intentaré.

Lugo se puso la gorra, entrecruzó la mirada con Gaunt y alargó la mano. Gaunt, sorprendido, se la estrechó.

—Gracias, Ibram —dijo Lugo—. Sabía que era un jugador de equipo.

—Una última cosa que debe saber, señor —añadió Gaunt mientras separaban las manos.

—¿Qué?

—Estoy bastante seguro de que este acontecimiento del que somos parte, esta reencarnación, esta manifestación…, estoy bastante seguro de que es más importante de lo que llegamos a comprender. Espacio y tiempo, y… destino, si quiere, están todos reuniéndose y síncronizándose. Incluso antes de que Sanian se manifestara como la santa la pasada noche, las ondas de ese suceso se estaban extendiendo por todo el sector y más allá. Señales, presagios, augurios. Los ha oído todos, y estoy seguro de que los ha atribuido a la histeria de los fieles. Pero son algo más que todo eso. Todos los psíquicos del sector, los nuestros o los del enemigo, deben haberlo sentido también. El cosmos está cambiando por una razón, comandante general, y ésta es una de esas raras ocasiones en las que podemos oír cómo rechina su maquinaria y podemos ver cómo funciona.

—¡Habla como un profeta, Gaunt!

—No soy un profeta…, pero aun así. Había oído de Herodor mucho antes de que se me hiciera venir. Me habían dicho que esperara a la santa. Mis soldados me habían contado muchas historias procedentes de los campos de peregrinos sobre hombres y mujeres que comparten esos indicios sobrenaturales. No los fanáticos, no los estilitas, los flagelantes y los místicos que saltan a cada rumor. Le asombraría saber cuántas personas normales y ordinarias hay ahí fuera, personas que han abandonado sus vidas y hogares para hacer el viaje hasta aquí porque sencillamente no pueden hacer caso omiso del hecho de que saben algo.

—¿Está intentando asustarme, Gaunt? —preguntó Lugo con una falsa risa cordial entre dientes.

—No, señor. Pero una sana sensación de temor no estaría mal. Somos testigos de un tiempo de portentos, señor. No hay forma de saber qué traerá, pero será algo trascendental.

Gaunt escuchó voces y sonidos de pasos en el pasillo que estaba junto a la sala, pero no hizo caso.

—Esperemos —dijo directamente— que estemos contemplando el fin de la Cruzada Imperial: una victoria en los Mundos de Sabbat, el archienemigo derrotado por completo, la santa en Morlond…

—No iré a Morlond —dijo una voz a su espalda.

Gaunt se dio la vuelta. Sabbat estaba de pie en el umbral de la puerta de la cámara, con una mano levantada para apartar las cortinas de filigrana de acero. Llevaba puesto un simple uniforme de combate gris y unas pesadas botas de soldado. Su piel era mórbidamente pálida y sus ojos mostraban signos de disgusto y reproche.

—Santa —dijo Gaunt, haciendo una reverencia.

Lugo y Kaldenbach hicieron lo mismo.

—No iré a Morlond —repitió ella, entrando en la sala y dejando caer la filigrana de acero.

A través de los pliegues estampados, Gaunt podía ver a los soldados rondando fuera, demasiado asustados para entrar tras ella.

—Hay una misión que cumplir aquí —dijo la santa—, una misión muy importante. Ese es mi propósito. Molond puede esperar, o ser tomado sin mí.

—Señora, nosotros… —comenzó a decir Gaunt.

Sabbat colocó suavemente una mano sobre su brazo, y él se quedó en silencio, incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Herodor es la clave, Ibram. La disformidad me lo ha mostrado. No abandonaré este lugar hasta que la misión cumplida.

—¿Cómo…? —comenzó a decir Lugo—. ¿Cómo podemos servirla, señora?

—Estaba buscando a lbram. Es la hora. Ellos están de camino, y tengo miedo. Estaba buscando a mi protector, a mi guardia de honor.

—¿Los de Tanith? —susurró Gaunt.

—Tú y los de Tanith. Os necesito ya.

—¿Qué quiere decir con «es la hora»? —preguntó Gaunt.

Lo tomó de la mano y lo condujo hacia las puertas de cristal, que abrió con una presión de los dedos. Atravesaron las puertas y salieron a la terraza del tejado. Lugo y Kaldenbach los siguieron.

La terraza era un semicírculo de rococemento que sobresalía como una estantería de los pisos del tejado inclinado del pináculo de la Colmena Vieja. Una cúpula de cristalcero los protegía de la atmósfera ártica. La gran expansión de Ciudad Beati se extendía ante ellos, mucho más abajo, un laberinto marrón de sombras anguladas. La inmensa forma de la segunda torre colmena se levantaba a su lado, prácticamente hasta la altura en la que estaban; era una silueta enlosada contra el sol, que acababa de despertar.

Alrededor del borde de la terraza había macizos de plantas de terracota. Las rosas y los sambluscos que estaban plantados se habían marchitado y se habían convertido

en ramitas retorcidas, descuidadas, pero a Gaunt le recordaron la azotea con flores y plantas que Lord Chass tenía en la cúspide superior de la colmena Vervun.

Gaunt sintió una punzada de miedo y de melancolía. Si no hubiese sido por una flor metálica de aquel jardín, habría muerto en Verghast. Allí no había flores.

Sabbat apuntó hacia el cielo. Era de un azul tenue, atravesado por líneas de un brillante amarillo y surcos de nubes hacía el este. Las últimas estrellas todavía eran visibles.

—Ya se acercan —dijo ella de nuevo—. Ya están aquí. Por eso, no me iré a Morlond. No puedo ir a ningún sitio ahora.

Gaunt alzó la vista hacia la parte del cielo que le habían indicado sus finos dedos.

—¿Qué es lo que…?

Un destello. Sólo un instante. Una pequeña chispa entre las estrellas. Luego, otra. Parecían relámpagos imposibles allí arriba en el espacio.

—¿Qué quiere decir? —dijo en voz baja Lugo a Gaunt, temblando en el aire sin calefacción del alto jardín.

—Disparos entre naves. La flota ha entrado en combate. Ha comenzado un asalto planetario.

—Seguro que no —dijo Kaldenbach—. Habríamos oído algo…

—Acaba de empezar —dijo Gaunt—. Haga circular las órdenes, señor. Prepárese para un asalto terrestre.

—¿Es muy prematuro? —se burló Kaldenbach—. El capitán de la flota Esquine protege nuestros intereses. Cuatro naves de la línea… Sólo el Omnia Vincit podría…

Gaunt no le hizo ni caso.

—¿Señora?

—Ya están aquí, Ibram. Ahora te necesito. Me protegerás, ¿no? ¿Tú y tus fantasmas me protegeréis hasta que cumpla mi misión aquí?

—Tiene mi palabra, señora.

Un oficial subalterno vestido con el uniforme de la compañía personal de Lugo entró corriendo en la terraza tras ellos; sostenía una placa de datos.

—¡Comandante general! Una señal del capitán de la flota, señor. Ha entrado en combate con un grupo de combate hostil, señor, y…

Lugo tomó la placa bruscamente.

—Ya lo sé. Retírese. —Lugo leyó la pizarra de datos mientras el oficial se alejaba, desconcertado, y después se la entregó a Kaldenbach.

—Cuatro naves del archienemigo. Potentes, pero Esquine debería ser capaz de detenerlas.

—No podrá. —Su voz era suave, casi un susurro.

Gaunt miró fijamente a Lugo.

—Prepárese para un asalto terrestre —le insistió.

Lugo le sostuvo la mirada durante varios segundos. Gaunt prácticamente podía ver cómo su mente analizaba las distintas posibilidades, necesidades y probabilidades. Luego, cerró los ojos y suspiró profundamente.

—Haga lo que le dice —le ordenó al coronel de la compañía personal de Lugo.

—Comandante general, yo…

—¡Ahora mismo! —gritó Lugo, y Kaldenbach se dio la vuelta y echó a correr.

Aquello era interesante.

El lector de constantes vitales de Shumien había registrado el valor más alto de su pulso en diecisiete años. «Uno para el libro de registro», pensó.

Acababa de dar un giro tan cerrado que la fuerza de gravedad casi lo había aplastado y lo había cegado durante unos quince segundos. Parpadeó intensamente para hacer que sus estrujados globos oculares volvieran a enfocar.

«¿Dónde demonios está ese murciélago?».

Conectó los propulsores e hizo girar al aparato en una amplia maniobra de evasión. El fuego del ataque y las andanadas del enemigo brillaban y revoloteaban en la oscuridad que rodeaba la cubierta transparente. Vio un Lightning lejos, a su izquierda, con dos murciélagos a la cola. ¿Veintisiete? ¿Era Liebholtz?

Las ráfagas de láser tableteaban y picaban, salpicando la oscuridad, brillantes, y luego desaparecían. El Lightning se escurría, se escoraba y giraba, pero los murciélagos seguían a su estela.

—Veintisiete, veintisiete, giro cerrado a babor —dijo Shumlen a través del aparato de comunicación según se elevaba atravesando el fuego.

Un murciélago al que no había ni visto, con sus típicas alas en forma de uve doble y el cañón del morro emitiendo destellos, pasó de largo por encima de él y se alejó. Las alarmas de daños sonaron en el panel de instrumentos, y él las anuló.

Su pantalla de datos se movía de un lado a otro, y los puntos de mira oscilaban mientras volvía a girar.

—¡Están por todos sitios! ¡Por todos sitios! —chilló la voz de Liebholtz por el canal de comunicación.

—Cambia a uno ocho uno y vira de prisa —dijo Shumlen. Su pulgar temblaba sobre el botón de disparo situado en la parte superior de la palanca.

Estaba justo de frente. Puso los posquemadores al máximo de potencia y se cruzó con el Lightning que venía por delante. El murciélago más cercano, justo a su cola, apareció en pantalla, y los localizadores lo capturaron. Los puntos de mira se iluminaron y comenzaron a parpadear. Sonó el tono de adquisición de blanco, un creciente sonido agudo.

Apretó el botón e hizo un tonel. Sintió la sacudida del cañón, el movimiento rítmico de los cargadores automáticos.

El murciélago se convirtió en una brillante bola de fuego. Sus restos volaron hasta estrellarse con estrépito contra el fuselaje y la cubierta.

Liebholtz no estaba a salvo todavía. Intentaba salirse del vector horizontal.

«El típico chico de atmósfera», pensó Shumien. Liebholtz era un gran piloto, con un talento natural, pero procedía de la fuerza aérea planetaria, como muchos pilotos. Todavía pensaba en términos de arriba y abajo, derecha e izquierda.

Nada de eso. Cualquier piloto de caza espacial de verdad sabía eso. Y Shumlen era un piloto de caza espacial de verdad. Por supuesto, tan cerca de un planeta o de superinmensas naves existía un elemento gravitatorio que había que tener en cuenta, pero eso era una simple parte del juego.

Para luchar en el espacio se tenía que pensar en tres dimensiones al mismo tiempo.

Shumien elevó y dio la vuelta a su pájaro. Liebholtz estaba intentando recortar, pero el murciélago seguía pegado a él.

El punto de mira de la pantalla de datos de Shumlen seguía buscando de izquierda a derecha.

Vio el murciélago. Un interceptor de clase Locust, pintado con rayas de tigre. Morro largo, de cola doble, puntiagudo. El arma del morro ya estaba anunciando el destino final de Liebholtz.

Las últimas palabras inconexas de Liebholtz sonaron balbuceantes en el aparato de comunicación. Su pájaro se consumió en una brillante llamarada amarilla.

Shumlen tenía el murciélago, al asesino. Se desvió de un lado a otro, pero lo mantuvo en su campo. Dios Emperador, ese piloto era bueno.

Shumlen intentó alcanzarle, pero falló.

Apartó el pulgar para ahorrar munición. Le quedaba un treinta y siete por ciento de munición. Un misil. Quedaba un veintidós por ciento de combustible.

El Locust dio media vuelta sobre sí mismo y hacia atrás, y descendió orientado hacia el lado contrario y haciendo espirales.

Ingenioso…, pero no lo bastante. Shumlen lo sobrepasó y comenzó a descender hacia el inmenso horizonte del fuselaje del navío acorazado del archienemigo, lo que provocó a las baterías artilleras. No le fallaron. Tampoco el murciélago.

Las baterías comenzaron a martillar en cuanto Shumlen pasó a su lado, pero era demasiado rápido para que lo alcanzaran. Seguían disparando cuando el murciélago apareció a su cola, desesperado por abatir el pájaro de Shumlen.

El murciélago explotó en una desordenada lluvia de gases inflamados y restos del fuselaje.

Shumlen se dio la vuelta, fijó un objetivo casi inmediatamente y destrozó otro murciélago en el giro con una rítmica salva de su cañón.

Un proyectil lanzado desde algún sitio atravesó el ala izquierda y volvió a dar un

giro brusco, derecho hacia una ráfaga de fuego antiaéreo.

Shumien escapó, iniciando un profundo y amplio giro. Pilló rápidamente al murciélago cuando lo sobrepasó. Su cañón retembló.

Explotó como una flor y el fuselaje se despellejó en jirones plateados. Vio cómo el piloto se vaporizaba al intentar saltar.

Un fúnebre aviso sonó en sus instrumentos. Echó un vistazo al marcador de munición y vio lo peor. Marcaba cero. Y la cantidad de combustible tampoco era mucho mejor.

Dio la vuelta. Le quedaba un misil. Había llegado el momento de que demostrara su poder.

Pasando rápidamente por dentro y fuera de las tremendas ráfagas de disparos antiaéreos, se dirigió a toda velocidad hacia la proa del navío acorazado enemigo. Las cubiertas de lanzamiento de proa estaban abiertas como bocas en el morro de la bestia. Un misil allí…

Los murciélagos pasaban a su lado, persiguiendo a los Lightning. Más disparos antiaéreos, incandescentes. Un murciélago con un pájaro a su cola, disparándole.

La proa de la superinmensa nave descendió bajo él, y Shumien dio un giro brusco. Los propulsores quemaban los últimos restos de combustible mientras él se acercaba al último viaje de su carrera.

—¡Un comunicado! —gritó Kreff.

El capitán Wysmark no pareció oírle. Estaba en la consola central, ajustando los controles.

—¿Señor?

Un zumbido. Kreff podía oírlo. ¿Qué demonios era? Le estaba provocando dolor de oídos.

—¡Señor!

Wysmark alzó la mirada hacia él.

—¿Krefl?

—El Omnia Vincit nos ordena que nos unamos a la formación. El capitán de la flota dice que debemos sellar los compartimentos internos y volar la Troubadour.

—¿Es eso cierto?

Las manos de Wysmark bailaban sobre la consola central.

—¿Señor? —dijo Kreff, asustado—. Debemos lanzar un aviso de emergencia y despejar las compuertas antes de…

Un tremendo golpe sacudió tan violentamente el puente de la Navarre que Kreff salió despedido. Wysmark permaneció de pie.

La Navarre había volado las agarraderas y se había separado de la Troubadour en medio de una lluvia de fragmentos. En la operación se habían abierto tres de las

cubiertas exteriores al vacío espacial, aunque Wysmark había sellado las escotillas internas y, de ese modo, había impedido una ruptura total.

Aun así, noventa y seis hombres, que habían estado luchando por la vida de la Navarre durante la última media hora, fueron encerrados y empujados a la muerte por la drástica maniobra.

La Troubadour se alejó de la fragata, dejando caer restos y todo tipo de materiales. Se dirigió hacia los bancos centelleantes de las naves de peregrinos de la alta atmósfera.

Las máquinas se encendieron, la Navarre avanzó y se alejo del brillante planeta que tenía debajo.

Wysmark se hizo cargo del control de disparo en su consola y dispuso las baterías de la Navarre. Cuando la esfera actualidad le dio la solución, abrió fuego.

La Navarre voló la maltrecha Troubadour en millones de relucientes fragmentos.

—¡Señor! ¡Es necesario que nos incorporemos a la formación de la flota!

Kreff tartamudeó, incorporándose. Se había quedado atónito por la brutalidad del capitán. Los tripulantes de aquella nave habían muerto sin necesidad. Wysmark no le hizo caso, aunque la Navarre ya estaba dando la vuelta.

Kreff se colocó junto al capitán en la consola de control y miró la pantalla. Enginarium a plena potencia, escudo conectado, armas…, y una luz roja que Kreff no conocía. Kreff dio un respingo cuando se dio cuenta de que había una gota de sangre en la consola, retroiluminada por una runa del enginarium. Otra gota cayó junto a la anterior.

La sangre procedía del conducto lacrimal izquierdo del capitán. El zumbido se había vuelto fuerte, muy fuerte…

—¿Capitán?

—Solución de disparo, por favor.

—¿Solución de disparo? —Kreff retrocedió, estupefacto.

La Soistice, la nave gemela de la Navarre, estaba entonces a la vista, dispuesta de lado para hacer frente al enemigo.

—Ahora, por favor, Kreff.

—¡Señor, es una de las nuestras!

Los nudillos le aplastaron la nariz y le hicieron morderse un labio. Gritando de dolor y escupiendo sangre, Kreff cayó de lado.

—¡Capitán!

Zumbido, zumbido, zumbido…

La Navarre dio un bandazo cuando abrieron fuego sus lanzas de energía principales. Los rayos, a plena potencia, atravesaron el revestimiento del flanco de la Soistice y descubrieron sus cubiertas interiores al espacio. Los dos mil metros se encogieron como un papel de aluminio y se hicieron añicos. Un momento después,

los reactores explotaron. Donde había estado la Soistice, entonces sólo quedaba la bola blanca de una gran explosión.

La onda expansiva golpeó a la Navarre de frente. La nave dio una brusca sacudida como un corcel salvaje. Kreff cayó al suelo por tercera vez.

Boca abajo, alzó la vista hacia Wysmark. Llevaba diez años con el capitán, diez años de lealtad y amor. La sangre caía de la nariz y los ojos de Wysmark, y su expresión era de un extraño abandono.

Ya no era el oficial al que Kreff había seguido hasta el borde de la muerte demasiadas veces como para contarlas.

Kreff tanteó a ciegas la funda y sacó la pistola de servicio.

Wysmark, sin mirar, ya había sacado la pistola automática compacta que estaba sujeta bajo la consola central. Apuntó hacia abajo, hacia Kreff, y disparó sin dejar de prestar atención a la pantalla principal.

El primer disparo hizo añicos la pelvis de Kreff. El segundo le rompió tres costillas y le perforó un pulmón. El tercero le pulverizó la oreja derecha y lo tumbó contra el recubrimiento de la cubierta.

Sin aliento por el dolor, sollozando y con la respiración entrecortada, Kreff se quedó tumbado sobre un creciente charco de su propia sangre. Levantó la pistola con una mano temblorosa y disparó a Wysmark en un lado de la cabeza.

Wysmark se tambaleó. El impacto del disparo le hizo oscilar. El lado izquierdo del cráneo explotó hacia fuera, y tejido sangriento goteó sobre su cuello trenzado.

Cayó hacia la izquierda, con pesadez.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —dijo Kreff, entrecortadamente.

Los alféreces y los criados corrieron hacia él y lo levantaron.

—¡Navarre al Omnia Vincit! ¡Navarre al Omnia Vincit! —gritó Kreff por el aparato de comunicación.

—La Soistice… ha desaparecido… —tartamudeó Valdeemer.

—¿Desaparecido? ¿Cómo? —preguntó Esquine.

—La Navarre… le ha disparado. Ha sido un disparo directo y sostenido en mitad de la nave.

—Los herejes han tomado la Navarre. ¡Que el Emperador nos proteja!

—¿Cuáles son sus órdenes, señor? —preguntó Velosade.

—Limpie mi nave —dijo Esquine. Había lágrimas de furia en sus ojos implantados.

—¡Soluciones de disparo! ¡La Navarre! —gritó Velosade.

Las baterías laterales del Omnia Vincit se encendieron y permanecieron encendidas. El escudo protector de la Navarre absorbió el implacable bombardeo durante varios segundos enroscándose y titilando como cristal derretido. Luego,

comenzó a doblarse y a fallar. La Navarre se escoró, mientras el fuselaje se deshacía y prendía fuego. Los impulsores gravitatorios se apagaron y comenzó a caer; primero, por la popa, hacia el pozo de gravedad del planeta. Una inmensa explosión interna la desintegró antes de que entrara en la atmósfera.

En el puente de la Navarre, el segundo comandante Kreff estaba intentando todavía comunicar con el Omnia Vincit por el canal de la flota cuando le llegó la muerte.

Los restos de la Navarre cayeron sobre la superficie de Herodor y se convirtieron en meteoritos en la atmósfera superior.

Uno de esos meteoritos era una cápsula de escape de diseño estándar. La cápsula se balanceaba y daba vueltas de forma violenta, vibrando y repiqueteando mientras caía en picado.

Los dos psíquicos enanos chillaban de terror, sobrecogidos por cada bandazo. El gran hombre vestido con ropas de seda verde murmuraba palabras tranquilizadoras de calma y consuelo hacía ellos, como si fueran sus hijos, y los agarraba firmemente con sus grandes brazos tatuados.

—Ya casi hemos llegado —dijo el Pater Pecado—. Casi hemos llegado.

—¿Preparado para esto? —preguntó alegremente Mkvenner.

Gol Kolea enderezó la pechera de su chaqueta de faena y asintió. Hombro con hombro, atravesaron la entrada del acuartelamiento de los de Tanith.

La llamada del amanecer había sonado unos minutos antes, y los soldados se estaban despertando. Los cacharros de agua repicaban sobre los hornillos, y los hombres se vestían.

Era exactamente lo mismo cada mañana para la Guardia Imperial, simple rutina. Sólo el sitio, un scholarn por lo que parecía, según pensó Kolea, era diferente.

Le hizo sonreír.

—Buenos días, Gol —dijo Obel, pasando a su lado.

Kolea asintió. Nadie le volvió a mirar. La noticia no había llegado todavía.

Deambuló por las filas de literas, mirando a su alrededor; deseaba ver caras familiares. Podía sentir un pequeño dolor en el fondo de su corazón al ver que algunas caras no estaban allí. Muril, Piet Gutes… Prueba otra vez Bragg…

—Este es el tuyo —dijo Mkvenner.

Kolea se detuvo y se sentó sobre una litera que estaba sin hacer. Su petate estaba allí.

Echó una mirada a Mkvenner. El delgado tanith le miró fijamente y sacudió la cabeza.

—Una noche que no olvidaré. Un favor que pretendo devolver.

—No es necesario, Ven.

—Me salvaste la vida —dijo Mkvenner—. Tendrás que dejarme que te compense.

Kolea sonrió.

—Te veré más tarde, Kolea —dijo Mkvenner, y se fue del dormitorio.

Kolea se sentó un momento, mientras el bullicio continuaba a su alrededor. Se quitó la chaqueta y la camiseta, y abrió el petate para buscar una camisa limpia. El peso de la efigie en yeso que estaba en el bolsillo de la chaqueta le recordó que seguía allí. La sacó, la miró durante un momento y la metió en el petate para que estuviera segura.

Encontró un chaleco doblado y lo estiró para ponérselo.

—¿Sabes cómo vestirte, eh, cabeza hueca?

Kolea alzó la vista. Cuu andaba por allí, vestido en calzoncillos, fresco de la ducha. Tenía una toalla sobre el hombro. La enfermiza piel blanca de su flaco y firme torso estaba recubierta de tatuajes. Miró desdeñosamente a Kolea.

—¿Quieres ayuda, cabeza hueca? ¿Quieres que te ayude a vestirte, cabeza hueca? —La voz de Cuu era queda, pero aguda—. ¿Quieres que te limpie el culo también? Seguro que sí.

Soltó una carcajada.

—Deberías haberte librado de lo del asesinato mientras yo estaba ausente —dijo Kolea con voz suave.

—¿Qué?

—Siempre has sido un saco de mierda, Cuu, pero ¿intimidar a un veterano con daños cerebrales? ¿Dónde narices está tu sentido de honor del regimiento, forúnculo asqueroso?

Los ojos y la boca de Cuu se abrieron de par en par. Dio un paso atrás. La gente que tenía alrededor se había quedado en silencio.

Kolea se puso en pie. Se alzó sobre el soldado, y su torso y brazos desnudos parecieron inmensos, sobre todo al lado del huesudo cuerpo de Cuu.

—Tú…, tú… —tartamudeó Cuu.

—Sí, yo. He vuelto. Ahora lárgate antes de que te rompa ese cuello de roedor.

Cuu echó a correr.

—¿Sargento? —dijo Lubba, levantándose de su litera. Estaba mirando a Gol, parpadeando rápidamente—. ¿Sargento?

—Buenos días, Lubba. ¿Qué, qué tal va todo? —dijo Kolea alegremente, cruzándose de brazos.

Se extendían los susurros; las conversaciones eran rápidas.

—¿Gol? —dijo Corbec, que apareció por detrás de la última fila y se acercó a él. Mkvenner estaba a su lado.

—Hola, señor.

Corbec meneó su peluda cabeza.

—Gaunt me contó lo que ocurrió, pero me lo estaba guardando hasta…, hasta… ¡Mierda! ¿Qué pasó?

—Bueno, es una cosa curiosa… —comenzó a decir Kolea. El resto de la frase se perdió ante la aplastante presión del abrazo de oso de Corbec.

—Me da la impresión de que su retorno ha sido muy popular —dijo Dorden.

Zweil se reía entre dientes y asentía. El médico empujó la silla de Zweil entre las filas de literas vacías en dirección a la numerosa y vociferante concentración de soldados que se había reunido en el centro de la sala del acuartelamiento. Kolea estaba en medio de todo ello, riendo y charlando, contestando la avalancha de nerviosas preguntas lo mejor que podía.

Todo el mundo estaba allí, dejando a un lado las prácticas de la mañana. Alguien había encargado cajas de barras de pan calientes de una panadería cercana, y los avitualladores habían llegado ya con carretillas de ruedas cargadas de grandes recipientes con cafeína caliente.

«No, no todo el mundo», advirtió Dorden. A cierta distancia, entre las filas de literas, vio a Lijah Cuu, vistiéndose. De vez en cuando, Cuu alzaba la vista, cuando las risas de la multitud subían de tono.

—Venga, cuéntalo otra vez… —dijo Varl—. ¿Qué hiciste?

Kolea se encogió de hombros.

—No lo recuerdo bien. Estaba preocupado por Ven, y alguien había dicho que los baños curaban todas las heridas.

—Eso es lo que dicen —asintió Lubba, solemnemente.

—¿Y ella te curó? —preguntó Soric.

—Supongo. En realidad, creo que ella curó a Ven. Yo estaba sencillamente en medio.

Los fantasmas se echaron a reír.

—¿Me habéis oído quejarme? —preguntó Mkvenner.

—¿Me curará? —preguntó Varl, llevándose la mano al hombro implantado.

—Ni hablar, Ceg. Sólo cura a los que se lo merecen.

Otro vendaval de risas.

—¿Y qué tal a mí? —preguntó Domor.

—Tú lo tienes tan mal como Varl, Shoggy —dijo Kolea—. Y además, tú no podrías estar sin esa visión mejorada, ¿no?

Domor se encogió de hombros.

—El Emperador protege —admitió.

—¿Y yo? —gritó Larkin desde la parte trasera.

—No sé, Larks. ¿Qué te pasa a ti?

—¿Por dónde empezamos? —espetó Bonin.

La gente estalló otra vez en carcajadas.

—¿Me curará? —preguntó Chiria con voz tranquila.

Kolea se quedó mirando a la cara llena de cicatrices. Nunca había sido guapa, pero él sabía que las cicatrices del rostro eran lo peor que le podría haber ocurrido. Suspiró.

—¿Quién sabe? Se lo preguntaré.

Chiria sonrió. Nessa le puso el brazo alrededor.

—Supongo que tú querrás que te devuelvan tu pelotón, Gol —dijo Criid.

Kolea sacudió la cabeza.

—Veo que has hecho un buen trabajo, sargento. Será un honor estar a tus órdenes.

Se escucharon vítores y gritos de alegría. Criid se sonrojó, y Caffran le echó una mirada con una orgullosa sonrisa.

—Necesito darte las gracias —dijo Kolea cuando disminuyeron las voces.

—¿A mí? —preguntó Criid—. Debería ser al revés. Ya me has salvado dos veces la vida, y la primera vez resultaste… herido.

—Tal vez. Pero la segunda vez me curaron. No recuerdo mucho sobre ello, como ya te habrás percatado, pero cuando te encontré en aquella calle, tenías esto…, esta especie de efigie en tu bolsillo. Un busto de yeso. Una cosa horrible, en realidad.

Criid asintió.

—Un viejo me lo dio. Un peregrino. Fue en Las Vidrieras estaba intentando agradecerme que le hubiera cuidado.

—Yo lo encontré. La figurilla me recordó…, me recordó a mi enorme cabeza. Me hizo pensar en la santa y en cómo curaba a la gente. Creo que eso es lo que me hizo llevar a Ven al balneario.

—No parabas de hablar de ese maldito espanto —confirmó Mkvenner.

—Es tuya en todo caso —dijo Kolea, mirando a Criid—. Yo sólo estaba guardándotela.

Ella se encogió de hombros.

—No la quiero. Ofende la vista. Sólo me alegro de que haya servido para algo.

—Me gustaría verla, si puedo —dijo Zweil, arrastrando las palabras.

El grupo se apartó educadamente para dejar entrar al médico y al anciano que llevaba en la silla. Zweil se en sentó un ángulo raro. La mitad de su cara estaba curiosamente.

—Por supuesto, padre —dijo Kolea.

—Normalmente, no me molestaría con baratijas como esta —dijo Zweil, pronunciando cuidadosamente cada palabra—, pero mis hermanos exigen que se examine hasta el último detalle que rodee un milagro palpable. Es el orden Sagrado de las cosas.

—Está en mi petate —dijo Kolea, echando un vistazo hacía los soldados.

—Yo se lo llevo, sargento —dijo Criid, que se soltó del firme abrazo de Caffran y se abrió camino entre la multitud.

—Entonces, ¿qué se siente? —dijo Feygor, cuya voz era gutural y tan monótona como un aparato de comunicaciones—. ¿Duele?

—¿Qué?

—El milagro, hombre.

—Sí —dijo Zweíl, asintiendo—. ¿Qué se siente, Gol?

—Yo mismo me estaba preguntando eso —añadió Dorden.

—Pues… —comenzó a decir Kolea.

Por detrás de ella, se reían a carcajadas y gritaban. Criid avanzó entre las filas de catres vacíos. Podía sentir la sonrisa en su cara. No se iba a ir, Kolea había vuelto. ¡Kolea había vuelto! Ese debía de ser probablemente el mejor día de su vida, junto con el día en que la nombraron sargento y el día en que Caff le dijo que la quería.

Había echado de menos a Kolea tanto que no se había dado cuenta, y sabía muy bien todo lo que le debía. Habría muerto en las calles de Ouranberg si no hubiera sido por él.

Encontró la litera de Kolea y se puso a buscar en su petate. Todo estaba tan ordenado, toda la ropa doblada y planchada. Kolea la odiaría por el lío que estaba armando.

No había rastro alguno de la efigie. Tumbó el petate y dejó caer el contenido sobre el colchón. Ropa, cajas de munición, los utensilios de afeitado, los de limpieza de las botas, una baraja, unas impresiones hololíticas metidas en un sobre amarillento. Y la efigie. ¡Qué fea era! El acabado de colores chillones era peor de lo que ella recordaba.

La puso a un lado y comenzó a poner las cosas de Kolea en su sitio. Las imágenes se cayeron del viejo sobre cuando lo agarró.

Se quedó mirándolas.

Un hombre. Una mujer. Un niño pequeño. Un bebé. Imágenes de grupo e individuales. Un padre sosteniendo a su recién nacido. Una madre y sus niños.

El hombre era Gol Kolea. Más joven, cierto. Más limpio. En una de ellas estaba vestido de minero.

Se quedó helada.

Aunque eran varios años más jóvenes, reconoció las caras: los niños: Dalin y Yoncy. También reconoció a la madre, que sólo había visto durante unos breves minutos en la estación de transporte C4/a, en la colmena Vervun. Criid había intentado ayudarla con el bebé y el carrito. En ese momento, comenzaron a caer los proyectiles.

¡Mierda! Había visto morir a esa mujer, a la mujer de las imágenes. La madre de los niños que Criid ya consideraba suyos. Por qué demonios tenía Gol Kolea esas

imágenes en su…

—¡No! —dijo ella—. ¡Por el sagrado Emperador, no!

Se incorporó y cayó al suelo, arrastrando consigo el petate abierto. Las cosas de Kolea se esparcieron por el suelo. Comenzó a buscarlas, las recogió y volvió a meterlas en la bolsa.

Una alarma saltó y sonó tan alta que le hizo dar un respingo.

—Siento interrumpir, señoras —gritó Rawne, cuya voz pareció cualquier cosa menos un lamento. Se abrió camino entre la masa de fantasmas que estaban alrededor de Kolea. Los cláxones aullaban—. Es hora de ponerse a trabajar. El archienemigo está en órbita y entrando, y esperamos un ataque terrestre en masa en el plazo de una hora. Vístanse, tomen su equipo, prepárense y pónganse en movimiento. Si tienen inclinaciones religiosas, rueguen una bendición al Dios Emperador. Si no son religiosos, pongan la cabeza entre las piernas y despídanse con un beso en su puñetero culo. Ha llegado la hora, la hora de la verdad.

El grupo de fantasmas se disolvió inmediatamente y los soldados corrieron hacia las literas. Forcejearon con los uniformes y prepararon las armas.

—¿Tan mal pinta la cosa? —preguntó Corbec, caminando al lado de Rawne.

—Peor de lo que te puedas imaginar —replicó el mayor.

Ya venían. El Incarnadine, el Cicatriz, el Daño Sangriento. Volaban uno junto a otro como perros de caza, moviéndose a veinte grados del plano de la eclíptica. ¿Y el Revenant? ¿Dónde estaba?

Protegiendo el flanco en dirección al sol, el Revenant hacía desaparecer las naves de peregrinos. Ya había destruido todo los transportes del convoy de ayuda.

Esquine se puso en tensión. Aquello todavía era manejable. Todavía quedaba una posibilidad táctica. Tenía tres naves. El Omnia Vincit era un buque insignia de un inmenso poder. El Laudate Divinitus también estaba capacitado. La fragata Gloria de Cadia tendría que estar a la altura de las circunstancias.

Sus comandantes aparecieron ante él en la cubierta del strategium, como holoformas rojas: el capitán Cask de la Glorία de Cadia y el capitán Massinga del Laudate Divinitus.

—El Emperador que nos da la vida también nos pone a prueba ahora —dijo Esquine.

Ambas holoformas asintieron.

—Las probabilidades no son nulas, aunque sí que tenemos todas las de perder. Massinga, el Revenant es suyo. Mándelo infierno con todos sus hombres.

—Lo haré, capitán de flota.

—Cask, conmigo. Nos tomamos esta batalla muy en serio.

—El Emperador protege —crepitó la holoforma de Cask por el aparato de

comunicación.

—¡Velocidad de ataque! —ordenó Esquine.

—¡Velocidad de ataque! —transmitió Velosade por el estrategium.

Valdeemer se echó hacia atrás contra un mamparo.

Su corazón ya iba a toda velocidad.

El gigantesco acorazado Omnia Vincit, flanqueado por su acompañante la fragata Gloria de Cadia, mucho más pequeña, se alejaron a toda velocidad de la fría luz de Herodor en dirección al trío de navíos acorazados del archienemigo.

Después de navegar junto a ellos, el crucero pesado Lauedate Divinitus dio un giro a babor y conectó sus propulsores en dirección hacia el Revenant.

El Revenant estaba atacando las naves de peregrinos y las hacía estallar como blancos de papel en la banqueta de un artista de circo. Algunos comenzaron a correr. Eso, sencillamente, proporcionó al Revenant algunas soluciones móviles.

Sus armas revolvían la madeja translúcida de la atmósfera superior. Las naves explotaban y ardían.

Una ráfaga de torpedos del cercano crucero pesado desestabilizó el escudo protector del Revenant, que dio un giro para hacer frente al navío del Imperio.

El tamaño del crucero pesado era la tercera parte de la nave enemiga punteada de oro. Su pantalla anticazas se extendió como una nube de polvo, y fue contrarrestada inmediatamente por la pantalla del rival. Según se acercaban los inmensos navíos, escupiendo haces de luz y rociadas de plasma, los pequeños cazas giraban unos alrededor de los otros, nube contra nube, con las partículas de polvo arremolinándose hasta el infinito.

El Laudate Divinitus lanzó una descarga de lanzas de energía y torpedos. El Revenant disparó a su vez, desplegando sus resplandecientes escudos blancos. Lanzó su propia andanada de cañones de costado según volaba a través de la proa del Laudate Divinitus.

El crucero pesado imperial se estremeció. Uno de los escudos se resquebrajó. Replicó al fuego.

El Revenant hizo virar su parte posterior, girando su proa en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Se quedó delante del Laudate Divinitus, de frente al escudo averiado.

Disparó sus lanzas de energía principales.

El Laudate Divinitus no explotó. Se hizo pedazos en una serie de convulsiones y sacudidas. El último estremecimiento lanzó al enginarium y despidió una onda expansiva que destruyó nueve naves de peregrinos que estaban ancladas.

El Revenant descendió hasta los finos límites de la atmósfera superior y comenzó a vomitar cápsulas de desembarco y naves de aterrizaje.

Cientos de ellas.

La Gloria de Cadia alcanzó al Cicatriz con tanta fuerza y de forma tan sostenida que comenzó a arder. Esquine estaba saboreando la victoria cuando vio que la nave enemiga giraba.

El Cicatriz, inmolándose, consumió los restos de potencia que le quedaban propulsándose hacia adelante. Se estrelló contra la parte central de la Gloria de Cadia, y ambas naves se quedaron enganchadas y ardiendo como una pequeña estrella en una órbita cercana.

El Daño Sangriento y el inmenso Incarnadine estaban machacando al Omnia Vincit con sus baterías. Esquine sentía el dolor de los escudos.

—Apunte a la nave principal, Velosade —dijo entrecortadamente.

Shumlen aceleró el impulso y entró en la gran abertura iluminada de la cubierta de lanzamiento de estribor del Incardine. Sintió cómo la fuerza de los propulsores le aplastaba contra el asiento gravitatorio. Su pantalla de datos localizo la entrada del hangar.

Le quedaba un misil.

Algo volaba hacia él.

Sí, un murciélago, y era realmente como un murciélago. Una forma oscura y encorvada. Pequeño, rápido, no una nave de clase Locust; de eso, estaba seguro. Algo xenológico, muy xenológico.

Ladeó la nave, buscando. El murciélago voló alrededor y se puso detrás de él. Shumlen intentó virar para conseguir un ángulo que le permitiera librarse de su último misil. El murciélago no lo soltaba.

Shumien volvió a intentarlo, y de nuevo otra vez. No podía despistarlo.

Hizo un giro desesperado en un último intento y sonó el aviso de pérdida de control.

Se había acabado el combustible. Iba a la deriva.

El murciélago pasó a su lado, y luego dio la vuelta. Se deslizó y se situó junto a él.

Shumlen se quedó mirándolo. Sus sistemas de reconocimiento de diseños emitieron la señal de confirmación.

Un Rayen.

Una nave de ataque de la clase Rayen de los eldars oscuros.

Se quedó suspendido a su lado durante un momento y después siguió volando.

Su Lightning se había quedado sin energía. Shumlen miró alrededor, hacia el espacio. La gran superestructura del Incarardine venía en dirección a él.

Y se lo encontró como si fuera la pared de un desfiladero. Su minúscula nave produjo un breve estallido y una llamarada cuando se estampó contra la inmensa proa del navío acorazado. El Incarnadine ni siquiera lo detectó.

El Rayen, que estaba volando en círculos alrededor, hizo oscilar sus dentadas alas una vez para reconocer la caída de un buen piloto, y luego dio un giro y salió disparado hacia el brillo pálido de Herodor.

La luz amarilla de la consola de control del elegante Rayen se reflejaba en la cara de Skarwael, de piel blanca y tensa. Estaba sonriendo entre dientes, un mero rictus.

El sangriento juego seguía en pie.

Todas las alarmas y bocinas de Ciudad Beati estaban sonando. Incluso los grandes cuernos de llamada a la oración de los barrios de la ciudad aullaban con terribles notas en escalada. Los escudos de tormenta comenzaron a cerrarse en todas las ventanas, plataformas y aperturas de las torres colmena, y por todo el recinto interno de la ciudad. Revestimientos segmentados se deslizaban sobre las cúpulas de cristal de las granjas agropónicas para su protección.

Había un gran tumulto en las calles. Los ciudadanos escapaban en masa hacia los búnkers de los niveles subterráneos, los sótanos de tormenta y los niveles inferiores de las torres colmena. Técnicamente, todo el mundo tenía asignado un refugio, pero los protocolos eran antiguos y no se habían utilizado durante generaciones. Los ciudadanos los ignoraban, o nunca habían sabido de ellos, y huían histéricos al refugio más cercano.

Las autopistas y vías principales del centro de la ciudad y de los distritos de la periferia estaban inundadas por el tráfico de automóviles. Muy buena parte de él ya se encontraba en la calle desde el amanecer, aumentado por los vehículos particulares, que cruzaban la ciudad hacia imaginados lugares seguros. El tráfico bloqueaba las rutas. Las colas eran continuas, y los vehículos se tocaban en algunos sitios. Los transportes eran rápidamente abandonados. En algunas calles de las afueras y en las carreteras sólo se veían filas de vehículos inmóviles, algunos con el motor todavía en marcha, y la mayor parte, con las puertas y las escotillas abiertas.

El cuartel central del regimiento Civitas Beati era un impresionante torreón que dominaba la Principal I, en la zona alta de la ciudad, entre las gigantescas masas de las torres colmena una y dos. El regimiento se estaba agrupando, y se dividía en grupos en el patio principal del interior de las murallas. Las columnas de transportes blindados de tropas y unidades blindadas ligeras retumbaban en las rampas de los garajes situados bajo el torreón, dirigidos por oficiales a los puntos de embarque, donde en teoría recogerían las escuadras que tenían asignadas. No había tiempo para dar instrucciones. Serían entregadas en ruta por medio del mando táctico. Todo lo que sabían era que estaban siguiendo la Respuesta de Asalto Terrestre 3, una de las estrategias de emergencia preestablecidas por Biagi.

El propio Timon Biagi estaba de pie en la cubierta abierta de un vehículo de mando blindado. Escuchaba al mando táctico por el auricular mientras observaba la

formación. Los soldados, algunos todavía abrochándose la armadura, salían en tropel al patio y pasaban en fila junto a las plataformas de los armadores para recoger la munición y las provisiones de combate. Biagi era el mariscal número doscientos veinticinco en la historia de la ciudad. A partir de ese momento, los historiadores sólo pensarían en su nombre, y nada más que en su nombre, cuando estudiaran el regimiento Civitas Beati. Por que él sería el mariscal que habría estado al lado de Sabbat en su retorno. Se preguntó si le recordarían como a Kiodrus, un segundo Kíodrus. Le agradaba la idea.

Biagi alzó la vista hacia el cielo. Tenía una claridad desacostumbrada para la estación en la que estaban, y el amanecer violeta se estaba convirtiendo en una fría y blanca bruma. El futuro se estaba haciendo visible en una esquina del cielo. Destellos y luces estroboscópicas, un racimo de centelleantes bandas apenas observables en el creciente resplandor, identificaban la monumental guerra que estaba teniendo lugar en el espacio orbital. «Una guerra entre dioses», pensó Biagi.

Desde donde estaba, parecían fuegos artificiales.

Los miembros de los fantasmas y la compañía personal de Lugo salieron de las torres colmena en filas de camiones y transportes de tropas, y se dirigieron hacia los alrededores de la ciudad. Los tanques y orugas blindados de la compañía personal abrían el camino, apartando y haciendo añicos las filas de vehículos inmóviles y abandonados que bloqueaban las vías principales e intersecciones.

Gaunt viajaba en un Salamander con Corbec y Hark. Las plataformas artilleras Hydra fueron junto a ellos unas cuantas calles, y luego viraron a izquierda y derecha para ocupar buenas posiciones de tiro en las plazas abiertas de las accidentadas cercanías de la ciudad.

—¿Este es el plan de Lugo? —preguntó Hark.

Gaunt sacudió la cabeza.

—Él se atribuirá el mérito, pero en realidad es de Kaldenbach.

—Ya me parecía a mí que era demasiado inteligente para ese fullero —dijo Corbec antes de echar un vistazo a la mirada desaprobadora de Hark—. ¿He dicho eso en alto? —sonrió.

El plan consistía en reunir a las mejores tropas en el centro gráfico de la ciudad, cerca del fondo de la Bajada del Gremio, y esperar. Incluso juntos, los de Tanith, la compañía personal, el regimiento Civitas Beati y la Fuerza de Defensa Planetaria de Herodor ni se acercaban a los efectivos necesarios para acordonar todo el perímetro de la extensa ciudad. El primer administrador Leger había trasladado incluso a los arbites a las fuerzas de la milicia civil local para reforzar la presencia militar, y aun así carecían del número necesario.

Las fuerzas del Imperio se quedarían en el centro, equidistante de cualquiera de los extremos de la ciudad, y esperarían para ver desde qué dirección venía el ataque

terrestre. Entonces, responderían rápidamente, utilizando los transportes, y concentrarían sus esfuerzos en esa zona en concreto.

Era imposible saber de dónde vendría la primera oleada del ataque. Gaunt había participado en bastantes combates desde órbita, como atacante o como defensor, para pensar de otra manera. Había demasiadas variables.

A juzgar por los datos que tenían y por lo que Gaunt sabía había al menos cuatro navíos acorazados archienemigos por encima de ellos. Sin oposición, su potencia de fuego combinada podría asolar Ciudad Beati hasta los cimientos: calles, habitáculos, torres colmena, incluso hasta los refugios subterráneos blindados. Si el enemigo decidía no molestarse con la complejidad y esfuerzo que requería un ataque terrestre y simplemente se decidía por una matanza, esa guerra acabaría antes de haber comenzado.

Gaunt contaba con una cosa que podía salvarlos.

—¡Señor!

Gaunt miró alrededor en respuesta a la llamada de Corbec. El coronel estaba señalando el cielo en dirección norte.

Allí en lo alto, vetas de fuego naranja rajaban la pálida atmósfera. Unas pocas docenas al principio, y luego más; cientos más. Como una lluvia de meteoritos, caían desde una órbita a mucha altura, hacia el norte, y dibujaban larga y perfectas estelas de llamas y vapor en el cielo que tenían a su espalda.

No eran meteoritos.

Gaunt vio unos destellos lejanos en el horizonte norte, como si se tratara del primer impacto. Un segundo más tarde un sonido distante, como un trueno ininterrumpido, resonó desde el Gran Obsidae Occidental.

Cápsulas de desembarco. Durante medio segundo Gaunt se sintió aliviado. El archienemigo se había decidido por el ataque terrestre después de todo. Luego lo volvió a sopesar. La muerte no iba ser rápida y general. Iba a ser lenta, dolorosa y difícil.

Pero, al menos, si ese era el caso, él y sus hombres tendrían la oportunidad de que fuera mutua.

—¡Alférez! ¡Alférez!

Una voz sonaba en el sueño de Valdeemer, llamándole, y no había manera de que desapareciera.

Parpadeó y se encontró tumbado boca arriba en el strategium del Omnia Vincit.

—¡Alférez Valdeemer! ¿Está usted vivo?

Valdeemer se sentó y miró alrededor. El aire estaba lleno de humo, había luces de alarma intermitentes, y sonaban los funestos chirridos de las bocinas y las alarmas de daños.

—¡Alférez!

Se incorporó. La cubierta sufrió una convulsión, y él recuperó el equilibrio apoyándose en una consola. El servidor de la tripulación de la consola seguía trabajando a un ritmo furioso; sus manos artificiales sobrevolaban la pantalla. El ser mecánico era totalmente ajeno al caos que los rodeaba.

Valdeemer sacudió la cabeza, intentando despejar el abotargamiento. La sangre salpicaba la cubierta. Alzó la mano y sintió un corte profundo en la frente.

Habían sido alcanzados.

Estaba junto a Esquine cuando el torpedo había impactado bajo la torre del puente. Recordaba la abrumadora conmoción, los cuerpos volando. Eso era. Había salido despedido contra la cubierta.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

—¡Alférez!

Se dirigió tambaleándose hacia el trono del capitán de la flota Esquine.

—¿Señor?

—Le necesito para que se haga cargo de la estación principal. ¿Puede hacerlo?

Esquine parecía tener dolores, lo estaba pasando mal, pero nada que pudiera verse con claridad.

—¿Señor? Ese es el puesto del comandante.

—Hágalo.

Valdeemer se dio la vuelta y atravesó rápidamente el humo en dirección a la estación principal. Había restos chamuscados y paneles caídos desparramados por toda la cubierta. Tuvo que pasar por encima de varios cuerpos. Tripulantes, ayudas de cubierta, servidores, habían sido descuartizados por la fuerza de la explosión o habían muerto a causa de los restos despedidos.

Uno de ellos era Velosade. Una pieza del recubrimiento de la cubierta del tamaño de un plato casi le había decapitado, aunque no totalmente.

Tragando saliva, Valdeemer llegó a la estación y repasó el tablero: tres escudos averiados, dos roturas del fuselaje, fuego de la cubierta siete a la dieciocho, y también en el muelle de transportadores cuatro. Las lanzas de energía no funcionan. La integridad estructural se había reducido al cuarenta y siete por ciento.

—Ayúdeme, Valdeemer —susurró Esquine, flexionando los dedos.

Valdeemer intentó formarse un plan mentalmente. Sus dedos volaban por la consola, activando y desactivando runas según se encendían, trayendo lecturas a pantalla —enginariun, estructurales, escudos, cubierta a cubierta— y luego cancelándolas. Desvió la potencia de la gran tormenta de fuego la cubierta ocho. Anuló dos nódulos cogitadores dañados de la cubierta once y recuperó la lanza de energía número tres. Sello las escotillas de las cubiertas que no se habían cerrado automaticamente y cortó el suministro de oxígeno que alimentaba los fuegos de las

cubiertas inferiores. Apagó el segundo reactor que había entrado en zona roja y estaba claramente dañado, y añadió potencia suplementaria procedente del reactor de emergencia situado en la panza del Omnia Vincit.

¿Por qué no había hecho Esquine esas cosas? Eran cosas obvias, estándar. La gran nave capitana estaba sangrando y ardía herida de muerte, y Esquine ni siquiera había comenzado a aplicar los procedimientos de emergencia.

—¿Informe?

—Los daños están controlados. He recuperado una lanza de energía. La nave está muy débil, pero me gustaría desviar toda la potencia de los motores a los escudos.

—¡Hágalo, Valdeemer!

—Ne… necesito el código de activación, señor. ¡No autorizado por mi rango!

—¡El código es Vesta uno uno uno dos tres!

Las manos ensangrentadas de Valdeemer temblaban mientras introducían el código. Desvió la potencia haciendo caso omiso de los gruñidos de protesta de los tecnosacerdotes.

—¿Pantalla anticazas? —urgió Esquine.

—Prácticamente desaparecida. Sus pequeñas naves están por todas partes.

—¿Dónde está el enemigo? —preguntó Esquine.

Valdeemer se dio la vuelta para mirar al capitán de la flota.

—El Incarnadine nos flanquea por babor, señor, y nos está lanzando andanadas de costado a toda potencia y de forma sostenida. Los escudos están al treinta y cinco por ciento. El Daño Sangriento está a estribor, junto a la proa, preparando las lanzas de energía principales. Señor, ¿no puede ver todo esto?

—No —dijo Esquine, con una voz apenas audible sobre el ruido de las alarmas y el aparato de comunicación.

El impacto del torpedo había vaporizado el vínculo de impulso cerebral del capitán de la flota, había cortado su conexión con la inmensa nave. Estaba ciego y sordo, y no tenía enlace alguno por telepresencia o cable con el Omnia Vincit, excepto por las ondas de dolor que manaban de la nave a él cuando recibía algún impacto.

—Sagrada Terra… —dejó escapar Valdeemer cuando lo comprendió. Eso quería decir que estaba al mando. Él, un alférez de segundo grado, estaba realmente al mando del navío acorazado imperial Omnia Vincit.

¿Cuántas veces había soñado con el mando? ¿Cuántas horas había pasado suspirando por un puesto así?

Pero no de esa manera. Dios de Terra, no de esa manera…

—¿Órdenes, comandante de flota? —gritó por encima del estruendo.

La respuesta de Esquine fue un simple susurro.

—Mátelos a todos…, y si no puede hacer eso, haga que paguen en un alto precio

por nuestras vidas.

El Incarnadine utilizó sus propulsores de posición para acercarse aún más al herido Omnia Vincit. Sus baterías de babor mantenían un salvaje bombardeo. Los constantes barridos de escáner del Incarnadine al Omnia Víncit mostraban que estaba acabado, con toda la potencia de sus reactores canalizada de los motores a los escudos. Aunque muy bien protegido, no dejaba de ser un blanco inmóvil.

El Daño Sangriento, situado a proa y babor del acorazado imperial, comenzó a concentrar sus lanzamientos de lanzas de energía en los puntos débiles de la protección, a las apresuradas protecciones solapadas que apenas cubrían la herida ocasionada por el torpedo que había volado el quinto escudo dorsal y había lisiado al comandante de la flota.

El Omnia Vincit tembló cuando el Daño Sangriento consiguió acertar con un buen disparo. Una enorme sección del fuselaje exterior se hizo añicos y salió despedida.

El Omnia Vincit abrió fuego con su reactivada lanza de energía y alcanzó los escudos del Daño Sangriento con tanta fuerza que lo obligó a retroceder. Los artilleros imperiales, sudorosos y medio muertos, gritaron de alegría.

Las flotas de cazas del Incarnadine y del Daño Sangriento, que ya había aniquilado la pantalla anticazas del Omnia Vincit, concentraron sus esfuerzos en el muelle de transportadores del lado de estribor. El último de los Lightning fue pulverizado por las oleadas de Locust —murciélagos, como les denominaban en la jerga de la marina imperial—, con sus armas y el destello de sus cañones.

Tres Locust consiguieron entrar en la boca de la cubierta. Uno fue destruido por los emplazamientos de las torretas antiaéreas de la cubierta de vuelo. El segundo también fue alcanzado por los disparos antiaéreos, pero consiguió disparar sus seis misiles en el interior de la bodega de transporte de que lo derribaran.

El tercero, acelerando a velocidad hipersónica, logró en entrar en la cubierta principal de lanzamiento, aun hecho trizas como iba, y viró a la derecha hacia el muelle de carga de municiones. Allí, justo antes de que se quedara de forma catastrófica sin espacio para volar, dejó ir la carga explosiva en los ascensores de recarga automática situados bajo la cubierta que llevaban las municiones al transportador desde el corazón blindado del Omnia Vincit.

La reacción en cadena se llevó por delante el lateral de la noble nave imperial en una gran conmoción de explosiones bajo cubierta y fragmentación de las placas del fuselaje. Herido, con las tripas al descubierto, el Omnia Vincit dio un bandazo. En el strategium, Valdeemer devolvió a la desesperada un tres por ciento de la energía del escudo a los motores y sacó al navío acorazado de su posición entre ambas naves del archienemigo.

El Omnia Vincit se desplazó hacia adelante, lejos del campo de alcance del Incarnadine. Una rebaja del tres por ciento en la energía del escudo no era mucho, pero el Daño Sangriento, que estaba esperando a su proa como un chacal de cacería, no dudó un instante. Reunió toda la potencia a plena carga de sus reactores principales y abrió fuego con sus lanzas de energía contra el punto débil en el revestimiento.

Valdeemer se volvió en su puesto para mirar a Esquine. El capitán de la flota estaba temblando de ira y congoja, impotente y desesperado.

—Lo siento, señor —dijo Valdeemer—, pero me temo…

Resultó incinerado antes de que pudiera pronunciar una palabra más. Esquine también fue incinerado; su trono dorado se fundió alrededor de su cuerpo en combustión. Las llamas barrieron el strategium y el puente, quemaron a los tripulantes donde estaban y convirtieron en vapor las estaciones de control. Los profundos puertos de cristalcero situados enfrente del puente se hicieron añicos y explotaron hacia el exterior por efecto de la presión causada por el aumento de temperatura. El resto de los escudos fallaron.

El Incarnadine lanzó una última andanada de costado que dejó al Omnia Vincit agonizante. Despanzurrado, retorcido, resquebrajado, con el fuselaje crujiendo por el efecto de descargas eléctricas generalizadas, el Omnia Vincit rodó hacia un lado.

Las naves archienemigas, satisfechas, desactivaron los sistemas de armamento, cancelaron los escudos y se deslizaron hacia las posiciones de anclaje en órbita elevada.

La carbonizada ruina del Omnia Vincit permaneció en órbita alrededor de Herodor durante novecientos tres años, hasta que en un lento deterioro, su órbita desajustada finalmente lo llevó a hundirse en la atmósfera atraído por la gravedad, donde terminó ardiendo. Las partes que sobrevivieron al contacto con la atmósfera y el cambio brusco de temperatura llenaron los cielos del continente meridional como estrellas fugaces, cayeron cual granizo en el Mar Seco Septentrional Menor y originaron huellas de impacto cráteres que más tarde se convertirían en lagos radiactivos en aquella tierra salvaje.

Pero eso, por supuesto, ocurrió muchos siglos después de que todas las personas de este relato hubieran muerto.

El poderoso Incarnadine y el Daño Sangriento dieron un giro cerrado para situarse junto al Revenant, y comenzaron vomitar las cápsulas y las naves de desembarco de las fuerzas de asalto. Lo que habían sido cientos se convirtieron en miles. Las cápsulas de las tropas caían con el sonido de balas trazadoras. Las naves de desembarco se hacían a un lado de las cubiertas de los transportadores y viraban para dirigirse hacia la superficie. Las naves de desembarco pesadas se desacoplaban y

entraban en modo de descenso.

En la parte trasera de la panza del Incarnadine, una válvula iris blindada se abrió sigilosamente y un pequeño objeto salió disparado. Minúsculo, tenía su propio escudo espacial integral y atravesó la atmósfera de Herodor con la velocidad de un misil. Dejó una estela de humo detrás.

Su solitario ocupante había seleccionado la trayectoria. Entonces viajaba, adormecido, hacia la superficie del planeta. No tenía otra percepción que sus ansias de sangre.

La sangre de ella.

El tumulto y la conmoción de la rápida y pronunciada caída no era nada para él.

Cayó como un cohete justo detrás del distrito de Las Vidrieras. Su impacto formó un cráter de unos quinientos metros en todas direcciones en el obsidae y lanzó una onda expansiva de tanta potencia y brillo que los del Imperio pensaron por un momento que el archienemigo se había decidido a abrir fuego desde su órbita después de todo.

Había sido muy preciso con su lugar de aterrizaje. La fuerza del aterrizaje le impulsó por debajo de la corteza del planeta y en la bien asentada oscuridad del propio acuífero.

La cápsula hizo astillas el sedimento, rodó y se detuvo, soltando bocanadas de vapor. Activó los cierres explosivos y salió lentamente. Estaba en una cueva subterránea, rodeado del vapor de aguas termales.

Se puso en pie y avanzó arrastrando los pies. Cada uno de sus pasos hacía temblar el terreno. Los pies eran inmensas extremidades hidráulicas. Sus sensores implantados comenzaron la caza y captura, reflejando las brillantes paredes de caliza de la cueva.

Se puso en marcha a la caza de su presa. Su nombre era Karess.

Fuera, en el Gran Obsidae Occidental, llovían las cápsulas de desembarco. Los impactos levantaban una gruesa capa de polvo. Las naves de desembarco también estaban descendiendo, en círculos, con las pinzas de aterrizaje extendidas para tomar tierra.

La escotilla de la nave se abrió y cincuenta soldados del Pacto Sangriento se lanzaron a la fría inmensidad. Por delante de ellos, a través de las nubes de polvo, vieron las elevadas terrazas y torres de Ciudad Beati.

Siguiendo la salida de los soldados, el Tirador se quedó mirando hacia la ciudad. Sus hermanos se estaban abriendo en abanico para adoptar una amplia formación.

El Tirador tomó su equipo y lo colocó sobre el terreno polvoriento. Sacó las secciones de su rifle láser largo y las acopló. Se guardó la mira telescópica en el bolsillo, libre del polvo. Estaba vestido con el uniforme rojo del Pacto Sangriento y

tenía el visor de hierro y las cicatrices de las palmas para probar su pertenencia.

Su nombre era Saul. Él era, bajo cualquier criterio de valoración, el mejor francotirador del Pacto Sangriento.

Apoyó el rifle láser largo en el hombro y comenzó a caminar hacia la ciudad.

La nave de desembarco de tropas aterrizó en un halo de polvo, pero a diferencia de sus compañeras, no volvió a despegar. Se quedó allí quieta, en el obsidae, dejando morir a los motores de turboventilación.

Se habían aburrido. Había sido un viaje de sólo veinte minutos desde los muelles de carga del Incarnadine, pero habían llegado aburridos y hambrientos.

El copiloto había sido un buen objeto de juego durante unos breves minutos, pero al final los había decepcionado: fallo cardíaco debido al terror antes de que hubieran llegado a matarlo. El mismo piloto había sido mejor víctima. Lo habían inmovilizado y obligado a ejecutar un buen aterrizaje; entretanto, durante todo el viaje, le arrancaron el cuero cabelludo con sus garras.

En cuanto estuvieron seguros en tierra, le partieron el cráneo desnudo y se comieron los sesos.

Entonces tenían trabajo por delante. Eso quería decir que debían ir a la estructura de vida humana que estaba a cierta distancia. La idea era desagradable, pero Chto, que tenía el mando del grupo, les recordó a los otros dos la recompensa que los esperaba. Su memoria era corta; sin embargo, se entusiasmaron una vez que se lo recordó.

El terceto salió de la nave durmiente, y sus cuerpos grises y húmedos atravesaron juntos el obsidae, deslizándose sobre sus panzas.

Los cañones lanzadardos estaban cargados y preparados.

Programó su Rayen para que aterrizara sobre un farallón de las Colinas Ardientes. Ciudad Beati parecía lejana.

Skarwael levantó la cubierta de la cabina y descendió de la minúscula nave. Entre él y la ciudad, las naves de asalto y las cápsulas de desembarco caían como lluvia torrencial.

Si no empezaba pronto, todo habría acabado. Y él no quería que ocurriera eso.

Que el fuego del infierno se llevara al francotirador, al padre con sus psíquicos enanos, a la inmundicia loxad y también a la máquina de la muerte.

Esa era su guerra. Su guerra. La mártir sería suya, y él se llevaría sus gritos como piedras preciosas.

Después de todo, era un mandrágora. Nada en la creación entendía mejor que él el arte de la muerte secreta.



OCHO
Rat3

Si eres el último hombre, es que no estás luchando con el fervor suficiente.

Atribuido a los comisarios de Kaldenbach

Mkoll gritó.

—¡Abajo!

Su voz, que raras veces sonaba con tanta energía, resonó en el canal de comunicación, y todo el mundo, incluso Gaunt y Rawne, obedeció.

Proyectando brevemente una sombra borrosa y visible sólo durante un segundo, algo de alas dobladas voló bajo sobre las calles de las manzanas de habitáculos. Un momento después, varios estallidos atravesaron los edificios de la izquierda.

El Locust había llegado contra el viento y el gemido de su chorro no fue audible hasta el último segundo. Gaunt no tenía ni idea de cómo Mkoll lo había podido ver.

—Deben de haber anulado ya el escudo de la ciudad —murmuró Rawne, incorporándose.

Las cenizas y el polvo de los ladrillos procedentes de las explosiones se deslizaban entre ellos.

—No necesariamente —contestó Gaunt—. Sólo es un escudo climático. Un bombardero de superficie como ese, con sus pantallas de proa al máximo…

Como si quisieran demostrar el argumento del comisario coronel, dos Locust más, en formación de proa a popa, atravesaron a toda velocidad de este a oeste los límites de la ciudad, a más o menos un kilómetro delante de ellos. Las naves de asalto individual, con sus cuerpos negros brillando a la luz del sol, volaban a la altura del tejado de los edificios. Viraron hacia arriba y lejos de ellos en dirección al sol; uno giró sobre sí mismo. Detrás, bolas de fuego aparecían intermitentes y estallaban sobre la superficie. Los fantasmas podían oír los sonidos sordos y constantes de las detonaciones.

También había otros sonidos. El constante, pesado y sordo de la artillería y los blindados llegaba desde toda la periferia norte de la ciudad. Ocasionalmente, cuando el viento soplaba en la dirección adecuada, podían oír el intenso crepitar del intercambio de disparos de armas cortas.

Lugo y su estratega personal habían asumido el mando táctico de Ciudad Beati y estaban supervisando, literalmente, los esfuerzos imperiales desde los altos niveles de las torres colmena. Desde allí, podían enviar análisis notablemente precisos y rápidos de la invasión archienemiga. Todo eran malas noticias.

Cuatro columnas de ataque se habían reunido en los obsidaes occidental y septentrional a los cincuenta minutos del aterrizaje; se movían rápidamente, como una lanza, hacia el límite norte de la ciudad. Una se dirigía a Las Vidrieras desde el noroeste, dos iban directamente hacia el sur, al Salón de Hierro, y la cuarta, desde el nordeste, hacia el distrito Masonae. La mayoría parecían ser blindados de asalto ligeros procedentes de las naves de desembarco y brigadas de infantería de asalto de la primera oleada de cápsulas de desembarco. En total, cerca de trescientos vehículos y ocho mil hombres, bien apoyados por cobertura aérea y las secciones de artillería

establecidas en los obsidaes.

Aquello, en cualquier otra circunstancia, habría sido más que suficiente. Los efectivos del Imperio en Ciudad Beati no llegaban a mil setecientos, siempre y cuando se contabilizaran las unidades de la milicia y de los arbites. Pero los del Imperio tan sólo disponían de unas ciento ochenta máquinas blindadas, de las cuales setenta eran transportes que no estaban armados ni blindados. Nada de cobertura aérea. Nada de artillería, aparte de algunas piezas de campo del regimiento Civitas Beati.

Esa ecuación tan desigual se convertía en un chiste cuando se tenía en cuenta el resto del cuadro. Allá atrás, en la zona de aterrizaje, detrás de la lanza enemiga inicial de rápido movimiento, se estaba reuniendo una gran fuerza. Estaba llevando su tiempo transportar hasta allí abajo los blindados y tropas en oleada tras oleada de naves y transportes pesados de desembarco. Iban a dejar que las fuerzas que hacían de lanza recibieran todo el castigo y forzaran la apertura de la ciudad. Luego, entrarían ellas para consolidar la posición. Allí, en los obsidaes, calculaba el mando táctico, esperaban aproximadamente un millón de hombres y cien mil máquinas de guerra para montar la segunda oleada. Y el recuento crecía con cada nueva llegada.

Gaunt estimaba que bajo un buen mando, y con una tremenda cantidad de fortuna de su parte, la resistencia del Imperio podría durar cinco, tal vez seis días antes de la total aniquilación. Con Lugo al mando, probablemente duraría dos. En cualquier caso, los esperaba la muerte. La única variable era el tiempo.

Apoyados por secciones del regimiento Civitas Beati, los fantasmas avanzaron por el distrito Masonae, sobre el que Gaunt tenía el mando de la defensa. Kaldenbach dirigía la resistencia del Salón de Hierro, y un coronel de la Fuerza de Defensa Planetaria de Herodor, llamado Vibreson, se encargaba del frente de Las Vidrieras. Biagi, y un oficial de la compañía personal, el mayor Landfreed, guardaban a la mayoría de los restantes cuatro mil soldados en el centro de la ciudad, preparados para un despliegue rápido. Había quinientos hombres del regimiento Civitas Beati acuartelados principalmente en el distrito de la Colmena Vieja; Gaunt sospechaba que servirían para ganar suficiente tiempo en la fase final e inevitable de la invasión, para que Lugo huyera por medio de un transbordador desde las plataformas del nivel de la cúspide. Huir adónde, sólo el Dios Emperador lo sabía.

Los fantasmas y sus aliados avanzaban por las estrechas calles al este de la plaza de la Beata. Ese distrito no había sido prácticamente afectado por la guerra, aparte de los daños de los bombardeos por la cobertura aérea enemiga. Las calles principales estaban tan vacías que no presagiaban nada bueno. Los ciudadanos habían huido. Las viviendas y las instalaciones comerciales estaban vacías y sin vida, y las pertenencias desechadas llenaban las carreteras.

Mientras seguían con su ronda, buscando la cobertura de la brigada de una

esquina a otra, Gaunt pensaba que, a pesar de todo, estaban teniendo cierta suerte. Sin oposición como estaban en esos momentos, las naves que los sobrevolaban podrían haber terminado la guerra con un bombardeo aéreo. En su lugar, el enemigo había optado por el tremendo esfuerzo y el gran coste de un ataque terrestre. Él sabía lo que eso quería decir.

Querían a Santa Sabbat.

Pese a la pobre protección y la deficiente defensa que tenía Ciudad Beati seguía siendo grande, y tomarla calle por calle podía ser una tarea sangrienta y dolorosa para cualquier ejercito. El archienemigo sólo estaba haciéndolo por el premio. Ciertamente, el archienemigo únicamente había venido a Herodor a buscar el premio. El comandante enemigo quería a la santa; un cuerpo, al menos, aunque hacerla prisionera, eso sí que sería el mayor trofeo. Así pues, un bombardeo aniquilador desde la órbita era algo imposible. No quedaría prueba tangible alguna de la presencia de la santa.

Todo aquello era por Sabbat. Todo lo que hicieran lo harían por Sabbat.

El mando táctico crepitó en el oído de Gaunt. Las fuerzas de Kaldenbach habían entrado en combate.

Gaunt estaba a punto de transmitirlo a sus oficiales cuando oyó otra vez la voz de Mkoll.

—¡Contacto!

Sin oposición al principio, los invasores llegaban en gran número a los confines septentrionales del distrito Masonae, Al oeste de ellos, el humo y los destellos de baja intensidad por encima de los tejados mostraban el lugar donde sus columnas asociadas estaban atacando el Salón de Hierro.

Las falanges del Pacto Sangriento abrían el camino, respaldadas por columnas de blindados ligeros, tanques STeG 4 y tanques de clase Reaver AT70. El camino estaba despejado. Dos AT70 se salieron de la formación para destruir el gran cuerno de llamada a la oración Gorgonaught con una lluvia de fuego a corta distancia, y un trío de tanques ligeros ayudaron a los zapadores del Pacto Sangriento a volar y cortar los antiguos arcos del Acueducto de Simeon. El agua, la preciosa sangre de vida de la ciudad, cayó del destrozado acueducto e inundó las manzanas de calles situadas a bajo nivel. Los bombardeos de los Locust en picado ya habían dejado la Agricúpula Norte en ruinas. Las nubes de humo gris amarillento procedente de la quema de las cosechas subían al cielo por los cierres rotos de la cúpula.

Sin ver rastro alguno de las cacareadas fuerzas del Imperio, el archienemigo cruzó la calle Brigat hacia la Colina Ades y comenzó a extenderse por el Masonae.

Los soldados, andando delante de los blindados, iban cantando. La canción le revolvió el estómago a Mkoll.

—Tenemos que poner freno a esto al menos —murmuró. Después apuntó—.

¡Calma! —dijo.

Mkoll apretó el gatillo del lanzacohetes, y un proyectil antitanque, que atronó la calle, destruyó de forma limpia el tercer STeG 4 de la columna.

El AT70 que venía detrás comenzó a dar la vuelta, y abrió fuego con su cañón coaxial, pero estaba prácticamente cegado por el humo negro que salía del STeG 4 destruido.

Los dos STeG que estaban delante del tanque destrozado se apresuraron a moverse sobre sus pesadas y sólidas ruedas, mientras sus torretas compactas se buscaban de un lado a otro, a la caza del origen de la emboscada. Los del Pacto Sangriento dejaron de cantar y corrieron a encontrar posiciones de tiro.

No llegaron muy lejos. Surch y Loell estaban apostados en el lado oeste de la calle; Melyr y Caill, en el este. Los dos cañones de cincuenta milímetros tenían un campo de fuego ajustado y entrecruzado, y se ensañaron sin compasión con los dispersos soldados. Los cuerpos con armaduras rojas dieron volteretas, cayeron de bruces, salieron hacia atrás, volaron en pedazos.

Los dos STeG 4 de la parte delantera dieron la vuelta y abrieron fuego ahora; barrieron las líneas de la calle y volaron ventanas y fachadas de yeso. En unos pocos segundos encontrarían una de las posiciones de las armas de cincuenta milímetros.

Pero no tuvieron nada parecido a unos pocos segundos.

El petatanques de Caffran tembló y resonó, y un cohete humeante voló desde su posición, en un piso alto, y partió por la mitad uno de los STeG 4.

—¡Calma! —dijo otra vez Mkoll, a quien recargaba Harjeon. Acertó en el compartimento de municiones del restante STeG 4. La onda expansiva hizo que se viniera abajo la fachada de una casa cercana.

El AT70 avanzó, pisando y machacando los restos chamuscados del primer disparo. Según se acercaba, abrió fuego con su arma principal. El sonido fue fuerte e impresionante, pero el disparo resultó prematuro y pasó silbando hacia el extremo vacío de la calle.

Caffran metió el segundo cohete en las orugas de babor del tanque y lo inutilizó. Giró en redondo; los destrozados rodamientos de sus ruedas chirriaron sobre el rococemento.

Bonin, Domor y Dremmond dejaron sus escondites y dieron un salto sobre la superestructura. Bonin atravesó la escotilla superior con una descarga de tubo y dejó el resto para Dremmond. Contento de volver a tener su lanzallamas a mano, Dremmond apretó la boca de la manguera en el agujero humeante de la escotilla y destruyó el interior del tanque con promethium en combustión.

Bonin se agachó y agarró la callada arma de apoyo del AT70, un bólter acoplado, y giró de un lado a otro de la calle. Comenzó a disparar contra las brigadas de infantería del Pacto Sangriento, que seguían avanzando hacia la emboscada.

—Agacharse o bailar, vosotros escogéis —se reía entre dientes sombríamente mientras la pesada arma le retembla en las manos.

—¡Ya basta! ¡Todos fuera! —gritó Mkoll por el canal de comunicación.

Bonin, Domor y Dremmond abandonaron la parte superior del tanque y desaparecieron en las callejuelas que bordeaban la calle. Al mismo tiempo, los equipos de cincuenta milímetros desmontaron sus armas de apoyo y se apresuraron a dejar las posiciones.

Avanzando ya con bastante menos decisión, el primer grupo de soldados del Pacto Sangriento alcanzó el AT70 destrozado. No había rastro alguno de resistencia del enemigo.

Pero había un paquete de tres cargas de tubo sujeto al depósito de municiones del AT70, cortesía de Shoggy Domor.

Tres calles más allá, el primer acechante fue alcanzado simultáneamente por dos disparos de petatanques. Envuelto en una brillante bola de fuego, dio una vuelta completa, y algunas de sus patas se retorcieron, flojas como los brazos de un tiovivo. Una de las patas quedó cortada de cuajo y salió volando para estrellarse contra la parte frontal de otra unidad.

Inmutables, los dos acechantes que iban detrás avanzaron rápidamente sobre los restos ardientes. Los montajes de las armas rastreaban y abrían fuego. Pero cada uno fue recibido por un cohete que lo reventó. Uno se derrumbó; el otro aguantó en pie con los segmentos de sus extremidades muertos y bloqueados, y el cuerpo central en llamas.

«Así se hace», pensó sonriendo entre dientes Colm Corbec, que bajó su tubo lanzacohetes vacío. Estaba encaramado en el tejado bajo de un edificio de habitáculos, detrás del parapeto. El pelotón de Varl avanzaba corriendo; seguía la línea del muro que tenía detrás, en una sola columna, y disparaba contra los desconcertados soldados del Pacto Sangriento, que se encontraban de repente sin la cobertura de los blindados.

Un chorro borbotó del lanzallamas de Brostin. Corbec podía oír los gritos de los enemigos.

—¡Ahora! —ordenó Meryn, impertérrito.

Guheen tiró del cable trampa y las cargas de demolición de tubo que había dispuesto el pelotón catorce explotaron en géiseres de fuego de rococemento. El AT70 casi se da la vuelta; había perdido las orugas en la explosión. Cayó de golpe sobre el morro, y el largo hocico de su principal arma mordió el polvo de la carretera antes de estabilizarse.

Cometió el error de intentar abrir fuego. El cañón estaba deformado por el impacto u obstruido. Por lo que fuera, el proyectil de alto explosivo se atascó y

explotó hacia atrás de forma tan potente que la parte trasera de la torreta reventó como una bolsa de papel.

La infantería del Pacto Sangriento surgió de alrededor de la bestia en llamas y comenzó a disparar. Uno, un oficial, tenía un tubo lanzacohetes sobre el hombro, y echó una rodilla a tierra antes de apuntar a la fachada de la tienda donde Meryn y Guheen se habían a puesto a cubierto.

Nunca llegó a disparar; al menos, no, estando vivo. Un disparo del rifle de francotirador de Nessa Bourah, que se encontraba sobre un tejado cercano, le atravesó la garganta Cayó hacia un lado y su mano moribunda apretó el gatillo con un espasmo.

El cohete pasó silbando por el terreno, vomitando chispas y llamas blancas. Un soldado del Pacto Sangriento consiguió saltar sobre él. Luego murió, junto con los otros doce que estaban alrededor, cuando el cohete se estrelló contra el bordillo y explotó.

Las fuerzas del archienemigo que penetraban en el Masonae se dieron cuenta, de repente, de que tendrían que pelear después de todo. Siguieron avanzando, con más decisión esa vez.

En la carretera de Latinate, una calle estrecha y pintoresca de tiendas de sastres y habitáculos de curtidores, Daur, Raglon y Ewier llevaron a sus pelotones para que hicieran frente a la ofensiva del Pacto Sangriento. Allí comenzó una feroz batalla con armas cortas.

Cerca, el pelotón de Arcuda, el veintitrés, recibió un ataque por un flanco de otros cinco pelotones del Pacto Sangriento. Criid hizo retroceder a su pelotón desde la posición de Meryn y se unió a Curra, Haller y Rask en la intersección, de la calle Toborio y Mason Yard, donde se estaba desarrollando un feroz duelo de infantería a media distancia.

Greli y Theiss atravesaron rápidamente la carretera de Lanxlyn y Principal III con sus pelotones, ahumando a dos STeG 4 y a un acechante antes de encontrarse de frente con la acometida de la infantería.

En la calleja Skye, el pelotón de Soric estaba bloqueado por un par de acechantes que no se movían de allí. Se habían agazapado ante el diluvio de fuego de láser, trozos de piedra y cascotes que volaban alrededor de ellos.

—¡Vaya! —soltó Soric—. ¡Maldita sea!

—¡Fuego de cobertura! ¡Necesitarnos fuego de cobertura ya! —vociferó el comisario Hark, agachado allí cerca por el aparato de comunicación—. ¡Cobertura en la cuadrícula dos seis cinco nueve! ¡Respondan!

—Pídale ayuda, jefe —gritó Vivvo por encima del fuego de las armas—. ¡Maldita sea!

—¿Pedir qué? —replicó Soric, agachándose.

—¡A la cosa en su bolsillo! —dijo a gritos Vivvo.

—¿La qué?

—¡La cosa, jefe! ¡La cosa que sabe!

—¿Qué cosa? —preguntó Hark, mirando alrededor.

—Se trata sólo de una broma del chico —dijo Soric.

—¿Soldado Vivvo?

—Es… Estaba sólo bromeando, comisario, señor… —tartamudeó Vivvo, dándose cuenta de las implicaciones de lo que estaba diciendo. Él era leal a Soric por encima de todo.

Otra descarga cayó sobre ellos.

Soric se escabulló de allí arrastrándose. Una vez que se colocó detrás del marco de una puerta, y donde Hark no pudiera verlo, sacó el portarmensajes del bolsillo y lo abrió: «Kazel tiene ángulo para hacerlo, pero no puede verlo. Dile que tire a la ventana. Él sabrá. ¿Qué hay del resto, Agun? Ella va a morir y su sangre te manchará las manos».

—¡Silencio! —gritó Soric, que rompió el papel en pedazos. Se puso al microcomunicador.

—¿Kazel? Tira a la ventana. Tira a la ventana.

—¿Jefe?

—¡Tira a la maldita ventana, Kazel!

En una habitación de un cuarto piso, Kazel se giró y abrió fuego con el petatanques por la ventana. Fue una respuesta apresurada y automática a la orden de Soric. La explosión de retroceso, contenida en la habitación, casi lo mata.

El cohete salió disparado de la ventana, rebotó a un lado en el soporte de una farola, descendió y entró en uno de los acechantes a través de la escotilla del techo.

Moribundo, en su agonía destruyó a su compañero con tremendos estallidos al azar de armas de montura.

—Mierda… —dijo Kazel, mirando hacia abajo por la ventana; los oídos todavía le pitaban—. ¿Yo he hecho eso?

Mientras sus fantasmas entraban en batalla, Gaunt reconoció que tendría que concederle a Biagi su mérito. El mariscal había diseñado el RAT 3, la Respuesta de Asalto Terrestre 3, lo tenía todo previsto. En lugar de perder el tiempo intentando conservar las mal abastecidas calles exteriores, el plan de Biagi había identificado y descrito las diversas intersecciones y confluencias de calles donde serían más eficaces las emboscadas y la defensa. Era muy pragmático, ya que le daba terreno al enemigo hasta que la ventaja estuviera de parte de defensa, pero a la vez era minucioso. Biagi había analizado cada una de las calles, pero no mediante placas de datos, sino con sus propios ojos, y había determinado los puntos fuertes y los débiles. Había leído bien la

ciudad. Los éxitos iniciales de los fantasmas se debían tanto a la inteligencia táctica de Biagi como al talento guerrero de los de Tanith.

Gaunt llevaba el RAT 3 en un archivo de placa de datos codificado por sí acaso el dispositivo caía en manos del enemigo. Cada vez que lo leía, ajustando la fluida disposición de sus fuerzas, admiraba el trabajo de Biagi. Lamentaba el hecho de que la siguiente vez que se encontraran el mariscal y él, no le cabía duda de que tendrían un enfrentamiento. Era inevitable Biagi todavía no había averiguado que Gaunt había desplegado lanzallamas.

Incluso con el RAT 3, iba a ser un combate hasta el último aliento. La batalla por el distrito Masonae se había concentrado en la carretera de Latinate y en Mason Yard, con pequeñas escaramuzas a lo largo de Principal III y el procesador atmosférico de la plaza de la Colina Tesk.

Gaunt despidió a Beltayn y se puso al aparato de comunicación, y desplazó al pelotón de Daur y a tres secciones de la Fuerza de Defensa Planetaria a lo largo de Principal III hasta una calle lateral que salía al lado este de Mason Yard. En un plazo de quince minutos las fuerzas de Daur podrían atacar por el flanco a las fuerzas enemigas.

El truco personal de Gaunt para complementar el RAT 3, basándose en años de experiencia, era mantener a sus fuerzas estrechamente unidas a la vanguardia del avance enemigo. La fuerza invasora era como un brazo estirándose a ciegas alrededor de un obstáculo. Cada vez que avanzaba, los fantasmas lo agarraban por los dedos y lo cortaban hasta la muñeca. Estando cerca de ese límite delantero, los disuadían de utilizar ataques aéreos. Los pilotos de Locust, incluso en pasadas a baja altura, con la ayuda de señales de humo y de transponedores identificadores, no podían diferenciar a los amigos de los enemigos en las estrechas y apiñadas calles.

Justo antes del mediodía, obstaculizados por un frente de nueve manzanas, los invasores se retiraron rápidamente e intentaron redirigir su ataque por Principal III. Abrieron esa nueva fase con una carga de los blindados, nueve AT70 y cuatro acechantes, avanzando a velocidad de crucero detrás de un par de gigantes AT83 de clase Brigand. Corbec y Domor tenían sus pelotones a cubierto en una calle lateral junto a Principal III, y oyeron la aceleración de las turbinas y el traqueteo de las orugas antes que nadie.

—¡Orugas! ¡Orugas! ¡En la autopista! —comunicó Corbec con voz llena de urgencia.

Los fantasmas tenían que permanecer agachados. En su rápido galope, los vehículos enemigos barrían los laterales del amplio bulevar con las armas de apoyo y los cañones coaxiales. Gaunt había previsto ya este movimiento. La brigada de Domor había sembrado la autopista con cargas de demolición de tubo, y su detonación eliminó un AT70 y ralentizó todo el avance, ya que los AT83 tuvieron que

bajar sus cuchillas de oruga y despejar el camino.

Ralentizar el ataque le servía a los propósitos de Gaunt. Su siguiente señal sacó tres Vanquishers de la compañía personal de Lugo fuera de su escondite en los almacenes situados junto al Mason Yard: el Salvaje, el Exige con Amenazas y el Acceso Denegado, todos tanques de batalla Leman Russ de diseño Gryphonne IV con sus características armas largas.

Los tres tanques imperiales se pusieron manos a la obra disparando proyectiles perforantes antitanque, y sus tres o cuatro primeras andanadas convirtieron el bien ordenado avance del Pacto Sangriento en una sangrienta confusión. El Salvaje mutiló uno de los grandes AT83 con su primer disparo y lo remató con el segundo. Los AT83 de clase Brigand más grandes que los 70, sus primos más primitivos, eran, sobre el papel, el equivalente copiado de los urdeshitas del Leman Russ. Tenían guía por auspex, estabilizadores de armamento y suspensión de barra de torsión. Eran las mejores máquinas de guerra del Pacto Sangriento, aparte de los pocos y antiguos superpesados que habían heredado de las unidades derrotadas de la Guardia Imperial.

Pero había algo más sobre los Leman Russ. Su pedigrí y su reputación los colocaba por encima de los demás. Cuando aparecía un Vanquisher o un Conqueror, su sola misma visión llenaba los corazones de los soldados imperiales de orgullo y los corazones del enemigo de miedo. «Este —pensaba Corbec mientras observaba el enfrentamiento desde una entrada a cubierto—, parece ser el caso ahora». Aparentemente petrificado ante la visión de los tres Vanquishers avanzando en formación, el 83 que quedaba comenzó a retroceder con rapidez, con tanta rapidez que chocó y aplastó un acechante reduciendo a trizas su estructura comparativamente frágil.

Un AT70 explotó bajo el fuego del Exige con Amenazas y dos más fueron convertidos en chatarra por el Salvaje. Uno de los acechantes pasó con osadía al lado del armazón en llamas del primer Brigand, desconchando la carretera de rocacemento con sus pezuñas metálicas, y apuntando sus monturas de armas contra el Acceso Denegado. Los láseres de doble impulso parpadearon y tabletearon, y los destellos de los estallidos florecieron en la parte superior del casco y en la torreta del Vanquisher. El Acceso Denegado, aparentemente indemne, avanzó dejando un reguero de humo procedente de las placas en llamas y la pintura chamuscada, y disparó un solo proyectil, que desintegró el cuerpo del acechante de tal forma que las estructuras de las extremidades de babor y estribor cayeron a los lados, seccionadas.

Un AT70 lanzó un proyectil al Salvaje que le arrancó la aleta y parte de la protección de la oruga. Otro alcanzó la torreta del Exige con Amenazas; destruyó el mástil de comunicaciones, el arma de la torreta y el telémetro láser, y mató al ayudante de artillero con las esquirlas explosivas.

Herido pero no inutilizado, el Exige con Amenazas se lanzó hacia adelante y

apuntó con sus armas al Reaver responsable. Corbec vio cómo se abría la escotilla superior y cómo emergía el comandante, haciendo caso omiso del peligro, para verificar el objetivo con un magnoscopio, ya que su telémetro no servía para nada.

Conocía su trabajo. El Exige con Amenazas se detuvo y, con una fuerte sacudida, abrió fuego; nubes de polvo blanco acumulado en su superficie y en las ranuras del casco se levantaron como harina tamizada. El sonido del proyectil antitanque de hipervelocidad fue un chasquido seco y nítido en el engrandecido aire. El AT70 produjo un sonido mucho más completo y satisfactorio cuando explotó.

—¡Señor! —Corbec apartó la vista del espectáculo que estaban organizando los tanquistas de la compañía personal y miró a Domor.

—¿Qué ocurre, Shoggy?

Domor señaló hacia el otro lado de la calle, hacia las callejuelas en sombras que atravesaban un complejo de habitáculos y salían a la autopista. Corbec atisbó cierto movimiento tras del muro de contención de rococemento de la carretera.

Infantería enemiga avanzaba en abanico bajo la protección del tanque.

No, más que eso. Había dos o quizá tres pelotones allí; arrastraban lanzacohetes y lanzagranadas de cuerpo largo.

Iban hacia la parte trasera de los Vanquishers, que estaban ocupados.

—Buena vista, Shoggy —dijo Corbec, remarcando lo obvio—. ¡Cinco hombres, conmigo ahora mismo! —añadió sin preocuparle quién respondía, pero sabiendo que al menos cinco lo harían.

Milo, Nehn, Bonin, Chiria y Guthnie fueron los primeros en moverse. Se pusieron en pie tras él y agacharon las cabezas.

Corbec siguió el ejemplo del enemigo y retrocedió hasta el lateral de la autopista, detrás del alto muro de contención Hizo un alto unos quince metros al sur de los estruendosos cuartos traseros del Salvaje y se echó al suelo, ajustándose el microcomunicaclon.

—Shoggy, soy dos, contéstame.

—Dos, cambio.

—Vamos a correr al otro lado, amigo. A la cuenta de cinco…

—¿Al otro lado de la autopista, jefe?

—No interrumpas a un hombre al borde de un impulso suicida, Shogs. La cuenta será de cinco. Prepara a tu unidad y al resto de la mía, y machaca el otro lado. No te preocupes por alcanzar a nadie; sólo mantenedlos agachados.

—Entendido no es precisamente la palabra exacta, pero de acuerdo.

—Bien. Cinco, cuatro, tres, dos…

Las armas rápidamente reunidas de los pelotones doce y dos comenzaron a restallar y crepitar, disparando al otro lado de la amplia carretera bañada por el sol, enfrente de los tanques imperiales. Las ráfagas de láser, y los sólidos porrazos de las

armas de cincuenta milímetros, salpicaron el muro de contención de rococemento furiosamente, hasta que comenzó a parecerse a un queso blando o a la superficie de una luna especialmente desafortunada.

Corbec echó a correr. Los demás lo siguieron, y Milo y Bonin lo adelantaron. Llegaron con mucha fuerza y dieron de espaldas contra la cara exterior del muro de contención donde esperaron. Corbec comprobó la munición del rifle y luego les hizo un guiño a todos.

—¿Queréis vivir para siempre? —preguntó.

Todos asintieron. Milo se rio.

—Entonces, seguidme.

Se pusieron en pie en un segundo y dieron la vuelta al muro de contención por una abertura cercana, hacia las frías sombras del pasaje peatonal de la autopista.

Los miembros del pelotón del Pacto Sangriento más cercano estaban agachados, metiendo un cohete en la bocacha del lanzador, y alzaron la vista, sorprendidos.

Eso fue lo único que pudieron hacer. Los seis rifles láser imperiales los mataron con tanta rapidez que ni siquiera tuvieron tiempo de empezar a ponerse en pie. Los cuerpos cayeron en cuclillas o arrodillados.

Diez metros más allá, el segundo grupo de emboscados tuvo tiempo de reaccionar. Los disparos láser comenzaron a pasar cerca de los fantasmas, y Guthrie cayó lanzando una imprecación gimiente.

Milo y Chiria encabezaron el fuego de respuesta disparando con ráfagas automáticas. Milo le dio al soldado del lanzacohetes en el cuello y a su servidor de munición en la mano, el hombro y la cara. Chiria lanzó un grito de alegría cuando mató al tipo que había herido a Guthrie y también al que estaba a su lado.

Los otros dos echaron a correr. Nehn apuntó con cuidado y le dio a uno de ellos justo en la nuca, lo que le hizo caer de bruces. Bonin mató al otro.

Corbec se arrodilló al lado de Guthrie.

—¿Sigues aquí, chaval?

—Sí…, sí. ¡Feth, duele!

Un rayo láser le había atravesado el muslo izquierdo. El propio disparo había cauterizado la herida, pero había perdido un buen trozo de carne, y el rayo lo había atravesado de tal modo que se podía ver luz al otro lado del muslo.

Corbec sacó los vendajes de campaña y comenzó a vendarle la pierna a Guthrie, después de inyectarle una dosis de morfia un poco por encima de la cadera.

—¡Coronel! —oyó gritar a Milo.

Corbec comenzó a volverse. Un disparo láser. A toda velocidad. El rayo le pasó tan cerca de la cara que sintió su calor lacerante y olió el ozono que desprendía.

Si no se hubiera girado al oír el grito de Milo, le habría dado de lleno entre un ojo y la oreja. El disparo explotó contra una pared cercana.

—Feth… —soltó con un jadeo.

Había un tercer grupo del Pacto Sangriento, que se había puesto a cubierto mientras los dos primeros caían bajo el ataque.

Tenían la gran ventaja de estar bien agazapados. Eran unos seis, por el resplandor de los disparos que salían de las arcadas y los umbrales en sombra del pasaje lateral. Los disparos láser acribillaban el suelo y la pared alrededor de los atrapados imperiales. Chiria empujó a Nehn al suelo y probablemente salvó la vida. Bonin comenzó a disparar con el arma apoyada en la cadera. Milo agarró a Guthrie y se lo llevó a rastras hacia la cobertura más cercana, a unos diez metros de distancia en el pasaje.

Corbec sabía que morirían en escasos momentos.

Agarró el tubo lanzacohetes del soldado del Pacto Sangriento, lo giró en el aire como una simple vara y se lo colocó al hombro para apuntar hacia el lado correcto.

—¡Cohete! —gritó.

Inmediatamente, Nehn, Chiria, Bonin, Milo y hasta Guthrie gritaron lo mismo. La respuesta, parte del entrenamiento recibido, les mantendría la boca abierta cuando se disparara el cohete e impediría que los tímpanos reventasen por la tremenda diferencia de presiones.

El cohete de cabeza abultada cruzó el pasaje y pasó tan cerca de Bonin que le quemó la parte trasera del uniforme. Entró en el estrecho ángulo de una puerta, diez metros más allá, y estalló. La explosión fue cegadora, y la onda expansiva, brutal. Los fragmentos de piedras y los trozos de soldados enemigos salieron disparados del lugar y salpicaron la parte interna de la carretera.

Un superviviente del Pacto Sangriento, alcanzado por la explosión, salió trastabillando al pasaje y gritando mientras se arrancaba el casco y el visor de la cara. Bonin había quedado derribado por la onda expansiva, pero Milo se levantó con rapidez y apuntó el rifle láser.

Vio el rostro al descubierto del soldado herido y agonizante. No tenía cabello, y la piel era muy pálida. Los lóbulos de las orejas y las cejas las tenía distendidas por los múltiples aretes y decoraciones metálicas incrustadas. Tenía la cara cubierta de cicatrices brutales de la frente a la barbilla, con la piel llena de tejido abultado y dobleces gruesas. La explosión no había hecho aquello. Habían sido los odiosos rituales de la iniciación al Pacto Sangriento los que habían provocado aquellas marcas de por vida.

—¡Feth! —exclamó Milo antes de disparar.

La figura de uniforme rojo dio un salto en el aire y cayó. Dejó de gritar.

—¿Coronel? —preguntó Chiria con ansiedad mientras se ponía en pie y ayudaba a Nehn a hacer lo mismo.

Corbec estaba boca abajo sobre la carretera. Su idea con el lanzacohetes había

omitido un detalle crucial: la pared estaba pegada a su espalda cuando disparó, por lo que los gases expulsados por el disparo no tuvieron dónde dispersarse. La fuerza había arrojado a Corbec hacia adelante cinco metros, como si lo hubieran golpeado con un martillo en la espalda. La había fastidiado mucho más que Kazel cuando había utilizado el petatanques hacía unas cuantas horas.

—¿Colm? ¿Colm? —gritó Bonin mientras corría hacia él. Corbec, magullado, se dio la vuelta y quedó de espaldas, riéndose en voz baja.

—Eso para que se me ocurra ser espontáneo —se burló.

Se oyó una tremenda explosión al otro lado del muro. Milo, Bonin y Chiria ayudaron a Corbec a levantarse antes de dejar a Nehn al cuidado de Guthrie para ir al hueco más cano.

El Vanquisher llamado Salvaje estaba destruido. Era difícil saber quién lo había logrado. Los Reavers que quedaban y el AT83 estaban retrocediendo por la avenida principal, seguidos por los acechantes.

Envalentonado por la visión del Leman Russ en llamas, el Brigand avanzó de nuevo y disparó contra el Acceso Denegado.

El impacto destrozó las guardas frontales y abolló la placa de blindaje frontal. En aquellos momentos, la carretera estaba agujerada por una docena de cráteres profundos.

—¡Ah, Feth! —exclamó Corbec, todavía algo aturdido—. Que alguien lo recargue —dijo mientras recogía de nuevo el lanzacohetes del Pacto Sangriento—. Vamos, que ya sé cómo funciona este cacharro de Feth.

Chiria corrió hacia la mochila de proyectiles y regresó con un cohete. Discutieron un poco, pero por fin los cuatro se pusieron de acuerdo en cómo colocarlo, asegurarlo, cebarlo y armar el lanzacohetes.

Corbec comprobó que tuviera mucho espacio libre a la espalda.

—Manteneos lejos —les dijo—. Por lo visto, es lo mejor que se puede hacer con estos trastos.

Bonin, Milo y Chiria se alejaron riéndose, a pesar de la tensión del momento.

Corbec dobló una rodilla y acomodó el pesado lanzacohetes sobre su hombro derecho. El punto de mira no era más que una pequeña cruz metálica dentro de un recuadro, Colocó el cruce en la unión del casco y de la torreta del AT83, y luego lo bajó unos centímetros para compensar. La reciente experiencia le había demostrado que los lanzacohetes del Pacto Sangriento daban un salto tremendo cuando disparaban.

—¡Fuego!

El cohete cruzó la carretera e impactó contra las placas laterales de la torreta. El tanque se estremeció, pero no sufrió más daños. Giró con rapidez su arma principal hacia la posición de Corbec.

—No ha sido bueno… —admitió Corbec antes de echar a correr.

Sin embargo, la distracción le había dado tiempo al Exige con Amenazas a tener un buen disparo contra el flanco descubierto del AT83. Abrió fuego con un proyectil perforante y le arrancó la torreta con la precisión de una guillotina ceremonial.

El Exige con Amenazas y el Acceso Denegado mantuvieron su posición sobre la carretera machacada, disparando proyectil tras proyectil contra los Reavers y los acechantes en retirada. Una nube de combustible ardiendo flotaba sobre la zona.

—Uno, aquí dos —dijo Corbec por el comunicador.

—Dos, hable.

—El ataque se acabó aquí, jefe. Los hemos hecho retroceder y…

Corbec se calló.

—Dos, repita. Dos, repita. La transmisión se ha interrumpido.

—¿Ibram? Soy Corbec. Sigo aquí. Olvida lo que acabo de decir. Los muy cabrones acaban de ponerse serios.

Los tanques enemigos que retrocedían por Principal III, y que ya se encontraban a unos doscientos metros, se estaban echando a un lado de la carretera para dejar paso a algo. Apareció a toda velocidad, a demasiada velocidad para ser algo tan enorme.

El Exige con Amenazas y el Acceso Denegado dieron marcha atrás y retrocedieron inmediatamente. El impacto de un proyectil monstruoso hizo saltar en pedazos al Exige con Amenazas y mandó por los aires trozos de blindaje procedentes de la tremenda bola de fuego.

Lo que había aparecido era un tanque superpesado Baneblade. Sus trescientas dieciséis toneladas estaban pintadas por completo de rojo carmesí, hasta las ruedas y los engranajes. El enorme casco aparecía cubierto de símbolos viles.

Corbec dejó el lanzacohetes vacío. Ya no servía de nada. Aquello se encontraba en una escala de Feth muy diferente.

—¡Joder! —soltó Corbec.

Soric se dejó caer de rodillas, jadeante, un poco más allá de la calle Latinate. Se maldijo por estar ya demasiado viejo para todo aquello, pero eso no impidió que el corazón le siguiera palpitando con fuerza y que el ácido láctico le quemara los músculos de las piernas.

Su pelotón —el de Criid, el de Raglon y el de Meryn— habían tenido que salir corriendo. El feroz combate de infantería se había vuelto de repente en su contra, justo cuando pensaban que estaban ganándolo.

Un par de Reavers, y al menos tres semiorugas N20 con lanzallamas montados en la parte superior habían aparecido de repente y les habían obligado a retroceder. Una escuadra de la Fuerza de Defensa Planetaria había intentado encabezar un contraataque, y habían acabado achicharrados y carbonizados por sus esfuerzos.

Salir corriendo se había convertido en la única opción viable.

Soric había intentado ponerse en contacto con Gaunt y con el mando táctico para que enviaran blindados, pero los disparos y los lanzallamas enemigos parecían interferir en la señal.

Se metió en un portal jadeando todavía. Varios de los suyos pasaron corriendo. Vivvo también entró trastabillando y se echó al suelo a su lado.

—¿Estás bien, chaval? —le preguntó Soric.

—Lo siento, jefe —le contestó Vivvo.

—¿Qué es lo que sientes?

—Hablar como lo hice de…, de esa cosa, delante del comisario.

—No te preocupes, chaval. Sé cuidarme.

—Tendría que haberlo pensado, jefe. Debería haberme dado cuenta de que el comisario estaba allí.

Soric se encogió de hombros.

—Vivvo, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¡Cla…, claro, jefe!

—¿Desde cuándo los sabes?

—¿Saber qué, jefe? —le preguntó Vívvo a su vez con sinceridad.

—Lo mío lo de los mensajes que me llegan.

Vívvo frunció el entrecejo.

—La verdad es que lo sospechaba desde Aexe, pero le sabido con seguridad desde que llegamos aquí.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que el portamensajes le vuelve una y otra vez lleno de cosas.

—¿Cosas?

—Datos, información. La verdad, jefe.

Soric asintió.

—¿Se lo has contado a alguien?

—¡No! Bueno, sí. A Kazel, a Venar. Quizá a Hefron.

—¿Son de fiar?

—Creo que sí. No van a andar por ahí hablando de…

—¿De qué, chaval?

—De usted, señor; de usted y de lo que tiene.

Los hombres del pelotón de Meryn pasaron a la carrera enfrente de donde estaban escondidos. A su espalda, a unos cien metros por la calle, oyeron el siseo de los lanzallamas pesados.

—¿Y qué es lo que tengo?

Se esperaba toda clase de respuestas: el ojo oculto, el oráculo, el toque de la disformidad, el sexto sentido, el poder psíquico.

—El amuleto de la suerte —contestó Vivvo.

La sincera sencillez de la respuesta casi le hizo saltar las lágrimas a Soric. Milo le había dicho que antes lo llamaban eso mismo. Esa era la verdad. En aquella galaxia siniestra, los supersticiosos soldados no gritaban pidiendo la ejecución de los «tocados». Los consideraban amuletos de la suerte, sus talismanes protectores frente a un destino carente de compasión y sin suerte alguna que impregnaba toda la cultura imperial.

—Entonces, ¿no me tenéis miedo?

—¿Tenerle miedo? ¿Por qué Gak íbamos a temerle?

—Por lo que soy. Por la… disformidad. Cualquier comisario, cualquier inquisidor…, me despellejarían por lo que puedo hacer.

Vivvo parpadeó para despejar los ojos de polvo antes de mirar fijamente el rostro arrugado de Soric.

—Todo lo que hace, todo lo que dicen los mensajes…, es una suerte que nos llega, es algo que nos da ventaja. Es lo que pasó con Kazel. Señor, yo creo… Creo de verdad que es el Emperador que nos habla a todos nosotros mediante usted, y que así nos cuida. Mientras nos ayude así, jefe, no protestaré, venga de donde venga.

—Me pillarán más tarde o más temprano. En el mejor de los casos, serán las naves negras. En el peor…, un tiro en la cabeza. La gente como yo, seamos o no amuletos de la suerte somos una debilidad, un peligro.

—Si vienen a por usted, antes tendrán que pasar por mí.

Soníc le puso una mano en el hombro y le apretó con fuerza.

—No. Prométeme que no te interpondrás cuando llegue el momento. Prométemelo.

—Lo prometo.

—No te interesa meterte en esos problemas —le insistió.

Soltó el hombro de Vivvo. Casi en seguida, el joven le agarró la mano sucia de polvo.

—Pues jefe, prométame que todo lo que los mensajes le digan… lo comparta con nosotros. Si me entero que ha estado ocultando algo… No sé, no puedo amenazarlo, pero ya sabe lo que quiero decir. Mientras lo que le dicen nos venga bien a todos, será nuestro amuleto de la suerte. Si le dice alguna clase de mierda que no comparte…, bueno, pues será cuando echemos a correr en busca del comisario.

Soric asintió y tragó saliva.

—Es justo. Más que justo, chaval.

—Será mejor que nos larguemos, jefe.

El sonido siseante de los lanzallamas estaba más cerca. Ya se oía el traqueteo de las orugas de los N20.

—¡Venga! —le gritó Soric, y Vivvo salió corriendo a la calle.

Soric se sacó el portamensajes de un bolsillo y lo abrió «¿Qué pasa, Agun? Vivvo

tiene razón… Y también es muy comprensivo. ¿Quieres que le peguen un tiro? ¿A él, a Kazel, a Hefron y a todos lo que lo saben? ¿Quieres que los ejecuten por proteger a un mierda tocado por la disformidad? No les estás contando todo. Los estás traicionando. Sé un hombre. Díselo a Gaunt. Cuéntale a Gaunt lo de los nueve».

—¿Nueve? ¿De qué nueve estás hablando?

Soric levantó el portamensajes y le gritó al interior.

—¿Nueve qué?

Pero el N20 ya estaba demasiado cerca. Soric echó a correr.

—¡Más blindados! ¡He dicho que necesitamos más blindados! —gritó Gaunt por el comunicador, pero no le respondió más que el chasquido de la estática—. ¿Qué le pasa a este cacharro? —le gritó a Beltayn.

El operador de comunicaciones estaba cambiando desesperadamente de canal.

—Pasa algo raro, señor —le dijo. Estaba demasiado concentrado en la tarea como para responder con una explicación más exacta.

—¿Qué?

—Interferencias. Es lo más probable. De tipo electromagnético.

Era lo que Gaunt se había temido. Los atacantes habían añadido a la lista de sus ventajas el corte de las comunicaciones y de la cadena de mando imperiales. Sin duda, también estaban interfiriendo sus propias comunicaciones, pero seguramente el Pacto Sangriento utilizaba psíquicos para coordinar sus fuerzas.

—Deja eso y reúne al pelotón aquí —le ordenó Gaunt a Beltayn antes de echar a correr por la polvorienta calle. El aire estaba saturado de estruendos de los combates en las calles de alrededor—. ¡Rawne! ¡Rawne!

El pelotón de Rawne estaba defendiendo el extremo de la estrecha calle que acababa en la plaza de la Colina Tesk. El intercambio de disparos de armas de pequeño calibre era feroz. Gaunt divisó a Feygor, a cubierto detrás de un contenedor de basura, asomándose para disparar de vez en cuando. Se acercó a él por detrás, semiagachado.

—¡Feygor!

Feygor le miró por encima del hombro.

—Estoy algo ocupado, señor.

—¿Dónde está Rawne?

Feygor se encogió de hombros.

—No me funciona el microcomunicador.

—No funciona ningún comunicador. ¿Dónde está Rawne?

—La última vez que lo vi estaba en ese bloque de habitáculos, en la tercera planta.

Gaunt asintió y cruzó a la carrera la calle cubierta de escombros, hasta la puerta

lateral del habitáculo. Una o dos patadas la habían sacado del quicio. Entró.

La escalera a oscuras llevaba a los nueve pisos del habitáculo. Vio un panel desgastado atornillado a la pared que había enfrente de la puerta donde aparecían los nombres de las familias ocupantes y los números de los respectivos habitáculos.

Gaunt subió los peldaños de dos en dos y desenfundó la pistola láser. Le pareció muy ligera y muy poco letal comparada con su pistola bólter de siempre.

Pasó por delante de las dos primeras puertas sin hacer caso y accedió al tercer piso a través de la entrada con puerta de muelle.

—¿Rawne?

Ante él se extendía un largo pasillo, repleto de hojas sueltas de papel y de ropa tirada. Unas puertas numeradas a cada lado identificaban los diferentes módulos del habitáculo. Algunas se veían abiertas, y a pesar de que las lámparas de fosfato estaban apagadas, el pasillo estaba iluminado gracias a la escasa luz del día que se filtraba por las habitaciones abiertas.

—¿Rawne?

No se oía nada aparte del tableteo y de los estampidos del combate en la calle.

Entró en uno de los módulos abiertos. Era un desastre. Los muebles estaban volcados y las estanterías rotas. Habían colocado cinta aislante en el cristal de las ventanas con la vana esperanza de que las explosiones no las rompieran. Quien quiera que fuese el que vivía allí, se había marchado a toda prisa. Gaunt tuvo la esperanza de que estarían a salvo en los refugios de la ciudad.

Se acercó a la ventana manteniéndose fuera de la línea de visión y echó un vistazo. Había un intercambio tremendo de disparos a través del espacio abierto de la plaza. Vio los cráteres de los proyectiles de artillería en el pavimento, y que un edificio de cinco pisos al otro lado estaba envuelto en llamas. El gigantesco procesador de atmósfera situado en el centro del espacio abierto estaba abollado y mellado por incontables disparos perdidos. La plaza estaba sembrada de numerosos cadáveres. Gaunt se dio cuenta con satisfacción de que la mayoría llevaban uniformes rojos.

Gaunt vio desde aquel lugar ventajoso buena parte de las zonas norte y oeste de la ciudad. Unas enormes columnas de humo subían en el sector del Salón de Hierro. Lo último que había oído antes de que las comunicaciones se fueran a Feth era que la línea de defensa de Kaldenbach se estaba llevando la peor parte. Esperaba por Terra que Kaldenbach también estuviese siguiendo el RAT 3. Aquel individuo, tan arrogante y confiado en sus capacidades, tenía ideas tácticas propias. Era capaz de hacer caso omiso de los cuidadosos planes de Biagi para librar su propia batalla.

Si lo hacía, todos pagarían por ello.

Más allá todavía, a través de las cortinas de humo, distinguió las naves de desembarco enemigas, que seguían posándose en el obsidae. La lluvia de cápsulas de

desembarco había cesado, pero las naves de desembarco continuaban aterrizando, transportando hombres y municiones, y marchándose vacías para repostar y repetir el proceso.

Gaunt tenía puesta su fe en la Guardia Imperial por razones obvias, como cuerpo que formaba la espina dorsal de la fuerza combatiente del Imperio. Respetaba, y mucho, a los Adeptus Astartes, a las Legiones de Titanes, a los regimientos blindados y a la armada, pero la infantería de Feth, según su opinión, era el pilar básico de la victoria. Después de todo, eso era lo que le habían enseñado su padre, Oktar, Slaydo…, incluso Dercius. Pero en ese momento, y como nunca antes, deseó disponer de un escuadrón de Furies, o de Lightning, o de cualquier nave aérea con una buena capacidad de trepada y munición perforante. Aquellas naves de desembarco eran muy vulnerables. Un escuadrón bien dirigido podría acabar con buena parte de la fuerza enemiga antes de que ni siquiera llegara a tierra. Sería como un tiro al blanco.

Salió del módulo y siguió intentándolo en los demás.

—¿Rawne? —fue gritando mientras avanzaba.

La mayoría de los módulos del habitáculo estaban como el primero en que había entrado: abandonados y sucios. Probó a abrir una puerta, pero estaba cerrada con llave. Entró en otro módulo, que estaba completamente vacío, a excepción de una mesa consola situada extrañamente en medio del lugar. Había un libro sobre ella. Las paredes del módulo estaban desnudas por completo, y no había ni alfombra ni moqueta, tan sólo la superficie del suelo. Ni siquiera la lámpara de fosfato del techo tenía una pantalla protectora.

Se detuvo un momento. Aquello era muy extraño. Había una puerta, cerrada, a la izquierda. ¿Por qué estaba tan vacía aquella estancia?

Dio un paso y, en ese momento, oyó cerca de allí el disparo característico de un rifle láser de francotirador.

Salió al pasillo de nuevo y pasó al lado de cinco puertas antes de entrar en otro módulo destrozado.

En cuanto traspasó el umbral, Banda se giró desde la ventana y le apuntó con su rifle láser largo. La luz del punto de mira se quedó inmóvil en el plexo solar de Gaunt.

—¡Señor! —exclamó ella mientras bajaba el arma.

—Siento haberte sobresaltado, Banda. ¿Dónde está Rawne?

—Aquí —le respondió Rawne justo a su espalda. Gaunt se volvió—. ¿Me buscaba?

—¿Qué hace aquí arriba?

—Las comunicaciones no funcionan bien, así que subí para tener una idea más clara de lo que está pasando. Los cabrones nos tienen acorralados. Estaba buscando

una abertura en la línea.

Gaunt asintió.

—La cosa está mal de Feth en Principal III.

—¿Corbec?

—Dijo algo sobre un tanque superpesado. Creo que el ataque se está centrando allí. Esto… —dijo Gaunt señalando con el brazo la ventana y el combate en el exterior— no es más que una maniobra de contención.

Rawne se encogió de hombros.

—Eso dígaselo a mis fantasmas.

—Voy a llevarme mi pelotón, el de Haller y el de Raglon hacia el este para ver si podemos ayudar a Corbec. Eso significa que te quedas a cargo de la zona. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

—¿Tienes el RAT 3?

Rawne le dio unas palmadas a la placa de datos que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Elim, utilízalo. No tenemos comunicaciones, pero podremos mantener la defensa si todos seguimos el mismo plan. Latinate y esta calle son los puntos de defensa. Si llega el caso, hay que retirarse hacia el bulevar Armonsfahl.

—Puede ser que ya hayamos perdido Latinate. Hace poco llegó un mensajero de Soric. Han tenido que retroceder por unos semiorugas lanzallamas.

—Pues, entonces, a Armonsfahl. Envía un mensajero y que Soric se ponga en marcha. Que reúna a los pelotones que están con él y… —Gaunt se calló—. Ya sabes cómo organizar una defensa, ¿verdad?

Rawne se encogió un poco de hombros.

—Estoy gastando saliva. ¿A que sí?

Rawne asintió.

—El Emperador protege —dijo Gaunt con un rápido saludo antes de salir corriendo al pasillo.

—¿Gaunt?

Se paró al oír la llamada de Rawne y se giró para mirarlo. Estaba en el umbral de la puerta del módulo, mirándolo a su vez.

—Buena suerte en la caza de ese tanque superpesado. Dales Feth a base de bien.

Gaunt asintió antes de bajar por las escaleras.

La puerta de muelle se cerró con un golpe a su espalda. Rawne entró de nuevo en el módulo. Banda apuntaba con el rifle por la ventana.

—¿Qué…?

—¡Chssss! —lo interrumpió ella—. Estoy trabajando. En la ventana del segundo piso. Un oficial del Pacto Sangriento con un lanzacohetes. Cree que nadie puede

verlo y…

Su voz no era más que un siseo. Respiraba con mucha lentitud. El rifle láser largo le saltó en las manos cuando disparó.

—¿Le diste? —le preguntó Rawne.

Ella se giró y le sonrió con picardía.

—¿Tú que crees?

Rawne se inclinó hacia ella y la besó en la boca. Fue un beso breve, pero intenso.

—Ya sabes lo que creo —le dijo él mientras se retiraba—: que deberías matar a alguien más.

—¿A quién? Podría acercarme de una carrera a esa ventana y tendría un buen ángulo de tiro sobre Gaunt mientras se aleja.

Rawne sonrió y negó con la cabeza.

—Gracias, pero no. O lo mata el archienemigo, o lo mato yo. No quieto favores.

Ella se encogió de hombros y metió un nuevo cargador en el arma.

—Pero gracias por el detalle —añadió Rawne.

—Bueno, de todas maneras, no podría haberlo hecho Gaunt es un buen tipo. Me gusta. —Vio la mirada en los ojos de Rawne y añadió con dulzura—. No como me gustas tu por supuesto.

—Por supuesto.

—Bueno —dijo Banda mientras buscaba un nuevo objetivo por el punto de mira —, estás al mando. ¿Qué plan tienes?

—Los seguimos matando hasta que estén todos muertos… o hasta que lo estemos nosotros. ¿Era una pregunta con trampa?

—¿Todos preparados? —preguntó Gaunt. Hubo un asentimiento general—. Pues vámonos.

Gaunt, seguido de su propio pelotón, del de Haller y del de Raglon, se alejó de la Colina Tesk y se adentró en las calles centrales del distrito Masonae. Los exploradores marchaban en avanzadilla: Caober, Mkeller y Preed. Preed era el sustituto de Ruth, del decimoséptimo pelotón. Era un nativo de Tanith ya mayor, que se había mantenido con tozudez como soldado regular hasta que Mkoll le había convencido de que se especializara. Antes de ser soldado había sido guardabosques, por lo que tenía una habilidad especial en ese sentido, pero no se había unido a los exploradores por falta de confianza en sí mismo. Pensaba que era demasiado viejo. Gaunt tenía la esperanza de que Preed no hubiera encontrado su verdadera vocación demasiado tarde.

Encontraron problemas a medio kilómetro al este de la Colina Tesk. Una fuerza numerosa del Pacto Sangriento estaba atacando a lo largo de la calle Hisson e intentaba atravesar Principal III. Los pelotones bajo el mando de Skerral, Folore,

Mkendrick y Burone, el decimonoveno, el vigésimo sexto, el decimoctavo y el séptimo respectivamente, estaban defendiéndose de un modo magnífico pero apurado ante aquel ataque. Sin embargo, las calles adyacentes eran imposibles de atravesar.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Gaunt.

—Atravesemos esos edificios de allí —dijo Caober con convicción. Haller asintió. Caober consultó el mapa de la placa de datos—. Si acortamos por ellos llegaremos a la calle Fancible, y nos libraremos de este follón.

Los edificios eran una factoría y un bloque de habitáculos. Los propietarios los habían cerrado con llave y cerrojos antes de marcharse. Mkeller cortó con un láser el candado que cerraba la puerta exterior de la factoría.

—¿Qué? —le preguntó Haller a Gaunt.

—Hay que ir con cuidado. Si esto es alguna clase de atajo, seguro que el enemigo también ha pensado utilizarlo.

—¿Pueden venir por el otro lado? —le preguntó el verghastita de elevada estatura.

—Eso creo —contestó Gaunt.

El interior de la factoría estaba frío y a oscuras. En general, el aire del distrito Masonae parecía cada vez más estancado, por lo que muchos fantasmas llevaban puestos los recicladores. Gaunt pensó que probablemente ya habría demasiados procesadores de atmósfera estropeados o destruidos.

Los talleres y las cadenas de montaje estaban en silencio. De todas maneras, comprobaron mientras avanzaban todas las puertas y todos los almacenes, por si acaso.

Salieron de la factoría y cruzaron hasta los habitáculos de los trabajadores por un pasillo cubierto. Volvieron a repetir el procedimiento: comprobaron todas las estancias para cubrirse las espaldas mientras cruzaban la parte inferior del habitáculo.

—Esta está cerrada con llave —dijo Caober.

Gaunt se acercó. Los fantasmas se mantuvieron a cubierto con las armas preparadas. Giró el pomo de la puerta.

—No, no lo está.

Caober frunció el entrecejo por la sorpresa.

Gaunt abrió la puerta de par en par, y todos miraron al interior sin dejar de apuntar con las armas. Era otro módulo de habitáculo, normal excepto porque estaba completamente vacío. No había alfombras, ni moqueta, ni pantalla en la lámpara del techo, y las paredes estaban desnudas. Había una mesa consola en el centro de la estancia con un libro sobre ella.

—¡Despejado! —dijo Caober—. Seguid avanzando.

—¡Espera! —exclamó con un siseo Gaunt.

Tenía una sensación de intranquilidad tremenda. Entró en la estancia vacía y olió

una frialdad húmeda. ¿Qué estaba pasando? ¿Alguna clase de coincidencia?

Se acercó a la pequeña mesa del centro del habitáculo y alargó la mano hacia el libro que había encima. Era antiguo tan antiguo que se estaba convirtiendo en polvo.

Abrió la tapa leyó el título.

Era una primera edición de *Sobre el uso de los ejércitos*, Marchese.

Gaunt tenía una copia de aquel libro enigmático. El táctico Biota se la había dado poco antes de marcharse de Aexe Cardinal.

¿Qué demonios…? ¿Qué clase de coincidencia era aquella? Gaunt sintió que el miedo y el pánico se apoderaban de él. La magia de la disformidad lo rodeaba. Miró a la puerta lateral cerrada. ¿Qué habría al otro lado? ¿Qué?

Se acercó a la puerta y giró el picaporte. La puerta se abrió con lentitud. Gaunt olió aire limpio y fresco. Había plantas en el umbral. Trepadoras y matorrales. Era evidente que aquella estancia lateral consistía en alguna clase de herbario interior, una agriestancia para…

—¡Enemigo! —gritó Caober desde el otro umbral antes de comenzar a disparar.

Gaunt cerró la puerta de golpe y se apresuró a reunirse con él.

Un pelotón del Pacto Sangriento había aparecido al otro lado del pasillo y avanzaba hacia ellos, utilizando los umbrales de las puertas como cobertura mientras disparaban con sus armas de energía y de proyectiles sólidos.

Tardaron diez minutos de combate brutal en eliminarlos.

Para cuando terminó el enfrentamiento, Gaunt ya estaba en la salida oriental del habitáculo. Pensó por un momento en regresar a aquella extraña estancia desnuda, pero ya no parecía importar mucho. Estaba enardecido. Acababa de empalar a un oficial del pacto Sangriento con su espada de energía. Para cuando el grupo de tres pelotones se encontraba en la calle Fancible, ya se había olvidado por completo de la estancia y del libro.

Gol Kolea se dejó caer desde la ventana del habitáculo hasta la calle y corrió cuarenta metros a toda velocidad hacia la parte posterior del almacén sucio que había enfrente de él. Cada una de las ventanas negras sin cristales que le miraba parecía ocultar un tirador escondido, pero nadie le disparó. Llegó jadeante a la pared y se dejó caer al suelo, pero todavía se oía el tableteo de una arma de alimentación por cinta cerca de él.

DaFelbe estaba intentando ponerse en contacto con él por el comunicador para saber cuál era su localización. La línea era muy mala, muy entrecortada. Kolea apenas lograba distinguir la voz de DaFelbe. Pulsó dos veces en rápida sucesión el botón del comunicador. Era la señal de «no puedo hablar ahora».

Se arrastró a lo largo de la pared que quedaba del almacén y llegó al final, donde se asomó con rapidez por la parte baja y disparó desde el pecho. Dos soldados del

Pacto Sangriento, que estaban de espaldas a él detrás del siguiente murete, cayeron muertos al suelo, completamente tomados por sorpresa.

Se agachó de nuevo. Oyó más tableteo del arma automática. Unos cuantos gritos. Un par de disparos le pasaron silbando por encima de la cabeza. Se arriesgó y echó a correr hacia la entrada del almacén, por donde entró casi de cabeza para ponerse a cubierto. Oyó más gritos proferidos en una lengua que le puso los pelos de punta.

Atravesó la oscuridad palpando la pared hasta llegar a un muelle de carga; había un agujero de proyectil en la pared. El hueco le permitió echar un vistazo al patio de descarga situado detrás del almacén. Desde allí vio el cañón automático con sus dos servidores; estaba colocado detrás de hojas de rococemento prefabricado. Lo podía ver, pero el ángulo de tiro era malísimo.

Tendría que subir más arriba…

Una escalera metálica, fijada a la pared con unas agarraderas, llevaba desde el muelle de carga hasta la plataforma de almacenaje de la primera planta. Se colgó el rifle del hombro y empezó a subir.

Acababa de poner un pie en la plataforma de almacenaje cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Se lanzó de cabeza hacia adelante al mismo tiempo que el desconocido se abalanzaba sobre él saliendo de la oscuridad. Ambos cayeron al suelo gruñendo y manoteando. Su oponente era rápido, y Kolea distinguió el brillo revelador de un cuchillo desenvainado. ¡Un destello de metal en la oscuridad! ¡Gak! Kolea cargó todo el peso de su torso en un gancho que lanzó a su enemigo de espaldas contra el suelo.

Se arrojó sobre él para rematarlo al estilo de la guerrilla: con las manos desnudas. Pero se detuvo.

Era Cuu.

Cuu estaba retorciéndose en el suelo, maldiciendo y medio tapándose la boca ensangrentada.

—¡Tú! —siseó Cuu.

Kolea se encogió de hombros.

—¿Es que no me reconociste?

Cuu negó con la cabeza.

—Creí que eras uno de ellos…

Aquello no le sonó a verdad, y Kolea se preocupó. Cuu ya estaba antes que Kolea en la plataforma, así que sus ojos habían tenido tiempo de acostumbrarse a la penumbra. Seguro que tenía que haber sabido que era él…

A menos que hubiese elegido no hacerlo. Un rápido tajo con el cuchillo, y ¿quién lo hubiera sabido?

Kolea sacudió la cabeza. Lijah Cuu era un tipo despreciable, pero no tan despreciable…

—Levántate —le dijo Kolea.

Mientras Cuu se levantaba, soltaba otra sarta de imprecaciones y escupía un salivazo ensangrentado, Kolea se acercó al hueco de un ventilador de reciclaje instalado en la pared y miró a través de las palas. Allí abajo, en un ángulo mucho más inclinado pero mucho mejor, estaba el emplazamiento del cañón. Deslizó el cañón de rifle en el hueco entre dos palas y apuntó con cuidado, aunque iba a disparar con fuego automático.

Sus disparos acribillaron el emplazamiento. El artillero cayó muerto inmediatamente, y el cargador se giró un momento antes de salir despedido hacia atrás; se estremeció y agitó los brazos para luego caer de espaldas.

—El cañón está silenciado. El camino está despejado —le dijo Kolea a DaFelbe por el comunicador, con la esperanza de que lo esencial del mensaje lograra atravesar las tremendas interferencias. Se giró hacia Cuu—. Vámonos.

El pelotón estaba atravesando el patio trasero cuando llegaron abajo.

—¿He sido yo quien te ha hecho eso? —le preguntó Criid a Cuu.

—No, sargento.

Ella se encogió de hombros.

—Debo de estar perdiendo facultades.

Criid chasqueó los dedos y señaló. Hwlan se llevó a los hombres de vanguardia para asegurar la zona.

—Buen trabajo —le dijo con una sonrisa a Kolea.

Él asintió. Todavía se estaba acostumbrando a las miradas de extrañeza de sus camaradas, pero había algo más en el comportamiento de Criid. Al principio se había comportado de un modo genial, pero luego mostraba una reserva cautelosa. ¿Qué pasaría?

—¿Criid está bien? —le preguntó a Lubba, que estaba ajustando el tubo de alimentación del depósito del lanzallamas.

—Calor. ¿Por qué?

—No deja de mirarme de forma extraña.

—Probablemente piensa que le vas a quitar el mando de la escuadra.

Kolea negó con la cabeza.

—Ya le he dicho que…

—Está preocupada. Eso es todo.

—¡Lanzallamas!

La orden de Criid les llegó a través del vestíbulo del almacén. Se apresuraron a obedecerla.

Era una falsa alarma. El pelotón de Varl llegaba por la siguiente calle. Baen, el explorador de Varl, había descubierto un grupo enemigo en un cruce de calles cercano.

—Son unos treinta —informó Baen—. Parece ser que tienen un acechante, pero no funciona.

—¿Que no funciona? —le preguntó Criid.

Baen encogió los hombros con un gesto de «¿qué quieres que te diga?».

—Parece que lo están protegiendo.

—Podemos establecer un fuego de cobertura, y luego les colamos una escuadra por el flanco —propuso Varl—. Por allí —dijo señalando.

—Yo me encargo —contestó Kolea. De nuevo apareció aquella extraña tensión.

—Por mí vale —le contestó Varl con una sonrisa. Había echado de menos a Kolea como contrincante—. Mientras no metas la pata.

—Vale —accedió Criid a regañadientes—. Nessa, Hwlan, Baen, id con Kolea.

Los cuatro se dirigieron a toda prisa hacia la izquierda, hacia la penumbra de los callejones laterales, mientras el resto de los miembros de los dos pelotones se preparaban. Kolea oyó el chasquido de los rifles láser y el siseo de los lanzallamas.

Los exploradores marchaban en cabeza, seguidos por Nessa, con su rifle largo, y por Kolea, encargado de vigilar la retaguardia. Pensó que había sitios mucho peores en la galaxia que estar justo detrás de Nessa Bourah mientras ella corría.

De repente, se dio cuenta. Sentía, dentro de un límite normal, deseo. Apreciaba la parte posterior de una mujer atractiva. Gak, hacía tanto, tanto tiempo que no había sentido algo parecido a eso.

Desde que no había sentido nada en absoluto.

Le parecía que, en realidad, era el primer día de su vida. Todo lo que veía le resultaba nuevo, como si se hubiera despertado de un sueño largo y pesado. ¿Cómo lo había descrito Curth? Como si saliera de aguas profundas.

Pensó que estaba vivo de nuevo y gracias a la santa.

Baen y Hwlan los hicieron salir de la calle y atravesaron las clases destrozadas de la scholam del distrito y luego subieron al primer piso de una lavandería del Munitorum. El aire olía a podrido y a húmedo debido al agua estancada en las grandes cubas de acero. Las alimañas se alimentaban y correteaban por encima de las montañas de ropa mojada. Los cristales de detergente cubrían el suelo y las grandes pelusas obturaban las rejillas de los conductos del techo.

Llegaron hasta una hilera de ventanas cuyos cristales se habían roto a causa de una explosión. El acechante estaba debajo de ellos, agazapado al costado de la pared lateral de una pequeña capilla. Baen llevaba razón: los soldados que había en la calle estaban situados como si estuvieran preparados para defender el vehículo.

Nessa echó un vistazo por la mira telescópica.

«Hay algo raro», indicó mediante el lenguaje de signos.

—¿Me dejas? —le pidió Kolea, y Nessa le pasó el rifle de francotirador.

Echó un vistazo hacia abajo y dejó que los ajustadores automáticos de la mira se

adaptaran a su cavidad ocular.

Aquel acechante no era uno habitual. Carecía de montajes de armas y de torretas delanteras. En vez de eso, los compartimentos inferiores del casco eran gruesos e hinchados, como si fuera una tripa inflamada. Kolea vio dentro de la gran burbuja de cristalcero una figura humana delante del conductor. La figura estaba recostada en el asiento y se retorcía de forma espasmódica. Cientos de cables salían serpenteando de su cuerpo para adentrarse en el interior del tanque.

—Un psíquico —dijo mientras le devolvía el rifle a Nessa.

—¿Una arma psíquica? —le preguntó Hwlan.

—No —contestó Kolea—. Creo que eso…, y otros cacharros como eso son los que están mandando a hacer Feth nuestras comunicaciones.

«Haz los honores», le indicó Baen a Nessa con el lenguaje de signos.

Ella apuntó, respiró con lentitud y disparo.

El rayo reforzado perforó la cúpula y convirtió la cabeza y los hombros del psíquico en metralla ósea. El acechante se estremeció y comenzó a arder. Un grito psíquico recorrió el aire y les hizo retroceder y jadear a todos.

Kolea, Baen y Hwlan se asomaron de nuevo a las ventanas y comenzaron a disparar contra las unidades desmoralizadas del Pacto Sangriento. Criid y Varl aprovecharon la confusión reinante y se unieron al ataque.

En menos de cinco minutos, la calle quedó despejada.

El Baneblade de color escarlata era algo escalofriante, el terror en forma física. Corbec dudaba de que el propio Arconte de Feth en persona, el tal Urlock No se qué, impresionase más.

El ruido que hacía ya era más que suficiente. No era un gruñido, o un retumbar, o un rugido. Era un aullido profundo, casi infrasónico, que reverberaba en el diafragma y espantaba el alma. Alguien, quizá Daur, quizá Ana Curth, le había contado una vez a Corbec que los sonidos infrasónicos, a menos de dieciocho hercios, provocaban una respuesta primitiva de miedo en los humanos. Aquello era tan viejo como las cuevas y las hogueras. El retumbar infrasónico de los gruñidos de los félidos cazadores helaba de terror a los humanos. Era una respuesta corporal automática, heredada de los primates.

Cuando disparaba su arma principal, el cañón Demolisher que llevaba montado en el casco, era todavía peor. El suelo se estremecía. Los proyectiles cruzaban el aire y machacaban el centro de la ciudad, y provocaban grandes bolas de fuego que se alzaban por encima de los tejados. No había nada que hacer frente a aquello, nada que un ser humano pudiera hacer.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Milo le tiraba con desesperación de la manga. Su equipo de asalto estaba

preparado para replegarse hacia las calles orientales. El Baneblade aplastó los restos destrozados del Exige con Amenazas.

—Vale —contestó Corbec, y comenzó a levantarse con cierto esfuerzo.

—¿Qué Gak es eso? —preguntó Chiria, de repente. Corbec se giró para mirar.

Una figura caminaba por la calzada, delante el tanque superpesado. Llevaba puesta una armadura dorada y en su mano relucía una espada.



NUEVE
EL VIAJE HACIA LA NOCHE

Quedaos a mi lado mientras podáis. Un día, una semana, un año, un minuto. Lo que podáis darme, el tiempo que podáis entregarme, lo recibiré con los brazos abiertos.

SANTA SABBAT,
Epístolas

Era ella.

—¡Oh, Feth! ¡La santa! —susurró Corbec.

Milo se quedó mirando. Todavía no había superado la muerte de la chica peregrina. La vio de nuevo inmóvil, colocada delante del tanque, moviendo los brazos para distraerlo. Aquello se parecía demasiado a una repetición.

—¡Brin! —gritó Corbec, pero Milo ya estaba corriendo al descubierto—. Vas a matarme, chaval —añadió Corbec mientras se soltaba de las manos de Chiria y salía corriendo detrás de él.

Milo llegó a la autopista. La santa no pareció reparar en él. ¡Dios Emperador, era tan hermosa con aquella armadura reluciente y decorada!

Lanzó un grito. Un segundo después, Corbec lo alcanzó de un salto y lo derribó al suelo. Ambos se arañaron contra el pavimento.

El arma coaxial del Baneblade giró para apuntar contra la figura dorada y disparó, pero la santa ya no estaba allí. El espacio vacío de la carretera quedó convertido en arenilla.

La santa se había subido de un solo salto a la parte delantera del casco del enorme vehículo, detrás de la montura achatada del Demolisher y al lado del arma principal. Blandió la espada con una sola mano.

El tubo del enorme cañón quedó cortado, y el trozo suelto cayó con un estruendo sobre el casco antes de rodar hacia el suelo. Los bordes cortados del cañón restallaron con chispas de energía azul.

—Amado Dios Emperador… —tartamudeó Corbec con incredulidad.

La santa alzó la espada, la empuñó hacia abajo con las dos manos y la clavó entre los dos pies y profundamente en el casco principal del tanque.

El vehículo se detuvo poco a poco. Había localizado con exactitud al conductor y lo había matado.

La escotilla superior se abrió, y el comandante del carro salió para empuñar el bólter montado allí. Ella saltó de nuevo, dio una vuelta en el aire y aterrizó sobre la torreta, detrás de la escotilla. La hoja susurrante de la espada cortó por igual el cuello y la montura del arma.

—Corbec…, Corbec…, ¿has visto…? —dijo Milo, boquiabierto.

—Está claro que el Emperador protege, chaval —murmuró Corbec.

La santa se sacó un tubo de demolición dorado del cinturón, activó la carga y la dejó caer por la escotilla abierta. Luego, saltó y se alejó del tanque.

Milo y Corbec también echaron a correr para ponerse a cubierto.

El Baneblade no estalló, pero las llamaradas del incendio interno hicieron saltar varias escotillas. Uno de los tripulantes salió tambaleándose y cayó envuelto en llamas al suelo.

La santa caminó hacia ellos con la espada en la mano y apuntando al suelo. Su

armadura relucía iluminada por el tanque incendiado.

Milo y Corbec se dieron la vuelta para mirarla.

—Bien hallados, hermanos —les dijo.

Ambos se dieron cuenta de que estaban sonriendo.

—Eso ha sido increíble, santidad —le dijo Milo.

—¿Santidad? —le reprendió ella con voz suave—. ¿Así como saludas a una amiga? Soy Sabbat. Llámame así si quieres hablar conmigo.

Corbec miró a Milo. Estaba sorprendido. El chaval no era capaz de verlo. Ella era Sanian, una joven con la que Milo había soñado durante años, pero no era capaz de reconocerla, ni siquiera estando cara a cara.

Pero Corbec lo pensó mejor y se percató de que él tampoco la habría reconocido. Sabía que era Sanian porque Gaunt se lo había dicho. Aquella mujer, aquella criatura, no se parecía en nada a la esholi que habían conocido en Hagia. Sanian era una persona tranquila, reservada. La joven que tenían delante resplandecía llena de confianza, poder e ilusión.

Y aunque Sanian había sido bonita a la vista, aquella mujer era bella, tan bella que dolía. Era luminosa. Más allá del sexo, más allá del deseo. Una encarnación divina de la belleza.

Y acababa de destruir un tanque superpesado en combate cuerpo a cuerpo.

Corbec se sintió inútil y patético de repente.

—No es nada comparado con las valerosas hazañas que has llevado a cabo otras veces, Colm —le dijo ella como si leyera los pensamientos.

—Es muy amable —murmuró.

Milo comenzó a decir algo, pero de repente, alzó con rapidez su rifle y apuntó… a la cabeza de ella.

Disparó, y el rayo de energía pasó por encima del hombro izquierdo de la santa. El tripulante del Baneblade ya había sacado medio cuerpo por la escotilla y apuntaba con la pistola bólter a la espalda de la santa. El disparo de Milo le atravesó la garganta, y el enemigo cayó boca abajo. La pistola repiqueteó contra la carretera.

La santa se encogió un poco y miró hacia atrás. Cuando se volvió para mirar de nuevo a Milo, sonreía de oreja a oreja.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? —le dijo—. Sin vosotros no soy nada. El Emperador, bendita sea su gracia divina, me ha otorgado fuerza, velocidad y poder más allá del de una persona normal, pero no puedo combatir sola contra el enemigo. Sola, me vencerían. Para vivir y vencer debo confiar en vosotros. En ti Milo. En ti, Corbec. En los valientes hombres y mujeres de la Guardia Imperial, en mis camaradas guerreros…, algo que Milo acaba de demostrar de un modo muy fehaciente.

—Nos limitamos a servir, Sabbat —murmuró Corbec.

—Todos nos limitamos a servir, Colm —le aseguró ella, y le colocó una mano en

la frente.

Un tremendo dolor de cabeza provocado por los ultrasonidos del Baneblade que ni siquiera había empezado a notar disminuyó hasta desaparecer. Se sintió bien. ¡Feth! ¡Se sintió como si tuviera veintiún años de nuevo!

—Todos nosotros, juntos, en un viaje hacía la noche. Puede ser que yo sea algo…, algo… No sé qué. Una figura a la que seguir, una líder, pero no soy nada sin vosotros. Un líder no es nadie si no tiene a quién dirigir. —Los miró a los dos—. ¿Entendéis lo que digo? Tengo la sensación de que estoy desvariando.

—¡No! —le aseguró Corbec.

—Lo entendemos —dijo Milo.

—No se trata de mí —insistió—. Se trata de todos nosotros; de las almas imperiales que se unen para atravesar la oscuridad.

—Lo entendemos —repitió Milo, Ella se giró para mirarlo directamente.

—Sabía que lo harías, Milo. De hecho, así está establecido en la disformidad. Te quedarás conmigo a partir de ahora. Hasta que todo esté cumplido. Me protegerás. Gaunt me lo prometió.

—Lo haré, mi señora —contestó Milo.

—¿No tienes miedo?

Él negó con la cabeza.

—Yo lo tendría.

Gaunt y su destacamento llegaron a Principal III pocos minutos más tarde. El comisario se quedó mirando pasmado el tanque superpesado destruido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Apareció la santa —le explicó Corbec.

—¿Y dónde está ahora?

—Avanza con el pelotón de Domor. Milo va con ellos.

—¿Milo?

—A mí me pareció que lo había ascendido a segundo de a bordo, algo así como su ayudante personal.

Gaunt frunció el entrecejo.

—Pareces cansado —le dijo a Corbec.

—Ha sido un día muy largo, señor.

Y sería más largo todavía, sin un final. Las fuerzas imperiales habían conseguido a duras penas contener la primera oleada de ataque del enemigo, y la segunda llegaba pegada a sus talones. No habría descanso en los combates. El enemigo atacaría de forma incesante la ciudad, hasta que cayera.

—He pedido refuerzos —le dijo Gaunt a su coronel—. Quiero que las unidades que han combatido retrocedan, y descansen. Que la tuya sea una de ellas.

—Estamos bien, señor —protestó Corbec.

—Lo sé, pero replegaos de todos modos. Soric lo está haciendo, lo mismo que Haller, Burone, Ewler, Scafond, Folore y Meryn. Por favor, reúnete con ellos. Que os curen las heridas. Mañana puede ser importante que dispongamos de pelotones frescos, listos para el combate.

—Si hay un mañana —dijo Corbec con un suspiro.

—Lo habrá —le contestó Gaunt con convicción—. Reúne a tu pelotón y repliégate.

El pelotón de Corbec recorrió las serpenteantes calles vacías en su regreso a las posiciones defensivas interiores, los emplazamientos cubiertos por muros de sacos de arena a lo largo de la Bajada del Gremio, donde se encontraban los efectivos de la Fuerza de Defensa Planetaria y del regimiento Civitas Beati.

Todos oían los sonidos de los combates en los límites de la ciudad desde allí.

—El hospital de campaña —le dijo un oficial de la Fuerza de Defensa Planetaria mientras lo señalaba con el dedo.

Dorden y Curth habían montado las instalaciones en un establo vacío. Corbec envió a los heridos en aquella dirección, pero algo llamó su atención.

Había oído algo. Era un sonido del pasado, algo nostálgico, que salía de un habitáculo que había enfrente del establo.

Caminó hacia allí y entró en el habitáculo. ¡Aquel sonido! El chirrido de una sierra. El olor a serrín, los recuerdos…

Había una pila de madera seca justo a un lado de la entranada. Era de color crema, con un grano fino. Corbec pasó el dedo por la superficie. Había olvidado lo importante que había sido en su vida la madera; en la vida de todos los de Tanith.

—¿Puedo ayudarle, soldado?

Corbec se giró y escrutó el interior en penumbra del edificio. Un hombre mayor, con el cabello rizado cubierto de motas de madera, estaba pasando listones por una sierra circular de mesa bajo la luz de una sencilla lámpara de fosfato.

—No. Sólo que… no esperaba encontrarme un lugar como éste en un sitio así —contestó Corbec con un encogimiento de hombros.

El hombre frunció el entrecejo como si no supiera cómo responder a aquello y se limitó a subir otro listón de madera con las manos enguantadas. La sierra chirrió.

—Colm Corbec —dijo mientras se acercaba con la mano extendida.

El hombre acabó de cortar el listón antes de dejar la madera a un lado y quitarse los guantes para estrecharle la mano a Corbec.

—Guffrey Wyze. ¿Seguro que no puedo ayudarle en algo?

Corbec se rascó la cabeza mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Solía trabajar en un sitio como este. Mi padre tenía un taller de reparaciones, pero también se dedicaba a cortar mucha madera. Era un país maderero.

Wyze asintió.

—¿Dónde era eso?

—En Tanith.

Wyze se quedó pensativo unos instantes, y luego dijo algo que dejó sorprendido a Corbec.

—Madera de nal.

—¿La conoce? —le preguntó.

—Por supuesto —dijo el hombre antes de pulsar el interruptor de la sierra de mesa para apagarlo y poder hablar sin tener que gritar.

—¿La conoce? —repitió Corbec.

—¿Ha visto muchos bosques en Herodor? ¿Plantaciones? ¿Granjas de árboles? La importamos de todos los lugares. A la gente le gusta la madera. Es cálida. Y también versátil. Muebles, marcos, paneles, lo que sea.

Le indicó con un dedo a Corbec que lo siguiera, y lo condujo hasta una puerta lateral rodeada de estanterías repletas de herramientas, jarras y cacharros varios. Al otro lado estaba el almacén de maderas. Una gran masa de tablas seguía secándose allí, en estanterías abiertas que llegaban hasta el techo y divididas por los pasillos formados por los huecos entre ellas. El aire olía a resma y a duramen.

—Toda es importada —le dijo Wyze—. La mayor parte es coloci, arce y toft procedente de Khan. Es material barato de uso diario. Pero tengo cargamentos de maderas de calidad. Mire allí: espino flexible medio cortado, de Estima. ¿Ha visto algo igual?

—Es muy suave —admitió Corbec mientras acariciaba la superficie aterciopelada del listón superior.

—Y esto es shiln maduro de Brunce. También tengo pícea helicana auténtica por algún lado.

Se acercó a la estantería más cercana y se agachó hacia la repisa inferior. Rasgó el papel de embalaje que cubría uno de los cargamentos y dejó al descubierto la madera oscura del interior. Estaba cubierta de polvo. No la habían tocado en bastante tiempo.

—Ahí la tiene. Sabía que me quedaba algo. Sólo la utilizo para trabajos especiales.

Corbec se acuclilló a su lado y supo inmediatamente lo que estaba viendo. Tragó saliva.

—Madera de nal.

—Exacto. Es preciosa. Y cara.

—Lo sé —contestó Corbec.

Uno de los productos de exportación principales de Tanith había sido la madera de calidad. Él había trabajado en un aserradero, años atrás, puliendo listones de madera para enviarlos a otros mundos.

—No recuerdo cuánto pagué. Debe de hacer ya bastante tiempo, pero cuando vi la mercancía, no discutí el precio. Este material se lo merece.

Corbec alargó una mano. La cubierta protectora de papel de embalaje mostraba el dibujo gastado del sello del mercader. Miró la fecha de envío. Hacía ya quince años.

—Estaba pensando pedir un poco más —dijo Wyze.

Corbec lanzó un suspiro.

—Ya no se puede conseguir más —le dijo—. Se acabó el suministro.

—Vaya, pues es una pena.

—Sí que lo es.

Corbec apenas podía creerse lo que estaba viendo. Él, lo mismo que todos los demás nativos de Tanith, creía que todo lo relativo a su planeta había desaparecido, a excepción de ellos y de lo que habían logrado sacar con ellos. Pero aquel trozo de Tanith había sobrevivido, se había salvado de la destrucción.

¿Cuántos otros pequeños trozos de su mundo se habrían salvado, guardados en serrerías y en carpinterías de todo el sector?

Y qué apropiado, por Feth, le parecía que hubiera coincidido con ellos en aquel planeta. Gaunt estaba convencido que había sido el destino el que los había llevado hasta Herodor; que alguna clase de proceso gigantesco, pero invisible, de coincidencias y de sincronías cósmicas los había conducido a aquel sitio y momento. Y ésa era la prueba.

—Me preguntaba… —murmuró Corbec.

—Me preguntaba qué estaba haciendo usted aquí. Bueno, me refiero a que hay una invasión. Las calles están vacías, y todo el mundo se ha ido a las colmenas. ¿Por qué sigue trabajando?

—Ocupación de reserva —le contestó Wyze—. Como parte del esfuerzo de guerra.

—¿Trabaja como reservista? ¿En qué?

—Fabricando ataúdes —respondió Wyze—. Vamos a necesitar muchos.

Estaba anocheciendo. Los feroces combates al norte de Ciudad Beati no cesaron. Iluminaban la oscuridad con sus explosiones y sus rayos. En el interior de la ciudad, miles de incendios parpadeaban y resplandecían, consecuencia de los continuos bombardeos y ataques aéreos. Cada pocos minutos aparecían los Locust en mitad de la oscuridad, sobrevolaban la urbe a baja altura y dejaban caer sus bombas o disparaban sus cañones.

Más allá, en los obsidaes, la fuerza de invasión seguía aterrizando. Las luces de la panza de las naves de carga, de color blanco escarcha, relucían en el aire como bengalas. Habían colocado hileras de lámparas de fosfato alrededor de las pistas de aterrizaje improvisadas, y bajo su brillo, mientras el frío viento del desierto soplaba

con fuerza, las columnas de blindados se agrupaban bajo las órdenes de los mariscales y las brigadas de infantería se alineaban. Los campos de vidrio brillaban en círculos de luz. Las formaciones de Locust cruzaban la zona en formación. Los enormes transportes bajaban provocando tormentas de polvo y haciendo temblar el suelo. Las compuertas en forma de iris se abrían y dejaban salir hileras de acechantes. Otros aterrizaban y abrían las rampas delanteras como cocodrilos gigantescos, y las filas de blindados, artillería autopropulsada y transportes de tropas desembarcan en la llanura polvorienta.

Por encima de todo ello, las malignas estrellas de las naves enemigas mantenían su vigilancia.

Saul, el tirador, entró en la ciudad por el sector de Las Vidrieras. Pasó la mayor parte del primer día siguiendo a las fuerzas de primera línea a medida que penetraban en Cíudad Beati calle por calle. Saul no temía el combate, pero los asaltos no eran su misión en Herodor, así que prefirió no ensuciarse las manos con ello. Dejó los ataques frontales a los blindados y a las brigadas de la muerte. No habló con nadie, ya que estaba preparándose para la misión que le había encomendado el Amo, pero mantuvo encendido el canal de comunicación y permaneció atento a los mensajes intercambiados por sus propias fuerzas.

De vez en cuando, cambiaba al canal de comunicación enemigo. Se suponía que estaba encriptado, pero los tecnomagos del Amo habían descifrado el código a las pocas horas de comenzar el ataque. Saul hablaba el gótico bajo con fluidez. Había descubierto que era muy útil entender la cháchara de los débiles a los que solía matar. Cuando sus fuerzas comenzaron a utilizar al mediodía las armas de interferencia, se había sentido frustrado por perder la señal imperial.

Ya había regresado. Eso le agradó, aunque significara que el enemigo habría eliminado al menos a unos cuantos de los vehículos psíquicos especializados.

Al caer la noche llegó al cruce de Principal IV con la calle Brazen. Lo sabía por la placa de datos. Los tecnomagos de la primera oleada habían conseguido literalmente robar los planos de las calles y los esquemas de los bancos de datos del mando táctico, que estaban protegidos por programas vigilantes que eran de risa. La información fluía de los tecnomagos en el planeta hacia las naves, donde se estudiaba antes de transmitirla a todo aquel que la necesitara. Eso significaba los oficiales, los líderes de escuadra, los comandantes de tanques y Saul. Disponía en su placa de datos de una información sobre la ciudad actualizada de forma constante.

Tenía que admitir que los imperiales habían luchado bien aquel primer día. Se habían mantenido firmes en los distritos Masonae y Salón de Hierro, aunque les había costado. Saul estaba seguro de que cuando llegara la mañana, todo eso cambiaría.

Los imperiales se habían tenido que retirar tres veces en la zona de Las Vidrieras

a lo largo del día, pero habían redoblado la resistencia en cada ocasión. Saul se había enterado por la vigilancia que mantenía en las comunicaciones enemigas que la zona estaba defendida sobre todo por efectivos de la Fuerza de defensa Planetaria y por el regimiento Civitas Beati. El comandante del sector era un coronel llamado Vibreson.

Aquel Vibreson estaba cumpliendo muy bien en una situación difícil. Sus fuerzas habían conseguido detener a las del pacto Sangriento a lo largo de la calle Brazen y los bloques de habitáculos de la calle Glass. Las unidades de la brigada de la muerte que Saul había estado siguiendo durante el día estaban estancadas.

Eso no le convenía en absoluto a Saul. Necesitaba continuar avanzando hacia el interior de la ciudad, donde lo esperaba su objetivo. Se dio cuenta de que había llegado el momento de actuar.

El Tirador se sentó en la acera, al lado de un habitáculo incendiado, a unos cuantos cientos de metros de los feroces combates. Desplegó el mapa de referencia específico mientras escuchaba las comunicaciones enemigas.

Las unidades del Pacto Sangriento pasaron a su lado, pero él no hizo ni caso. Ya casi era de noche, y ésa era su hora, el momento de aprovechar las sombras y avanzar. Gracias a la noche podía llegar a tener a tiro a su objetivo, y luego simplemente tendría que esperar, quieto y en silencio como los cadáveres, a que llegara el momento.

Saul cambió de canal y escuchó por unos instantes las comunicaciones de su propio bando. Los oficiales utilizaban a voz en grito el nombre del Amo como promesa y como amenaza para conseguir más blindados y así aplastar las defensas de la calle Brazen para seguir avanzando. Saul sonrió. No serviría de nada. Los imperiales estaban demasiado bien atrincherados. Su línea se mantendría todavía durante bastante tiempo.

Se mantendría frente a un ataque normal, frente a la fuerza física.

Pero Saul practicaba un arte asesino de la guerra. La línea imperial no resistiría frente al miedo y la confusión ni un solo momento. El miedo y la confusión lograrían en un minuto lo que a una división blindada le llevaría todo el día conseguir.

Volvió a las comunicaciones imperiales. Estuvo atento a la aparición de la palabra Drumroll. A los imperiales, esos pobres idiotas, les encantaban los nombres en clave. Pensaban que eran muy listos. Jamás mencionaban el nombre de Vibreson; lo llamaban «Drumroll». A Drumroll se le necesitaba en la calle Gasten. Drumroll se dirigía con doce pelotones al cruce Ravenor. ¿Autorizaba Drumroll el reposicionamiento del undécimo de la Fuerza de Defensa Planetaria al Acueducto de Sespre?

Idiotas. Parecía un juego de niños que estuviesen intentando ocultarle la verdad a los adultos. Ese era siempre el fallo de los imperiales. Consideraban escoria a los ejércitos enemigos procedentes de la disformidad, por lo que pensaban que eran

imbéciles.

¿Dónde estaría Drumroll en esos momentos?

—Drumroll, aquí Centinela. Responda.

—Adelante, Centinela. ¿Situación?

—Sufrimos un fuerte bombardeo. En el cruce de Brazen con Filipi.

—Aguante, Centinela. Envío a Rolling uno y dos a su posición en cinco. Nos están machacando aquí en IV. La capilla de Kiodrus también está sufriendo un fuerte bombardeo.

—Recibido, Drumroll. ¿Pueden aguantar?

—Un momento.

Saul miró la placa. Se quitó el guante derecho y siguió la línea de Principal IV con el dedo corazón, desfigurado por las cicatrices. Mantuvo el dedo índice doblado hacia la palma para protegerlo. Era la única parte de la mano que no mostraba las cicatrices rituales. Al fin y al cabo, era el dedo que apretaba el gatillo.

La capilla de Kiodrus. Allí estaba. Un templo levantado en honor del comandante tonto del culo que había acompañado a la santa al principio. Por lo que parecía, eso le hacía ser importante.

Saul se levantó y metió la placa de datos en el bolsillo del muslo del pantalón. Se puso el guante y recogió su rifle láser largo.

Tardó veinte minutos en rodear la parte trasera de los habitáculos. Esquivó tanto a las fuerzas imperiales como a las suyas antes de llegar a Principal IV.

Vio la capilla, un edificio alto, de aspecto digno, construido con ashlar. Tenía la fachada agujerada por los disparos. El fuego cruzado de los rayos láser acribillaba el espacio abierto de la carretera que estaba delante. El humo flotaba en el aire.

Saul cruzó semiagachado para llegar a un habitáculo situado al otro lado de la ancha avenida, y abrió la puerta de una patada. El edificio estaba sucio y olía a rancio. El hedor de la comida podrida salía de las despensas compartidas de cada piso del bloque.

El Tirador subió cinco pisos y forzó la entrada de uno de los habitáculos. Un rápido vistazo le indicó que el campo de tiro desde la ventana no sería el adecuado, así que salió y subió otro piso.

Mejor.

Levantó la hoja de la ventana y la inmovilizó con la pata rota de una silla.

Encaró el rifle.

Saul encendió la mira telescópica. Zumbó y chasqueó hasta que la imagen se hizo nítida, con una resolución elevada y en tonos negros y verdes, por la visión nocturna barrio la zona. La fachada de la capilla. La pared lateral. El callejón que había debajo de ella. Las barricadas. Allí distinguió puntos intermitentes de luz: disparos de rifles láser. El destello de los cañonazos. Ajustó la recepción de luz de la mira.

Vio siluetas. Soldados imperiales. Manchas oscuras. Eran de la Fuerza de Defensa Planetaria y del regimiento Civitas Beati, invisibles desde la calle por estar detrás de aquellas sólidas defensas, pero tremendamente vulnerables desde esa localización elevada.

Drumroll, ¿dónde estás?

—Drumroll, aquí Centinela. ¡Responda, es urgente!

—Le recibo, Centinela. Ahora mismo estoy ocupado.

—Drumroll, están atacando con fuerza.

—¡Mierda, le he dicho que espere!

Saul paseó el punto de mira de nuevo. Más figuras. Un cargador de munición que llegaba corriendo a la barricada con varias cajas. Un médico inclinado sobre un cuerpo tendido. Tres soldados a cubierto y disparando. Un operador de comunicaciones sobre una rodilla que entregaba un micrófono.

Le entregaba el micrófono a un individuo cuyo lenguaje corporal mostraba a las claras su rabia y su frustración.

—Hola, Drumroll —dijo Saul en gótico bajo con un susurro. Se echó a reír suavemente por lo raro que le sonó.

Se había quitado el guante derecho para dejar al descubierto la mano antes de rodear la empuñadura. Su único dedo intacto se curvó levemente alrededor del gatillo.

Con la mano izquierda, enguantada, sacó un cargador del cinturón y lo metió en la ranura correspondiente.

El arma emitió un tintineo, y se encendió una pequeña luz roja.

Arma cargada.

—¡En nombre de la santa, Drumroll! ¡Nos están machacando!

—¡Cállese, Centinela! Manténgase firme. Rolling está a punto de llegar. Manténgase firme y nadie morirá.

Saul pensó que aquélla era una promesa que no estaba en condiciones de mantener.

No dejó de respirar para disparar. No tenía por qué hacerlo. Le habían reemplazado los pulmones treinta años antes por unos intercambiadores de aire automáticos que cumplían su función sin piezas móviles, por lo que el cuerpo no se movía tampoco. Tan sólo los desconectó, y su cuerpo se quedó rígido, convertido en una estatua de carne.

El rifle láser soltó un chasquido.

Saul levantó el arma y se recostó contra la pared.

—¡Repita!

—¡Muerto! ¡Está muerto!

—¡Repita, Drumroll!

—¡Que está muerto! ¡Vibreson ha muerto!

«Y para eso tantos nombres tontos», pensó Saul.

Miedo y confusión: más devastadores que toda una división blindada. Los soldados de Fuerza de Defensa Planetaria alrededor de la capilla se dejaron llevar por el pánico cuando vieron morir a su admirado superior. En menos de quince minutos, aquel pánico se convirtió en un desastre.

Atacada por las brigadas de la muerte, la línea se hundió. Se hundió en otros seis puntos a lo largo de Principal IV más o menos a la vez. Sin un mando claro, los defensores imperiales quedaron desorganizados y fueron aniquilados.

Cuando llegó la medianoche, los invasores habían penetrado en Ciudad Beati hasta llegar a la calle Loman, a pocos bloques del Círculo del Astrónomo, ya bien adentrado en los sectores occidentales de la ciudad. Saul siguió la masa de soldados, atravesando las calles en llamas y pisando la sangre de los muertos imperiales.

Poco después de medianoche, solo y a pie, pasó más allá de la línea de sus propias tropas y se internó en la oscuridad de las calles del centro y de la Bajada del Gremio. Le fue fácil esquivar a los defensores imperiales, que se retiraban con rapidez y en desorden.

El objetivo lo esperaba.

La guerra rugía sobre él a tanta distancia que parecía la pesadilla de otra persona. Karess siguió avanzando, y las monturas de las piernas salpicaron al atravesar el agua tibia. Cuando alguno de los túneles de piedra caliza se volvía demasiado angosto utilizaba los rayos cortadores para ensancharlo. La peste a piedra recalentada y a ceniza llenaba el aire.

Karess no podía percibir aquel olor. No podía sentir el calor. No sentía más que el dolor mecánico provocado por los inductores de la máquina. Siguió avanzando, metro a metro hacia las entrañas de Ciudad Beati.

—La parte occidental ha caído —dijo el ayudante de la compañía personal de Lugo.

Kaldenbach se giró para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—¿Que ha caído?

—La línea se ha roto, señor. Ha desaparecido. Vibreson ha muerto. Están avanzando por Las Vidrieras ahora mismo.

La estancia, una pequeña cámara en el sótano de una factoría de la zona del Salón de Hierro, se quedó en silencio. Las lámparas de fosfato parpadearon. Los oficiales de comunicaciones alzaron la vista de los aparatos portátiles que habían instalado en

la improvisada sala de mando.

Kaldenbach llevaba defendiendo la zona del Salón de Hierro desde hacía dieciocho horas, y estaba demasiado orgulloso de aquel logro. Las fuerzas de la Guardia Imperial bajo el mando de Gaunt en la parte oriental de la ciudad también se habían comportado con valentía, pero Kaldenbach pensaba que sus esfuerzos no eran comparables a los de los otros. Dos de las puntas de ataque del archienemigo se habían lanzado contra el distrito del Salón de Hierro, pero él las había rechazado.

Si Las Vidrieras habían caído, todo su flanco izquierdo había quedado al descubierto de repente.

Kaldenbach le indicó por señas al capitán Lamm que se acercase al mapa táctico hololítico.

—Estamos con el agua al cuello, capitán. Necesito que organice un contraataque. Aquí, aquí y aquí. Utilice Principal II como línea de defensa.

—Encantado. ¿De qué fuerzas dispongo?

—Nueve unidades. Sus propios transportes. Le mandaré un mensaje al mariscal para que envíe refuerzos.

—Va a tener que hacer algo más que eso, señor —dijo el capitán Lamm—. Va a tener que desplegar sus fuerzas por la Bajada del Gremio, o más vale que lo dejemos ahora mismo.

Kaldenbach asintió.

—Salga de aquí, Lamm —le ordenó—. ¡Que venga mi oficial de comunicaciones!

La atmósfera nocturna era seca y muy fría. Lamm avanzó con sus unidades a través de las calles vacías hacia los incendios que mostraban la ruta de ataque del enemigo. Todos llevaban puestas las máscaras respiratorias. Ya se habían estropeado o destruido demasiados procesadores de atmósfera.

Sus fuerzas se desplegaron al llegar a Principal VI, y algunas de ellas entraron directamente en combate. Lamm accedió a un habitáculo y subió hasta la planta superior con su operador de comunicaciones y tres oficiales más para tener una buena panorámica del lugar.

Lamm se arrodilló al lado del borde de una de las ventanas y paseó los prismáticos de campaña por la ciudad, que ardía a sus pies. Las explosiones y los incendios relucían como estallidos de luz que sobrecargaban los filtros lumínícos del instrumento.

—Allí —dijo Lamm—, en esa pasarela. Que una unidad vaya allí ahora mismo.

El operador de comunicaciones no contestó.

Lamm miró a su alrededor, parpadeando para ajustar su visión nocturna a la estancia en penumbra. No vio señal alguna de Forbes, su operador. Tampoco de los otros tres oficiales.

Lamm se puso en pie, asombrado.

—Pero ¿qué…? —comenzó a decir.

Oyó algo en el baño del habitáculo.

—¡Esto es una estupidez! —gritó, pero desenfundó la pistola por si acaso—. ¿Dónde demonios estáis? ¿Forbes? ¡No es el momento de bromear! ¡Responde!

El chasquido de una voz sobresaltó a Lamm. Venía del aparato comunicador. Estaba apoyado contra una pared, con las cinchas de sujeción colgando. No vio señal alguna del operador que lo había llevado a la espalda.

Oyó otro ruido en el baño. Lamm alzó la pistola y abrió fuego contra la puerta. El disparo láser atravesó la plancha de fibra. Salió un rayo de luz por el agujero. Se acercó y abrió la puerta con el cañón de la pistola.

La luz estaba encendida, y la bombilla brillaba con toda se fuerza, sin protección de pantalla alguna.

Lamm encontró a Forbes y a los otros tres oficiales. Estaban en la bañera de plástico.

Les habían arrancado las ropas y la piel, y parecían completamente desarticulados. La bañera estaba llena de una extraña sopa espesa y brillante de sangre, carne, huesos y órganos. La sangre caía goteando al suelo de azulejos.

Lamm jadeó, incrédulo, antes de caer de rodillas y vomitar. Oyó un siseo a su espalda, en la oscuridad. Era el siseo de una capa, de una capa de piel humana húmeda.

Lamm rodó por el suelo y disparó una y otra vez contra la otra pared de la estancia.

Dejó de disparar y se levantó, empuñando la pistola con mano temblorosa. La respiración jadeante le resonaba en los oídos. Blandió la pistola de izquierda a derecha. ¿Lo había matado? ¿Lo había hecho?

Lamm notó de repente una sensación tibia en el pecho. Parpadeó y se puso la mano libre delante de la cara. Tenía el pecho empapado de sangre viscosa y caliente.

Se llevó la mano a la garganta y dos de los dedos le pasaron de forma inexplicable a través de un corte en la carne que no había tenido diez segundos antes. Tocó con la punta de los dedos la laringe al descubierto, los tendones del cuello y el esófago. Le habían cortado la garganta. No sintió dolor, tan sólo una enorme sorpresa.

Skarwael acabó su obra. Su daga de doble filo, afilada hasta un extremo monomolecular, atravesó el cuerpo tembloroso y asfixiado de Lamm. Le dejó al descubierto toda la espina dorsal mientras todavía estaba de píe y le cortó los músculos lumbares y los riñones.

La sangre salió a chorros por la presión. Skarwael abrió la boca y sacó su larga lengua gris mientras le caían las gotas por todo el cuerpo.

Lamm cayó de bruces al suelo.

Skarwael extendió la sangre que le manchaba las mejillas por el hueco de los ojos. Aquello los hizo parecer más negros y hundidos todavía al contrastar con su piel tensa y blanca.

Suspiró. No sería tan paciente y misericordioso con la santa.

El Pater Pecado hizo unos cuantos ruidos tranquilizadores a sus acompañantes sin ojos y se los acercó al cuerpo. Estaban caminado por el centro de Principal I en mitad de la oscuridad, y los psíquicos enanos se veían nerviosos. Se encontraban precisamente en la mitad de la ancha avenida.

Unas siluetas surgieron de una posición a cubierto un poco más adelante. Eran soldados imperiales, con los rifles preparados para disparar. Lanzaron varios avisos, completamente seguros de que ningún enemigo se atrevería a avanzar de un modo tan osado a campo abierto. Debía de ser un peregrino aturdido acompañado de sus dos hijos, necesitados de ayuda desesperadamente y que vagaban a ciegas. Eso eran…

Pecado se inclinó hacia sus enanos y les susurró, haciendo que temblaran. Abrieron de par en par sus anchas bocas y un profundo zumbido llenó el aire.

Los soldados imperiales se detuvieron y empezaron a mirarse, aturdidos, unos a otros. Luego, se dispararon entre sí. En cinco segundos, todos estaban muertos: camaradas asesinados por camaradas.

Las pequeñas criaturas deformadas cerraron la boca, y Pecado utilizó el reborde de su túnica de seda para limpiarles la baba de las comisuras. Después, los tomo de la mano, uno a cada lado, y los llevó para que pasaran por encima de los cuerpos tirados. Los psíquicos tropezaron, reacios a pasar, como niños muy pequeños. Uno empezó a abrir y a cerrar la boca con gesto nervioso. El otro llevaba el brazo libre alzado y doblado, con la mano balanceándose al lado de la oreja.

—Ya casi hemos llegado —les canturreó Pecado una y otra vez—. Casi hemos llegado…

Victor Hark avanzó agachado a través de los escombros iluminados por los incendios del distrito Masonae. Llevaba desenfundada la pistola de plasma.

—¿Mkendrick? —dijo, impaciente, por el comunicador—. ¿Mkendrick? ¿Dónde Feth estás?

No tenía respuesta alguna del decimoctavo pelotón. Estaban encargados de la defensa del cruce en el bulevar Armonafahl, pero no habían contestado a las llamadas desde hacía quince minutos.

Hark odiaba aquel retraso. Tenía la cabeza puesta en Soric. No estaba seguro de cómo decírselo a Gaunt, pero tenía muy claro su deber. Soric tenía que morir. Era un peligro, con el estigma de los poderes psíquicos. Meryn había estado en lo cierto. Ni

siquiera los hombres de Soric, gente como Vivvo, podían mantenerlo oculto por más tiempo.

Hark se sintió apenado. Soric era un buen hombre, y los fantasmas verghastitas lo adoraban, pero eso no impedía que viera la verdad: Soric era demasiado letal como para que siguiera vivo. Muy, muy letal. Tenían que meterle una bala en la cabeza antes de que se convirtiera en algo peor.

Ese era el cometido de un comisario. En términos simples. En blanco y negro. Era su deber, y Hark era un esclavo absoluto del deber.

El comisario tropezó y cayó al suelo. La pistola salió rebotando sobre el pavimento y se perdió entre las sombras de la calle. Se maldijo por su estupidez y miró atrás para ver con qué había tropezado.

Se quedó helado.

Había tropezado con Mkendrick. El de Tanith estaba muerto, destrozado. Hark distinguió poco a poco a su alrededor y en la oscuridad los demás cuerpos: Lentrim, Mkauiey, Diii, Commo…, todos los componentes del decimoctavo pelotón. Estaban todos muertos.

—Sagrada Terra… —murmuró Hark.

Alargó la mano hacia el microcomunicador, pero se quedó inmóvil de nuevo. De repente, por encima de la fetidez a sangre y a suciedad, distinguió un hedor a leche agria mezclada con menta.

Miró hacia arriba y los vio.

El trío bajó contoneándose y rozándose las pieles grises y de aspecto grasiento las unas contra las otras. Aunque eran tres, se movían sinuosamente como uno solo. Los arneses de sus armas chasquearon al recargarse.

Hark alargó la mano hacia su pistola de plasma, pero estaba demasiado lejos. Rodó sobre sí mismo y desenfundó su arma secundaria, un Hostec Livery, un revólver de cañón chato y de proyectiles sólidos.

Disparó. El proyectil de punta achatada perforó el costado de uno de los loxad, que comenzó a retorcerse y a sisear como una vasija puesta al fuego.

Sus dos hermanos dispararon los lanzadardos.

Hark se tambaleó, como si le hubiera pillado la corriente de aire provocada por un vehículo grande que hubiera pasado a toda velocidad a su lado. Pero no cayó, ni tampoco sintió ningún dolor. Miró lentamente a su alrededor. A tres metros de él vio su brazo izquierdo, cortado limpiamente, en mitad de un charco de sangre arterial cada vez más amplio. Tampoco podía ver con su ojo izquierdo.

Con un grito furioso y desesperado, Hark cayó de espaldas y comenzó la rápida e involuntaria tarea de desangrarse hasta la muerte.



DIEZ

EL SEGUNDO DÍA

Nuestro gran y poderoso comandante general Lugo dice: «¡Victoria o muerte!». ¿De dónde saca la idea de que tenemos alguna opción?

RAWNE

Pocos instantes antes del amanecer del segundo día, desde su puesto de mando en lo alto de las colmenas, Lugo envió la orden de retirada.

Como los barrios de las afueras de la parte noroeste de Ciudad Beati estaban totalmente expuestos, el distrito del salón de Hierro aguantó una presión creciente durante la segunda mitad de la noche, y Kaldenbach, al final, tuvo que comunicar, muy a su pesar, que sus fuerzas no podían resistir más.

Cuando la orden le llegó a Gaunt, profirió una maldición, aunque comprendía que tenía sentido. Si Kaldenbach caía, el Masonae se quedaría solo, un saliente vulnerable al movimiento a su alrededor de la pinza de las fuerzas del archienemigo.

Los sectores meridionales de la ciudad tenían que entregarse al enemigo.

Afortunadamente, Kaldenbach era un líder sensato y un hombre de método. No se limitó a lanzar a sus fuerzas a una rápida huida. Conocía la tremenda importancia de una retirada a medias, y sabía que sólo se debía conceder terreno para reforzar la posición táctica. Se coordinó con Gaunt para que toda la línea pudiera retirarse de forma tan limpia como fuera posible, proporcionándose cobertura y apoyo mutuos.

Fue un proceso duro y sangriento, que se prolongó cinco horas. En más de una docena de ocasiones faltó poco para que fracasara. Dos veces los blindados de la Fuerza de Defensa Planetaria se retiraron demasiado de prisa en el flanco de Las Vidrieras, sin proporcionar cobertura a las secciones de infantería situadas al norte, y crearon huecos que Kaldenbach consiguió cubrir con mucha suerte. Posteriormente, una carga de blindados enemigos contra la propia sección de mando de Kaldenbach casi logró dar un golpe de gracia que sólo pudo ser rechazado gracias a un improvisado contraataque por parte de los hombres del regimiento Civitas Beatí. Las secciones de Gaunt que se batían en retirada fueron acosadas por ataques aéreos, de los cuales tres dañaron tanto las líneas que se produjeron precarios instantes de reorganización cuando las unidades invasoras intentaron aprovechar esos momentos de debilidad. Las unidades de Daur fueron enviadas al este a lo largo de la calle Farkindle para reducir la presión sobre un par de pelotones que estaban intentando retroceder bajo el fuego enemigo, pero se encontraron con que la ruta estaba bloqueada por una tormenta de fuego que ocupaba toda la calle. El pelotón de Raglon, que ya había llegado a un punto de cierta seguridad, improvisó con mucha valentía y volvió a avanzar, a tiempo para brindar la cobertura que Daur no había podido proporcionar.

Cualquiera de aquellos desastres a punto de suceder podría haber abierto un agujero en las líneas de guardias en retirada, y eso habría constituido un destino funesto para todos los soldados de las fuerzas en repliegue.

Una hora antes del mediodía, balo un pálido cielo ensombrecido por el humo de los incendios de la parte exterior de la ciudad, los últimos soldados de las fuerzas de Kaldenbach y de Gaunt llegaron a las defensas de la Bajada del Gremio y se situaron

en la segunda línea. Al norte de ellos, siguiéndoles los talones, los monstruosos regimientos del archienemigo surgieron de entre los abandonados barrios para iniciar un concentrado ataque a la Bajada del Gremio.

La segunda fase de la batalla por Ciudad Beati había empezado.

Todo tipo de proyectiles caían en esos momentos sobre los barrios más céntricos de la ciudad, y también golpeaban las torres colmena. Las explosiones que salpicaban las vastas caras de las elevadas colmenas parecían chispas de cerillas en las laderas de las montañas, pero los daños iban aumentando. La artillería pesada había avanzado desde los obsidaes hasta alcanzar posiciones en el interior del extremo norte de la a dad. El poder aéreo del enemigo comenzó también a concentrar sus ataques en las superestructuras de las colmenas. Las baterías anticazas de los tejados y pisos superiores de las cuatro torres colmenas, la mayor parte de ellas emplazadas a toda prisa durante los días anteriores, ofrecieron una fiera resistencia. Desde la Bajada del Gremio, la imagen era intensa, aunque la cobertura de humo la oscureciera a menudo: las naves de ataque pasaban a toda velocidad y volaban en círculos cual moscas atravesando una red de proyectiles trazadores, rayos láser y explosiones de la munición.

Otros sonidos atravesaban la ciudad: unos sonidos espantosos. Sucias proclamas de textos de la disformidad estaban inundando los canales de comunicación o eran transmitidas a un volumen muy alto desde los altavoces de los blindados que estaban avanzando.

Al gran cuerno de llamada a la oración caído, Gorgonaught, lo habían puesto de espaldas en su elevada torre y lo habían dirigido hacía las colmenas. Por medio de él, las obscenidades sonaban a todo volumen, y también, con frecuencia, los gritos amplificados de soldados del Imperio, ciudadanos o peregrinos capturados durante la primera fase. El asalto auditivo helaba y estremecía a los ya nerviosos y fatigados defensores. Los comisarios de la compañía personal de Lugo, especialmente los gemelos Keetle, estaban muy ocupados aleccionando, mediante ejecución a aquellos soldados que perdían el temple bajo el tormento psicológico.

Se hacía difícil pensar. Se hacía difícil querer seguir con vida. A las primeras horas de la tarde, aunque los efectos del bombardeo aéreo todavía no habían penetrado en el interior de las torres colmena, todos los que se hallaban en la Bajada del Gremio y en el centro de la ciudad, incluida la mayor parte de los defensores, estaban sudando y enfermos. Los nervios estaban hechos trizas; los estómagos, ácidos y con náuseas. Aun así, tenían que seguir luchando. Las brigadas de la muerte asaltaron la Bajada del Gremio desde el noreste y el noroeste. En las barricadas, las líneas de defensa y los bastiones, los soldados imperiales peleaban y morían con lágrimas en los ojos, empujados al suplicio por los sonidos crepitantes y siseantes del mal personificado.

Soric había dejado de leer las notas que le llegaban en el portamensajes. Los trazos de la letra se habían vuelto delgados, inseguros y desesperados y, donde eran legibles, eran simplemente abusos. Él era un «bobo débil». Él era un «cobarde». Él era una «escoria». El autor, quienquiera que fuera, cualquiera que fuera la parte de su ser, se había vuelto incoherente y desesperado.

Dejó descansar a su pelotón durante quince minutos entre las descargas de la artillería y se sentó en el umbral de una puerta, acuclillado, con las manos crispadas, fumándose una varita de lho. Tenía un regusto a bilis en la boca que no acababa de desaparecer, y el ojo seguía llorando. Seguía buscando a Hark. Hark lo sabía.

Soric había sido toda su vida un hombre valiente. Por todo el miedo y la tristeza que sentía entonces más que nunca, sabía que Milo tenía razón. Soric sencillamente tenía que ser lo bastante valiente como para hacer lo que era debido.

Si no era demasiado tarde.

—¡Mohr! —gritó Soric mientras se levantaba y apagaba la colilla con el pie.

El operador de comunicaciones de su unidad corrió presto a su lado.

—Encuéntrame a Gaunt, por favor.

Mohr asintió, colocó su aparato de comunicaciones y comenzó a hablar al micrófono mientras ajustaba los controles, de sintonización.

—Se dirige al hospital de campaña de la calle Tarif, jefe.

Soric comprobó su mapa. La calle Tarif estaba cerca.

—Le han llamado para ver al comisario Hark, jefe —añadió Mohr.

La cara de Soric se ensombreció. Demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde…

—¡Vivvo! —gritó.

—¿Jefe?

—Tienes el mando del pelotón, muchacho. Presta atención a las órdenes y haz bien las cosas.

—¡Jefe!, ¿adónde va? ¡Jefe!

Pero los pasos de Soric ya resonaban alejándose por la calle.

Un humo gris muy fino producido por los disparos de los tanques flotaba en el aire de la estrecha carretera de la Bajada del Gremio. Los decorados almacenes propiedad del gremio flanqueaban el callejón empedrado y, al sur, por encima de la suave inclinación, las colosales masas de las torres colmena se elevaban sobre los tejados.

Varl pensaba que pocas cosas distinguían a esa calle de la inmediatamente al norte, o la situada justo al sur. Eran todas parte del laberinto del centro de la ciudad, todas acribilladas por los proyectiles y cubiertas de humo.

Esa calle, sin embargo, marcaba la segunda línea, el anillo defensivo alrededor del centro de la ciudad al que se habían retirado todas las fuerzas imperiales. En

concreto, esa calle era la parte asignada de la segunda línea que tenía que defender su pelotón. Una manzana más allá hacia el oeste estaba una compañía de fusileros de la Fuerza de Defensa Planetaria. Una manzana más hacia el este, y Varl lo sabía por una buena fuente —bueno, el mando táctico al menos—, estaba, un cuarteto de tanques de la compañía personal de Lugo. Él no los había visto, pero confiaba en que estuvieran allí.

Desde el mediodía su zona inmediata había estado tranquila, aparte del repetitivo tormento de las transmisiones del archienemigo y del un único ataque de una brigada de la muerte del Pacto Sangriento, que sus hombres habían rechazado gracias a la excelente situación de sus posiciones de tiro.

Varl miró de reojo a la calle donde todos los hombres del noveno pelotón estaban a cubierto, esperando. Vio a Baen, el explorador, volviendo a toda velocidad de una incursión más allá de la intersección.

El Pater Pecado y los dos enanos que tenía a su cargo iban andando al mismo paso detrás de Baen.

Varl sacó una varita de lho del bolsillo de la chaqueta y se la ofreció a Brostin, que estaba a cubierto a su lado. Brostin le correspondió chamuscando el extremo de la varita del sargento con la llama piloto de color azul de su lanzallamas.

Varl inspiró profundamente y saludó a Baen, que se acercaba, con la cabeza mientras dejaba salir el humo. El Pater Pecado y los psíquicos estaban prácticamente en los mismos tobillos de Baen.

—¿Algo? —preguntó Varl.

Baen negó con la cabeza.

—Ni una maldita señal. He comprobado la intersección y un poco más allá. Están bombardeando la calle Katz con todas sus fuerzas, a esos pobres diablos de la Fuerza de Defensa Planetaria. Pero nada. Excepto…

—Excepto ¿qué?

Baen se encogió de hombros. El Pater Pecado pasó sus grandes manos firmemente sobre los hombros de sus dos enanos y avanzó con ellos. Los tres pasaron entre Varl y Baen.

—Tengo la rara sensación de que estamos siendo observados —dijo Baen.

Varl sonrió.

—No es nada. Son sólo nervios. Todos lo sentimos.

El Pater Pecado se detuvo, y mantuvo a sus psíquicos junto a él mientras daba un paso hacia atrás y observaba la cara de Varl. Reconoció el uniforme del hombre. Tanith. Esos hombres eran fantasmas, los que le habían robado su victoria en Hagia. Había estado tan cerca, y sólo habían escapado con vida gracias a un aviso de sus psíquicos guía. Muy pocos de su especie habían escapado vivos de Hagia.

El resentimiento y la venganza se apoderaron del Pater Pecado. Torció el gesto

dejando ver sus colmillos de acero implantados. Aquellos eran los desgraciados que se lo habían impedido. Ese, un sargento a juzgar por sus galones, desaliñado, informal, desfigurado por un hombro implantado. Aquel miserable cabrón…

Durante un breve momento, Pecado casi dejó caer su pantalla psíquica para que pudieran verte. Los podría matar a todos, destrozarlos, hacer que sus armas se volvieran contra ellos.

Pero la paciencia y la devoción al deber que había jurado se lo impidieron. Ya había exigido demasiado a sus niños, y quería que estuviesen enteros y frescos para el trabajo que los esperaba. Estaban cansados, y eso hacía que fueran difíciles de controlar. Uno de ellos insistía en saludar con la mano. Era más fácil escabullirse que atacar; si no, él habría convertido aquella calle en una morgue para abrirse camino.

Además, su venganza sobre los de Tanith sería total cuando terminara su obra. Aquellos hombres pronto estarían todos muertos. Mejor aún: morirían despojados de toda esperanza y fe.

Alejó a sus niños de allí ascendiendo la pendiente de la Calle. Cruzaron tres manzanas más sin que los defensores del ejército del Imperio lo supieran, y luego giraron directamente hacia el sur. El Pater Pecado posó las manos sobre las cabezas de sus psíquicos. Ambos se sobresaltaron y murmuraron algo.

Sintió el camino que se abría ante ellos. Ya estaban lo suficientemente cerca.

Apartó con rapidez a ambos de la carretera hacia un mercado cubierto. Todos los puestos estaban cerrados, con sus persianas bajadas, y se habían colocado algunas pantallas de madera para proteger el tejado de cristal.

Llevó a los enanos por una de las calles pavimentadas de baldosas del mercado, y luego les hizo agacharse detrás del carro de un fabricante de botones.

El Pater Pecado los tranquilizó con su suave y dulce gemido, y los condujo a un estado de calma y trance mediante la utilización repetida de las palabras rituales de mando.

Ambos se quedaron inmóviles, incluso el movimiento de sus manos se detuvo.

—Buscad —susurró—. Encontrad el instrumento.

Comenzó a notar cómo picaba y se enrojecía su piel tatuada cuando sintió que sus mentes de pesadilla bullían y hervían. El suave zumbido comenzó. Lentamente, de calle en calle, buscaron, cazaron.

Buscaron los que tenían defectos. Los peligrosos. Los adecuados.

Había uno. No, demasiado fuerte.

¡Allí! Otro, más débil…, pero, no. Herido.

Otro…, pero retrocedió: demasiado frágil para imprimir su memoria.

—Más, más… —les tranquilizaba.

Allí…

Rawne parpadeó. Se puso la mano en la boca y tosió, y cuando apartó la mano, la palma se había humedecido con la sangre que exhalaba.

—¿Estás bien? —preguntó Banda.

Rawne no respondió. Comenzó a andar hacia la salida del habitáculo a la calle.

—¿Mayor? —le llamó Banda con mayor énfasis.

—¿Mayor Rawne? —dijo Caffran, incorporándose de su posición a cubierto en una ventana rota para salir corriendo detrás del líder de su pelotón.

—Descanse, soldado —le cortó Rawne, y volvió a toser.

Fuera, los obuses de los tanques de la última oleada del ataque del Pacto Sangriento pasaban silbando y retumbaban en las cercanas factorías. El fuego de armas cortas repiqueteaba y restallaba en la calle.

Leyr, el explorador del tercer pelotón, observaba la puerta, cabeza abajo, y se horrorizó cuando vio que Rawne pasaba a su lado.

—¡Señor!

—Apártate de mi camino —le dijo Rawne.

—¡Señor! —gritó Leyr, con más insistencia—. No vivirá más de cinco segundos si saca la cabeza por esa…

Alargó una mano para agarrar el brazo de Rawne. Este comenzó a lanzar golpes alrededor mientras la sangre le caía de la nariz. El puño golpeó la cabeza a Leyr en un lado y lanzó al explorador al suelo.

Feygor saltó por encima de Leyr y se tiró sobre Rawne. Lanzo al mayor contra la puerta, abriéndola de un codazo. El fuego enemigo, intenso e incesante, golpeó la puerta y su alrededor, y llenó el aire de astillas y polvo.

Rawne había aterrizado de espaldas. Lanzó una patada a Feygor con ambas piernas que lo mandó, retorciéndose, al otro lado de la habitación, aunque también lo ayudó a ponerse en pie de un salto. Caffran se abalanzó desde un lado y lanzó un puñetazo que Rawne bloqueó con el antebrazo en alto. Caffran contestó con otro golpe, pero Rawne lo desvió con la palma abierta y firme. Evitando el tercer intento de Caffran, le sacudió al soldado un codazo en la garganta.

Caffran cayó abierto de piernas y manos, jadeando. Leyr ya estaba otra vez en pie, lanzando un gancho contra un lado de la cabeza de Rawne. Este agarró la muñeca del explorador y la giró con tanta violencia que casi se la rompió. Leyr gritó de dolor y cayó de rodillas. Feygor golpeó a Rawne entre los hombros con los dos puños.

Rawne dio un traspié; la sangre caía por todas partes desde su nariz. Girándose, dio una patada lateral que lanzó a Feygor contra la pared, y luego se volvió sobre sí mismo y avanzo tambaleante, hacia la puerta.

Banda lo tiró al suelo.

Rodaron por el suelo hasta que Banda se colocó encima de Rawne y le puso la plata pura en el cuello. Desesperada, rebuscó con la mirada en su cara.

—¡Elim! ¡Elim! ¿Qué narices estás intentando hacer?

Él alzó la vista hacia ella y se quedó sin fuerzas, mientras sus desenfocados ojos intentaban volver a enfocar.

—¡Mierda…! —dijo entre dientes.

Ella se apartó, manteniendo su cuchillo de guerra en alto, sin dejar de apuntarle. Rawne se incorporó al mismo tiempo que Caffran, Feygor y Leyr se acercaban.

Rawne parpadeó.

—¿Caff? ¿Jessi? ¿Murt? ¿Qué diablos estaba haciendo…?

¡No! Demasiado fuerte. Demasiado terco. Demasiado querido por otras almas que lo habían anclado y habían tirado de él.

Los gemelos estaban disgustados. Comenzaron a aullar y gimotear, y sus bocas abiertas dejaron salir el zumbido.

—¡Chsss! —Pecado les susurró—. Habrá otro. Encontradle. Encontrad el instrumento. Buscad.

Más tranquilos, enviaron sus mentes a la caza.

Había uno…, no, demasiado agitado.

Otro… No valía para nada; estaba a punto de que lo matara el Pacto Sangriento.

—Encontrad uno, encontrad uno… Encontrad al que servirá y señaladle. Imprimid su memoria. Marcadle con el fin. Haced de él el instrumento.

Las mentes gemelas se detuvieron con un ligero sobresalto. Durante un momento, el Pater Pecado pensó que tendría que volver a empezar, pero entonces se dio cuenta de que si se habían parado era porque habían encontrado exactamente lo que estaban buscando.

Sin duda.

El Pater Pecado sonrió. Mediante su relación empática de comunicación con los enanos, podía probar la mente del instrumento elegido. Era deliciosa. Perfecta.

—¡Marcada ese! —dijo entre dientes, y comenzó la impresión de la memoria.

Brin Milo parpadeó. Le dolía la cabeza y estaba mucho más cansado de lo que nunca había estado.

—Necesitas dormir —dijo ella.

Milo alzó la vista. No estaba seguro de si había sido una orden o una valoración. Nunca podía saberlo con ella.

—Estoy cansado —dijo.

Sabbat sonrió.

—Todos estamos cansados, Milo. Pero ya no tardará mucho más. El destino ya ha tomado su decisión. Está en…

Se preguntó si se estaba refiriendo al aplastante ataque que estaba cayendo sobre su posición situada en la segunda línea; pero ella parecía estar observando el cielo por

alguna razón que él no conocía.

Milo estaba recubierto de polvo, y la metralla le había hecho cortes en una docena de sitios. A la mayor parte del pelotón de Domor, que estaba avanzando con ellos, también le había ocurrido lo mismo. La santa no tenía ni marca ni señal alguna. Si acaso, su pálida piel y su armadura dorada parecían más brillantes y limpias que nunca.

—¿Cómo terminará esto? —preguntó él.

—Tal como lo desee el destino —contestó ella.

—Parece confiar en el destino —dijo—. Pensaba que confiaría en el Dios Emperador.

—Si hay ley, si hay justicia en este cosmos, Milo, son lo mismo. Yo he encontrado mi camino, y la ruta ya está decidida.

Varias granadas de cohete se estrellaron en los edificios que quedaban al oeste y tras ellas llegó una oleada de andanadas de mortero. Milo oyó los gritos de Domor para que su pelotón se retrasara. Milo se incorporó y condujo a la santa tras ellos.

Por todas partes alrededor de la muy elogiada segunda línea, los soldados del Imperio se estaban retirando. Antes de la caída de la noche, la lucha en las calles atravesaría la Bajada del Gremio en dirección a las colmenas. Estaban perdiendo.

Peleaban duro, peleaban bien, pero de todos modos estaban perdiendo.

Milo y Sabbat se pusieron a cubierto. Oyeron el ruido metálico de los tanques enemigos avanzando y el crujido de los muros rotos apisonados por las orugas trituradoras.

—Una vez conocí a alguien que me dijo lo mismo —dijo Milo.

—¿Dijo qué? —preguntó ella, limpiando el polvo de la hoja de la espada.

—Que estaba buscando su camino. Que ella había encontrado su camino.

—¿Que había qué?

—No lo sé. Decía que pensaba que su camino estaba en la guerra…, pero no la creí.

Sabbat torció el gesto.

—¿Por qué? ¿No estaba diciendo la verdad?

Milo se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Nada de eso. Sencillamente, no sé si se daba cuenta de lo que significaba la guerra.

—¿Cómo se llamaba?

—Sanian. Se llamaba Sanian. Estuve con ella durante un tiempo en Magia. Estábamos protegiendo…

—Sé lo que estabais haciendo en Magia, Milo.

Milo se encogió de hombros.

—Creo que estaba enamorado de ella. Era muy fuerte. Muy guapa. Me habría

quedado con ella si hubiera podido.

—¿Qué te detuvo? —preguntó la santa.

Sabbat se dio la vuelta y señaló a la dotación del cincuenta milímetros de Domor un punto donde podrían mantener un fuego cruzado para detener el avance de la brigada de la muerte.

—¿El deber? —sugirió Milo.

—El deber es su propia recompensa —dijo ella.

—Eso dicen —replicó él.

—¿Quién soy yo? —preguntó ella, inclinándose para acercarse a él.

—Usted es Sabbat. Usted es la santa —contestó.

Ella asintió con la cabeza.

—Él llegará pronto.

—¿Quién?

—La razón por la que estoy aquí y no en algún otro sitio. La razón de que estemos todos aquí.

—No lo entiendo.

—Lo entenderás —dijo ella.

Otro cohete cayó cerca y se llevó un muro que estaba a diez pasos de donde ellos estaban escondidos. Milo dejó escapar un grito ahogado.

—¿Estás herido? —preguntó ella.

—Mi cabeza. Tengo un tremendo dolor de cabeza.

La santa asintió de nuevo. Volvió arrastrándose bajo el fuego enemigo y llamó a Domor.

—¡Shoggy! —A ella le encantaba el brillo de la sonrisa de él cuando lo llamaba por su apodo.

—Llévalos a Saenz Crossing. Haz que se atrincheren. El apoyo de los blindados está de camino.

—¿Cómo sabe eso, su santidad? —contestó Domor—. Las comunicaciones se han cortado.

—Confía en mí —dijo ella—. Hazlo. No tardaré mucho.

Algo ajena, o invulnerable, a los obuses y al fuego cruzado que martilleaban alrededor, Sabbat condujo a Milo por las calles devastadas a una pequeña capilla de Ciudad Beati cuyo tejado había sido arrancado por los recientes esfuerzos del archienemigo. La capilla había sido dedicada a Faltornus.

Las vigas rotas seguían ardiendo lentamente, y el suelo estaba cubierto de tejas de piedra y de bancos destrozados. Le hizo señas para que siguiera por encima de los escombros hasta que estuvieron delante del altar del águila. La cabeza de Milo retumbaba y casi le iba a estallar de dolor. Podía oír lo cerca que estaban del sangriento frente de la batalla. ¿Por qué lo había traído allí? Ella era tan importante,

tan valiosa. Estaba corriendo un riesgo tan grande. Aquello era una loclura…

Sabbat le giró la sucia cara hacia el altar con sus delicadas manos, y apretó los tres dedos medios de su mano derecha contra la frente de Milo.

En un segundo, en un único y maravilloso segundo de claridad fría como el cristal, su dolor de cabeza desapareció y lo vio todo.

Todo.

—Ahora lo sabes todo. ¿Te quedarás conmigo?

—Lo habría hecho de cualquier manera.

—Lo sé. Pero lo digo en serio. Gaunt no lo entiende. ¿Te quedarás conmigo, incluso aunque te desagrade? Sé que le quieres como a un padre.

—Esto es demasiado importante, Sabbat. Lo sé. Y Gaunt lo entenderá.

Sabbat asintió con la cabeza. Un brillo dorado parecía iluminar sus ojos.

—Vamos…

—Creo que primero debemos cumplir con nuestras prácticas —dijo Milo—. Quiero decir que esta empresa es tan peligrosa que deberíamos ofrecer una oración al Dios Emperador…, al destino…, mientras tengamos la oportunidad.

—Tienes razón. Estás aquí para recordarme que esas cosas son así —dijo ella.

Se arrodillaron ante el altar.

Saul tomó aire. Los indicadores de objetivo fijado de la mira telescópica parpadeaban sobre un espacio vacío. Justo un segundo antes, había tenido un blanco casi perfecto. La ventana ojival rota que daba a la capilla de Faltornus, quinientos metros, un viento lateral insignificante…, no eran unos ajustes que no pudiera hacer.

Durante un instante, ella había estado cubierta por el chico, el joven soldado de la Guardia Imperial que no dejaba de ponerse en la línea de disparo. Saul confiaba en que una de sus balas especiales podría penetrar en el cuerpo del chico y que podría liquidar también a la santa; pero no quería arriesgarse. Tampoco quería la impureza. Quería un disparo limpio a la cabeza. La santa en el punto de mira. Como lo hubiera querido el Amo. Un disparo.

Pero el puñetero chico no se quitaba de en medio; no, hasta el último momento, cuando desapareció de repente por debajo del nivel del alféizar roto. Se habría arrodillado.

Durante un breve instante la santa estuvo a la vista, un disparo limpio a través de la ventana ojival rota.

Entonces, ella también se apartó de la vista junto al chico. ¿Qué estaban haciendo? Rezar, suponía. Como si eso fuera a servirles para algo en ese momento.

Saul retiró su rifle láser largo del hueco. El habitáculo en el que estaba medía casi un kilómetro de longitud; abarcaba unas seis calles de la Bajada del Gremio, y había ventanas a lo largo de él. Podía fácilmente deslizarse a otra posición de disparo y

liquidarla cuando se incorporara.

Saul estaba comenzando a reunir su material cuando se detuvo. De repente sintió esa sensación que tan sólo puede experimentar un francotirador. Se agachó.

Más de seiscientos metros hacia el oeste, Hlaine Larkin alzó el rifle y suspiró. Podría haber jurado que había visto algo en aquella ventana del habitáculo, un francotirador preparándose. Había desaparecido.

Deslizándose en silencio hacia un lado, tocó su micromunicador.

—¿Le ves?

Una pausa.

—No.

—Dile que siga mirando —dijo Larkin—. Está ahí. Lo juro.

Saul se acurrucó contra una ventana cinco arcos más abajo y tomó la mira telescópica de su arma. Echó un vistazo a los alrededores, utilizándola suelta, como un telescopio. Ahí estaba la capilla. Seguía sin verse movimiento alguno.

Esperó. ¿Cuánto duraba una oración?

No podía quitarse de encima aquella sensación, ese sexto sentido.

Sólo para asegurarse, se deslizó agachado hasta la siguiente ventana.

Volvió a mirar fuera con la mira telescópica. Esa vez algo se movía. Una ligerísima sugerencia de cabezas.

Volvió a colocar la mira telescópica en el rifle láser largo y se fue rodando hasta la ventana de la esquina más lejana, preparándose.

La oración terminó, y Milo y Sabbat volvieron a estar a la vista al incorporarse. Vio cómo ella asentía con la cabeza y le decía algo. Saul tenía su blanco. Despejado…, no, el chico estaba otra vez en medio. Si se echara a un lado…

¡Ahí estaba! Larkin se puso en tensión, y luego se dejó caer hacia atrás. Vio movimiento en la ventana del habitáculo, pero una chimenea le bloqueaba un disparo directo desde su posición.

—¿Lo tienes? ¡Dime que lo tienes! —gruñó al canal de comunicación.

El dedo sin cicatrices de Saul comenzó a apretar el gatillo. Se oyó una especie de chasquido y silbido, un eco distante, y durante un instante glorioso Saul creyó que había sido su disparo.

Pero la lectura del cargador de su rifle láser largo seguía diciendo que estaba

completo.

Un disparo potenciado explotó en la cabeza de Saul y la separó completamente del cuerpo. Este cayó en el suelo del habitáculo, humeando por el cuello. El rifle láser largo cayó de sus manos sin haber sido disparado.

—¡Le ha dado, Larks! —comunicó Jajjo con gran regocijo. Arrodillada a su lado, al abrigo de la ventana del dormitorio, Nessa Bourah alzó, humeante, su rifle láser largo y sonrió.

El aire que circulaba en la zona de clasificación de cadáveres de la calle Tarif era viscoso y apestaba a compuestos químicos. Un torrente de camiones conducidos por voluntarios civiles entró en el patio; transportaba a los heridos que podían valerse por sí mismos hasta los hospitales de las colmenas. Gaunt se abrió camino entre la multitud. Por todas partes se oían gritos, gemidos y voces desesperadas.

—¿Dónde está Dorden? —gritó Gaunt.

Foskin, vestido con una bata salpicada de sangre, levantó la vista de un destrozado soldado de la compañía personal de Lugo que estaba en una camilla y señaló al fondo de la sala.

—¿Doctor?

Dorden apareció a través de una cortina improvisada hecha con una lámina de plástico claveteada al marco de una puerta. También él estaba manchado de sangre, y su cara, marcada por la fatiga.

—Aquí —dijo.

Varios camilleros trasladaban a Hark a un carrito para su evacuación a las colmenas. Gaunt apenas podía ver al comisario bajo la campana de plástico del respirador médico y el emplasto esterilizado que estaba adherido a su lado izquierdo. Una solución salina tipo IV, administrada gota a gota, y otros tubos serpenteaban de su cuerpo, que estaba conectado a bolsas de fluidos que colgaban de un soporte de alambre a la cabeza de la camilla con ruedas y a una unidad de resuscitrex y una bomba hemostática que reposaban debajo de él.

—¡Mierda! —dijo Gaunt, que miró hacia Dorden.

—Traumatismo generalizado en la parte izquierda del cuerpo. Ha perdido el brazo, el ojo izquierdo, una oreja y un montón de masa ósea y tejidos. Los chicos de Grell lo encontraron y lo trajeron aquí. Llegó casi desangrado.

—¿Sobrevivirá?

El suelo tembló.

—¿Lo haremos alguno de nosotros? —preguntó Dordem en tono sombrío.

—¡Ya sabes lo que quiero decir!

Dorden suspiró.

—Es fuerte. Decidido. Tal vez. Le vamos a enviar a intensivos. Ibram…

—¿Qué?

—Cuando Greil le encontró, Hark estaba rodeado por los cuerpos de Mkendrik y todo su pelotón.

—¿Todos…, todos muertos?

—Sí. Grell dijo que parecía una carnicería. Algo se había ensañado a base de bien.

—Los del Pacto Sangriento son…

Dorden meneó la cabeza y agarró un pequeño plato quirúrgico de acero inoxidable. Lo sostuvo en alto. Había varios objetos posados en él manchados en sangre. Gaunt se acercó para tomar uno con la mano, por curiosidad.

—No. —Dorden se lo impidió—. Salvo que quieras que te rebanen las yemas de los dedos.

—¿Son lo que creo que son?

Dorden asintió.

—Metralla de un proyectil de un lanzadardos loxatl. Los he sacado del hombro de Hark.

—Dios Emperador, nos están tirando ya con todo.

—Es el único informe que he recibido de heridas producidas por loxatis, pero creí que debías saberlo.

—Gracias —dijo Gaunt—. Necesito volver ahí fuera.

—Una cosa más que quiero que veas —dijo Dorden.

La sala de oficiales se había reservado para los heridos más graves, incluidos los que Dorden no se atrevía a mover. El médico llevó a Gaunt a un camastro que estaba en una esquina donde yacía un soldado tanith con respiración asistida. Era Costin, el borracho cuya negligencia había perjudicado al pelotón de Raglon de un modo tan grave en Aexe.

—¿Has oído lo que ha hecho el pelotón de Raglon esta tarde? —preguntó Dorden.

Gaunt asintió con la cabeza. Estaba orgulloso de ellos. Habían improvisado una acción de cobertura cuando Daur quedó aislado, y mediante esa acción, habían salvado a más de setenta hombres.

—Raglon ha traído a Costin. Tiene un tiro en la tripa. Probablemente no pase de hoy. Pero Raglon quiere que reciba todos los cuidados posibles. La acción de cobertura ha sido obra de Costin. El mismo Raglon me lo ha dicho. Raglon estaba inmovilizado, y Costin ha tomado el mando del pelotón. Ha ofrecido una fiera cobertura. Ha sacado a todos esos hombres de allí. Raglon quiere recomendarle por su valor.

Gaunt se quedó mirando a Dorden. El cansancio le había robado al médico su habitual sutileza.

—Así que si me hubiera salido con la mía y hubiera ejecutado a Costin en Aexe, todas esas vidas se hubieran perdido. Me estás diciendo que debería estarte agradecido por…

—¡No seas estúpido, Gaunt! —le replicó Dorden, dándose la vuelta—. Sencillamente te estaba contando lo que ocurrió.

—Tienes razón —dijo Gaunt. Dorden se detuvo—. Soy un comisario y tú eres un médico. Siempre va a haber circunstancias en las que choquen nuestras principales obligaciones…, y de la peor forma. La disciplina estricta y los cuidados desinteresados no son fáciles de solapar. Supongo que es un problema con el que tienen que vivir dos amigos situados a ambos lados de la línea divisoria.

—Supongo que así es.

—Pero ahora, y aquí…, te digo que lo siento. Que tenías razón.

Dorden apartó la vista, incómodo.

—De acuerdo, entonces. ¿No tienes una guerra que ganar o algo así?

Gaunt se abrió camino hacia la salida a través de la cortina y se encontró de frente con Soric en el vestíbulo.

—¿Jefe? ¿Qué haces aquí?

La cara de Soric era muy inexpresiva.

—Lo siento, señor. Espero que me crea cuando le digo que no quería hacer ningún daño. Siempre he sido leal, a pesar lo que pueda decirle.

—¿Quién? ¿Qué es esto?

—Sólo hágame un favor, señor. Escúcheme y luego hágalo deprisa.

—¿Que haga de prisa qué, Agun?

—Mi ejecución, señor.

—Soric, ¿de qué mierda estás hablando?

—Sé que Hark se lo contó todo, señor. Yo soy el culpable por no haberme presentado antes.

La cortina de plástico que había detrás de Gaunt se abrió de un tirón y aparecieron tres camilleros que empujaban una camilla con ruedas a la rampa de embarque.

Soric se quedó con los ojos abiertos cuando vio pasar el cuerpo de Hark.

—Estoy aquí porque Hark ha sido herido gravemente, Soric. Él no está en condiciones de decirme nada, así que…, dímelo tú.

Soric se irguió, poniendo su maltrecho cuerpo en posición de firmes.

—Coronel-comisario, señor. Es mi deber y mi vergüenza admitir ante usted que… he sido tocado por la disformidad. Ha estado en mí desde Fantine, y lo he ocultado durante demasiado tiempo. La maldición del psíquico corrompe mi mente. He estado recibiendo mensajes, señor: orientación consejos, avisos. Todos ellos han sido ciertos.

Lo siento muchísimo, señor.

—¿Esto es una broma, Soric?

—No, señor. ¡Ojalá lo fuera!

Gaunt se había quedado atónito.

—¿Te das cuenta de que no puedo correr ningún riesgo, sargento? No tengo ninguna elección. Si hay algo de verdad en todo esto, si estás tocado por la disformidad, debo…

—Lo sé, señor.

—¿Qué vas a hacer, Gaunt? ¿Dispararle?

Dorden se puso al lado de Gaunt. Había oído sin querer toda la conversación.

—No creo que ni siquiera los médicos desinteresados puedan arriesgarse con la disformidad, doctor.

—Este no es ningún tipo de escoria disforme del enemigo, Ibram —dijo Dorden —. ¡Es Agun Soric!

—No defienda lo que no es suyo, doctor —dijo Soric—. Por favor, no está bien. Usted mismo sabe lo que hay dentro de mí. Allá en Fantine, con Corbec. Sé que le asustó.

Gaunt y Dorden recordaban bien el incidente. Por supuesto que los había intranquilizado.

—Ha empeorado desde entonces. Mucho más.

Parecía que Soric empezaba a sentirse nervioso, como si hubiera algo vivo en su bolsillo que estuviera molestando.

—El procedimiento acostumbrado dice que debo dispararte aquí mismo —dijo Gaunt—, pero eres tú, Agun, y nunca he oído que alguien tocado por la disformidad se entregara. ¡Soldados de guardia!

Tres centinelas de la Fuerza de Defensa Planetaria de Herodor hicieron acto de presencia inmediatamente.

—Quítenle las armas a este hombre, y sus galones, y átenlo. Escóltenlo hasta las colmenas y enciérrenlo en la celda más segura que tengan. Si intenta algo, dispárenle. Y cuando lleguen a la colmena, reúnan al Gremio Astropático local para que lo examine.

—Sí, señor.

—Señor, por favor. Antes de que me lleven, debo avisarle.

—Agun, vete, antes de que cambie de idea.

—¡Señor, por favor! —Los soldados agarraron a Soric y lo inmovilizaron con firmeza—. ¡Por favor! ¡Por el bien de todos nosotros! ¡Me dijo que hay nueve en camino! ¡Nueve en camino! ¡La matarán y su sangre estará en mis manos! ¡Por favor, señor! ¡En nombre de todo lo que es sagrado! ¡Por favor, escúcheme!

Arrastrado por los soldados, a gritos, Soric desapareció en el concurrido vestíbulo

de la estación de clasificación.

—¿Deberías haber escuchado? —preguntó Dorden.

Gaunt negó con la cabeza.

—O bien ha estallado debido a la presión, en cuyo caso, lamento su estado porque es un tremendo soldado, o si no…, ha sido tocado por la disformidad como él mismo dice. Me inclino más por la primera opción. Sea lo que sea, no debo confiar en nada de lo que diga. Es la palabrería de un lunático, o las perversas mentiras de la disformidad.

—¿Porque la disformidad nunca desvela la verdad a la humanidad?

—No, a los que no dispongan de la formación y el permiso para hacerlo, doctor. No, no lo hace.

—Trucos de psíquicos —dijo Corbec—. Eso me parece a mí.

—Malditos psíquicos —replicó Feygor.

—Sentía como si tuviera el control de mi mente. Yo no era yo ya. Yo… —La voz de Rawne se fue apagando.

—¿Qué? —preguntó Corbec.

—Si no me lo hubiera quitado de encima, Colm, Feth, iba a matarla.

—¿A quién? ¿A Banda?

—¡No, maldita sea! A ella. A la santa.

Feygor blasfemó con gran variedad. Parecía, como siempre, curiosamente gracioso saliendo de su implante de voz artificial, que sonaba monocorde.

—¿Algo penetró en tu cabeza y te hizo decidir matar a la santa? —preguntó Caffran.

Rawne se encogió de hombros, No podía decirles la verdad. ¿Cómo iban a confiar nunca más en él?

Algo había penetrado en su cabeza, de acuerdo; algo tan suave, fuerte y seductor que se había olvidado de todo, de todas sus lealtades, de sus amistades, de todos sus juramentos incluso de su extraordinario e intenso cariño por Jessi Banda.

Todo ello, olvidado. Lo único que había permanecido había sido ese despiadado odio, su instinto asesino; la parte de su carácter que hacía que los demás nunca se fiaran de él, la parte de su carácter que hacía que Ibram Gaunt siempre se asegurara de no darle la espalda.

Su peor parte, se había inflado y crecido, y se había apoderado por completo de su mente, de su cuerpo y de su alma. Durante aquel breve instante, habría sido feliz de matar a cualquier cosa o persona.

Luego, había vuelto a desaparecer, veloz como el reflujo de una ola.

Le quedaba un terrible pensamiento. Si le había hecho eso a él, ¿qué podría hacerle a otros? Si lo había dejado, ¿adónde habría ido?

Milo volvió a parpadear. Su mente no estaba estable. Estaba tan cansado. Los efectos del toque de la santa se estaban desvaneciendo, y el dolor de cabeza volvía. Parecía que las voces lo estaban llamando, como desde un sueño, como desde el borde del sueño.

—¿Estás bien, Brin? —le preguntó Dremmond.

—Sí, claro —dijo Milo.

El duodécimo pelotón se estaba retirando con todo cuidado por un callejón de la parte baja de la Bajada del Gremio y se dirigía hacia las colmenas. La segunda línea no se había roto, pero sí estaba muy comprimida. Los obuses silbaban por encima de las cabezas desde las baterías enemigas concentradas en los barrios periféricos.

El sol estaba poniéndose. Ya estaba fuera de la vista por detrás de los tejados. Para cuando cayera la noche, estarían en las colmenas; sellarían las trampillas y harían de esas inmensas torres el lugar de la última batalla.

Domor, de repente, levantó una mano, y los soldados de su pelotón buscaron posiciones a cubierto.

Todos, excepto Sabbat, que recorrió el callejón con su mayor brillo hacia la parte delantera de la posición, a la vista de todos.

—¡Agáchese! —susurró Milo.

—¡Agáchese, señora! —añadió Domar.

Una brigada de la muerte irrumpió en la calle. Venían corriendo, aullando, cargando, disparando sus armas. Los trozos de piedras que se desprendían de las paredes laterales del callejón a su avance volaban.

Milo alzó la vista y disparó. Su tiro alcanzó al soldado enmascarado más cercano del Pacto Sangriento. Los hombres que le rodeaban comenzaron a disparar también.

Sabbat aguantó firme; hacía girar su espada de energía y rebotar en todas direcciones los disparos de láser. Destripó a los dos primeros soldados del Pacto Sangriento que llegaron a ella y decapitó al siguiente.

—¡A por ellos! ¡A por ellos! ¡Plata pura! —gritó Dornor.

El pelotón se incorporó y cargó. Surgiendo alrededor de la desafiante santa, se encontraron con el enemigo de frente.

Milo echó a correr hacia adelante. La cabeza estaba a punto de estallarle. Atravesó la cara del soldado más cercano del Pacto Sangriento con el cuchillo de guerra que tenía montado en su rifle y lo giró para sacarlo.

La vio allí. Parecía tan vulnerable. Un solo disparo, un último disparo y sería el final para ella.

Se lanzó contra la marea enemiga.

Los últimos restos de luz del día se filtraban inclinados a través de la valla de cristal parcialmente recubierta del mercado y su brillo se reflejaba en los dientes de acero del Pater Pecado, mientras él recitaba palabras tranquilizadoras a los gemelos. Habían hecho su trabajo. Estaban vinculados al instrumento, y a cada momento que pasaba, imprimían más y más profundamente la tarea en su mente.

Los gemelos eran los psíquicos más potentes del sector. Eran de nivel alfa. Entre ellos dos, sus mentes combinadas disponían de más poder que todos los astrópatas y psíquicos de Herodor, fueran del Imperio o del enemigo.

Sus niños. Los niños de Pecado.

Karess estaba sumergido en el agua del manantial, cuyas fuertes corrientes le empujaban. Las perlas de gas escapaban y centelleaban a lo largo de las costuras de su recubrimiento de adamita y alrededor de las cubiertas perforadas de sus pesadas armas. Sus tractos auditivos se tensaban con el siseo de la presión del agua.

La base de rocas del acuífero era blanda, y las inmensas pezuñas de Karess revolvieron el cieno y las criaturas subacuáticas sin ojos, bacterias y demás restos termales.

El dolor mecánico le punzaba por toda la superestructura. Comprobó sus sistemas de situación.

Hacia el sur, hacia el sur. Allí, saldría a la superficie y la mataría.

Reghh estaba muerto. La bala de los humanos había penetrado en su interior y lo había matado. Chto, que tenía el mando del grupo, le ordenó a Reghh que dejara caer a Tlfeh. El frío y fétido cuerpo resbaló al suelo. Chto y Reghh se sostuvieron sobre los talones y aullaron al cielo en señal de duelo. No era un sonido audible para los oídos humanos, sino una profunda y escalofriante vibración que hacía temblar el aire.

Mojados y relucientes, los dos loxatls restantes dieron la vuelta alrededor del otro y se deslizaron por la siguiente calle.

Las armas de sus arneses estaban cargadas. Pobre de todo lo que se encontrara con ellos en ese momento.

—¡Órdenes, señor! —gritó el operador de comunicaciones.

El mayor Landfreed corrió hacia él, agachándose por detrás del parapeto. La metralla revoloteaba en el aire procedente del cercano bombardeo.

Las órdenes eran para los elementos de la compañía personal al mando de

Landfreed y les decían que retrocedieran hasta la Colmena Vieja.

Landfreed transmitió las órdenes a sus hombres. Había perdido sesenta soldados a manos de las brigadas de la muerte del Pacto Sangriento desde el mediodía. Estaba decidido a que siguieran con vida los que aún estaban con él. Sus hombres comenzaron a moverse: dos grupos, en estrecho orden.

Un obús de alto explosivo aterrizó justo al otro lado del muro en ruinas y la detonación hizo temblar el terreno. Las tejas cayeron repiqueteando de los restos de las vigas del techo. Landfreed se tiró rápidamente al suelo.

Cuando se incorporó, estaba rodeado de humo. No podía ver a ninguno de sus hombres.

Parpadeando, llorando, miró a su alrededor y se encontró de bruces con una figura vestida de negro que apareció de la nada.

Landfreed se quedó congelado. El terror bloqueó sus miembros y sus reflejos. Alzó la vista hacia una cara que se materializaba a sólo veinte centímetros de él.

Era calvo y blanco, y totalmente imberbe. Unas profundas arrugas cruzaban su piel y dibujaban surcos alrededor de la sonriente boca y los oscuros ojos. Un residuo seco y marrón ensuciaba las cuencas de los ojos. Era la cara de la muerte, el espectro a quien habían enseñado a temer a Landfreed.

El merodeador de la oscuridad.

Skarwael deslizó lentamente la punta de su larga daga por la parte frontal de la chaqueta de Landfreed y cortó todos los botones sin esfuerzo. Los cierres de plata cayeron en cascada y rebotaron repiqueteando en el suelo.

La daga se detuvo cuando llegó a la desnuda garganta de Landfreed.

Skarwael sonrió. La sonrisa hizo que se acusaran los surcos. Los dientes depredadores, más blancos que la pálida carne que los recubría, estaban angustiosamente a la vista.

Landfreed intentó encontrar un grito.

—¿Señor? ¿Señor? ¿Mayor Landfreed?

Algunos de sus hombres —Sánchez, Grohowski, Landis, Boles— llegaron dando tumbos. Lo buscaban entre el acre humo de los proyectiles, y se pararon en seco, helados ante lo que vieron.

Landis dio un grito, y preparó su rifle láser. No sabía exactamente qué era aquella cosa cadavérica de negro, pero le bastaba con lo que le decía su intuición.

Skarwael giró sobre sus talones. Sus negras ropas de cuero silbaron en medio de un remolino de aire cargado de polvo. Los disparos de Landis hicieron que se rizaran los dibujos que hacía el polvo en el aire, pero no encontraron nada sólido.

Como una sombra lanzada de repente a otra parte por una cambiante fuente de luz, Skarwael reapareció al otro lado de ellos. Una reluciente pistola de agujas salió de su túnica de pieles humanas, empuñada por unos dedos largos y pálidos. El cañón

escupió unos filamentos de cristal tóxico cargados de energía, y Grohowski se dobló por la mitad, destripado por una explosión. Landis volvió a disparar, y falló de nuevo.

—¡Moveos! ¡Moveos! —gritó Landfreed, encontrando por fin la voz y su pistola láser.

Abrió fuego sobre la sombra monstruosa, pero se había desvanecido. Con un grito ahogado, Landis cayó sobre la espalda, atravesado por los disparos de su comandante.

Boles y Sánchez abrieron fuego automático a la vez contra el muro de ladrillo en ruinas que tenían enfrente. La sombra estaba ante sus ojos, pero se movía como un parpadeo negro por la pared, alrededor de los disparos en abanico y por el aire. Durante un instante se giró en medio de su vuelo, y su espectral capa negra siguió su estela cual alas para caer sobre Sánchez. El soldado de la compañía personal de Lugo forcejeó y gritó, y luego se desmoronó cuando la casi invisible sombra lo sacudió y lo tiró a un lado.

Retrocediendo, Boles miró a Landfreed.

—Corre —dijo simplemente Landfreed.

Boles echó a correr. Detrás de él, Landfreed se giró para hacer frente al monstruo. Quiso alzar el arma para disparar, pero no había pistola. Tampoco mano. Tan sólo el muñón de la muñeca.

Skarwael se materializó enfrente de Landfreed y lo empaló con su daga larga.

Boles se lanzó a la carrera entre el humo y los escombros. Oyó cómo moría su comandante allí atrás. En algún lugar de su aterrorizada mente, no dejaba de preguntarse una cosa: ¿Qué podía hacer que durara tanto un grito de agonía?

—¿Pasa algo raro? —le preguntó Gaunt a Beltayn, adelantándose al habitual comentario de su oficial de comunicaciones.

—¿Qué tal… todo? —replicó Beltayn.

El primer pelotón estaba atrincherado en la calle Digre una manzana comercial al lado de Principal, en la Bajada del Gremio, cuando Gaunt se volvió a unir a ellos procedente de la estación de clasificación. La retirada desde la segunda línea había sido un desastre comparada con la que los del Imperio habían emprendido desde los barrios periféricos del norte con las primeras luces del día. No habían mantenido la segunda línea ni mucho menos el tiempo que Gaunt esperaba, El archienemigo estaba avanzando en profundidad por la densa Bajada del Gremio y ya estaba amenazando las agricúpulas al oeste. Los defensores deberían estar retirándose hacia las torres colmena para ofrecer la última batalla, un movimiento táctico supervisado por Biagi y Lugo. Las comunicaciones con Landfreed se habían cortado, y sus fuerzas estaban en camino. El repliegue de Kaldenbach también se había visto afectado: a juzgar por el registro de comunicaciones parecía haber perdido a varios de sus principales subordinados, incluido Lamm, del regimiento Civitas Beati. Incluso entre los

fantasmas reinaba la confusión. Gaunt lo intentaba, pero no lograba coordinarse ni con Corbec ni con Rawne. Sus acciones se habían visto retrasadas por incidentes de los que el registro de comunicaciones no daba ningún detalle.

El último contacto con la santa había sido un informe sobre un tiroteo encarnizado en la parte inferior de la zona de Slope.

La sangre estaba empezando a correr en la calle Digre. Los pelotones primero, cuarto y vigésimo estaban soportando un intenso bombardeo. El archienemigo había preparado un seria cuña de armas autopropulsadas en los alrededores de la Bajada del Gremio por debajo de su posición, y entonces estaban dando un buen repaso a la zona.

Brillantes géiseres de fuego de colores verdosos y amarillentos surgían de los edificios a su alrededor. Las tejas y las losas les llovían por todas partes, y los arroyos de fuego caían en cascada desde los tejados que seguían intactos. El aire olía a polvo de ladrillo quemado, un olor tan intenso a tierra que hacía que se cerraran las fosas nasales.

Gaunt sabía que estaban al borde del desastre. Tenían una esperanza muy pequeña de conseguir que funcionara el repliegue. Si fracasaban, y el destino no estaba con ellos, ni siquiera vivirían el tiempo suficiente como para presentar una última batalla en las colmenas. Si el enemigo mantenía su presión, la defensa de las fuerzas del Imperio en Herodor sería aniquilada incluso antes de que alcanzaran las colmenas.

Gaunt atravesó corriendo con Beltayn una calle en llamas, y se unió a Mkoll y Ewler al abrigo de un muro semiderruido.

—Necesitamos salir ahora mismo. Vuelta a las colmenas.

Mkoll asintió.

—Será difícil.

—¡Ojalá pudiera contactar con Corbec o Rawne!

—Demasiadas interferencias —dijo Mkoll—. El mismo bombardeo de la artillería está interfiriendo en las comunicaciones básicas.

—Si coloco una línea aquí, ¿puedes empezar a dirigir a los hombres hacia el sur? —preguntó Gaunt.

Ewier asintió. Mkoll se encogió de hombros.

—Tenemos que buscar francotiradores.

—¿Tan adentro?

Mkoll miró sombríamente a su comandante.

—He recibido un informe. Larks y Nessa acabaron con un francotirador en la misma Bajada del Gremio. Casi se lleva por delante a la santa. Lo cazaron antes de que pudiera hacer el disparo.

Mkoll mostró a Gaunt la situación en el mapa.

—Feth —murmuró Gaunt—. ¿De verdad que tan adentro?

—Sí —dijo Mkoll—. Creo que tienen especialistas por detras de nuestras líneas. Mucho, mucho más adentro que su frente principal. Y su objetivo es una cosa.

—Ella —dijo Gaunt.

Mkoll asintió con la cabeza.

Gaunt echó un vistazo a Beltayn.

—Bel…, despierta a la santa. Despiértala a ella o a cualquiera que esté con ella. Dile que retroceda hacia las colmenas. Son mis órdenes. Lo que andan buscando es a ella.

Beltayn levantó la funda antipolvo de su aparato de comunicaciones.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor —dijo.

Un momento después, Beltayn confirmó el contacto.

—Tengo a Domor. Dice que la santa está con él. Él le meterá prisa para que retroceda.

—Dile que haga algo más que meterle prisa, Bel. Si ella muere, se habrá acabado todo.

Bekayn asintió y volvió a su trabajo.

Los obuses martilleaban a su alrededor. Todos se agacharon.

—Bien —dijo Gaunt—, intentemos encontrar una salida de esta ratonera. Ewler, toma el lado sur. Mkoll, conmigo. Tú también, Bel.

Salieron a la carrera, esquivando las rociadas de cascotes y llamas. Inseguro debido al peso del comunicador portátil Beltayn trastabilló. Mkoll lo levantó y lo empujó bajo la protección de la entrada a un habitáculo, junto a Gaunt.

La espada de energía de Gaunt rompió el candado y entraron. Era una estancia oscura y con corrientes de aire. Las ráfagas provocadas por los obuses que caían fuera empujaban tiraban como un respirador gigante, haciendo revolotear los trozos de papel y el polvo de un lado a otro.

La oscuridad era total. Mkoll abrió una puerta de una patada y vieron un módulo desordenado. Beltayn abrió otro; era una pieza vacía. Mkoll siguió y, con una nueva patada descubrió otra abarrotada.

—¡Mkoll!

Mkoll retrocedió y se unió a Gaunt y Beltayn a la puerta de un habitáculo vacío que había abierto Bekayn.

No había nada que ver; era un módulo totalmente desnudo. No tenía moqueta, ni alfombras, ni pantalla en la lámpara del techo, y las paredes estaban vacías. Había una puerta a un lado, cerrada. Una mesa consola había sido colocada en el centro de la habitación, y un libro descansaba sobre ella.

—¿Qué ocurre? —dijo Mkoll.

—Cúbreme —dijo Gaunt, entrando.

Había empuñado la pistola láser y desenfundado la espada.

Mkoll le echó una mirada a Bekayn, y éste se encogió de hombros.

Gaunt se dirigió a la pequeña mesa extrañamente colocada en el centro del habitáculo y miró el libro que estaba sobre ella. Era viejo, tan viejo que se estaba deshaciendo y convirtiendo en polvo.

Abrió el libro y leyó la página del título, sabiendo, con una extraña sensación, lo que se iba a encontrar allí. Era otra primera edición del Sobre el uso de los ejércitos, de Marchese.

De repente, como si las hubiera empujado un fuerte viento, las páginas vibraron y pasaron solas.

Gaunt se quedó mirando el libro abierto y comenzó a leer: Cuando hablo de un cuerpo en este sentido, me refiero al cuerpo como figura de una fuerza de combate. Para el jefe, esa fuerza se convierte en su cuerpo…

Dio un paso atrás. Había sido consciente de las cosas que le habían sido mostradas, pero entonces parecían repetirse con una insistencia muy poco sutil. ¿Tanto se había perdido? ¿No estaba siendo cuidadoso?

La puerta cerrada que tenían al lado vibró en su marco, como sacudida por un fuerte viento.

—Queda poco tiempo, señor —le gritó Mkoll desde la puerta.

Gaunt les hizo señas para que se acercaran a él.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Beltayn.

—¿Señor? —dijo Mkoll.

—Hacedme este favor, amigos míos. Venid conmigo y demostradme que no estoy loco.

Gaunt abrió la puerta.



ONCE

La capilla en ningún lugar

Dos peligros, uno realmente diabólico y otro incomprendido.

ELIN0R ZAKER,
del mando herodiano

Era una capilla, vieja y desatendida, hundida en las profundidades verdosas de un bosque. La hiedra y las flores trepadoras colgaban de sus muros. La piedra estaba cubierta de musgo de un color verde brillante. Sorprendidos, temerosos, Mkoll y Beltayn siguieron a Gaunt cuando atravesó la pared parcialmente caída, luego la vieja puerta y siguió el sendero que llevaba a la puerta del propio edificio. Olía de nuevo a aquello, a flores. El olor era tan fuerte que Gaunt casi se puso a estornudar. Era islumbine.

Gaunt abrió la puerta y entró en la fría penumbra de la capilla. El interior era sencillo, pero estaba bien cuidado. Una vela delgada ardía sobre el altar colocado al final de la fila de bancos de madera. Gaunt recorrió el pasillo central hacia la imagen grabada del Emperador. En los cristales coloreados de las ventanas ojivales vio la imagen de Santa Sabbat acompañada de los suyos. Mkoll y Bekayn se quedaron en la entrada.

—¿Cómo puede estar esto aquí? —preguntó Mkoll.

Bekayn no le contestó. Sabía lo que era aquel lugar, y estaba demasiado aterrorizado para hablar.

—Bueno —murmuró una voz desde la oscuridad—, por fin habéis llegado.

Estaba igual que la última vez que la habían visto: muy anciana y ciega. Un trozo de seda negra le tapaba los ojos rodeándole la cabeza. Llevaba el cabello plateado recogido en una trenza apretada. La edad la había encorvado, pero si hubiera estado erecta, le habría sacado una cabeza a Gaunt.

No había posibilidad alguna de confundir sus ropajes negros y rojos.

—Hermana Elinor —la saludó Gaunt—, volvernos a encontrarnos.

—Sí, Ibram.

—Este lugar se parece mucho a la capilla de la Sagrada Luz Abundante, en Veniq.

—Lo es.

—Yo pensaba que se encontraba en Aexe Cardinal, a mucha distancia de aquí.

—Lo estuvo antes —contestó Elinor Zaker—. No estuvo demasiado tiempo allí, ni siquiera cuando la visitaste por última vez. Ya sólo existe como un recuerdo, un recuerdo en el que puedo vivir.

Beltayn gimió en voz baja. Mkoll parpadeó con rapidez.

—Alguien se ha desanimado al oír eso —dijo ella, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿No has venido solo?

—Esta vez somos tres. Bekayn, mi explorador jefe y yo.

Ella se sentó en uno de los bancos. Tanteó con la mano para encontrarlo, apoyándose con la otra en el bastón.

—Bueno, entonces…, ¿ya estamos en Herodor? —dijo—. ¿Ya se ha hecho tan tarde?

—Sí —le contestó Gaunt—. El peligro nos acecha. ¿Puede guiamos?

Se recostó contra el respaldo del banco.

—Los poderes divinos sólo me permiten aconsejar, pero todo se ha vuelto mucho más peligroso desde la última vez que hablamos. Unas fuerzas y unos elementos que el Tarot no predijo se han entrometido en el plan. Para contrarrestarlo, me han permitido hablar con vosotros de nuevo.

—Ha estado intentando ponerse en contacto conmigo. Pido disculpas por no haber atendido a las señales. He estado muy ocupado —se calló un momento—. ¿Quién os lo ha permitido?

Ella giró la cabeza hacia él. De nuevo, lo hizo con el gesto fluido de cuello de una persona acostumbrada a utilizar los sensores de objetivo de un casco pantalla. Al igual que en el primer encuentro, Gaunt tuvo la sensación de que le estaba apuntando.

—Los poderes divinos. No se pueden mencionar sus nombres porque brillan demasiado.

—Pues háblenos, hermana —le urgió Gaunt—. El tiempo apremia. La santa está conmigo, pero puede morir a manos del archienemigo. Se acabaron los acertijos.

Elinor Zaker dio un respingo.

—¿Ella está contigo?

—Sí —le contestó Gaunt.

La hermana sonrió levemente.

—¡Oh, Dios Emperador! Por fin.

—Tenemos muy poco tiempo —insistió Gaunt.

—El plan es muy delicado…

—¡Cállese! —estalló Gaunt.

La fuerza de su voz hizo que Beltayn casi saltase. Mkoll siguió mirando fijamente y con fascinación, con los ojos entornados. Había visto, y lo que era más importante, había aceptado, otras visiones con anterioridad.

—¡Ya he tenido bastantes vaguedades y mierdas enigmáticas! —gritó el comisario—. ¡Dígamelo! ¡Sólo dígamelo! ¡Si puede ayudarme a vencer, ayúdeme a vencer! Si no es así, ¿para qué Feth me han traído a toda esta tontería?

Ella no contestó.

—¿Hermana?

Ella colocó las dos manos sobre el regazo.

—Tú mismo te trajiste aquí cuando serviste a la santa en Hagia. Tú mismo te trajiste aquí cuando salvaste a Brin Milo de la destrucción de Tanith. Tú mismo te trajiste aquí cuando te dedicaste a oír al Señor de la Guerra Slaydo cuando contaba los relatos sobre la Era de Sabbat y juraste con sangre acabar su tarea. Tú mismo te trajiste aquí mucho antes de haber nacido, antes de que nacieran tus antepasados, porque tú y tus fantasmas tan sólo sois una pequeña parte de un destino tan inmenso que desde aquí, incluso en un momento como este, no podemos ver ni el principio ni

el final.

Gaunt tragó saliva.

—Ya veo —tartamudeó.

Ella asintió.

—Sé que no lo ves. Esto es lo único que necesitas saber para cumplir tu parte: Milo es lo primero. Es vital, vital para lo que vendrá después. Pero debes saber que no habrá un después si falláis aquí.

—¿Aquí? ¿En Herodor?

—En Herodor —repitió ella—. Hay mucho daño, más del que se previó al principio. De todas maneras, el mayor peligro está en el interior, en el interior de vuestro cuerpo.

—Utiliza la palabra cuerpo como lo hacía Marchese. El cuerpo se refiere a una fuerza armada. ¿Mis fantasmas?

—Sin duda, has estado estudiando desde que nos vimos.

—Sí, hermana.

—Muy bien, entonces. Por última vez: el daño está dividido en dos partes. Dos peligros, uno realmente diabólico, y otro incomprendido. Este último es la clave. Es importante que recordéis esto, porque los comisarios en seguida le dais al gatillo. Ahora es mucho más importante que sepáis la clave. Por último, dejad que vuestro mejor ojo os muestre la verdad. Eso es todo. Habrá nueve.

—¿Qué es lo que ha dicho…? —empezó a preguntarle Gaunt.

La realidad estalló como una burbuja de jabón.

Gaunt estaba al lado de Mkoll y de Beltayn en un habitáculo muy vacío y muy destrozado.

—¿Qué Feth ha pasado aquí? —preguntó Mkoll.

Beltayn estaba temblando por el miedo y la confusión.

—Nueve… —murmuró Gaunt—. Bel, ponte al comunicador y averigua dónde está Soric.

En la oscuridad, la extensión de los daños a lo largo de toda Ciudad Beati era más evidente. Secciones enteras de las afueras y de las laderas estaban envueltas en llamas, y los incendios se reunían y se propagaban alrededor de la cara norte de las torres colmena uno y dos. Gaunt no estaba muy seguro de cuándo exactamente había caído el escudo de la ciudad, pero hacía tiempo que había desaparecido, y los vientos septentrionales azotaban la urbe y alimentaban los incendios.

Las unidades de tropas imperiales y las dotaciones de apoyo huían hacia el sur por las empinadas calles de la Bajada del Gremio. Algunas iban a pie, y otras, en camiones y transportes rugientes. Toda la segunda línea se había desmoronado.

El tercer pelotón de Gaunt, a paso ligero, logró llegar hasta el procesador de

atmósfera de Fenzy Yard, y allí consiguieron subirse a un cuarteto de transportes de la Fuerza de Defensa Planetaria, que los llevaron el último tercio de la larga cuesta hasta parar en la fortaleza del distrito de la ciudad alta que servía como barracones principales del regimiento Civitas Beati.

La fortaleza seguía prácticamente intacta. Había sufrido el impacto de unos cuantos proyectiles de artillería, pero su estructura principal, que daba a Principal I, estaba intacta. Dentro el patio de reunión, cientos de soldados de Herodor pululaban cargando enormes proyectiles de artillería en los transportes que esperaban.

Gaunt bajó de un salto de su vehículo y miró a su alrededor mientras Mkoll y Ewler hacían un recuento. El aire nocturno apestaba a tubos de escape y por todos lados resonaban los gritos apresurados de los hombres. Gaunt alzó la mirada. El distrito alto de la ciudad era la zona de las colmenas. Sus inmensas formas se alzaban por encima de ellos de manera tranquilizadora. No eran torres; eran ciudades verticales, unas construcciones titánicas. Gaunt respiró profundamente. Había olvidado lo ciclópeas que eran. Resistirían, por lo menos durante cierto tiempo.

—¡Gaunt!

Se giró al oír su nombre, y vio a Biagi, que atravesaba la multitud en su dirección. Era evidente que el mariscal también había participado en los combates. Llevaba vendada una herida en el costado. Gaunt le saludó.

—Nos encerraremos en las colmenas, supongo —le dijo.

—En la Colmena Vieja —contestó Biagi—. El comandante general y los oficiales del regimiento Civitas Beati se han retirado allí. Montaremos la defensa a su alrededor.

—¿No será la más vulnerable? —le preguntó Gaunt—. Es antigua, y mucho menos robusta que las otras.

—La Colmena Vieja es la sede de la cultura herodiana —le aclaró Biagi—. Es nuestro corazón. La Sagrada Basílica se encuentra allí, lo mismo que las capillas más antiguas. Si nos concentramos en algún lugar, debe ser en ese.

Las implicaciones de aquello eran terribles. Las otras torres se quedarían sin protección. Sus ciudadanos morirían. Sin duda, había sido una decisión muy difícil de tomar para Biagi.

Gaunt se reprendió. No, la decisión había sido fácil. Era exactamente la misma decisión que él había tomado durante la caída de Tanith. No se podía salvar todo, y cualquier intento por conseguirlo estaba condenado al fracaso. La única acción posible era concentrar todos los esfuerzos en salvar una parte.

Biagi se quedó mirando los incendios que iluminaban el cielo septentrional.

—Y pensar que le prohibí utilizar los lanzallamas, Gaunt. Mire cómo arde mi ciudad.

—Señor, dé gracias de que no hice caso de sus órdenes. Si no fuera por mis

lanzallamas, la ciudad habría empezado a arder mucho, mucho antes. —Gaunt miró a Biagi—. Envié una señal mientras subía. Preguntaba por uno de mis hombres. El sargento Soric.

—Sí, claro. He ordenado que lo bajen de la colmena con una escolta, tal como me pidió. ¿Por qué es tan importante?

—Venga conmigo y quizá lo averiguaremos.

Gaunt y Biagi, acompañados por Beltayn y por el propio oficial de comunicaciones del mariscal, Sires, entraron en la fortaleza del regimiento Civitas Beati. Las luces de emergencia estaban encendidas, y los pasillos, iluminados con un brillo verde apagado. Los soldados pasaban presurosos a su lado cargados con cajas de suministros o empujando carretillas llenas de municiones. Estaban vaciando la vieja fortaleza de todo lo que pudiera ser útil.

—¿Alguna noticia de Kaldenbach? —preguntó Gaunt.

—Comunicaciones breves, Sigue atrapado en una bolsa de resistencia al oeste, pero le quedan algunos blindados.

—¿Dónde está la santa?

—No podemos localizarla con exactitud. Le he suplicado que se retire.

—Lo mismo que yo. Es algo imperativo. ¿Sabe que esta guerra es completamente simbólica?

—Se me ha pasado por la cabeza —contestó Biagi.

—Pues que no le pase de largo. Concéntrese en ello. Ella es el motivo de todo esto. Herodor no tiene ninguna importancia estratégica. Esta invasión sólo tiene un objetivo: encontrarla y matarla. Ella es el cebo. Si reconocemos este hecho podremos utilizarlo y tener una oportunidad.

—¿Lo sabe ella? —comentó Biagi.

Gaunt lo miró.

—Me temo que ésa es la razón por la que vino aquí, mariscal.

—Ya veo.

Se detuvieron delante de una compuerta de seguridad de triple cierre. Dos centinelas de la Fuerza de Defensa Planetaria les dejaron pasar y se apresuraron a marcharse en cuanto Biagi les indicó que se retiraran. El mariscal introdujo su llave maestra en el hueco, y la compuerta se abrió con un chirrido. La cámara estaba iluminada con fuerza por lámparas de fosfato sin protección. Era el calabozo de la fortaleza.

Un grupo de fantasmas armados los esperaba dentro: eran Meryn y su unidad, que estaban de destacamento de guardia.

—¡Señor! —saludó Meryn, inmediatamente.

—Nos ocuparemos de esto, sargento. Diríjanse a los transportes de evacuación. Nos veremos en la Colmena Vieja.

Meryn asintió. Parecía furioso.

—Debería haberle pegado un tiro, señor —dijo.

—¿Disculpa, Meryn?

—Es escoria. Basura. Lo sabía. Se lo dije al comisario Hark. El cabrón debería haber acabado ejecutado hace tiempo.

—¿Es tu opinión, Meryn?

—¡Señor, cada momento que sigue con vida es una vergüenza para el regimiento! No sé por qué no cumplió su misión como comisario y le pegó un tiro al muy cabrón…

El puñetazo de Gaunt pilló a Meryn desprevenido y a todos por sorpresa. El sargento cayó de espaldas al suelo, donde se llevó una mano a la boca ensangrentada.

—Agun Soric ha servido con honor al regimiento, Meryn. Se entregó de forma voluntaria para que lo detuviéramos, y puede ser que sea algo muy distinto al hombre del saco que tanto temes. Por lo que se refiere a lo de avergonzar al regimiento, ya te estás encargando muy bien tú de hacerlo.

Gaunt miró a los hombres del pelotón de Meryn.

—Soy un comisario. Mi misión es juzgar, pero a diferencia de gente como los Keetle de este puñetero universo, no juzgaré de forma precipitada. Soric vivirá o morirá según lo decida yo. ¿Está claro?

Se oyó un murmullo nervioso. Gaunt volvió a mirar a Meryn.

—Sal de mi vista, y reza para que la próxima vez que nos veamos haya olvidado tu insolencia.

Fargher y Guheen ayudaron a Meryn a ponerse en pie, y el decimocuarto pelotón salió de la cámara.

—Creí que Meryn era uno de sus mejores hombres —le comentó Biagi.

—Y lo es, de un modo fiable y sin imaginación.

—Entonces, ¿a qué se refería? ¿Qué hay de ese tal Soric?

—Necesito que tenga paciencia, Biagi. Soric se presentó ante mí y me confesó que es un psíquico.

—Está aquí —dijo Dorden, señalando a los cuatro soldados la puerta de la quinta celda.

El doctor tanith se había impuesto la tarea de escoltar personalmente a Soric. Un astrópata encapuchado y dos tipos con aspecto de matón vestidos con largos abrigos grises montaban guardia en la puerta de la celda. Los hombres de gris, con aguijoneadores de energía, eran operadores oficiales de psíquicos de la compañía personal de Lugo. Llevaban los ojos y los oídos cubiertos por aparatos anuladores psíquicos suturados a la piel.

—He oído lo que le has dicho a Meryn —comentó Dorden.

—¿Ah, sí? Supongo que estará mejorando tu opinión respecto a mi ¿no?

Dorden soltó una risita sarcástica.

—Hay algo que no entiendo —le dijo a Gaunt—. Me dijiste que creías que la disformidad jamás le decía la verdad a la humanidad, sobre todo en el caso de los que no estaban preparados o que no habían sido adiestrados.

—He cambiado de opinión —le contestó el comisario—. Yo ni estaba preparado ni he sido adiestrado, pero tal como Zweil comentó sin que nadie le preguntara, los poderes divinos o algo parecido han decidido hablarme. Esta misma tarde, en una capilla, me han…

—¿Qué?

—No importa. ¿Es aquí?

Dorden abrió la puerta de la celda.

Soric estaba tumbado sobre un camastro de metal agujereado, iluminado por la fuerte luz de las lámparas de fosfato desnudas del techo. Le habían dado una paliza tremenda.

Dorden había hecho todo lo posible por curarlo.

—¡Feth! ¿Qué ha pasado?

—El pelotón de Meryn pasó por él. Se lo pasaron bomba mientras lo traían.

—Cabrones, cabrones ignorantes…

—¿Qué demonios es todo esto? —murmuró Biagi mientras se agachaba a recoger algunos de los cientos de papeles de color azul que sembraban el suelo de la celda.

Gaunt miró por encima de su hombro. Las hojas en las manos del mariscal estaban cubiertas de una escritura apresurada e ilegible.

—Yo diría que pertenecen a un bloc de notas para mensajes de la Guardia Imperial —comentó Beltayn.

—¿Le han entregado papel? ¿Utensilios para escribir? —le preguntó Biagi a uno de los operadores.

—No, señor —replicó uno de ellos. La voz sonó monótoma al salir del potenciador de voz colocado en su boca—. Le retiramos todos los objetos personales al prisionero, pero siguen regresando a su persona.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —exclamó Biagi.

El operador se acercó a Soric y lo registró. El prisionero gimió al sentir sus manos. El operador sacó un portamensajes del bolsillo del muslo.

—Ya ni sé las veces que le hemos quitado esto. Cada pocos segundos, desparece de la bolsa de pruebas y reaparece en su bolsillo. —El operador lo abrió y sacó otro papel azul doblado—. Y cada vez, hay una nota en el interior.

—¿Ha visto algo parecido antes? —le preguntó Gaunt al operador.

—No, señor —le respondió.

Gaunt se arrodilló al lado de Soric.

—¿Agun? ¿Jefe? ¿Me oyes?

El único ojo que le quedaba a Soric se abrió, aunque tan sólo una rendija debido la hinchazón que le había provocado un golpe. El ojo estaba inyectado en sangre.

—Coronel-comisario —dijo con un suspiro.

—No queda mucho tiempo, jefe. Háblame de los nueve.

—Estoy tan cansado… Duele tanto…

—¡Jefe! ¡Estabas desesperado por contármelo! ¡Dímelo ahora!

Soric asintió con lentitud. Dorden lo ayudó a sentarse de medio lado.

—Vienen nueve —dijo.

—¿Nueve?

—Nueve —repitió, y tragó saliva por el dolor—. Lo siento mucho, señor. Nunca pretendí poner en peligro…

—Déjalo para más tarde, Soric. Háblame de los nueve.

—Nueve. Los mensajes decían que habría nueve, porque nueve es el número sagrado de la santa…

—Las nueve heridas sagradas —dijo Biagi con solemnidad.

—Las nueve heridas sagradas —repitió Soric, asintiendo—. La vi. Ella me estaba mirando. Directamente a mí. Ella sabía…

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡Vamos, quédate conmigo!

Soric se había desmayado y derrumbado sobre el camastro. Gaunt miró a Dorden.

—¿Puedes hacer algo?

—¿Que nos ayude? Por supuesto. ¿Que le ayude a él? No. Además, si de verdad es lo que temes que sea, puede ser que una dosis de estimulante no sea buena idea.

—Creo que tendremos que correr el riesgo —dijo Gaunt—. ¿Estamos de acuerdo?

Biagi asintió. Los operadores cargaron sus aguijones de energía. El penetrante olor del ozono llenó la pequeña celda.

Dorden pinchó el brazo de Soric con el dermoinyector monodosis y limpió el pinchazo con un algodón mojado en alcohol. Soric tembló, se estremeció y tuvo una pequeña convulsión.

De repente, se despabiló del todo y se quedó mirando a Gaunt con su ojo.

—¿Señor?

—Háblame de los nueve, jefe.

—Nueve. Eso es lo que decía. No dejaba de insistir. —Soric alzó una mano y Gaunt vio que tenía en ella el portamensajes de bronce. ¿Cómo demonios había regresado a su mano?—. Desde Fantine, desde que me hirieron en Fantine, ha estado conmigo. Entiéndame, no es que me hable. Me escribe. Siempre muy educado. Abría el portamensajes y, ¡ajá!, otro mensaje. Ve a la derecha, ve a la izquierda, baja siguiendo ese muro… Toda esa jodienda. Jodienda de combate. Sólo pequeños consejos, jamás me preocupé por ello. ¡Dios Emperador, sé que tendría que haberlo

hecho! ¡Debería habérselo contado hace mucho!

—¿Por qué no te preocupaste? —le preguntó Gaunt.

—Porque era mi escritura. Me gusta tomarme un trago de vez en cuando, ya lo sabe, señor. Me dije: ¿y si lo has escrito tú y se te ha olvidado?

—¿Todos estos mensajes?

—No. ¡No! Pero sí al principio. Después, cuando me di cuenta de que era algo más que eso, sentí demasiado miedo.

—¿De qué?

—De hombres como usted —le contestó Soric, señalándolo—. De hombres como ellos —añadió con voz amargada, señalando a los operadores—. Milo me dijo lo que debía hacer —siguió diciendo. Gaunt miró a Beltayn—. Me dijo que fuera un hombre y que lo arreglara.

—¿Qué…, qué es lo que te dice el mensaje ahora, jefe?

—El mensaje siempre lo sabe. Sabía lo de Herodor mucho antes de que nos ordenaran que viniéramos. Lo sabía. Simplemente lo sabe. Nueve. Vienen nueve.

—¿Nueve qué?

—Nueve asesinos.

—¿Vienen a matar a la santa?

Soric asintió.

—Hay todo un ejército en Herodor que intenta matar a la santa —comentó Biagi.

—Pero estos nueve son especiales. El Amo en persona les ha encomendado la misión. Están en el interior de nuestras líneas. El mensaje lo dice. Están mucho más en el interior de lo que no atreveríamos a pensar.

—¿Qué son? —le preguntó Gaunt.

—Espere —contestó Soric.

Se metió el portamensajes en el bolsillo y lo sacó de nuevo. Cuando lo abrió, había una pequeña hoja de papel azul doblada en el interior. Alisó la hoja para leerla y se la acercó al ojo hinchado.

—Nueve: un francotirador, tres psíquicos, tres reptiles, un espectro, una máquina mortífera.

Cuando salió de la celda, Gaunt se dejó caer contra una pared y se limpió el sudor de la frente.

—¿Lo sintió ahí dentro?

Biagi asintió.

—De repente, fue como estar en un pantano, tan húmedo, con tanto calor…

—Es un psíquico. Deberíamos quemarlo.

—No mientras sea útil. Olvídese de la fuerza de invasión. El archienemigo ha desplegado asesinos especializados en el interior de Ciudad Beati. Tenemos que

encontrarlos con rapidez.

—Pero…

—¡Piense, Biagi! ¡Ya le dije que esta guerra era simbólica! Por lo único que importa este planeta es por la vida o por la muerte de Santa Sabbat. Tenemos que encontrar a esos asesinos y matarlos antes de que ganen ellos solos esta guerra.

Biagi se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que sabemos, en realidad? Nos ha dicho muy poco. Un francotirador…

—Creo que ya está muerto —dijo Gaunt—. Uno menos, Los reptiles…

—Sabemos que hay loxatl en el planeta —le interrumpió, Dorden.

Gaunt asintió.

—Mencionó a un espectro —dijo Biagi—. He hablado con un soldado de la compañía de Lugo hace treinta minutos. Se llama Boles, y me contó que a Landfreed y a toda su escuadra los mató un fantasma salido de la nada.

—¿Un fantasma? —repitió Dorden.

Biagi sonrió.

—Discúlpeme. Una aparición. Boles es un veterano experto. Estaba seguro de que se trataba de un miembro de esa raza de piratas malignos.

Gaunt se estremeció. No había tenido que enfrentarse a aquellos feroces asesinos desde sus tiempos de cadete, muchos años antes de Balhaut. Los eldars oscuros.

—¿Qué hay de los tres psíquicos? ¿Y de lo otro, lo que llamo máquina mortífera?

—Los encontraremos —contestó Gaunt.

Biagi soltó una breve carcajada.

—¿Cómo?

—Encontraremos a la santa. Ellos la estarán buscando.

—¿Qué significaba esa profecía, señor? —le preguntó Beltayn a Gaunt mientras atravesaban las compuertas de salida de la fortaleza.

—La hermana Elinor dijo que había dos peligros, uno realmente diabólico, y otro incomprendido. Creo que el incomprendido es Soric. Recuerda que ella me advirtió que tuviese cuidado, que los comisarios en seguida le dábamos al gatillo. Eso parece encajar. Él es la clave, y era probable que yo lo ejecutase antes de descubrir lo que sabe.

—¿Qué hay de lo otro?

—Bueno, eso es lo que tenemos que averiguar.

—¿Qué es lo que dijo al final…? «Dejad que vuestro mejor ojo os muestre la verdad».

Gaunt asintió.

—Ponte en contacto con todas las unidades que estén en combate. Diles que la santa está en peligro y que deben localizarla y protegerla. Que Mkoll se ponga en

contacto conmigo. Es mi mejor ojo.

Se detuvo un momento.

—Que Larkin también se ponga en contacto.

—¡Santidad! ¡Santidad!

Domor cruzó el patio a la carrera para llegar hasta donde Santa Sabbat estaba de pie. Milo se encontraba con ella, que parecía estar mirando al cielo. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del rugido del bombardeo que azotaba las calles cercanas.

—¡Otro mensaje! Esta vez es del mariscal Biagi. Repite las órdenes del coronel-comisario Gaunt. Debemos llegar hasta la Colmena Vieja. ¡Es imperativo! ¿Santidad?

—Creo que lo ha entendido —le contestó Milo.

El suelo se estremeció cuando el obús de un tanque demolió una tienda a menos de setenta metros de donde estaban.

—De todas maneras, no podremos quedarnos mucho tiempo más aquí.

Sabbat se estremeció, como si el aire nocturno fuera frío. De hecho, hacía un calor tremendo a causa de los gigantescos incendios.

—¿Qué pasa? —le preguntó Milo.

—Ya viene. Se acerca el final de la partida.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Domor a Milo. Milo negó con la cabeza.

—Sabbat, tenemos que ir a la Colmena Vieja ahora mismo —insistió Milo—. Nos están esperando. Nos necesitan.

La santa se giró y lo miró con una media sonrisa. A veces, como en aquel momento, cuando la luz de las llamas iluminaba de lado su rostro, tenía un aspecto imponente y terrorífico.

—Pronto —le aseguró—. Antes, una última misión. Tenemos que llegar a las agricúpulas.

La noche en la desolada extensión del Gran Obsidae Occidental era seca y fría, bajo cero, azotada por vendavales inmisericordes procedentes de las zonas exteriores. Las lámparas de fosfato brillaban y se balanceaban por la fuerza del viento e iluminaban las hileras interminables de naves de desembarco y transporte vacías. Todas tenían las compuertas delanteras abiertas, apuntando hacia el sur.

Allí, a lo lejos, se encontraba Ciudad Beati, sumergida en el furor y la destrucción de la guerra. El resplandor naranja de los incendios iluminaba el cielo bajo.

Una nave de desembarco más blindada que las demás descendió con un aullido de sus impulsores en vuelo rasante, y los cohetes de aterrizaje provocaron un vendaval de polvo mucho más intenso que los vientos del desierto. La escolta de Locust viró y

se alejó. Los retrocohetes refulgieron con luz azul. Las patas del tren de aterrizaje hidráulico surgieron de su vientre y el transporte de combate se posó como un mosquito gigante.

Abrió las rampas. La luz surgió a chorros. Las dotaciones de guardianes esclavos salieron de las compuertas, seguidos por un destacamento de la Escolta que marchaba en formación, pero equipados con sus armaduras. La Escolta, de quinientos miembros, se dividió con precisión de desfile, se llevaron las armas al hombro con una perfección sincronizada y formaron dos líneas de guardia de honor.

Etrodai, con su espada cabalística desnuda y hambrienta, bajó por la rampa, seguido por el Amo.

Estaba equipado para el combate, y su armadura negra recordaba a un escarabajo. Llevaba el rostro cubierto por un casco con cuernos. La Escolta murmuró un gemido de respeto.

Enok Innokenti, Amo, Señor de la Guerra, discípulo elegido por el Arconte, puso los pies en el suelo polvoriento de Herodor y alzó sus brazos en un gesto de saludo.

La Escolta aulló su nombre.



DOCE
En el nombre de Sabbat

Al igual que el Emperador protege, nosotros debemos hacer lo mismo.

Ibram Gaunt

Algunos de los hombres del pelotón de Corbec estaban empezando a expresar en voz alta sus quejas. Hasta cierto punto, Corbec los comprendía.

—¿Cuándo Feth vamos a replegarnos? —dijo Bewi.

—Por amor de Feth, ¿por qué estamos aquí afuera todavía? —añadió Cown.

—Tenemos una misión que cumplir, chavales —les tranquilizó Corbec.

Las órdenes habían sido muy claras. Había que encontrar a la santa y llevarla a la Colmena Vieja. También había que estar atentos a la aparición de peligros verdaderamente malos, que al parecer, eran nueve en total.

Ya no estaban combatiendo; se escurrían cubiertos por sus capas, con sigilo, utilizando cada pizca de habilidad propia de los de Tanith para avanzar, por las ruinas de la Bajada del Gremio. Lo hicieron esquivando las unidades del Pacto Sangriento que se adentraban en la ciudad y escondiéndose de los tanques carmesíes que pasaban rugiendo con todas las luces encendidas. Hubo una o dos escaramuzas, pero sólo cuando era estrictamente necesario, y siempre para replegarse de inmediato.

Aprovechaban las sombras para mantenerse con vida.

Corbec se alegraba de tener de nuevo a Mkvenner con ellos. Había perdido la cuenta de las gargantas de soldados del Pacto Sangriento que Ven había rebanado aquella noche mientras avanzaba en vanguardia. Nadie se engañaba. Todos sabían que iban a morir allí, en Herodor, de un modo u otro. Así estaba la situación, y ni Varl ni Feygor podían cambiar el signo de aquella apuesta segura. Pero por Feth que iban a dar mucha guerra antes de caer.

Corbec, envuelto por completo por su capa de camuflaje, avanzó agachado siguiendo una señal de Mkvenner. Pasó al lado de Orrin, de Cown, de Cole y de Irvinn, que estaban a cubierto. Llegó a una esquina de la calle y aprovechó las sombras provocadas por el incendio de un centro comunitario para camuflarse en el entorno. Hizo una señal con la mano, y Vedekin, Ponore, Sitio, Androby y Brown salieron corriendo y desaparecieron en el interior de una imprenta acribillada que había a la izquierda. A continuación, Surch y Loell colocaron el arma de cincuenta milímetros y los soportes de munición.

Corbec se escurrió entre las sombras a una nueva cobertura. Era muy silencioso para ser tan grande. Rerval y Roskil lo cubrieron antes de salir en pos del coronel.

Los tres corrieron en fila hasta el final del bloque. Un tanque, o algo parecido, había aplastado el edificio que se alzaba antes allí y no había dejado más que secciones sueltas de rococemento, de donde salían las hileras de sus refuerzos metálicos internos.

Mkvenner reapareció al trote, sin apenas esfuerzo aparente.

—Hay una especie de mercado cubierto allí a la izquierda. La carretera de la derecha está bloqueada. Podríamos seguir bajando por la colina si seguimos esa calle lateral.

—¿No podemos atravesar el mercado? —le preguntó Corbec.

—No lo he revisado.

—Probemos.

Corbec se puso en pie e hizo una señal al resto de sus hombres. Luego, él y Ven echaron a correr hacia adelante seguidos por Brown, Cole, Sillo y Roskii.

El mercado cubierto había tenido antaño un techo de cristal, pero las ondas expansivas de las barreras de artillería lo habían destrozado. Quedaban en pie algunos de los paneles de madera. Todos los talleres y las tiendas estaban cerrados con llave.

—No tiene buena pinta —comentó Ven.

Corbec asintió y se dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo en seco. Había olido algo. Era un olor muy leve, casi oculto bajo el hedor del humo y del combustible ardiendo.

Algo parecido a la canela. Conocía ese olor, y muy bien. Esa pestilencia. Allá en Hagia, en Doctrinópolis… ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Cuatro años?

Jamás lo olvidaría. Todavía tenía pesadillas con aquello. Era un momento de su vida del que no se libraría por muchas noches buenas que pasara. El y el pobre chaval, Yael. Prisioneros de los infardi. Y aquel ser, aquel monstruo con forma humana. El que había fileteado a Yael tan sólo para oírle gritar…

¡No podía ser! Aquel cabrón había muerto hacía mucho tiempo…

Corbec inspiró profundamente de nuevo. Canela, sudor, podredumbre; leve, pero todavía en el aire.

—Cúbreme —le dijo a Ven, y no hizo caso de la mirada de extrañeza que le dirigió el explorador.

Corbec se internó en el mercado con el rifle láser preparado para disparar. Dio cada paso con cuidado. El suelo estaba cubierto de cristales rotos procedentes del techo. Con los nervios a flor de piel y tan hábil como cualquier explorador de Tanith, Corbec no hizo un solo ruido.

Se adentró más todavía, mirando a los dos lados. Se sobresaltó un par de veces y estuvo a punto de disparar. El olor se hizo más fuerte.

Corbec distinguió un movimiento. Provenía de más adelante, de debajo de la carreta de un comerciante. La rodeó y empuñó el rifle con una sola mano mientras buscaba la linterna. Dio la vuelta alrededor de la carreta y vio que había dos niños escondidos detrás de las ruedas. Eran unos críos encorvados. Uno de ellos estaba moviendo la mano al lado de la cabeza, como si intentase abanicarse. Corbec se acercó un poco más y encendió la linterna. Apuntó el rayo de luz brillante a la cara de los niños, pero ni se inmutaron. Vio sus caras.

—¡Oh, Feth! —gruñó.

Algo lo golpeó por la espalda, un cuerpo grande y pesado que apestaba a sudor y a canela. Corbec cayó hacia adelante se estampó contra la carreta y la volcó.

El peso cayó sobre él. Sintió un dolor lacerante en el hombro izquierdo.

Corbec aulló y lanzó un golpe hacia atrás con el codo. El peso se redujo y pudo rodar para acercarse a su rifle. Tropezó con los niños, aunque con el simple vistazo que les había echado sabía que no eran niños, y sintió que lo agarraban.

—¿Coronel? ¿Señor?

Corbec oyó a Ven gritar. Le llegó el sonido de gente que corría por encima de los cristales rotos y de los disparos de un rifle láser.

Mkevnner apareció lanzado a la carga con Brown y Cole a su lado. Roskil y Sillo los seguían de cerca. Cole ya había disparado y había destrozado las persianas de un taller que estaba a la espalda de los inquietos mellizos. Ambos se abrazaron y giraron la cabeza al unísono para fijar su mirada sin ojos en Cole. La onda de choque psíquica lo alcanzó y le rompió todos los huesos del cuerpo. Su figura fláccida salió despedida como un saco por el techo roto del mercado antes de golpear contra uno de los postes, que se rompió con un crujido repugnante.

Corbec se levantó de un salto y se giró. Vio un reborde de seda verde y el brillo de unos colmillos.

—¡Pecado! —gritó, y soltó un puñetazo que le dio al Pater Pecado en toda la cara.

El enorme infardi cayó de espaldas con un tremendo estrépito sobre un par de carretas. El suelo quedó cubierto de cuentas y de botones.

—¡Pater Pecado! —gritó Corbec de nuevo antes de lanzarse de cabeza a por su oponente.

Los mellizos oyeron su grito y se giraron hacia él. La onda psíquica le alcanzó de refilón y lo lanzó contra las persianas de una tienda, al otro lado del pasillo. Rompió varias de las palas de la persiana y cayó al suelo.

Mkvenner se lanzó sobre Pecado cuando el hereje intentó levantarse. Forcejearon con furia, y el explorador lo derribó de nuevo. Pecado le propinó un golpe lateral con un brazo tatuado y empujó a Mkvenner a un lado.

Los mellizos abrieron la boca y surgió de nuevo aquel zumbido monocorde. Brown y Roskil se detuvieron de golpe y se tambalearon. Comenzó a salirles sangre por la nariz y por las orejas. Roskil alzó el rifle y le pegó un tiro entre los ojos a Brown. Después se giró y lo apuntó contra Sillo, que estaba retrocediendo, aterrorizado.

Se oyó una ráfaga de fuego automático. Mkvenner estaba sobre una rodilla disparando su rifle láser. Los mellizos se estamparon juntos contra la pared, y luego fueron bajando hasta quedar sentados; dejaron un par de chorreones pegajosos de sangre en la superficie. Roskil, con el cerebro destrozado, se desplomó en el suelo en cuanto murieron.

El Pater Pecado se arrojó sobre Corbec con un aullido y mordió al fantasma con sus tremendos dientes artificiales. Corbec apartó a Pecado con el brazo izquierdo

mientras buscaba con la mano derecha algo que pudiera utilizar contra aquel loco, cualquier cosa.

Tocó con los dedos algo redondo, duro y metálico. Deseó por Feth que fuese el mango de su cuchillo. Lo empuñó y golpeó a Pecado en un lado de la cabeza. No penetró en el cráneo, pero el golpe aturdió al Pater Pecado por un momento.

No era el arma de plata pura de Corbec. Era una carga de demolición de tubo.

Corbec soltó una maldición y se encogió cuando Pecado se abalanzó de nuevo sobre él. Su enorme cuerpo inmovilizó a Corbec y abrió la boca llena de colmillos metálicos, dispuesto a destrozarle la garganta a su oponente.

Corbec le metió el tubo explosivo en la boca justo cuando el Pater Pecado se agachaba sobre él. Los dientes afilados se hincaron con fuerza en la envoltura metálica del tubo. Pecado intentó quitárselo de la boca, y Corbec aprovechó para pones las piernas debajo del torso del hereje y lanzarlo de espaldas.

El coronel tenía una cinta detonadora entre los dedos.

—¡Esto va por Yael, cara de Feth! —le gritó Corbec antes de saltar para ponerse a cubierto.

La carga de demolición que el Pater Pecado tenía clavada en los dientes estalló.

Corbec se puso en pie, cubierto por los restos casi vaporizados de Pecado. Se apresuró a acercarse a Mkvenner, que había quedado derribado por la explosión.

—Pillamos al cabrón —le dijo Corbec.

Caffran se dio cuenta de repente de lo que estaba viendo Se había colocado de avanzadilla en una calle lateral y estaba agazapado mientras los demás fantasmas llegaban hasta su posición. El espacio ante él estaba vacío y a oscuras, bajo la sombra de un gran acueducto que pasaba por encima de ellos y que bajaba por la cuesta hacia el resto de la ciudad, iluminada por el resplandor naranja de los incendios.

Caffran estaba observando la calle, pero un movimiento en las sombras del acueducto lo distrajo. Al principio, pensó que eran pájaros, pero luego recordó que no había visto ninguno en Herodor.

Levantó la vista. Una sombra pálida parecía moverse por la parte exterior del acueducto, tan leve como una voluta de humo.

—Quietos —dijo por el microrreceptor—. Hay algo…

Y entonces se dio cuenta de lo que estaba mirando. Dos loxatl, esbeltos y fluidos como peces en el agua, bajaban por la pared de ladrillo, a punto de pasar por encima de su posición.

—¡Enemigo a las once en punto! —gritó mientras abría fuego contra las sombras que atravesaban el acueducto.

El eco de los disparos resonó por ella estrecha calle y los impactos iluminaron los ladrillos alrededor de las criaturas. Una de ellas desapareció inmediatamente por el

borde superior del acueducto, y la otra bajó por uno de los pilares a una velocidad tremenda, con el cuerpo alargado reluciendo y retorciéndose. A unos tres metros del suelo dio un salto y pasó a la pared del habitáculo que estaba enfrente. Sus garras le permitieron subir por la superficie vertical sin problemas.

Caffran corrió hacia adelante. Feygor, Leyr y Dunik ya estaban a su lado, pero no habían visto lo mismo que él.

—¿Caff?

—¡Loxatl! ¡Feth, ahí arriba!

Caffran disparó contra la parte delantera del habitáculo, aunque lo cierto era que ya no veía a la criatura. Dunik y Feygor dispararon con él a ciegas, siguiendo su ejemplo. Los fantasmas sentían un odio especial hacia los loxatl.

La criatura reapareció, aunque más abajo de lo que había pensado Caffran. Las servoextremidades mecánicas del arnés que le rodeaba el torso giraron el arma y la dispararon.

Los dos primeros proyectiles impactaron contra la pared situada a la espalda de Feygor, y abrieron dos grandes agujeros, rodeados de centenares de microimpactos menores. El tercero destrozó la cabeza y los hombros de Dunik, y lo convirtieron todo en una nube ensangrentada.

Caffran y Feygor se tiraron al suelo. Leyr, herido en el brazo y en la mano por varios dardos rebotados, gritó y trastabilló. Entre los dos lo arrastraron para ponerlo a cubierto.

—¡Abajo! ¡Manteneos abajo, por Feth! —gritó Caffran cuando vio a Rawne y a media docena más de fantasmas aparecer a la carrera en la calle para ayudarlos.

El lanzadardos del loxatl repitió aquel sonido parecido a una tos al disparar, y una lluvia de proyectiles recorrió la calle a la altura de la cabeza. Alguien gritó.

Rawne se quedó apoyado a cuatro patas detrás de un vehículo terrestre abandonado y miró horrorizado los enormes agujeros irregulares que el arma alienígena abría en la pared que tenía a la espalda. Cada impacto eran, en realidad, miles de dardos afilados que se estrellaban a la vez.

—¿Dónde Feth está? —gritó.

Caffran no lograba verlo.

—Enfrente de nosotros, unos dos pisos más arriba —comunicó—. Hay otro que se ha ido por encima del acueducto. ¡Por Feth, que alguien cubra ese ángulo!

Cincuenta metros más atrás, Kolea y Criid oyeron el mensaje, y se miraron el uno al otro. El ruido de los disparos del lanzadardos tenía un significado especial para ellos: Ouranberg, Criid herida, Kolea casi entregando su vida para salvarla.

—Esta vez, no —le dijo Kolea como si le leyera los pensamientos.

Retrocedieron a lo largo del acueducto a la caza de la segunda criatura. La

visibilidad era mejor al otro lado. La calle estaba muy bien iluminada por el brillo ambarino de los incendios. Con las armas preparadas, nerviosos, se desplegaron procurando mantenerse a cubierto. Criid y Kolea iban delante; Jajjo, Skeen, Pozetine y Kenfeld los seguían.

Jajjo vio la luz de las llamas reflejadas en unos ojos inhumanos protegidos por unos párpados dobles. Se tiró de cabeza al suelo antes de que los proyectiles del lanzadardos acribillaran los adoquines que había a su alrededor. Varios de los dardos le cortaron las pantorrillas y las espinillas, pero logró caer bien y rodar para quedar de rodillas y disparar.

Los disparos láser de Jajjo agujerearon la pared donde había estado apoyada la criatura, pero las afiladas garras y unos reflejos ágiles e increíbles la habían hecho saltar diez metros hacia arriba, hasta quedar debajo del reborde del tejado.

Criid también la vio y empezó a disparar, con Kenfeld a su lado.

—¡Gak, es tan rápido! —exclamó ella.

—Creo que… —comenzó a decir Kenfeld, pero de repente, ya no estaba a su lado.

Ella se encogió un momento. Tenía la cara mojada y pegajosa. Era la sangre de Kenfeld. Su cuerpo destrozado fue lanzado cinco metros hacia atrás con fuerza, como si lo hubiera atropellado un camión a toda velocidad.

Criid se puso a cubierto y comenzó a recargar su arma con manos temblorosas. Oyó varios disparos láser, el repiqueteo de los disparos de respuesta del lanzadardos y, luego, unos pasos a la carrera. Gol Kolea apareció de un salto a su lado.

—¿Dónde está? —le preguntó ella.

—Arriba, a la izquierda; pero se mueve. ¿Tú estás bien?

Criid asintió. En el microrreceptor de la oreja no paraban de sonar mensajes y avisos del resto de la escuadra, que intentaba avanzar, pero que estaba inmovilizada por los disparos del alienígena.

Kolea se preparó para salir de nuevo, pero Criid le agarró del brazo.

—Nada de heroicidades —le dijo—. Acabamos de recuperarte.

—¿Es una orden?

—Sí, y…

—¿Y qué?

—Quiero que sigas vivo después de que esto acabe. Tenemos que hablar… de tus hijos.

La miró de un modo extraño.

—Mis hijos murieron en la guerra de la colmena, Tona. Mi mujer, también. Los únicos niños de los que tenemos que preocuparnos hoy en día son de los tuyos.

—Pero…

—Los tuyos —insistió él de un modo enfático—. El Emperador protege; pero

cuando está muy ocupado, Tona Criid hace milagros en su nombre. Me basta saber que están vivos y que los quieren. Es más de lo que podía haber deseado.

La abrazó por un instante. Luego, recogió su arma y salió corriendo. El lanzadardos escupió muerte de nuevo.

Rawne, al otro lado del acueducto, también estaba corriendo. Otros tres hombres de su pelotón habían muerto despedazados, pero el loxatl había dejado de disparar momentáneamente. Supuso que habría subido al tejado del habitáculo.

Cruzó la calle a la carrera y llegó a la fachada del edificio. Se pegó de espaldas a ella y avanzó así. La calle estaba tranquila. Algunas volutas de humo la cruzaron. Rawne vio a unos cuantos fantasmas que se arrastraban detrás de su cobertura.

De repente, un fuerte hedor a leche agria asaltó la nariz de Rawne; a leche y a menta.

Alzó la cabeza sin despegar los hombros de la pared y miró hacia arriba. El loxatl le devolvió la mirada. Estaba a unos tres metros por encima de él, colgado cabeza abajo de la pared, olisqueando con su morro moteado. El arnés del arma chasqueó y apuntó el lanzadardos hacia su cabeza.

—Vaya mierda —murmuró Rawne.

Procedente del otro lado de la calle, el disparo recargado del rifle de Banda le acertó en la base de la cola y lo despegó de la pared. El loxati cayó al lado de Rawne, acompañado de una lluvia de trozos de ladrillo; su sinuoso cuerpo se retorcía por el dolor. Un fluido claro le salía de la boca sin labios. El mayor colocó el cañón del rifle láser entre los pliegues al descubierto de la garganta y disparó.

—Buen trabajo como cebo, cariño —le dijo Banda, saliendo de su cobertura con el rifle de francotiradora al hombro.

—¡Ja, ja, de Feth! —le contestó Rawne.

El jefe de la nidada, Chto, había muerto. Reghh había sentido sus aullidos subsónicos de agonía. Una furia hambrienta se apoderó de su mente, y su piel reluciente comenzó a mostrar los códigos de color correspondientes al dolor. Unas manchas iridiscentes salpicaron su cuerpo serpenteante. Bajó sinuosamente por una pared, cruzó un trozo de calle, y luego ascendió por la pared lateral de un callejón cercano. Aquellos mamíferos no eran el objetivo. Lo estaban retrasando y le estaban haciendo malgastar proyectiles.

Los sentidos del loxatl no eran demasiado agudos. Fuera del agua, la visión, el oído y el olfato estaban disminuidos. El gusto y las vibraciones eran sus principales capacidades sensoriales. Reghh sabía que los soldados mamíferos corrían buscándolo por la calle de la que acababa de salir. Sentía sus pasos, los sonidos de sus bocas, sus latidos y sus jadeos. Notaba el olor de su miedo y el de su piel.

Comenzó a avanzar sinuosamente por la pared en dirección sur cuando un tremendo dolor le atravesó el torso. Fue un dolor brutal, frío. Se tambaleó y parpadeó

varias veces.

El mamífero tiró del rifle y sacó la bayoneta. ¿Cómo era posible que Reghh no hubiera notado su olor?

Reghh se retorció. El suelo estaba empapado del fluido vital que escapaba de su cuerpo. Distinguió débilmente al mamífero.

El mamífero no tenía gusto. No desprendía gusto alguno. En cierto sentido, parecía recién nacido: puro, sin estar manchado por los desagradables olores que acumulaban en la piel a lo largo de sus vidas.

¿Cómo era posible? El mamífero estaba completamente desarrollado.

Reghh intentó girarse lo suficiente como para poder disparar su arma, pero el dolor en su vientre era demasiado fuerte. El mamífero sin olor lo apuñaló de nuevo.

Gol Kolea le introdujo la bayoneta dos veces más a la criatura, que se retorcía en el suelo, para asegurarse de que estaba muerta. La sangre del loxatl caía goteando del cuchillo de plata pura enganchado al cañón del rifle. Unas espirales de color oscuro recorrieron arriba y abajo la piel reluciente del animal antes de que se quedara de un color blanco apagado.

Jadeante, Kolea subió la mano al microcomunicador.

—¿Sargento? —dijo—. Lo pillé.

Era de lo más extraño. En todos sus años de caza y asesinato, jamás había sentido aquello. Lo estaban cazando a él.

Skarwael atravesó en silencio, invisible para todo el mundo, las desiertas avenidas de la Bajada del Gremio. Las torres imperiales se alzaban ante él, pero el vecindario se encontraba en silencio, muerto. Los humanos habían huido dejando atrás aquellas ruinas. El ejército invasor, rugiendo como una amenaza siniestra, estaba a unos veinte minutos a su espalda.

El eldar oscuro había matado unas cuantas veces en su camino a las colmenas, no porque se viera obligado, sino porque ansiaba causar dolor. Herodor estaba aplastado. Las colmenas arderían en menos de un día, y el Amo habría conseguido su victoria.

Quedaba su misión. Aquella mártir era esquiva. Eso convertía la caza en algo mucho mejor todavía.

Y aquella extraña sensación hacía que toda la misión mereciera la pena. Skarwael había aceptado la tarea por lo que ofrecía el Amo: una fortuna en territorios y en materiales de transición interna, además de un tratado de tolerancia mutua entre su cábala y el Arconte Gaur. Sin embargo, aquella emoción ya era recompensa suficiente. El cazador estaba siendo cazado.

No se había sentido así desde los duros años como novicio, cuando Lord Kaah los había cazado a todos en las desoladas criptas de las cúpulas de asesinato para así perfeccionar sus habilidades.

¿Qué era lo que lo perseguía? Desde luego, no era humano. Ningún humano podría ni tan siquiera soñar con superar el sigilo y la astucia de un mandrágora.

Skarwael se convirtió en sombra y retrocedió sobre sus propios pasos. Fluyó como un espectro a través de la penumbra de un habitáculo medio quemado y salió a la calle. La oscuridad lo rodeó, extendiendo de forma antinatural su capa de piel fresca y fundiéndolo con la noche.

Se preguntó dónde estaría su oponente.

La calle estaba vacía. Unos cuantos incendios ardían en numerosos edificios. Los cadáveres rígidos de los soldados imperiales cubrían el suelo. Un individuo herido, un cabo de la Fuerza de Defensa Planetaria, pasó corriendo a su lado, aterrorizado y con la esperanza de llegar a las colmenas antes de que cerraran las compuertas. El humano ni siquiera vio a Skarwael, aunque estaba en mitad de la calle. El ignorante humano pasó tan cerca que podría haberle cortado la garganta con su mano tan sólo con alargar el brazo.

Seguía con aquella sensación.

Skarwael se giró y se convirtió en ladrillo, se convirtió en cristal, se convirtió en piedra adaptando su forma visual al trasfondo que había a su espalda. Su enemigo invisible estaba cerca. Podía sentirlo. Le empezó a picar la pálida piel. ¿A su espalda? ¡No! A la izquierda…

Pasó a través de sombras y de incendios, doblando la luz y el sonido a su alrededor. Sus poderes camaleónicos lo disolvieron en las paredes y en los umbrales, como si fuera un espectro del otro mundo.

¡Allí! Skarwael se giró y fluyó a través de la noche. Por fin, sus increíbles habilidades como cazador daban su fruto. Allí estaba su adversario, agazapado detrás de una barandilla, intentando esconderse.

«Eres bueno —admitió Skarwael—. Ha sido un placer cazarte, un placer probar mis habilidades contigo, pero no eres rival para un mandrágora. No te muevas. Te honrará con una muerte lenta y deliciosa».

Skarwael arremetió con su cuchillo sagrado. La daga atravesó el espacio entre barrotes de la barandilla y se clavó en un tejido sin vida.

Sorprendido, sacó la tela entre los barrotes y la olisqueó. Era una capa, una capa vacía, tejida con alguna clase de material de camuflaje. Se giró y vio el rifle que lo apuntaba.

—Eres bueno —admitió Mkoll a regañadientes.

El disparo impactó al mandrágora entre los ojos.



TRECE
Las últimas horas

Nueve siguen siendo uno.

Mensaje escrito por Soric

Para el cierre de la compuerta era necesaria la huella genética del primer administrador. Leger estaba atemorizado, y hubo que hablarle durante los procedimientos, pero Biagi tuvo paciencia.

—¿Están todos dentro? ¿Lo están? —murmuró Leger.

Las baterías de cañones protegían los accesos a la torre de la colmena. Gaunt había comprobado que ya habían llegado los pelotones de Criid, de Rawne y de Obel.

—Espere —le dijo.

La artillería enemiga ya estaba bombardeando los pisos inferiores de la Colmena Vieja. Oleadas de unidades del archienemigo, la mayoría motorizadas, avanzaban hacia las torres por tierra, y los ataques aéreos se habían redoblado.

Estaba a punto de amanecer.

Una hilera de transportes baqueteados pasó rugiendo por, la puerta y se internó por la carretera que llevaba a los inmensos salones de entrada. En cuanto se detuvieron se abrieron las escotillas. El pelotón de Domor salió, acompañado de Milo y de la santa.

—Sabbat —dijo Gaunt con una reverencia—, temíamos por tu vida.

—Lo siento, Ibram. Pero hemos llegado por fin. Tus fantasmas me han mantenido a salvo.

—¿Gaunt? —gritó Biagi desde una pasarela superior—. ¿Ya?

Gaunt consultó su placa de datos. Ya estaban todos dentro de la Colmena Vieja. Todos los supervivientes del regimiento Civitas Beati, de la Fuerza de Defensa Planetaria y de la compañía de Lugo. Bueno, todos los que podían esperarse.

De su propia lista, de la lista de los de Tanith, faltaba una unidad. Era el decimonoveno pelotón, el del sargento Skerral. La última vez que la habían visto había sido en los combates contra las brigadas de la muerte en la calle Neshion.

—¿Señor? —Corbec miró a Gaunt—. Creo que será mejor que cerremos ya.

Gaunt asintió.

—¡Sellen las puertas! —gritó Biagi.

Leger colocó la mano en la placa lectora de genes y declaró su autoridad. Las enormes compuertas de la Colmena Vieja se cerraron con un resonar atronador.

El pelotón decimonoveno estaba a unos quinientos metros de la entrada norte de la Colmena Vieja cuando vieron cómo se cerraban las puertas.

Skerral se paró en seco y reunió a sus hombres. La mitad de la unidad ya había muerto. Sacó una célula de energía de su rifle láser y metió una nueva.

—¡Venga! —les dijo mientras se volvía hacia las cuestas por donde subían las oleadas de enemigos—. ¡Vamos a ver a cuántos podemos matar!

Lo que quedaba del pelotón decimonoveno combatió durante diecisiete minutos después de que se cerraran las puertas. Causaron ciento ochenta y nueve bajas al enemigo. Nadie presenció su heroísmo.

La Colmena Vieja, a pesar de lo enorme que era, retemblaba bajo el ataque exterior. Muchos de los pisos superiores ya estaban en llamas. Las fuerzas del Amo se estrellaron contra las paredes exteriores una y otra vez.

Llegó la noticia de que la colmena dos había caído y que Innokenti estaba allí recibiendo los sacrificios rituales de los civiles.

Las puertas principales de la Colmena Vieja cayeron a media mañana. Las brigadas de la muerte entraron en tromba y empezaron a combatir calle por calle y compartimento por compartimento para apoderarse de la colmena.

Gaunt bajó por las escaleras de la Sagrada Basílica, en la base de la Colmena Vieja. Los miles de electrovelas oscilaban y parpadeaban. La mayoría de la gente importante ya estaba allí abajo, reunida alrededor de la cisterna: Lugo, Biagi, Leger, Kilosh y los ayatanis, Kaldenbach, los astrópatas jefe, los miembros superiores de la Eclesiarquía.

La ceremonia había sido idea de la santa, una última bendición a las fuerzas leales antes de que todo acabara.

Gaunt se resignó. Estaban a pocas horas de la muerte. En los pisos exteriores de la colmena ya se estaban librando combates feroces, y partes de las superestructuras exteriores estaban comenzando a desplomarse debido a la intensidad del bombardeo.

Aun así, sólo había permitido que unos pocos fantasmas acudieran a la ceremonia. Combatir al enemigo tenía prioridad sobre cualquier bendición sagrada. Los únicos fantasmas a los que les permitió acompañarle marchaban en doble fila a su espalda. Los lanzallamas de Tanith. Llevaban sus depósitos y las mangueras con orgullo. Había sido Biagi en persona quien había pedido su asistencia. Quería honrarlos y reconocer la importancia vital que habían tenido, a pesar de las antiguas leyes de Ciudad Beati.

Gaunt los condujo hasta el borde de la cisterna, donde formaron en filas ordenadas. Algunos de los oficiales y de los cargos de la ciudad miraron a los sucios soldados con desdén.

—No les hagáis caso —les dijo Dorden.

La santa, protegida por su armadura dorada, estaba metida hasta los muslos en el agua mientras recitaba el devocional de Kiodrus. Milo esperaba cerca de ella, junto a los adeptos del templo, al lado de la escalera para salir de la cisterna. La voz de Sabbat resonaba en el aire cálido y húmedo.

Alabó las fuerzas que se habían reunido con ella en Herodor y mencionó a los oficiales y a los comandantes de unidad uno por uno. El setenta por ciento de los nombres que dijo ya habían muerto.

Gaunt, en posición de firmes con sus soldados, empezó a dejar divagar la mente. El aire era tibio, y él estaba lleno de una sensación de mortalidad. Todo aquello no

era más que hacer un discurso bonito. El combate los esperaba allí arriba, en la colmena, y sería el último. Gaunt se fijó en una hilera de burbujas que salieron a la superficie del agua en el extremo contrario de donde Sabbat se encontraba. Alguna clase de escape.

Más burbujas. De mayor tamaño. Más fuertes.

—Santa… —empezó a decir Gaunt al mismo tiempo que abandonaba la formación.

Karess salió del fondo de la cisterna de la basílica.

Estaba cubierto por capas de suciedad tras el paso por las profundidades de Ciudad Beati. Sus extremidades armadas giraron y empezaron a disparar: un cañón bólter pesado y un cañón de plasma.

El pánico se apoderó de la congregación reunida en la Sagrada Basílica. Los sacerdotes y los soldados se dispersaron en todas direcciones. Algunos resbalaron sobre las piedras húmedas. Nadie creía que un dreadnought del Caos pudiera aparecer de repente de ese modo.

Karess se movió por las aguas de la cisterna sin dejar de disparar y vociferando obscenidades. Los fragmentos de basalto saltaban por todos lados. Los proyectiles de bólter mataron a cinco adeptos del templo y a tres oficiales de la compañía de Lugo. Kilosh quedó incinerado por un rayo de plasma. Kaldenbach cayó al suelo mientras se tapaba con una mano una herida en el vientre.

Karess siguió avanzando hasta llegar a los peldaños de la escalera de salida y salió un poco más del agua. Giró el cuerpo para apuntar al lado izquierdo de la basílica. El bólter pesado retembló y rugió, y la pared lateral quedó cubierta de sangre y de tejido arrancado. Tanto el primer administrador Leger como el astrópata jefe de Ciudad Beati dejaron de existir en esa andanada. Sabbat salió a trompicones de la cisterna y Milo se la llevó hacia la cobertura de una de las inmensas columnas de la basílica.

Biagi corrió en su ayuda disparando la pistola de ordenanza contra la criatura. Un proyectil bólter le impactó en el pecho y envió su cadáver por los aires contra un grupo de gente que intentaba huir. Los derribó a todos.

Uno de ellos era el comandante general Lugo.

El comandante general comenzó a chillar mientras se libraba de los demás cuerpos caídos, hasta que logró ponerse en pie. La máquina asesina ya casi había acabado de subir la escalera y había colocado una de sus patas en el borde de la cisterna. Milo había conseguido colocar a la santa detrás de un pilar, y casi todo el mundo estaba ya a cubierto. Los aparatos sensores de Karess chasquearon mientras daba la vuelta en busca de objetivos.

En busca del objetivo.

Vio a Lugo, con los ojos abiertos de par en par por el terror, que retrocedía

trastabillando. Karess rugió una nueva obscenidad y apuntó el bólter.

No disparó. Un golpe lo desvió. Sin dejar de soltar obscenidades, giró su enorme torso metálico para localizar a su oponente, pero sintió otro golpe en el costado.

Gaunt blandió de nuevo la espada de energía de Heironymo Sondar y golpeó una vez más. La máquina de guerra era enorme y tremendamente poderosa, pero era lenta y poco ágil. Disparó, pero Gaunt ya estaba a su espalda cruzando el agua que inundaba la parte superior de los peldaños. Le propinó un fuerte sablazo y le abrió a Karess un largo corte en la parte posterior de la estructura.

El dreadnought soltó un chillido electrónico y se giró con un chirriante traqueteo de engranajes. El borde de su cañón de plasma le dio a Gaunt y lo derribó en la cisterna.

Karess se giró de nuevo, aullando blasfemias, y localizó la columna detrás de la que se escondía la santa.

Kaldenbach se agarró la terrible herida del vientre con una mano y se puso de rodillas. Sólo estaba a unos pocos metros de la máquina. Jadeando por el dolor, sacó una granada y la alejó rodando sobre las losas. El artefacto se detuvo entre las enormes patas de Karess.

La explosión destrozó la parte superior de los peldaños de la cisterna. Apenas dañó a Karess, pero le hizo perder el equilibrio. La enorme máquina se tambaleó y, cayendo en la cisterna, levantó una tremenda cortina de agua.

Varios fantasmas salieron corriendo de su cobertura y se apresuraron a ayudar a Gaunt a salir de la cisterna. El comisario miró sin dejar de toser el frenesí de agua que se había formado donde el enfurecido Karess intentaba levantarse.

—¡Brostin! ¡Lubba! —exclamó Gaunt entre toses—. ¡Cocedlo!

Cinco lanzallamas de Tanith se alinearon al borde de la cisterna y cubrieron el agua de fuego líquido. En aquella cámara cerrada de piedra, el calor fue tremendo. Comenzó a salir vapor de la cisterna. Ellos continuaron echando líquido en llamas… Brostin, Lubba, Dremmond, Lyse, Neskon, convirtieron el agua en un caldo burbujeante.

El recubrimiento blindado de Karess era resistente a casi todo, pero la espada de Gaunt había abierto un tajo por el que se coló el agua hirviendo. Se inundó y achicharró a la criatura viva que había en el interior. Karess se hundió en el agua mientras todas sus luces se apagaban.

Brostin y sus camaradas dejaron de lanzar fuego y alzaron las armas. El calor era casi insoportable, y el aire estaba cargado de humo y de vapor. Casi todas las superficies de la cámara estaban cubiertas de sangre.

El último de los nueve había caído, pero a un coste terrible.

Agun Soric, encerrado en una celda situada en uno de los pisos superiores de la

colmena, sintió de repente una oleada de alivio. Se tumbó en el camastro con el corazón palpitante.

Entonces, sintió que algo se le movía en el bolsillo de la chaqueta.

—Hubo momentos —confesó Sabbat en voz baja— que no creí que llegaría tan lejos.

No supo qué contestar. Parecía hablar como si todavía tuvieran una posibilidad de victoria.

—Lugo tiene una nave preparada para escapar —le dijo—. No creo que logre evadir el bloqueo, pero quiere que subas.

—¿Y tu?

Gaunt negó con la cabeza.

—Creo que existen pocas probabilidades de que sobrevivas a esta batalla, mi santa, y la nave de Lugo no es una de ellas. Mkoll ha propuesto una retirada a pie a través de la zona posterior de la colmena hasta llegar a las Laderas Meridionales. Será duro, pero tú y una pequeña fuerza podréis esconderos allí y sobrevivir.

—¿Mientras tú y los tuyos mantenéis ocupado aquí a Innokenti con un combate final?

—Nadie más puede hacerlo. Biagi está muerto, Kaldenbach a punto de estarlo, y Lugo está demasiado aterrorizado para hacer nada.

Gaunt y la santa estaban sentados a solas en la cámara de debate del Officiate Herodiano, en el noveno piso de la Colmena Vieja. A pesar de la construcción monolítica de la torre, sentían las vibraciones producidas por los combates en los pisos inferiores.

—Ibram, ¿crees que estoy aquí sin un propósito? —le preguntó con una sonrisa.

—Si tienes un propósito, Sabbat, está más allá de mi comprensión. Jamás he entendido por qué decidiste venir a Herodor. Eres demasiado valiosa, tanto para nosotros como para el archienemigo. Podrías haber llevado a nuestras fuerzas a la victoria en Morlond. Al venir aquí te has quedado atrapada, sin ganar nada. A las únicas que les servirá será a las fuerzas del Caos. Tu muerte les subirá la moral durante muchos años.

—Tú sabes lo que es el riesgo, Ibram. Dime qué es mejor: ¿arriesgar un poco para conseguir una victoria fácil, o arriesgarlo todo para conseguir una grande?

Gaunt se rio con tristeza.

—No entiendo qué…

—Ibram, si hubiera ido a Morlond, seguro que habríamos vencido sin problemas allí, pero la Cruzada Imperial habría fracasado. Macaroth ha extendido demasiado sus fuerzas. El ataque por el flanco de Innokenti ha penetrado en profundidad en el Grupo Khan. El Señor de la Guerra y yo habríamos conseguido la victoria en Morlond, pero las tropas a nuestra retaguardia habrían sido destruidas por un contraataque.

Habríamos quedado aislados, y nos habrían exterminado.

—¿Y por eso vienes al Grupo Khan, sin apenas fuerzas disponibles?

—¿Qué importancia tiene Herodor, Ibram?

—¿Comparado con los planetas principales, con los grandes centros de población? No vale nada.

—Entonces, ¿por qué Innokenti en persona, y con él buena parte de su ejército, han venido aquí?

Gaunt se encogió de hombros.

—Porque estás tú.

Ella asintió.

—Innokenti podría haber ganado esta guerra por completo para el Caos con un ataque decidido contra el flanco en Khan. No disponíamos de tropas suficientes para detenerlo, pero se me ocurrió que podría distraerle y hacerle perder un tiempo vital con una invasión sin sentido de un mundo sin valor.

—¿Tú…, tú te ofreciste como cebo?

—Como tú mismo has dicho, soy demasiado valiosa. Para nosotros y para el archienemigo. Innokenti no podía pasarme por alto. —Metió una mano en la capa y sacó una placa de datos—. Recibimos esto por vía astropática pocos minutos antes de que selláramos las compuertas de la colmena. Quería anunciarlo en la ceremonia de la basílica, pero nos interrumpieron.

Gaunt tomó la placa de datos y la leyó. El texto había sido descifrado por un código de seguridad muy elevado. Con un último y sangriento ataque, las fuerzas de Macaroth habían tomado Morlond. Urlock Gaur estaba en franca retirada. Llevaría tiempo, pero ya se podría disponer de algunas divisiones imperiales para reforzar las defensas del Grupo Khan contra el ataque de lnnokenti.

Un ataque que, a pesar de todas las ventajas que tenía, se había visto demorado en Herodor.

—¡Por el Trono Dorado…! —exclamó Gaunt, asombrado.

—Puede ser que muramos aquí, Ibram, pero habremos muerto en nombre de la victoria.

—Gracias le sean dadas al Emperador.

La santa se puso en pie.

—Y si muero aquí, me gustaría que sirviera para el máximo posible. ¿Milo?

Milo había estado esperando en la antecámara de la estancia. Se apresuró a cercarse y a inclinarse ante ella antes de saludar a Gaunt.

—Ha llegado el momento —le dijo ella—. ¿Y mi mensaje?

—Lo llevé al mando táctico central. Lo han introducido en el sistema de comunicación público de Ciudad Beati. Sólo hay que darla orden.

—Ahora, Milo.

Él ajustó el microcomunicador y envió una rápida orden.

El mensaje pictográfico era breve. Lo había grabado mirando directamente a la cámara, hablando con rapidez y claridad. Todas y cada una de las pantallas públicas operativas, de los monitores de comunicación y de las placas de visión de Ciudad Beati lo mostraron. La red local sónica lo retransmitió por todos los altavoces que seguían funcionando. Duraba unos cincuenta segundos. El mando táctico central lo repitió en un bucle continuo. Todo el mundo dentro de la ciudad lo pudo ver durante horas, tanto amigos como enemigos.

La emisión informaba de la gran victoria en Morlond. Declaraba en tono desafiante que la maniobra de Innokenti había fracasado. Le conminaba a huir antes de que la ira del Emperador lo castigara por las brutalidades que había cometido en Herodor. Acababa así: «A todas las almas del Emperador que sigan en la ciudad, a todas las gentes de Ciudad Beati que sigan con vida, sabed esto: gracias a sus numerosas tropas, ese monstruo de Innokenti nos ha aplastado fisicamente, pero no puede aplastar nuestro espíritu. Nuestro sacrificio ha asegurado una gran victoria. No muráis atemorizados y escondidos. Haced que vuestras muertes les cuesten caras. El Emperador de la Humanidad tiene sitio para todos en su ejército».

Al principio surgieron de las agricúpulas. El ataque terrestre del archienemigo había hecho caso omiso de los sectores agrícolas occidentales en su esfuerzo por concentrarse en las colmenas principales. Los observadores de campo del Pacto Sangriento en el flanco occidental del ataque vieron salir, de repente, a miles de personas de las agricúpulas.

Hijos de la santa. La masa de peregrinos.

A pesar de las muertes que habían sufrido hasta ese momento en la corta pero feroz guerra, seguían siendo cientos de miles. Las gigantescas agricúpulas les habían ofrecido cobijo cuando la ciudad había comenzado a caer. Eran hombres y mujeres que habían acudido a Herodor sin saber realmente por qué, excepto que la santa los había llamado.

Y entonces los llamaba de nuevo, directamente, a través de aquella retransmisión.

Unos habían conseguido armas enemigas o material de la Fuerza de Defensa Planetaria. Algunos empuñaban utensilios agrícolas o tuberías rotas. Otros iban armados sólo con sus manos.

Miles de ellos murieron, superados por completo por las armas y el equipo de la hueste enemiga, pero no retrocedieron ni un solo momento.

Una hora después de que aparecieran para desatar su furia sagrada contra las legiones del Amo, varias oleadas parecidas comenzaron a salir de las colmenas uno y tres, al igual que de los refugios públicos y de los sótanos de la Bajada del Gremio y de la parte baja de la ciudad.

Ciudad Beati, aplastada casi hasta la muerte por Enok Innokenti, se revolvió

como un animal herido de muerte en una trampa y mordió al cazador.

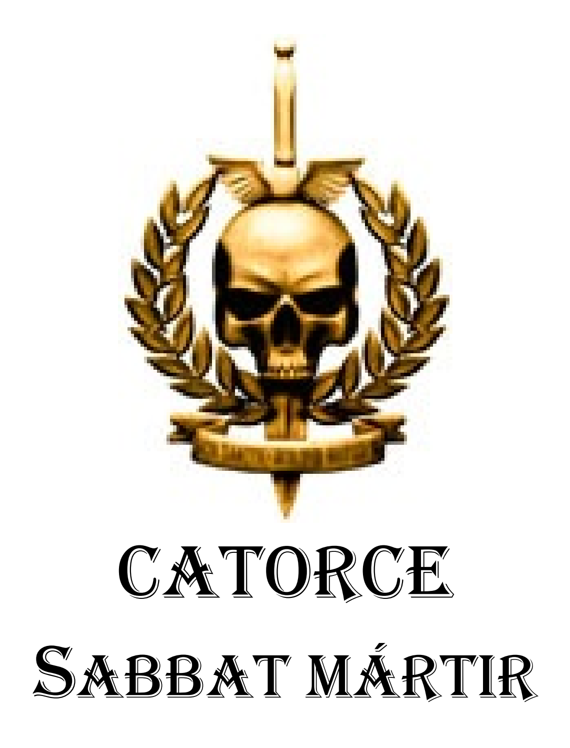
Agun Soric siguió golpeando con los puños la puerta de la celda. Tenía las manos hinchadas y ensangrentadas. Ya había empezado a dejar largas manchas de sangre en el acero.

—¡Por favor! —aullaba—. ¡Por favor! ¡Tienen que dejarme salir! ¡Tengo que avisarla! ¡Tengo que avisarla!

Nadie le respondió. Lo cierto era que, a aquella hora tan tardía, con la ciudad a punto de caer, no había nadie de guardia en el bloque de celdas que pudiera contestarle.

Gritó y aporreó de nuevo la puerta, con el rostro arrugado y surcado de lágrimas.

Encima de su camastro estaban el portamensajes abierto y un trozo de papel azul doblado.



CATORCE
SABBAT MÁRTIR

Reconocedlo por lo que realmente es: un asesino.

Mensaje escrito por Soric

Anton Alphant había utilizado durante la primera hora aproximadamente una pistola que le había quitado a un cadáver enemigo, pero después encontraron un transporte abandonado de la Fuerza de Defensa Planetaria en una de las calles de entrada a la colmena uno y habían sacado media docena de rifles láser del interior.

Tenía una culata de armazón tubular en vez de la de metal a la que estaba acostumbrado de sus días en la Guardia Imperial, pero aparte de eso, le resultaba sorprendentemente familiar.

La noche, repleta de incendios voraces y llena del brutal resonar de la guerra, había caído sobre Ciudad Beati, y Alphanc se vio atrapado en el combate más feroz que jamás había conocido, incluida su época como guardia imperial, intentó hacer todo lo posible por orientarse en los combates callejeros y en guiar a los grupos de peregrinos que iban con él.

El ejército de peregrinos no tenía ninguna estructura formal. Era básicamente una muchedumbre gigantesca, pero la santa había acudido a ellos en las agricúpulas y había escogido a personas como Alphant entre la multitud. Les había dicho a los peregrinos que los siguieran, aunque la mayoría ya lo hacían. Sabbat había escogido con precisión infalible a aquellos que tenían experiencia militar o a los hombres y mujeres que habían demostrado ser los líderes naturales de los grupos de peregrinos.

No tenían ninguna clase de plan, aparte de lanzarse de cabeza contra el enemigo. Alphant intentó llevar a su grupo de fieles enardecidos hacia la Colmena Vieja, donde se decía que se encontraba la santa, bajo ataque.

Ella era lo único que importaba.

Etrodai jamás lo había visto tan poseído por la tirria. La rabia del Amo era tan intensa que Etrodai incluso temió por su propia vida. Enok Jnnokenti, sin dejar de aullar y rodeado de una esfera de energía casi incandescente, llevó a la Escolta y a tres de las brigadas de la muerte más veteranas hasta las entrañas de la Colmena Vieja a través de las calles y las avenidas destrozadas por los combates y cubiertas de cadáveres.

Compuerta tras compuerta, sala a sala, cayeron sobre las defensas de la ciudad. En vanguardia siempre, Etrodai blandió su espada cabalística atravesando a soldados de la Fuerza de Defensa Planetaria, a guardias imperiales y a civiles combatientes.

Más de cien mil soldados del Pacto Sangriento, junto a los vehículos blindados, se encontraban ya dentro de la Colmena Vieja y se desplegaban como una marea por los pisos inferiores. Cientos de miles más esperaban en el exterior, entre las ruinas de la parte superior de la ciudad, mientras el resto de la urbe ardía a sus espaldas.

Les habían llegado informes de contraataque en el flanco, pero Etrodai estaba seguro de que no podían ser ciertos. No había otras fuerzas imperiales en Herodor que pudieran montar un ataque semejante.

El mensaje desafiante de la santa había enfurecido de forma increíble al Amo. La

quería. La mataría El mismo. Su vida era lo único que importaba.

Poco antes de la medianoche, los miembros de una de las brigadas de la muerte lograron destruir con minas dos de los generadores centrales de energía situados en los pisos inferiores de la Colmena Vieja. Intentaban, sobre todo, cortar las transmisiones continuas del mensaje de la santa que tanto enfurecía a su señor. La explosión reventó dos de los pisos de la colmena y provocó un derrumbamiento interno que mató a miles. La energía quedó cortada en dieciocho pisos por encima. En los lugares donde los combates continuaban en los pisos inferiores, las salas y las avenidas de la colmena se convirtieron en cavernas infernales iluminadas sólo por las llamas y el resplandor de los disparos. Los incendios se extendieron sin control al fallar los sistemas de supresión, y el humo se acumuló en los conductos estancados.

Innokenti y su vanguardia atravesaron todo aquello iluminados por los fuegos resplandecientes de la maldad del psíquico y por los rayos de energía letales que desprendía y que eran la demostración de su furia asesina. Los invasores avanzaron en pos de ellos.

El bloque de celdas quedó a oscuras. Soric, agotado y ronco, esperó a que los sistemas de emergencia se encendieran, pero ninguno lo hizo.

Apretó las manos contra la puerta de la celda y empezó a empujar hacia un lado. Si el suministro de energía había fallado por completo, los cierres magnéticos no funcionarían.

La puerta se negó a moverse. Lo intentó de nuevo, jadeando por el esfuerzo, y por fin la hoja de acero comenzó a deslizarse hacia un lado. Soric empujó hasta que tuvo hueco suficiente para meter los dedos ensangrentados y así tirar mejor.

Logró abrirla por fin y salió, tambaleante. Todo el bloque de celdas estaba a oscuras. Trastabillando y palpando a ciegas logró llegar al patio exterior. Las puertas principales del edificio de detención estaban abiertas. La avenida que había al otro lado también estaba completamente a oscuras y desierta. Sintió un leve rugido abajo, en la lejanía. El aire estaba estancado y olía a humo. A través de los conductos de ventilación de la avenida le llegaron los ruidos que resonaban por toda la estructura de la colmena.

Los sonidos de los combates y de la destrucción, los sonidos de la matanza.

Soric avanzó cojeando por la calle en busca de un pozo de escaleras.

La llegada del Amo al Gran Vestíbulo, un enorme espacio público situado en el noveno piso de la Colmena Vieja, fue anunciada por la aparición de los acechantes, que entraron disparando mientras subían, desde las terminales de tránsito y los amplios jardines, las tres grandes escalinatas de ashlar blanco. El tamaño de las

escaleras era tal que cabían cinco o seis máquinas de guerra de un lado a otro. Detrás de ellas avanzaban las tropas del Pacto Sangriento y de la Escolta disparando contra los imperiales atrincherados detrás de las balconadas del Gran Vestíbulo. Aquel enorme espacio tenía una altura de tres pisos. Las inmensas lámparas de cristal que colgaban del techo abovedado estaban apagadas desde que se había desconectado la energía. Unas grandes ventanas de treinta metros de alto daban a las escaleras e iluminaban el lugar con la luz de los incendios que arrasaban la ciudad.

El mayor Udol, que se había convertido en el comandante en jefe de todas las fuerzas planetarias, había reunido a los blindados que quedaban en el Gran Vestíbulo, y sus cañones se enfrentaron con los acechantes a medida que subían por las escaleras. Las explosiones de los cañonazos lanzaban trozos de piedra y de hombres por los aires. Los láseres repetidores disparaban sus rayos, que recorrían la penumbra infernal iluminándola, destrozaban las fachadas de los edificios y destruían las enormes estatuas de obsidiana que colgaban del techo. Las imágenes de cristal del águila y otros símbolos imperiales cayeron en cascadas de fragmentos de cristal, que se convertían en trozos diminutos al estrellarse contra el suelo.

Las fuerzas del Amo entraron en el Gran Vestíbulo.

Gaunt había reunido a la mitad del regimiento Tanith y lo que quedaba de la compañía personal de Lugo detrás de los blindados para aquel combate. El resto de sus fuerzas estaban ocupadas en otros combates frenando a los invasores, pero Gaunt sabía que aquél era el enfrentamiento clave.

Ella se lo había dicho. Sabbat había sentido la ira de Innokenti acercándose.

Los blindados de Udol retrocedieron con lentitud a lo largo del pavimento; machacaban los fragmentos de cristal sin dejar de disparar mientras se movían. Sufrieron grandes pérdidas, pero ni uno solo de los acechantes avanzó más de veinte metros después de subir las escaleras. El repliegue de Udol había sido planeado para atraer a una buena parte de la infantería enemiga hacia el Gran Vestíbulo, donde no tenían cobertura alguna.

—¡En nombre del Emperador, fuego! —gritó Gaunt.

La infantería imperial apareció en los lados del enorme espacio público y comenzó a disparar. Los primeros cincuenta segundos fueron una matanza. El Gran Vestíbulo quedó iluminado como si fuera de día por los disparos de las armas láser. Cientos de soldados del Pacto Sangriento y de la Escolta murieron acribillados o destrozados por las explosiones. Luego, las tropas del archienemigo lograron reorganizarse y el intercambio de disparos se convirtió en un enfrentamiento feroz, pero los imperiales siguieron machacando a sus enemigos.

—¡Mantened la línea! ¡Manteneos a cubierto! —ordenó Gaunt.

Sus hombres disponían de la ventaja de los edificios a ambos lados del lugar, y el

enemigo, que seguía avanzando, no tenía más que espacio abierto.

Gaunt vio un fogonazo de luz en la parte superior de las escaleras. Era una luz maligna, espectral, que relucía como un relámpago. Se dio cuenta, horrorizado, que la santa y la compañía personal de Lugo habían salido de la cobertura y se lanzaban a la carga hacia allí. La santa estaba envuelta en un halo de luz verde.

Allí sola, a pesar del gran poder que tenía, sin duda alguna moriría.

—¡Fantasmas de Tanith! —aulló alzando en el aire su espada—. ¡A la carga!

Gaunt sólo había conocido un combate cuerpo a cuerpo semejante en Balhaut, en aquella guerra infernal. Fue como si dos mares se encontraran. Las oleadas de soldados se lanzaron la una contra la otra, apuñalando y disparando. Los lanzallamas rugieron. La fuerza del choque hizo que el Gran Vestíbulo se estremeciera. Gaunt cargó con sus soldados; disparaba la pistola láser que empuñaba en la mano izquierda y blandía la espada de energía con la derecha. Le dieron dos veces en pocos segundos, aunque fueron impactos de refilón, y su uniforme quedó desgarrado en media docena de sitios. La espada de Heironymo Sondar atravesó a los veteranos del Pacto Sangriento que se lanzaron contra él con las bayonetas caladas y partió las armaduras de color azul oscuro de las tropas de élite del Amo, unos soldados feroces y brutales, con lentes abultadas como ojos de insectos.

Intentó encontrar a la santa. Tenía la cara empapada de sangre y la respiración le desgarraba la garganta. El rugido del combate era tan fuerte que lo ensordecía. Cada segundo, cada décima de segundo, atacaba y se movía, esquivaba y daba tajos, atrapado en mitad de aquel combate cuerpo a cuerpo tan feroz que parecía sacado de una de aquellas guerras bárbaras del pasado.

Vio a Rawne y a Caffran durante un momento. Disparaban contra el enemigo mientras cargaban. Feygor estaba arrodillado al lado de un fantasma caído y disparaba en fuego automático. Varl, Criid, Obel, Domor, Meryn, rodeados de sus soldados, se abalanzaban sobre el enemigo. Vio a Daur pegarle un tiro en plena cabeza a uno de los oficiales del Pacto Sangriento, y a Brostin rociar con fuego líquido a un grupo de soldados de la Escolta que se retiraban. Vio plata pura, sangre y valor.

Vio a hombres que conocía desde hacía casi siete años luchar y morir.

Los hombres y las mujeres de Verghast, todos verdaderos fantasmas, valientes y firmes.

Los hombres de Tanith, los guerreros más aguerridos que había conocido jamás, y que sin duda merecían vivir para siempre.

Gaunt sabía que la guerra era caprichosa, y que rara vez le permitía a un soldado escoger el lugar donde morir, pero aquello era más que suficiente. Era un lugar tan honroso, tan válido, tan bueno como cualquier otro que podría haber escogido.

Estaba cerca del resplandor del brillo impío, y se dedicó a abrirse paso con frenesí

y con la espada entre la multitud de soldados de la Escolta. Ya no tenía la pistola. Sólo le quedaba la espada de energía. Un disparo láser le pasó rozando la mejilla y le quemó, pero hizo caso omiso del dolor abrasador, le cortó la cabeza de un tajo a un miembro de la Escolta y se lanzó de un salto hacia el lugar del brillo.

Innokenti, más vil y asqueroso de lo que jamás se podía haber imaginado, se alzaba ante él, rodeado de una montaña de muertos. Estaba trabado en un combate cuerpo a cuerpo, espada contra espada, contra la santa.

Cada golpe que intercambiaban, cada mandoble, resonaba como un trueno. Las ondas de choque por cada encuentro entre las espadas derribaban a los que los rodeaban, tanto amigos como enemigos. El resplandor enfermizo que rodeaba a Innokenti se retorcía y se enroscaba a su alrededor. El frío fuego verde de la santa formaba una gran águila con las alas extendidas.

Gaunt cargó hacia Innokenti. Las botas le resbalaron sobre la sangre.

Un demonio cargó contra él y se interpuso en su camino. La bestia era enorme y estaba protegida por la armadura azul oscuro de la Escolta, pero llevaba la cabeza al descubierto. La piel rosada estaba marcada con repugnantes cicatrices rituales. Llevaba la nariz y la boca tapadas por una rejilla, pero los ojos brillaban como dos rendijas amarillentas. Estaba armado con una espantosa espada aserrada, de hueso, que le crecía desde la mano derecha. La carne de esa mano había desaparecido, lo que dejaba al descubierto los huesos grises de los dedos, unidos de forma permanente a la larga hoja. La descargó sobre Gaunt.

Fue la sangre lo que lo salvó. Una de las botas resbaló, y Gaunt se cayó. La hoja de hueso le pasó silbando por encima de la cabeza, y el comisario rodó antes de que pudiera atacarlo de nuevo. Se puso en pie de un salto y detuvo el siguiente ataque del demonio, para luego lanzarle un mandoble que su oponente desvió a un lado.

Giraron el uno alrededor del otro en mitad de la carnicería intercambiando golpes y ataques con todas sus fuerzas. Gaunt ya no podía ver a la santa; tan sólo un leve resplandor verde indicaba que quizá estaba viva todavía. El comisario, desesperado, lanzó un ataque de punta, pero el demonio lo detuvo y contraatacó con un golpe que lanzó hacia abajo la espada de energía de Gaunt.

Se había quedado con la guardia abierta. La espada de hueso fue directamente a por su garganta.

Un disparo láser le dio al demonio en el cuello, y un segundo le arrancó la hombrera de la armadura. Se alejó tambaleante de Gaunt y se giró para ver quién lo atacaba.

Brin Milo se lanzó al ataque, con el arma descargada, y le clavó en el pecho la plata pura calada en el rifle hasta el mango.

La hoja se partió, debilitada por la sangre ácida del demonio. Milo trastabilló hacia atrás. Con un grito sin sonido, Gaunt lanzó un tajo lateral y atravesó el cuello

de la criatura con su espada de energía.

Etrodai, guardaespaldas de Innokenti, cayó muerto, y su espada cabalística se convirtió en polvo.

Gaunt y Milo se giraron y echaron a correr hacia la santa. Un fuego vivo la rodeaba chisporroteante y se extendía como aceite ardiendo por el suelo del Gran Vestíbulo.

El fuego surgía del cuerpo destripado de Enok Innokenti.

—Sagrada Terra… —tartamudeó Gaunt.

Sabbat se puso de pie y alzó una mano: en ella llevaba la cabeza cortada de Innokenti.

—¡En nombre del Emperador! —aulló.

El águila luminosa que la rodeaba creció hasta tener tres veces el tamaño original y aleteó bajo el techo.

El sonido de su voz fue tan claro, tan fuerte, que hizo saltar los cristales de las ventanas del Gran Vestíbulo con un estallido.

Todos y cada uno de los soldados del archienemigo en Herodor chillaron.

Corbec estaba sorprendido. Donde un minuto antes había estado acosado sin tregua por el enemigo, entonces se abría un pasillo vacío. Cansado y nervioso, condujo sus fuerzas hacia adelante, en dirección a la puerta occidental de la colmena.

Sin duda, algo había ocurrido. Las fuerzas enemigas casi estaban encima de ellos y, de repente, se habían retirado de forma apresurada.

—Rerval, ¿qué es lo que ha pasado?

Rerval negó con la cabeza. Una tremenda y devastadora oleada de ruido psíquico había fríto todos los canales de comunicación y había fundido todos los aparatos de la zona de la colmena.

—Puede ser un truco —dijo Mkvenner.

Corbec asintió.

—Nos quedaremos aquí. Los cabrones no se dan por vencidos con tanta facilidad. Al menos, ahora disponemos de algo de espacio.

Mkvenner asintió. Reunió a los fantasmas y a los soldados de la Fuerza de Defensa Planetaria, y los puso a montar barricadas con los restos esparcidos por la zona.

Haller se acercó a la carrera mientras empezaban a trabajar.

—Pasa algo —le dijo a Corbec—. Las comunicaciones no funcionan, pero todo el mundo dice que el enemigo se está retirando.

Corbec se rascó la cabeza.

—Que me aspen si sé lo que está pasando.

—¿Colm?

Corbec se giró. Era Mkoll, que se acercaba. Algunos miembros de su escuadra estaban un poco más atrás, ensangrentados y con un aspecto tan cansado como el suyo. Escoltaban a alguien.

Era Soric.

—Te pide…, te pide que hables con él.

—Agun jamás ha tenido que pedirme permiso para hablar conmigo, Mkoll. No va a tener que hacerlo nunca.

Corbec se acercó a Soric. El viejo verghastita estaba temblando y exhausto.

—Tienes que avisar a Gaunt.

—¿Avisarle de qué?

—De que no se ha acabado.

—No voy a discutir eso contigo, Agun. Aquí pasa algo raro, pero…

—¡No, Colm! —Soric sacó un portamensajes de uno de sus bolsillos y lo abrió—. Los nueve. Los nueve no están acabados. Los psíquicos…

Corbec sonrió.

—Yo maté a los psíquicos, Agun. Al Pater Pecado y a sus dos engendros. Los envié directamente al infierno.

Soric tragó saliva.

—Sé que lo hiciste. Eso me lo dijo.

—¿El qué te lo dijo?

—No importa, Colm. Ya habían impreso la misión. Para eso estaban. No para matar a la santa, como los otros, sino para escoger y dirigir a un asesino que lo hiciera por ellos. Algo cercano a ella. Y todavía está suelto.

Corbec abrió los ojos de par en par.

—¡Feth! ¿Cómo? ¿Quién?

—Me lo ha mostrado todo, Colm. Me mostró lo que era —le dijo mientras le entregaba un papel azul rasgado para que lo leyera.

Milo le puso un brazo alrededor de los hombros a la santa y la ayudó a cruzar el vestíbulo. Ella estaba temblando por el agotamiento, y los profundos cortes abiertos por la espada de Innokenti sangraban de forma abundante.

—¡Un médico! ¡Que venga un médico! —gritó Milo.

El enemigo se había marchado en una veloz retirada. Habían perdido la moral tanto por la muerte del Amo como por la victoria de la santa. En esos momentos, las fuerzas enemigas se estaban enfrentando a las masas de peregrinos del exterior en un intento por abrirse paso y escapar.

No se había acabado. De hecho, la batalla por Herodor estaba muy lejos de estar ganada, pero en aquellos momentos, la aparentemente inevitable derrota se había alejado.

El Gran Vestíbulo, destrozado, azotado por incendios y lleno de humo, estaba repleto de cadáveres de ambos bandos. Los soldados se abrían paso a través de los escombros buscando a los heridos y a los camaradas muertos. Cuando encontraban un enemigo con vida, eran inmisericordes.

Dorden encabezó un grupo de médicos con mascarilla hasta el campo de batalla.

—¡Aquí! —gritó Milo, y Dorden se acercó a la carrera.

Gaunt y los demás oficiales se quedaron esperando, inquietos, mientras Dorden se ocupaba de las heridas de la santa.

—¿No podemos conseguir comunicación? —le preguntó a Beitayn.

—Todo está inutilizado, señor. El grito de agonía del jefe enemigo ha frito todos los circuitos.

Gaunt se giró hacia los hombres que lo rodeaban.

—Hemos hecho algo grande hoy. Hemos vuelto de un precipicio por el que sin duda nos hubiéramos caído. Hemos infligido un golpe terrible al archienemigo de la humanidad. Reúnan a sus unidades y cuiden a los heridos. Quiero que les digan lo que ha ocurrido a todos con los que se encuentren. La santa ha triunfado. Innokenti ha muerto. Asegúrense de que todos se enteran. Asegúrense de que todos y cada uno de los ciudadanos de esta colmena lo sepan.

Los oficiales asintieron y se marcharon.

—Tengo que llevarla a una enfermería donde haya energía —dijo Dorden—. Necesitaré una camilla.

—Puedo caminar —dijo Sabbat mientras se ponía en pie.

—Entonces, te acompañaremos —declaró Gaunt—. ¡Guardia de honor!

Milo se puso a su lado, lo mismo que Daur y Derin. Nessa también dio un paso adelante. Gaunt asintió.

Larkin, que estaba sentado con aspecto agotado contra una pared, se levantó.

—Yo también, señor —dijo.

Gaunt lo miró.

—¿Por alguna razón en especial, Larks?

Larkin señaló con un gesto a los fantasmas que rodeaban a la santa.

—Fueron su guardia de honor allí en Hagia. Son los que ella llamó.

Gaunt los miró y se percató de que el francotirador estaba en lo cierto. Dorden, Daur, Nessa, Milo y Derin habían formado parte de la misión inspirada por Corbec. Aparte del coronel, los únicos que faltaban eran los que ya no estaban vivos: Greer, Vamberfeid y Bragg.

—Bragg hubiera querido que yo fuese en su lugar —añadió Larkin—. A él le importaba. Ella importaba. Ahora…, ahora veo por qué.

—Vente —le dijo Gaunt.

La escolta utilizó lámparas portátiles para avanzar, aunque con lentitud, y salir del

Gran Vestíbulo. Se dirigieron por el pasillo de conexión hacia el pozo de la escalera principal. Atravesaron las calles abandonadas de la colmena repletas de escombros y de restos de los saqueos. Los aterrorizados y aturdidos civiles se quedaron agazapados en las ruinas, mirando cómo pasaban, pero se inclinaron ante la santa.

Gaunt caminó inquieto, desesperado por recuperar las comunicaciones y poder hacerse una idea de cuál era la situación. Tendría que confiar en Rawne y en Udol para que se las apañaran sin él.

Estaban cruzando otro pasillo, uno cercano a las escaleras, cuando vio la luz de una linterna. Alguien estaba gritando su nombre.

Corbec apareció corriendo y jadeante, seguido de Soric.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Gaunt.

—Su deber —respondió Corbec—. Todavía queda un asesino suelto. Uno de los nueve.

—¿Qué?

—El psíquico dejó su impronta en alguien —le informó Corbec—. Alguien apropiado.

Le entregó un trozo de papel azul.

—¡Ponedla a cubierto! —ordenó Gaunt a gritos.

Alzó la lámpara para leer lo que ponía en el papel mientras Dorden y la guardia de honor se apresuraban a llevarse a la santa hacia la cobertura más cercana. Nessa y Larkin levantaron inmediatamente sus rifles de francotirador y empezaron a explorar los alrededores con las miras telescópicas.

—No… —murmuró Gaunt al leer el nombre que había en el papel. Se giró—. ¡Milo! ¡Ponla a…!

Un disparo láser cruzó la oscuridad que los envolvía e impactó contra la pared a escasos centímetros de la cabeza de la santa.

Todo el mundo se echó al suelo. Resonaron otros dos disparos, y uno de ellos le acertó a Derin en el hombro y lo derribó por completo.

—¡No puedo verlo! —gritó Larkin mientras giraba su arma.

Otros dos disparos pasaron aullando. Nessa probó a responder y abrió fuego contra la oscuridad. La contestación del asesino fue una ráfaga de fuego semiautomático que acertó a Daur en la cadera y lanzó a Dorden contra la pared.

—¡Está por encima de nosotros! —gritó Corbec, a cubierto al lado de Gaunt—. ¿Viste la nota de Soric? ¿Leíste lo que hizo?

La furia embargaba a Ibram Gaunt. Los poderes de Soric no sólo habían identificado al asesino con la impronta de los psíquicos de Pecado, también habían mostrado todo lo que era. Soric había penetrado la mente odiosa de un homicida y había revelado todos sus crímenes.

«Lijah Cuu. Asesino. Violador. Mató a Bragg. Mató a Sehra Muril».

Corbec le entregó su pistola láser a Gaunt.

—¿A la de tres? —sugirió.

Gaunt miró a la diezmada escolta. Tanto Daur como Derin se estaban retorciendo de dolor. Dorden estaba tumbado en el suelo y parecía muerto. Nessa estaba haciéndole un masaje cardíaco. Milo y Larkin, con las armas alzadas, protegían a la santa con sus propios cuerpos.

—¡Preparaos para sacarla de aquí! —les gritó Gaunt.

Corbec y él se pusieron en pie de un salto y se lanzaron a la carga disparando contra la oscuridad. La pistola láser que Gaunt empuñaba chasqueaba lanzando rayos de luz hacía las sombras. Corbec corría a su lado, disparando el rifle en fuego automático.

Una lluvia de disparos les recibió.

Gaunt saltó por encima de un montón de piedras caídas y se dirigió rápidamente hacia la pared más lejana. Siguió disparando contra las sombras.

—¡Cuu! ¡Cuu, cabrón! ¡Te atraparé!

Un disparo láser le dio a Gaunt en toda la espalda y lo tiró de cara al suelo. Sintió cómo la sangre le salía a borbotones. Intentó darse la vuelta.

—Tú primero, fijo que sí. Y luego, la puta esa de la santa —le dijo Cuu mientras se arrodillaba sobre la espalda del comisario y le hacía gritar—. Os matare a todos.

La plata pura se abalanzó sobre la garganta de Gaunt.

El disparo sonó tan fuerte que el eco subió y bajó por el pasillo. Gaunt sintió el peso muerto del cadáver de Cuu cuando le cayó encima. Se esforzó por salir de debajo, y fue Larkin quien se agachó a su lado y lo arrastró.

Gaunt estuvo a punto de desmayarse. La herida en la espalda era un dolor agónico. Miró el cadáver destrozado de Cuu.

—Nunca me cayó bien —dijo Larkin.

—Mató a Bragg.

—Lo sé, señor —le contestó.

—Buen disparo. En mitad de la oscuridad.

—¡Ojalá pudiese haberlo apuntado antes!

La voz de Larkin sonaba tensa, como si estuviese conteniendo una emoción.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Gaunt.

Se alzó un poco y miró hacia el pasillo. Aquello le provocó una nueva oleada de dolor, pero lo que vio le hizo mucho más daño.

Veinte metros más allá, tendido boca abajo sobre un charco de sangre, Colin Corbec yacía muerto.



EPÍLOGO

La batalla por Herodor duró otras seis semanas. La enorme fuerza invasora se replegó después de la muerte de Innokenti, atacada y acosada por el ejército de peregrinos. Dos días más tarde, renovado y con todas las fuerzas al frente, volvió a atacar Ciudad Beati. Miles de peregrinos murieron en la resistencia. La santa, cojeando por las heridas, dirigió el contraataque con los restos del ejército imperial, fantasmas, Fuerza de Defensa Planetaria, el regimiento Civitas Beati y la hueste de peregrinos, y contuvo a la enorme fuerza enemiga durante una semana.

Luego, llegó la flota de refuerzo enviada por el Señor de la Guerra. El combate inicial entre naves iluminó el cielo. A continuación, tuvo lugar una batalla mucho más larga y sangrienta que la que se acaba de contar. A lo largo de un período de varias semanas, las fuerzas de Innokenti fueron primero rechazadas de la ciudad y después aniquiladas en la feroz batalla final librada en las Colinas Ardientes.

Los Fantasmas de Tanith no participaron en nada de ello.

Tampoco participaron en la victoria general. Liberadas de sus misiones en Morlond y en el frente, buena parte de las unidades de la cruzada fueron enviadas a defender el flanco en Khan. Los detalles relativos a esas acciones están registrados en otras obras. Sea suficiente decir que si la horda del Amo no hubiese sido retenida en Herodor, probablemente todo el Grupo Khan habría caído y la cruzada habría fracasado.

Los esfuerzos de la santa habían sido empáticos. Habían obligado a lanzar el ataque por el flanco antes de tiempo, además de matar a uno de los lugartenientes principales de Gaur. El mensaje que envió al archienemigo fue devastador. Mientras las fuerzas del Arconte se retiraban apresuradamente a los sistemas exteriores de los Mundos de Sabbat, Macaroth se preparó para la etapa final y triunfante de la cruzada.

Tal como recoge la historia, no fue fácil. Pero en aquellos momentos, la ventaja era completamente suya.

Gaunt apartó el rostro cuando el transporte provocó una pequeña tormenta de polvo. Se posó sobre la pista de aterrizaje del tejado de la Colmena Vieja.

Se giró para mirar a la santa y se arrodilló. Ella lo levantó con las dos manos.

—No ante mí —le dijo—. Soy yo quien debería arrodillarse ante ti.

—¿Sabes adónde te están enviando? —le preguntó Gaunt.

—A la línea del frente. A Carcaradon. Me envían al lado de Macaroth…, como Lugo no dejó de repetir.

Gaunt sonrió.

—Sabías lo que hacías.

—Ahora estás en lo cierto Ibram, no olvidaré el servicio que me habéis prestado los fantasmas.

—Hazme un favor: cuida de él.

Ella sonrió y asintió.

—El destino nos espera, Ibram Gaunt. Es más de lo que puedas llegar a imaginarte jamás.

Besó a Gaunt en la frente y se alejó hacia la rampa abierta del transporte. Gaunt miró a Milo. Parecía feliz y aterrorizado, todo al mismo tiempo. Corrió hacia Gaunt como si fuera a abrazarlo, pero en el último momento se detuvo y lo saludó con firmeza.

Gaunt respondió al saludo y después desenvainó su cuchillo tanith y se lo entregó a Milo.

—Perdiste el tuyo. Llévate el mío.

Milo se quedó mirando un momento la plata pura que tenía en las manos, y luego corrió para reunirse con Sabbat. La rampa del transporte se cerró y la nave se alejó hacia el cielo descolorido entre el rugir de los motores.

—Adiós, Brin —murmuró Gaunt, completamente seguro de que no vería al joven de nuevo.

La lanzadera procedente de la nave negra estaba esperando. Unos individuos de aspecto ominoso, vestidos con largas túnicas negras, caminaban arriba y abajo por la plataforma. Se percibía el olor a ozono que desprendían los aguijoneadores de energía. Las manos le temblaban dentro de las esposas.

Otra figura de túnica negra bajó por la rampa de desembarco, echó un vistazo a una placa de datos que le entregó un servidor y se dirigió hacia él.

—¿Nombre?

—Agun S…

La descarga de un aguijoneador lo hizo callar.

—Se llama Agun Soric —contestó el hombre que estaba su lado.

—¿Evaluación?

—Psíquico, nivel beta.

La silueta de túnica negra asintió.

—Firme la orden de entrega, por favor.

Victor Hark tomó la placa de datos con su nuevo miembro artificial y la revisó. Puso su firma con un estilo y se la devolvió al inquisidor.

—¿Adónde lo llevan? —le preguntó.

—A donde debe estar. No es asunto suyo —le replicó el inquisidor encapuchado —. ¡Hacedle entrar! —gritó, y uno de los operadores obligó a Soric a subir por la rampa.

Hark oyó cómo gemía y sollozaba. Se giró y procuró hacer caso omiso.

Vio un portamensajes en el suelo, a su lado. Hark se agachó y lo recogió con la mano artificial. Lo abrió y sacó un papel.

Habían escrito una palabra en la hoja azul: «Ayúdeme». Hark se dio la vuelta y se quedó mirando cómo la lanzadera despegaba y se alejaba en el cielo.

La sierra estaba zumbando. Era agradable el chirriar de la madera al ser cortada. El aire estaba cargado con el olor a polvillo aromático.

Colm Corbec entró en la pequeña carpintería de la Bajada del Gremio y se quedó observando durante un rato al anciano —¿cómo se llamaba?, ¿Wyze?—, viendo cómo trabajaba la madera. Había mucho trabajo. ¡Feth, sí! Ataúdes para los muertos. ¡Dios Emperador, ahí sí que había oferta y demanda!

Corbec entró en el taller cargado de olor a madera seca y pasó la mano por un listón. No era madera de nal, pero estaba bien.

Ese Wyze trabajaba solo, sin ayuda. El padre de Corbec no hubiera llevado el negocio así. Necesitaba que le echaran una mano.

Corbec se arremangó. Conocía ese trabajo. Le gustaba. Se quedaría una temporada y le ayudaría.

—No servirá ninguna otra. ¿Entendido?

—Sí, señor Gaunt —contestó Guffrey Wyze.

—Soy coronel-comisario de… —empezó a decir Gaunt, pero luego meneó la cabeza—. Madera de nal. Todo el ataúd.

—Es su dinero, señor. Era amigo suyo, ¿verdad?

—Amigo, hermano, fantasma —contestó Gaunt. Wyze sonrió.

—Hay muchos por aquí.